

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
ESCUELA DE POSGRADO



**LA IMAGEN DEL INDIOS EN LOS RELATOS DE EXPLORADORES Y
VIAJEROS DEL PERU BORBONICO (1700-1824)**

Tesis para optar el grado de Doctor en Historia con mención en Estudios
Andinos que presenta

SANDRO ALFREDO RAÚL PATRUCCO NÚÑEZ

Dirigido por
SCARLETT REBECA O'PHELLAN GODOY

San Miguel, 2019

RESUMEN

La presente investigación analiza el proceso de formación del discurso narrativo y visual del indígena peruano y de sus producciones culturales contemporáneas y antiguas durante el periodo borbónico. Es el tiempo del arribo de los viajeros y expedicionarios que gracias al cambio de dinastía en España quedaron habilitados para poder visitar los territorios virreinales y juzgar sus realidades según la nueva mirada científica e imparcial. La construcción del discurso narrativo presenta un tiempo y un recorrido diferente al de la imagen visual. Viajeros y exploradores presentarán en sus novedosos pareceres, prejuicios de antigua data, y será la recolección de información visual, etnológica y arqueológica, así como el esfuerzo por una descripción más desapasionada y científica la que lleve lentamente y a duras penas a un cambio del discurso narrativo sobre el indígena. Hacia finales del periodo parecieran emparejarse, del mismo modo como el interés por las producciones etnológicas y arqueológicas terminan teniendo un importante desarrollo en el último tercio del periodo escogido. La demarcación cronológica corresponde al período borbónico (1700-1824) y la delimitación espacial abarca el Virreinato del Perú y sus Audiencias sufragáneas. La investigación recogió todos los testimonios disponibles para generar una secuencia de la información y brindar el panorama más completo posible.

Palabras clave:

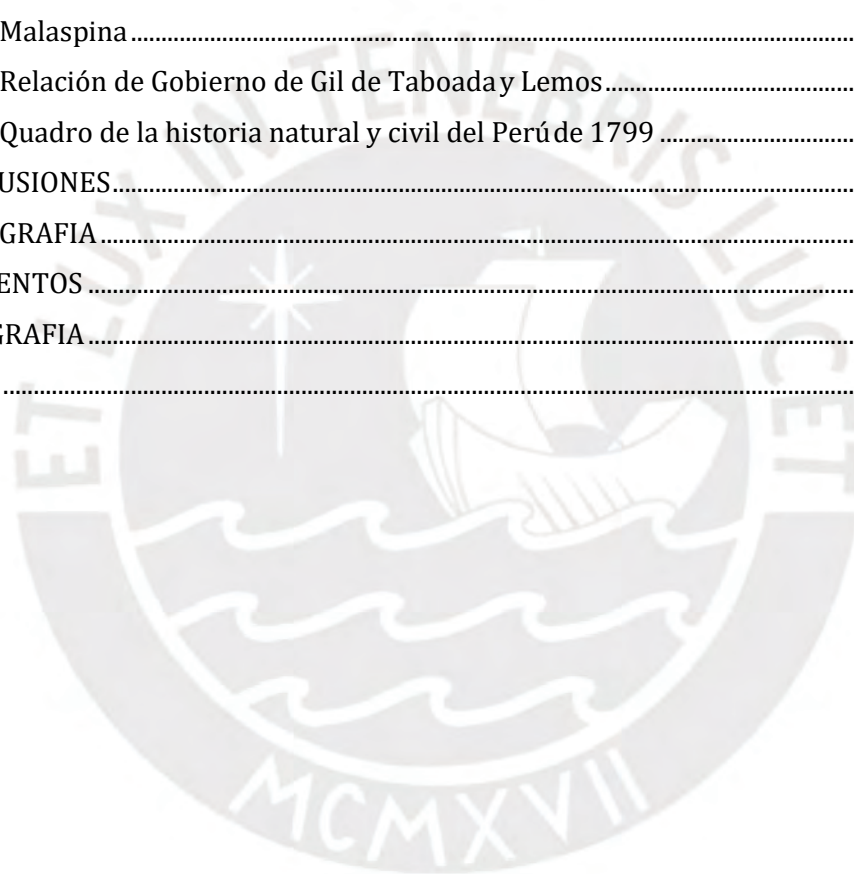
Indio, Viajeros, Expediciones científicas, Representación visual, Arqueología, Etnografía, Racialismo.

CONTENIDO

0. INTRODUCCION.....	6
CAPITULO 1.....	11
1. LA IMAGEN NARRATIVA DEL INDIO PERUANO EN EL PERU BORBONICO.....	11
1.1. EL INDIO DE LA SIERRA, EN EL PERU BORBONICO.....	13
1.1.1 Frézier y la conversión de los indios.....	13
1.1.2. Le Barbinais y la música.....	15
1.1.3. Charles de la Condamine “incapaces de previsión y reflexión”.....	17
1.1.4. Bouguer y el influjo climático.....	21
1.1.5. Ulloa y sus tres tratados sobre el indígena.....	22
1.1.6. Carrió de la Vandera “indios ebrios conversando en español”.....	38
1.1.7. Hipólito Ruiz “el indio lúbrico y ardiente”.....	40
1.1.8. Bausá “alma mezquina y de pocas propiedades”.....	42
1.1.9. Humboldt.....	46
1.1.10. Los primeros viajeros de la independencia. Una nueva visión del indígena.....	48
1.1.11 Stevenson y sus polémicas sobre el indígena.....	50
1.2. CONSTRUYENDO AL INDIO DE LA SELVA.....	53
1.2.1. La Condamine y el <i>embrutecimiento</i> del indio.....	53
1.2.2. Bouguer y el Buen Salvaje.....	57
1.2.3. Bouguer y Aristio (Hipólito Unanue).	61
1.2.4 Humboldt y el hombre selvático.....	62
1.2.5. El selvático en los viajeros de la Independencia.....	63
1.2.6. Golovin, “bárbaros y muy belicosos”.....	64
1.3. REDESCUBRIENDO AL INDIO DE LA COSTA.....	64
1.3.1. Lequanda: indios civilizados costeños e indios borrachos de la sierra.....	65
1.3.2. Humboldt y Unanue, una observación compartida.....	66
1.3.3 Los primeros viajeros de la Independencia y el indio de la costa.....	67
1.3.4 Proctor “indios inocentes y melancólicos”.....	68
1.3.5. Lesson “indios dulces y benevolentes”.....	68

1.3.6. Stevenson “indios dóciles, atentos y tímidos”	69
CAPITULO II	72
2. IAJEROS Y COLECCIONISTAS: LOS OBJETOS ARQUEOLOGICOS Y ETNOGRAFICOS AMERICANOS	72
2.1.Orígenes del coleccionismo en la Edad Moderna.....	73
2.2. El coleccionismo en España	75
2.3. Coleccionismo americano en España	77
2.4. Los tesoros de los Incas	80
2.5. Los reyes coleccionistas	81
2.6. Fundación de museos reales en el siglo XVIII.....	83
2.7 Le Gentil Le Barbinais.....	89
2.8 Frézier	90
2.10 Ulloa	91
2.11. Malaspina.....	95
2.12. Ruiz y Pavón.....	95
2.13. Dombey.....	97
2.13. Martínez Compañón	100
2.15. Humboldt.....	103
CAPÍTULO III.....	106
3. LA ARQUEOLOGÍA EN EL PERÚ BORBÓNICO.....	106
3.1 Cronistas “ <i>arqueólogos</i> ”	106
3.3 Feuillée buscador de tesoros antiguos	109
3.4. Frézier y las antigüedades peruanas	110
3.5.La Condamine iniciador de las descripciones arqueológicas.....	112
3.6. La primera representación moderna de Sacsahuamán.....	119
3.9 Feijoo de Sosa.....	134
3.10. Expedición de Ruiz y Pavón.....	136
3.11 Un arqueólogo imaginado.....	138
3.12 Martínez Compañón.....	139
3.13. Lequanda.....	143
3.14. Llano Zapata.....	144
3.14. Expedición Malaspina	148
3.15. La Arqueología en el Mercurio Peruano.....	149
3.16 Humboldt	162
CAPÍTULO IV.....	164
4. LA IMAGEN VISUAL DEL INDIO PERUANO.....	164

4.1 Tras las huellas del indio invisible: El fracaso por establecer la imagen del indio de las sierras peruanas	164
4.1.1 Feuillée	164
4.1.2 Frézier.....	166
5.1.3. Bachelier.....	174
5.1.4. La Condamine	174
5.1.5 Ulloa	177
4.2 BUSCANDO UN INCA PARA LAS COLECCIONES REALES	184
4.2.1. La serie de castas de virrey Amat.....	184
4.2.2. La serie de Vicente Albán.....	192
4.2.3 Martínez Compañón.....	195
4.2.4. Malaspina	201
4.2.5. Relación de Gobierno de Gil de Taboada y Lemos.....	205
4.2.6. Quadro de la historia natural y civil del Perú de 1799	208
5. CONCLUSIONES.....	213
6. BIBLIOGRAFIA.....	228
DOCUMENTOS	228
BIBLIOGRAFIA	228
APENDICE.....	242



0.INTRODUCCION.

Esta investigación nació del interés por reunir los testimonios de los viajeros del siglo XVIII y XIX acerca del indio peruano y ponerlos en secuencia para así encontrar las variaciones e influencias que habían ido surgiendo a lo largo de este extenso período. Rápidamente nos percatamos del inmenso volumen de dichos discursos por lo que nos vimos compelidos a reducirlo tan sólo a los viajeros del período borbónico.

La palabra viajeros resultó insuficiente y así se transformaron en expedicionarios. Habíamos pensado en trabajar los discursos y pronto nos percatamos que tan importantes como sus relatos eran también sus anotaciones, mediciones, descripciones, y una miríada de acciones que la nueva ciencia del período exigía realizar para dar una mirada creíble a sus público. Así de sus palabras pasamos entonces a sus hechos, a la recolección de materiales etnográficos y arqueológicos, y a la elaboración de imágenes por los que se pretendía juzgar el quehacer de los indígenas.

Descubrimos que el estudio del hombre andino contemporáneo se veía afectado por los restos del pasado prehispánico que inevitablemente eran usados para comparar y comprender la cultura de los habitantes andinos del siglo XVIII. El discurso oral resultaba insuficiente para captar cómo estos hombres eran vistos o dejados de ver por los visitantes que recorrían el país. Lo más sorprendente fue el discurso gráfico sobre el indio. En más de cien años se habían generado muy pocas imágenes fidedignas de los habitantes del Perú y en cambio una miríada de estereotipos salían continuamente de la prensa europea.

El término exploradores resultó en cierta forma insuficiente. Muchos estudiosos que no podían acceder exactamente a ese apelativo generaban información de gran calidad que a su vez eran el verdadero insumo que intentábamos rescatar. Muchos términos resultaron confusos y hubo que definir a nuestros actores más por el público e instituciones ante los que respondían que por la forma como se autodefinían. Finalmente logramos establecer ciertas categorías que servían de modo mas eficiente para la clasificación de los productores de la información así como por sus consumidores.

El interés por la construcción de la imagen del indio en el Perú borbónico es el tema que aborda la presente investigación, a través de la cual pretendemos poner en relieve los sucesivos desarrollos que la imagen narrativa, material, histórica y visual, del indio del Perú que se construyó a través del “largo” siglo borbónico y como este pasó de ser un tema de interés marginal a tomar un papel más central.

Cronológicamente el estudio se basa en las aproximaciones al indígena de los relatos de exploradores y viajeros del periodo borbónico (1700-1824), fechas marco que presentan un primer periodo que va en incremento entre 1712 -1802, años que van desde la aparición de los textos de Feuillée y Frézier y 1802 momento en el que Humboldt se retira del Perú, y una segunda etapa, una suerte de coda histórica, relacionada con el periodo de los viajeros de la Independencia que presentan importantes diferencias con el lapso anterior.

Geográficamente el estudio abarca el virreinato del Perú y sus audiencias sufragáneas, en especial las de Chile y Quito, en un interés por seguir por las peculiaridades del recorrido de los viajeros y expedicionarios por las costas del Pacífico, que los llevan a establecer paralelos y contrastes entre los distintos territorios y sus poblaciones, comparaciones que enriquecen notablemente el análisis de presencias y ausencias de las imágenes buscadas.

La documentación empleada principalmente comprende los relatos de estos exploradores y viajeros producidos gracias a las jornadas de inquisiciones e investigaciones en nuestro territorio y áreas conexas. Son documentos de muy variada índole, libros divulgando sus

experiencias de viajes, cartografía, dibujos, informes oficiales, cartas privadas, artículos en revistas y papeles periódicos de aquella época, presentaciones ante las Academias europeas, investigaciones personales, libretas y diarios de viaje, etc, los que conforman el corpus de esta investigación. Por eso debemos agradecer a Gallica de la Biblioteca Nacional de París y a la Biblioteca Británica por los servicios en línea que nos han permitido acceder a muchos de estos materiales.

En ciertos momentos hemos visto conveniente hacer dialogar estos documentos con visitas pastorales, publicaciones locales e incluso documentos administrativos españoles que nos permitieron muchas veces lograr la filiación de fuentes coetáneas y establecer el origen y continuidad de ideas, motivos e imágenes. Surge la pregunta de si estamos trabajando con documentos destinados a un mismo público, cuestionamiento de suma importancia. La disimilitud en la producción de los documentos presentados queda disminuida frente a las demandas de los gabinetes Reales, las cuales son una motivación que influyen de modo crucial en muchos de los documentos utilizados. Otro elemento estandarizador es la homogeneidad de la lectoría y la reiterada colaboración de los actores locales al suministrar su opinión, su experiencia y esfuerzo para la elaboración de las imágenes y conceptos a construir.

Este trabajo se ha organizado en cuatro capítulos. El primero rastrea la construcción de una imagen narrativa del indio peruano, desde tempranas y vagas alusiones que empiezan a aparecer esporádicamente desde poco antes del siglo XVIII hasta las plasmadas en las postrimerías del periodo colonial aproximadamente en 1824. Se intenta cubrir el integro de relaciones producidas por los expedicionarios, objetivo que creemos haber cumplido. El volumen de descripciones sobre el indio llega a ser muy cuantioso por lo que ha sido todo un reto separar las innovaciones que va introduciendo cada autor, las deudas textuales con autores anteriores y la filiación de las informaciones consignadas. El texto de Núñez sobre *Viajes y Viajeros por el Perú* (1989) fue importante punto de partida para el inicio de estas investigaciones. La nueva visión sobre los viajeros presentada por Pratt, en su *Imperial Eyes* (2010) y las atingencias de Pimentel Igea, en su *Testigos del Mundo* (2003) ayudaron mucho para contextualizar dicha información.

El segundo capítulo aborda el surgimiento del interés por el indio peruano a través de sus creaciones materiales, partiendo de los tesoros prehispánicos y botines traídos por los conquistadores, el establecimiento de piezas prehispánicas en las cámaras de maravillas, y el surgimiento de los Gabinetes Reales, por los que la demanda europea de objetos prehispánicos sufre un notable incremento. También recorre el camino entre la simple búsqueda de tesoros o huaqueo, a la actividad más organizada y ordenada que impulsan las expediciones científicas para recolectar objetos e informaciones sobre dichas producciones etnográficas y prehispánicas, actividad que se va convirtiendo en los inicios de la arqueología moderna. El punto de partida para este capítulo han sido las numerosísimas contribuciones de Cabello Caro, las publicaciones de Pillsbury y Trever (2008), los aportes de Macera (1997; 1999;), Gänger (2014) y Deans-Smith (2005).

El tercer capítulo se enfoca más en el interés mostrado por los viajeros y expedicionarios en los vestigios monumentales, interés que ha fascinados a los visitantes desde el tiempo de la conquista y que los cronistas registraron. Estas descripciones en el siglo XVIII se van tiñendo de una serie de salvaguardas que someten sus descripciones a una serie de criterios de verosimilitud, contando con mediciones, trazados, planos, elevaciones, litografías de ruinas, descripciones e hipótesis variadas. Los puntos de partida son los mismos autores del capítulo anterior y Alcina Franch (1995).

El cuarto capítulo se aboca al estudio de cómo se va construyendo la imagen gráfica del indio. Así vemos como la iconografía del “indígena invisible” de principios del siglo XVIII, termina evolucionando a lo largo del siglo en una abundante serie de grabados y pinturas y las muy importantes pinturas de castas, que conformaron parte de un intento por completar las representaciones del imperio y sus distintos habitantes. Finalmente todas estas descripciones visuales irán construyendo una variedad de imágenes de indios visibles, con vestimentas, objetos culturales y fenotipos diferenciados. Este capítulo partió de las muchas de las ideas planteadas por Poole (1997), Bleichmar (2012, 2017), Estenssoro (2000), Majluf (2000, 2005), Katzew (2004) y Penhos (2005).

Estos capítulos tratan de responder a la pregunta o hipótesis central:

Los nuevos criterios de la Ilustración influenciarían la construcción de la imagen del indio peruano por parte de los viajeros y exploradores del periodo borbónico.

Las sub hipótesis son:

- 1- Existiría un discurso narrativo sobre el indio peruano que fue fruto de la antropología del Siglo de las Luces.
- 2- El coleccionismo europeo y los Gabinetes Reales habrían promovido el interés por un coleccionismo americano que a mediados del siglo XVIII empezaría a transformarse en un afán científico por el conocimiento del acervo cultural indígena pasado y contemporáneo.
- 3- El interés por el indígena del pasado habría llevado al desarrollo del estudio de enterramientos en zonas de huaqueo y a un interés por los restos monumentales prehispánicos, creando un incipiente interés arqueológico.
- 4- Las características fisonómicas, culturales y regionales del indígena peruano habrían pasado de una inexistencia a principios del siglo XVIII, a un desarrollo paulatino para los finales del siglo. Creando así una tipología de razas, culturas y peculiaridades esbozadas en los grabados, dibujos y pinturas que nos permitirían dejar de hablar del indio peruano, para pasar a referirnos a los indios del Perú.

La realización de esta investigación presupuso el cuidadoso rastreo de fuentes, relatos de viajeros, gráficos y diversos tipos de documentos, que nos permitieron ubicar los comentarios que los viajeros y exploradores realizaban sobre los indígenas peruanos. Así mismo sucedió con las imágenes que por lo general acompañaban estos relatos. Luego de seleccionar y ordenar la información, fue comparada y contrastada con lo mencionado por la bibliografía moderna, lo que nos permitió arribar mediante el método histórico a la formación de un línea argumental y de conclusiones.

Antes de terminar no quiero dejar de agradecer la tenacidad, lucidez y generosidad con la que en todo momento Scarlett O 'Phelan ha asesorado esta investigación.

CAPITULO 1.

1. LA IMAGEN NARRATIVA DEL INDIO PERUANO EN EL PERU BORBONICO.

Al llegar el siglo XVIII la imagen del indio peruano era casi desconocida para el resto de Europa. Era una visión tan sólo atisbada entre las brumas de una representación oscilante entre la visión utópica garcilasista¹, los terribles denuncias del padre Las Casas que la Leyenda Negra había mantenido presente a través de los siglos y el esplendor casi mítico de la riqueza peruana.

Un reflejo de la confusión de estas imágenes puede ser encontrado en el relato de François Froger *“Relation d’un voyage fait en 1695, 1696 et 1697 aux côtes...”* el cual ilustra la borrosa visión que tenía de los indios del Perú siempre entremezclados con riquezas y explotación cruel. Froger hablará, al referirse al Perú de sus inmensos tesoros que son obtenidos *“a costa de la sangre de los pobres indios”* a los cuales se les *“imprimen el terror”* y son tratados con crueldad *“haciendo de ellos carnicería para ponerlos a servir”* al punto que algunos parajes del Perú están al día de hoy *“cubiertos de esqueletos, debido a estas maldades”* realizadas contra estas pobres víctimas que *“demandan a Dios la venganza de su muerte y la libertad de su patria”*. Concluye el autor señalando que *“nada se puede hacer contra los enemigos de Dios y de la naturaleza que bajo el nombre de cristiandad practican una nueva idolatría hacia los tesoros...”* (Froger, 1698, 111).

Sin embargo, pocos podrían imaginar que sólo tres años más tarde, traumáticos cambios llevarían hacia la paulatina apertura de España y sus dominios ultramarinos hacia la curiosidad europea. En efecto a partir de 1700 una nueva dinastía debe afrontar la modernización de unos dominios aletargados durante el decaimiento de los últimos monarcas de la casa de Habsburgo. La pérdida de una serie de valiosos territorios europeos, luego de la Guerra de Sucesión y el Tratado de Utrecht, la obligó a mirar con nueva actitud sus dominios americanos. La ciencia, de la que en buena cuenta se carecía, fue el instrumento utilizado para enfrentar un contexto internacional dominado por imperios en constante expansión. La exploración fue un factor clave para revalorizar, entender y potenciar las colonias americanas y se recurrió cada vez con mayor frecuencia

¹ Para una visión de las diferentes ediciones francesas de la obra de Garcilaso de la Vega se puede consultar el acápite correspondiente en el capítulo final de esta tesis.

al concurso extranjero para su realización. Los territorios americanos habían permanecido ocultos a la mirada científica europea, por lo que las demás potencias guardaban un interés muy grande por las maravillas indianas. Crónicas y relatos posteriores a la conquista resultaban ya demasiado anticuados, crédulos y fantasiosos para que la mirada inquisitiva del hombre del siglo XVIII pudiera contentarse con ellos. Se manejaban ya otros paradigmas de credibilidad distintos al método barroco de las autoridades, “*al de la escolástica, y al de la filosofía natural antigua*” (Pimentel, 2003, 48). Fue así Francia por su cercanía dinástica y su rol protagónico en este Siglo de las Luces la llamada a acompañar a España en este redescubrimiento americano.

Una nueva hornada de testigos imparciales y progresivamente más tecnificados tendrán que develar los misterios de un territorio y de una población que empieza a convertirse en objeto de estudio de una ciencia nueva dedicada a redescubrir el Mundo Nuevo. Viajeros que ejercitándose en nuevas convenciones sobre la verdad, son capaces “*de ver los rasgos verdaderos que caracterizan a las naciones*” (Cañizares, 2007, 41). Generalmente se atribuye a los miembros de la expedición Geodésica el “*capturar de manera perspicaz el cambio de la sensibilidad de su época*”, centrando su “*atención en las limitaciones de la percepción*” (Cañizares, 2007, 41) intentando superarlas, pero ya desde los viajes como el de Frézier habrá un interés por dar una visión más objetiva del país y del habitante peruano.

No obstante mientras que los métodos utilizados para recoger información sobre plantas, animales o minerales van adquiriendo un protocolo de observación objetiva, el levantamiento de evidencia sobre grupos humanos, no tuvo una metodología tan claramente definida y fue una ardua tarea la de ir construyendo (con acierto o sin el) una serie de formulas que trataban de aproximarse paulatinamente a la imparcialidad científica, pero que curiosamente arrastró prejuicios que crecieron al mismo ritmo de la ansiada objetividad. El desarrollo de estas visiones con su probidad científica y sus prejuicios sobre el indio del Perú será el tema de este trabajo.

Los viajeros del siglo XVIII empezarán la ardua tarea de recrear la imagen narrativa y visual del indio peruano. En este primer capítulo nos referiremos a la imagen narrativa del indígena. Nuestro interés se centró en el indio alto andino que es en buena medida el personaje de estos relatos, pero nos dimos cuenta de que para establecer las diferencias y

entender la complejidad de su caracterización debíamos ver también las características de los habitantes originarios de la costa y de la selva.

1.1. EL INDIO DE LA SIERRA, EN EL PERU BORBONICO.

1.1.1 Frézier y la conversión de los indios

Abrirá el espacio dedicado al estudio del indio de la sierra el ingeniero militar, viajero encubierto e informante francés, Amedée-François Frézier quien arribó a las costas del Perú en 1713 después de haber recorrido detalladamente las tierras chilenas donde realizó una colorida descripción del indígena austral. En su viaje dedicó poco tiempo al Perú y como señala Macera en descripciones donde *“toda su indulgencia para Chile se vuelve severidad para con el Perú, quizá para esconder su deficiencia de información y no ser acusado de benévolo e ingenuo”* (Núñez Hague, 1989, 90; Macera, 1999, 37).

Estas prisas en el recorrido del territorio peruano le llevaron a señalar en la advertencia a su obra que en el Perú no quedaba *“ningún testimonio importante de la habilidad de los indios”*, que durante su estancia en estas tierras sólo vio restos indígenas consistentes en *“tumbas sin decoración y algunos restos de montículos de tierra”* y que por más que inquirió al respecto *“no he sabido que haya nada notable en el interior del país”* excepción hecha por Saccsayhuamán, *“la fortaleza del Cuzco, hecha de piedras enormes, unidas por junturas irregulares con mucho arte”*. Concluyó que se dedicaría a describir las costumbres de los habitantes y las rarezas del país en especial su riqueza mineral ya que :

“El resto de los caminos y acueductos que suelen mencionarse, no son tan raros como parara decidir a un curioso a atravesar un país lleno de desiertos, desagradable en si mismo y por las pocas comodidades que ofrecen para viajar”
(Frézier, 1982, 7)

Dedicó parte su relación a los Indios del Perú, *“a los cuales conoce mayormente a través de informaciones librescas”*. Presta atención *“al uso de la coca y otros hábitos”*, y redondea su información *“agregando la relación de los Incas y algunos pormenores de su historia”* (Núñez Hague, 1989, 87).

El retrato que pinta del indígena peruano lo hace comparándolo con el chileno, *“no son menos borrachos ni mujeriegos”*, a lo que debe agregarse *“que tampoco ambicionan riquezas”* y si en algo se diferencian de los australes es *“en lo que se refiere a bravura e intrepidez : son tímidos y sin ánimo”* (Frézier, 1982, 226). A diferencia de los timoratos indios peruanos, los australes son presentados por Frézier como sin reyes ni soberanos, tan sólo con jefes militares, como guerreros infatigables salidos de los tiempos heroicos, que combaten como los escitas, a caballo y con picas y lanzas que arrojan con gran destreza, y alimentándose tan sólo de saquitos de cebada o maíz, *“marchan al combate con mucha arrogancia, al son del tambor, con armas pintadas y la cabeza ornada con penachos de plumas”* (Frézier, 1982, 69).

Con respecto a la religiosidad de los indios del Perú afirmó que el cristianismo aun *“no ha arraigado bien en el corazón de la mayoría de ellos, donde conservan un marcada inclinación de su antigua idolatría”*, lo que Frézier se equivoca al pensar en que siguen adorando a sol *“la divinidad de sus mayores”*. Considera sin embargo que la docilidad que los caracteriza los predispone a *“aprender lo bueno en cuanto a costumbres y religión”*, partiendo de la premisa negada de que *“tuviesen buenos ejemplos ante sus ojos”*, viendo el mal comportamiento de los catequistas, que incluso usan de las costumbres supersticiosas de los indios en su beneficio al convertir los banquetes fúnebres en costosos entierros que se convierten en ofrendas para el cura (Frézier, 1982, 226). En esta descripción de la religiosidad de los indígenas peruanos vemos una gran diferencia con la de los aborígenes chilenos a los cuales califica de *“ateos”*, sin *“templos ni ídolos”* incapaces de entender que el concepto de *“alma”* y sólo capaces de comprender lo sensible, que acaso pudieran llegar abrazar el cristianismo si este no prohibiese la poligamia y la embriaguez, y con los cuales los misioneros estaban incapacitados para realizar cualquier progreso y la única señal de creencia en el más allá es el de dejar ofrendas de comida y chicha ante las tumbas (Frézier, 1982, 64).

Frézier añade a la descripción de los indios del Perú que son *“disimulados y socarrones”* pero *“ingeniosos”* cuando se dedican a las artes, aun cuando *“son grandes imitadores de lo que ven pero limitados en su inventiva”* (Frézier, 1982, 226). Esta afirmación de Frézier tendrá gran fortuna en la literatura posterior, pues será un comentario repetido y amplificado por Antonio de Ulloa, y gracias al diccionario de Alzedo, será un tópico usual en los siguientes viajeros y descriptores del Perú.

Según Frézier el odio de los indígenas por el trabajo en las minas, los lleva a mantener en secreto el paradero de las mismas, sabiendo que si lo revelan, en ellos “*recaería el trabajo de extraer los metales de las mismas*” sin sacar absolutamente ningún provecho, “*prefiriendo el vivir pobremente de su trabajo y en la última miseria*” (Frézier 1982, 229-30). Su miseria se puede ver en sus casas las cuales hacen:

“en redondo, como en cono, o más bien como se hacen las neveras, con una puerta tan baja que sólo se puede entrar encorvándose hasta el suelo, para estar más calientes. Como la leña es muy rara sólo quemar el estiércol de mulas, guanacos y llamas cuando tienen bastantes rebaños para proveerse de el... ...a falta de boñiga quemar icho, pero esas hierbas se consumen rápidamente...”
(Frézier, 1982, 234).

La obra de Frézier “*Relation de Voyage a la Mer du Sud*” tuvo gran resonancia editorial apareciendo en Paris en 1716. Su edición francesa de 1732 contiene su *Réponse au P. Feuillée*. La obra fue traducida al inglés, (Londres 1717), al alemán, (Hamburgo en 1718 y 1745) y al Holandés, (Amsterdam 1718). Esta sucesión de ediciones llevó a que las imágenes del indio como mujeriegos, borrachos, pusilánimes y grandes imitadores pero pobres creadores, poblara las páginas de los siguientes viajeros. También extendió la especie de un proceso de evangelización estropeado por el inadecuado ejemplo de los curas a cargo de las doctrinas. La influencia de Frézier se haría sentir en la literatura europea posterior, lo menciona Buffon en su ensayo “*Varietes dans l’espèce humaine*” (Buffon 2007, 393) hablando de los indios de Chile y del Perú. Así mismo *L’Encyclopédie* lo menciona como fuente en las voces *Gigante, Lima, Quipus y Algodón* (Encyclopédie, 1751). El abate De Paw lo cita en sus *Recherches Philosophiques* como fuente acerca de los gigantes Patagones (De Paw, 1770, 330).

1.12. Le Barbinais y la música

El comerciante, marino mercante y viajero francés La Gentil Le Barbinais, autor del “*Nouveau voyage autour du monde*” (1725) relata sus experiencias en el país en 1715 y 1716. Nos deja una visión algo escueta aunque interesante del carácter de los indios del Perú. Le llama la atención la vestimenta de las indias que cubren sus senos con una “*pequeña casaquilla que prenden con una aguja de plata de cabeza redonda*”, aludiendo de este modo a las *llicllas* y a los *tupus* que eran los rasgos distintivos de la vestimenta

de las mujeres indígenas y que seguirá llamando la atención de los viajeros incluso en el tardío siglo XIX. Asiste a fiestas indígenas en las que se recordaban *“muy claramente la memoria de sus últimos incas y se juntan en parajes alejados para celebrar su memoria”* y presta atención a su música, *“ellos cantan en su lengua y tocan sus flautas con aires melancólicos, que llevan a la compasión a aquellos que los atienden...”*. Le Gentil le Barbinais es el primer viajero que tiene la sensibilidad para prestar atención a estos cantos que se inscriben al decir de Porras en esos *“ritos y costumbres familiares... ..llenos de este sentido recordatorio y propiciador del pasado”* (Porras, 1969, 22), de esos cánticos con los que se revive la memoria de sus antepasados, del uso de su lengua autóctona, sus sonos y metros para conservar sus memorias antiguas.

Dicha experiencia lleva a La Gentil Le Barbinais a aseverar que los recuerdos de dichos cánticos propician entre los indios:

“un natural bilioso y de humor negro que los llevan al deseo de la muerte y a precipitarse de lo alto de las montañas para reencontrarse con sus príncipes y darles en el más allá los servicios que en este les brindaban (Barbinais, 1728, 84).

Estas opiniones de Le Barbinais corroboran las anotaciones de Estenssoro (1989,68) quien señala que el tema preferente de la música indígena es precisamente el recuerdo de la dinastía de los incas. Las opiniones vertidas sobre estas composiciones por Le Barbinais aun eran compartidas en los tiempos del Mercurio Peruano, así bajo el pseudónimo de Sicramio se señalaba al respecto de las expresiones musicales indígenas, en especial el Yaraví, que *“son regla en su natural, su condición, su genio y su humor, todo es propenso a los pánico y lo triste”*, así el carácter lóbrego de las composiciones se terminaba aplicando a la misma condición del indígena (Mercurio Peruano, 1966, 287; Estenssoro, 1989, 34).

Su obra se publicó en 1725, y aun cuando algunos especialistas lo tildaron de viajero imaginario como Durret o Coreal, se puede apreciar la calidad de sus anotaciones. Sin embargo las pinceladas un poco aisladas y el haber aparecido su obra a cierta distancia de los éxitos de Feuillée y de Frézier, dejaron a Barbinais en calidad de relator secundario en temas peruanos (Núñez Hague, 1989, 93-5).

1.13. Charles de la Condamine “incapaces de previsión y reflexión”

La Condamine destacaría del contingente de los expedicionarios mensuros del meridiano terrestre por el interés que demostró en sus escritos por las poblaciones y la flora de los territorios que fue visitando. Durante su viaje (1736-1743) y en los años subsiguientes, dedicó elocuentes y prejuiciosas páginas a los indígenas del Perú más cercanos al ideario racista anti lascasiano que a los juicios idealistas del período de las luces del siglo XVIII. Ve en todos los indígenas del Nuevo Mundo un “fondo común”. Sin embargo el “*fondo común*” aludido por el expedicionario, no necesariamente era una cualidad positiva, La Condamine describe a los indios como dotados de una “*insensibilidad*” la cual:

“dejo a vuestra elección si debe honrársela con el nombre de apatía o envilecerla con el de estupidez. Nace sin duda de corto número de sus ideas, que no se extienden más allá de sus deseos” (Condamine, 1967, 40)

La Condamine redondea esta idea presentándolos como “*incapaces de previsión y reflexión*” (Condamine, 1967, 40) a lo que aunaban la calidad de “*embusteros, crédulos y encaprichados con lo maravilloso*”² (Condamine, 1967, 61). La lista de imputaciones continúa relacionando a los indígenas con la falta de moderación el ser “*glotones hasta la voracidad*” cuando tienen con qué satisfacerse y convierte la virtud en defecto al motejarlos de “*sobrios*” si algo les falta, pudiendo llegar a “*carecer de todo, sin parecer desear nada*”. La siguiente acusación se relaciona con la “*pusilanimidad*”³, el ser “*poltrones en exceso*” estado del cual difícilmente salen si no son movido por la embriaguez. Refuerza el viajero esta idea declarándolos “*enemigos del trabajo*”⁴ e “*indiferentes a todo estímulo de gloria, de honor o de reconocimiento*”⁵ por lo que viven “*preocupados únicamente del presente y siempre supeditados a él, sin inquietud por el porvenir*”⁶. Finalmente concluye motejándolos de inmaduros pues cuando se encuentran a salvo de sus temores se entregan a una “*alegría pueril que manifiesta con saltos y carcajadas inmoderadas, sin objeto y sin designio*” y de este modo “*pasan su vida sin*

²Dice Matienzo en su Gobierno del Perú: “*Son muy crédulos, fáciles y mudables y amigos de novedades*” (Matienzo, 1910, c IV, 14).

³Dice Matienzo en su Gobierno del Perú: “*Los indios son pusilánimes y tímidos de los que les viene su melancolía*” (Matienzo, 1910, c IV, 14).

⁴Dice Matienzo en su Gobierno del Perú: “*Son enemigos del trabajo, amigos de la ociosidad*” (Matienzo, 1910, c IV, 14).

⁵Dice Matienzo en su Gobierno del Perú: “*No piensan que merecen bien ni honra y así es que la tienen ni procuran*” (Matienzo, 1910, c IV, 14).

⁶Dice Matienzo en su Gobierno del Perú: “*Conténtanse con lo que han de menester para una semana... para ellos no hay mañana*” (Matienzo, 1910, c IV, 15).

pensar y envejecen sin salir de la infancia de la que conservan todos los defectos". Sus lenguas *"carecen de la capacidad de expresar ideas abstractas"* y llegan a admirarse ante la presencia de una piedra común a la que consideran objeto extraordinario (Condamine, 1993, 40).

La Condamine reflexiona si este de este *"embrutecimiento"* se origina por la larga y dura servidumbre⁷ tan cercana a la esclavitud que *"para serlo sólo les falta el nombre de esclavos"* por lo que podría llegar a pensarse que *"esta especie de embrutecimiento nace de la servil dependencia en que viven"* o si en su defecto dicha *" semejanza con los brutos"* les es connatural. Se decanta finalmente por la hipótesis de su irracionalidad conclusión a la que llega observando a *"los indios de las misiones y los salvajes que gozan de libertad"* encontrándolos *"por lo menos tan pobres de ingenio, por no decir tan estúpidos como los otros"*. Su conclusión alejada de la idea del Buen Salvaje es que *"no puede verse sin avergonzarse como el hombre abandonado a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia"* (Condamine, 1993, 40).

La Condamine se convierte de este modo en el renovador dieciochesco de la visión negativa y prejuiciosa sobre los indígenas peruanos. Su asimilación a los brutos resonará en la mayoría de los seguidores así como la insensibilidad de su trato. Su descripción del indio se emparenta sin embargo con las voces de los letrados españoles del siglo XVI en especial como queda probado por las citas textuales arriba indicadas con Juan de Matienzo en su Gobierno del Perú (1567), al que sigue casi literalmente. Anteriormente Brading había llamado la atención sobre esta *"continuidad entre la Ilustración y el Renacimiento"* indicando que La Condamine se expresaba *"con voces dignas de Sepúlveda"* (Brading, 1991, 457). Francisco de Solano considera que los juicios de Ulloa acerca del indio *"se hallan contaminados por los prejuicios de sus compañeros franceses de la Real expedición"* (Solano, 1999, 138). Cabría al respecto el preguntarse si la contaminación de la visión pasó del francés al español o viceversa. Tratándose de una

⁷Estos argumentos iniciados por La Condamine, tendrán una larga evolución. Pasarán a varias de las observaciones de Ulloa en la sección a su cargo de las Noticias Secretas, serán acogidas por otros tratadistas y serán finalmente recogidas en el debate de las Cortes de Cádiz. Morales Duárez considerara intolerables *"los argumentos que se habían esgrimido sobre la incapacidad de los indios e incluso enfatizó la notable diferencia entre la falta de ilustración (es decir falta de educación) y falta de capacidad (es decir falta de inteligencia). Culpaba a la Corona española de haber sepultado a los indios en las minas descuidando su educación. Pero a la vez advertía la presencia de "indios educados en las ciudades que en nada varían de las gentes cultas"* (O'Phelan, 2014, 94).

suma de prejuicios manejados ampliamente en el virreinato desde los tiempos toledanos, resulta mucho más probable que formaran parte de la educación española que de la francesa, debemos concluir que es bastante más probable que la contaminación toledana pasara de los locales al visitante francés que no al revés.

La novedad y la credibilidad de La Condamine, *“el más respetado viajero filosófico que en el siglo XVIII visitó los Andes”* (Cañizares, 2007, 46) se mantiene a pesar de utilizar y seguir tan de cerca al debate vallisoletano, debido a que utilizaba *“evidencia empírica”* y *“nuevas técnicas retóricas y visuales”* (Cañizares, 2007, 46), pero también debido a que pertenece a la Academia de Ciencias de París, a que escribe en francés, la lengua culta por antonomasia durante el siglo XVIII, a que sus códigos son *“modernos”*, es decir *“su declaración programática de hacer conocimiento no desde el testimonio de los hombres sino desde las evidencias del mundo, desde los hechos y no de las palabras”* (Pimentel, 2003, 49). Su posición y sus recursos le permiten alcanzar las mismas conclusiones de los tratadistas toledanos y no resultar inmerso en la Leyenda Negra. Finalmente estos eran los mismos temas que se reflejaban en la famosa discusión acerca de las pirámides de Quito, en la que se quería dejar en claro que la Ciencia venía de Francia y que España quedaba en una posición secundaria⁸. Es la misma posición la podemos encontrar años más tarde reflejada en la *“Défense des Recherches philosophiques sur les Américains”*, (1770) de Cornelius De Paw, quien analizando la veracidad de los relatos de viajeros equipara a los españoles con los jesuitas *“groseramente prejuiciosos e inexactos, no por malicia sino por superstición e ignorancia”* motejando a las obras de los peninsulares como *“deplorablemente supersticiosos y exagerados, y unos grafómanos exasperantes que al ser traducidos al francés sus obras bien pueden ser cortadas por la mitad”* (De Paw, 1770, c 36, 200).

Este grado de confiabilidad otorgado por los públicos europeos a La Condamine no se resquebrajaría ni siquiera cuando el viajero buscara entre las tribus selváticas a los pueblos míticos de las amazonas, de manera idéntica a como los cronistas españoles lo habían hecho casi tres siglo antes. Como bien ha señalado Pimentel, *“la búsqueda de lo extraordinario e insólito siguió funcionando como medio para cautivar la atención de*

⁸Al respecto véase el análisis sobre el episodio de las Pirámides de Quito en Hernández Asencio, *El Matemático impaciente: La Condamine, las pirámides de Quito y la ciencia ilustrada (1740-2752)* (2008).

los lectores pero bajo un horizonte bien distinto” se intentaba, explicar, razonar y entender el fenómeno, es decir “*extirparle su condición de prodigio*” (Pimentel, 2003, 63). Así estas belicosas mujeres estarán ubicadas siempre (como lo fue desde las primeras descripciones colombinas) en territorios no alcanzados:

“todos los informantes nos dijeron que lo había oído de sus padres, añadiendo mil individualidades... ..los más refirieron que ellas pasaron a la banda del norte del río en el interior del continente hacia el río Negro... incluavao un soldado viejo del Presidio de Cayena informó sobre las esmeraldas que venían de las tierras de las mujeres sin marido cuyas tierras distaban unas siete u ocho jornadas hacia el Occidente” (Condamine, 1745, 57).

La crítica a estas fuentes realizada por La Condamine se da en el hecho de que habiendo tantos pueblos selváticos con lenguas ininteligibles para unos y otros todos mencionaran siempre la misma historia de aquellas mujeres contada de una manera muy semejante (Condamine, 1745, 57). El Conde Buffon nuevamente mencionará a La Condamine cuando trate de estas mujeres “*de las que tanto se ha escrito sin presentar pruebas positivas de su existencia*” (Buffon, 2007, 391).

La Condamine finalmente presentó los resultados de su viaje ante la Academia Real de Ciencias el 7 de noviembre de 1745 bajo el título de *Relation Abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale* que fue publicada en ese mismo año. Su aventura era publicitada un año después de que Brouger narrara ante la Academia las peripecias y los resultados de las mediciones ecuatoriales, pero su publicación se demoró hasta 1749. La tardanza en la publicación y el hecho de que las pruebas sobre la forma de la tierra ya no tenían mayor significación después de la presentación de los resultados paralelos conseguidos en Laponia por Maupertius, en noviembre de 1737, siete años antes, restaron espectacularidad a las revelaciones de Brouger. También pesó que la audiencia partidaria de Cassini y sus posiciones cartesianas viera con malos ojos el triunfo de los newtoneanos. No ocurrió lo mismo con La Condamine cuya sugerente relación del viaje amazónico describiendo pueblos no contactados por europeos previamente, encontrando animales y vegetales ansiados como la quinina o ignotos como el caucho, e incluso buscando a las míticas amazonas, encendió la imaginación de los europeos y convirtieron a La Condamine en el verdadero vocero de la expedición. La *Encyclopedié* lo cita en multitud de voces, *río de las amazonas, cerbatana, cóndor, Chimborazo,*

atracción de las montañas, chirimoya, cordillera de los Andes, cocodrilo, curupa, danta, figura de la tierra, Guyana, lenguajes, Orinoco, Pará, péndulo, picaflor, Pichincha, quinina, tórrido, viruelas. Estos resultados son tanto más elocuentes cuando comprobamos que la voz *Amérique* en la Encyclopedié presentaba tan sólo 16 líneas de texto en las que sin embargo se mencionaba al país de las Amazonas, testimonio de la actualidad conferida al mito por el relato de La Condamine (Encyclopedié, 1751).

1.14. Bouguer y el influjo climático

Compañero de La Condamine en la Misión Geodésica Ecuatorial de 1735 a 1742, fue Pierre Bouguer quien presenta una atípica interpretación de la teoría del influjo climático. Como viven en una temperatura tan diferente esta le produce efectos muy marcados como una alteración pasajera de su color cutáneo cercano al tono del cobre independientemente de la pintura roja con que se recubren y que muchas veces equivocadamente es considerado su verdadero color. El autor los compara con aquellos que viven del lado occidental de la cordillera sobre el Mar del Sur “*que son casi tan blancos como nosotros*” pues ellos que viven en un país con calma perfecta no están expuestos a un “*halo violento y continuo que sopla del este*” que si llegara a los indios del lado occidental también los volvería tan rojizos como a los otros. Este viento o halo es atajado por las cordillera y “*pasa una legua sobre sus cabezas*”. Independientemente de esta influencia que se manifiesta en la carnación, ellos se distinguen de nosotros en la falta de barba y vello corporal, en sus largas cabelleras del pelo negro, lacio, grueso y muy fuerte. Concluye de este modo “*si uno piensa que la distinción de la carnación viene de la temperatura y del clima, podrá concluir que todos los demás accidentes dependen de las mismas causas*” (Bouguer, 1749, CII).

Al describir a los indios “*que viven en Repúblicas a cargo de un cura o un gobernador*” o en el lado Occidental, el discurso de Bouguer se transforma sorprendentemente y toda su benevolencia y admiración hacia los selváticos se troca en desprecio y aprensión hacia los habitantes de la sierra. Los considera seres muy diferentes pues frente a los selváticos que son buenos, los del lado occidental son de calidad malvada (*mauvaises qualités*) lo que podría traducirse en distintos sentidos como siniestros o sin talento. Son “*perezosos en extremo*”, incluso “*estúpidos*”, “*indolentes*” y se podría llegar a suponer que ellos consideran “*inútil el pensar*”, cuando se los ve permanecer jornadas enteras, en el mismo lugar asentados sobre sus talones sin apenas moverse ni decir nada. Son

“indiferentes a las riquezas o las comodidades”, desprecian el dinero y la plata, tal vez por la inutilidad de la explotación minera que a ellos poco provecho les aporta, y sus posesiones son inexistentes, una camisa y una pieza de tela del país usada como *“dalmática”* los visten, y duermen sobre una pieza de cuero y pasan largo tiempo sin comer vianda alguna. Lo curioso es que Bouguer pareciera atribuir estas cualidades más a los efectos de la misteriosa aura *“climática”* que los afecta que a los abusos *“coloniales”* a los cuales son sometidos estos indios de comunidad (Bouguer, 1749, CII; Patrucco, 2018).

1.15. Ulloa y sus tres tratados sobre el indígena

En su Viaje a la América Meridional de 1736 a 1746 y en otras estancias varias, Ulloa describirá la América del Sur desde Portobelo hasta Chile prestando atención al territorio, a las ciudades, a sus poblaciones y producciones. En ellas presentó un cuadro comprensivo de los distintos pobladores del virreinato y desplegó su triste imagen del indio. Si La Condamine hablaba con desprecio y sin caridad, Ulloa lo superará en todos sus extremos.

La descripción del indio hecha por Ulloa fija principalmente los siguientes hechos:

a- Los indios actuales son inferiores a sus antepasados.

La primera crítica que acomete Ulloa sobre los Indios se refiere a la desfavorable comparación que surge de contraponer su miserable estado actual con los logros que alcanzaron los antiguos peruanos, en sintonía a lo que previamente había dicho Frézier. Ulloa señala al respecto:

“lo que se dice de los antiguos indios del Perú tocante a su industria o sagacidad y otras que les faltan al presente en cuanto a la luz que se dice tuvieron de algunas ciencias a la sabia conducta y disposiciones que se alaban de su gobierno y a la racionalidad con que vivían en la puntual observancia de sus leyes.” (Ulloa, 1984, 461)

Muy posiblemente Ulloa estaría dispuesto a tildar de increíbles los relatos de escritores que dieron esa visión de los adelantos civilizatorios de los antiguos pobladores, en especial Garcilaso a quien Ulloa resume en la última parte de su *Viaje* de no ser patente la grandeza de sus edificaciones que se aprecian hoy en ruinas y en parajes muchas veces hoy abandonados. Aquellas obras portentosas de los antiguos *“existen y son objeto de*

admiración y (casi ni se puede) darles entero crédito” (Ulloa, 1984, 461). Pero la comparación no sólo se reduce a las creaciones materiales, las grandes fábricas de los edificios de los tiempos de su gentilidad sino a las creaciones intelectuales:

“Aumentase la admiración al concebir que aquellas gentes, tan avisadas para disponer leyes justas y establecer un gobierno tan particular como el que tuvieron, no demuestren señales en los fondos de su espíritu para haber podido alcanzar tanta economía y civilidad, siendo sin duda alguna la misma gente y no distintos unos de otros en muchas de sus propiedades y costumbres...” (Ulloa, 1984, 461)

b-Los indios actuales bien podrían ser motejados de irracionales.

Después de señalar Ulloa la diferencia existente entre los antiguos y modernos indios continua su demolición señalando su barbarie de una manera concordante con lo señalado por Sepúlveda quien había dicho:

“...que no viven conforme a la razón natural y tienen costumbres malas públicamente entre ellos aprobadas. ora les venga por falta de religión, donde los hombres se crían brutales, ora por malas costumbres y falta de buena doctrina y castigo. ” (Haenke,1959, 83).

Así Ulloa arguye:

“al ver en los presentes tiempos unas gentes poseídas totalmente de ignorancia, llenas de rusticidad y poco apartadas de una oculta barbarie, como la que se nota entre aquellos que casi a imitación de irracionales viven esparcidos en los campos, formando habitación de los bosques y lugares más incultos” (Ulloa, 1984, 461).

Ulloa pareciera retroceder incluso a los tiempos anteriores a la Bula *Sublimis Deus* en la que Paulo III en 1537 condenaba a todos aquellos que trataban a los indios “*como si fueran animales y los reducen a servidumbre urgiéndolos con tantas aflicciones como las que usan con las bestias”*. Bien pudiera incurrir Ulloa en el repudio papal al señalar:

“si se miran como hombres parecen desdeñarse de la excelencia del alma la corta comprensión de sus espíritus, tan sensiblemente, que apenas se puede concebir en ellos en algunos casos otra idea que la de su semejanza a las bestias y aún a veces sin la prerrogativa del instinto propio de estas. ” (Ulloa, 1984, 462).

Y unas líneas más abajo Ulloa ensambla ambas ideas:

“viendo su barbarie, su rusticidad, la extravagancia de su opinión y método de vivir no sería muy extraño que no encontrándose en ellos los accidentes de la racionalidad, los creyese dignos de ponerse no muy lejos del paralelo de los brutos” (Ulloa, 1984, 462).

Es claro que Ulloa está pensando siempre en el indio del común, y que no engloba dentro de su visión a los indios pudientes, a los caciques y grupos semejantes.

Ulloa se ve precisado a reconocer que esta rusticidad proviene mayormente de *“su poca cultura”* dado que muchos de estos indios *“se hallarán tan racionales como los demás hombres; y si no tan pulidos como las naciones cultas a lo menos con capacidad para distinguir las cosas y conocerlas”* (Ulloa, 1984, 474). Al respecto Monique Alaperrin-Bouyer recoge en su estudio sobre la educación colonial en los colegios de los caciques, el sentimiento imperante en fuertes grupos de la población para las cuales aun entre las élites indígenas (y no se diga entre el pueblo indígena):

“a pesar del desprecio que manifestaban por la capacidad intelectual de los indios, tenían que reconocer que algunos aprendían bien y pensaban que un saber equivalente al de los cristianos los volverían aun más peligrosos... se manifestaba así un sentimiento que no se puede confesar: el que el temor a que los indios al saber demasiado encontraran argumentos lógicos para refutar el dominio hispánicos, la educación de los indígenas amenazaba la autoridad y el poder colonial hispánicos” (Alaperrin-Bouyer, 2007, 32).

Ulloa plantea una clara distinción entre los indios urbano y los rurales, y suscribe otra de las ideas seicentistas, el del carácter beneficioso de someter a los indígenas a una existencia regida por la urbanidad y la buena policía. De este modo encuentra que los indios crecidos en las ciudades y *“ejercitados en los oficios mecánicos”* resultan ser *“expertos, capaces y no tan poseídos de errores”*. A esto se debe unir el uso de la lengua castellana pues sólo a través de ella es posible *“el comercio racional con los españoles”* lo que contribuye a *“sacarlos de la ignorancia”*. Algo que resulta imposible cuando sólo hablan sus lenguas nativas pues cuando *“hablan ellos entre sí, su comunicación no puede contribuirles más luces que las cortas a que todos yacen reducidos”*. De este modo termina señalando que *“la lengua castellana les daría más luces de racionalidad que las que al presente gozan”* (Ulloa, 1984, 476-7).

c-Son perezosos y desinteresados

Ulloa piensa que sin duda la pereza es uno de los mayores defectos que se atribuyen al indígena “*su inseparable compañera*” y en grado tal que “*ni la conveniencia propia ni la obligación de atender los encargos de sus amos*” los lleva a cumplir con sus tareas. Esta característica resulta casi imposible de erradicar en la medida de que prácticamente “*no hay cosa que los altere o inmute*”, siendo el interés entre ellos de “*muy reducida autoridad*” por lo que resulta prácticamente imposible conseguir de ellos un pequeño servicio “*aunque se les ponga a la vista una recompensa grande*”. Pues no los estimula ni el el temor, ni son inducidos por el respeto o el castigo, por lo que para que cumplan con sus labores no bastará que se les indique que hacer sino que habrá que velar permanentemente sobre ellos, y “*al corto rato que se descuida suspende el indio el trabajo hasta que siente volver al que le ha de reprender*”. De todo esto resulta un “*genio particular*” que no les permite salir del “*ese reposo natural*” ni de dejar la “*ruda ignorancia*” ni apartarse de la “*inadvertida sencillez y descuido*” con que se vuelven inútiles todos los esfuerzos por cambiarlos (Ulloa, 1984, 463-4). El hilo trazado por Ulloa en la presentación del indio cargado de malas costumbres y vicios, apunta a presentarlos como incapaces de gobernar sus personas, lo nos remite al antiguo razonamiento aristotélico reformulado por Matienzo “*siendo (los indios) de estas condiciones y costumbres les está mejor ser sujetos a españoles y gobernados por ellos*” (Matienzo, 1910, c 4, 15).

Una característica del Indio del común que no deja de asombrar a Ulloa es el desinterés hacia lo material. Esta peculiaridad de su genio podría ser considerada acaso como algo encomiable, comparable a los hombres “*antiguos del Siglo de Oro*”. Sin embargo Ulloa no pierde la posibilidad de desprestigiar esta virtud señalando que sería algo positivo si no fuera porque esa misma “*indiferencia con que miran todas las cosas temporales no se extendiese también a las eternas*” (Ulloa, 1984, 462). Cabe señalar que Ulloa no se fija en los indios prósperos y los indios nobles que bien podrían servir de contrapeso a sus observaciones.

Esa misma indiferencia los hace “*inmutables a los contratiempos y no sensible a las felicidades*”. Su pobre vestimenta los alegra tanto como para los europeos lo sería el uso de “*exquisitas y prolijas galas*”. Sus casas “*tan reducidas como se las pueda imaginar*” albergan sólo un fogón y pobres vasijas de barro, unas cuantas “*gallinas y cuyes*” sin ningún mobiliario ni siquiera camas ya que duermen “*en una o dos zaleas de carnero*” y

pernoctan en cuclillas y sin desnudarse⁹ (Ulloa 1984, 462). Estas casas tan pobres “sin muebles que les hurten” quedan frecuentemente desguarnecidas “un pedazo de cuero ... les es llave muy segura” y si el viaje ha de ser de algunos días “lo dejan todo fiado a sus perrillos” (Ulloa, 1984, 468).

Este desapego ante lo material se manifiesta incluso ante las formas de alimentación “tan rústica” pero apreciada por ellos “como con las más regaladas que pudieran ofrecérseles” y según se muestra “tan poco apego o inclinación en todo que lo más corto, breve y simple es lo más adecuado para su natural” (Ulloa, 1984, 463). Esta tesitura llega a su máxima expresión durante los viajes en los que una cucharada de “machcca” les es suficiente “para un viaje de 50 o 100 millas” (Ulloa, 1984, 467).

Estas observaciones sobre la habitación, la vestimenta y la alimentación distan de ser anecdóticas en la medida en que están enmarcadas en los juicios que desde los tiempos clásicos los griegos hacían de sus interlocutores bárbaros para medir el nivel de su desarrollo, dejando de lado su forma de gobierno y de administrar justicia, sus modos de vestir, alimentarse, alojarse y las fábricas de sus viviendas serán temas que servirán al autor clásico para establecer el status cultural de la población a juzgar. Durante el siglo XVIII el viajero ilustrado generalmente sigue instrucciones como aquellas dadas por Linneo en su *Instructio peregrinatoris* (1759) u otras anteriores dadas a los miembros de la Royal Society (1759) que incluyen la descripción de las “costas, los suelos, las islas, sus habitantes” y que recogen en su ideal de una descripción objetiva del mundo, los modos clásicos de describir a las sociedades (Pimentel, 2003, 65 y ss).

En el juicio de Ulloa, todas estas características muestran de su desapego a lo material e índices de su rusticidad, si bien podrían tener la ventaja de brindarles a los indígenas “tranquilidad de espíritu” simultáneamente los lleva a un “no adelantar en nada” durante sus vidas, característica que los sume aun más en su pauperismo. Esta simpleza de ánimos los lleva incluso a trasladarlo al ejercicio de sus funciones las cuales rechazan, así desperdician cargos y honores estando tan prestos a servir “el ministerio de alcalde... como el de verdugo” (Ulloa, 1984, 462).

d-La embriaguez habitual es causa de su degradación

⁹El Tercer Concilio Limense (1582) insistía en que los indios “debían asistir a la iglesia limpios y acicalados ... y que usaran camas para dormir y que sus alcobas parecieran viviendas de hombres y no corrales de ovejas para lo cual los lechos debían estar separados”. Matienzo señalaba “que cada casa tenga habitaciones y cada una con su cama a manera de que los hijos no durmieran con sus padres” (Sánchez-Concha, 2013, 173).

Pero toda la admiración que despierta en Ulloa la frugalidad de los indígenas queda rápidamente olvidada cuando se pasa al tema de la bebida. La embriaguez es vista por los viajeros como una de las principales causas de la degradación del indio y nuevamente argumento acreedor de las antiguas críticas relacionadas a las “borracherías” que los doctrieros censuraban en el comportamiento indígena¹⁰:

“Para lo único que no se niegan y están prontos es para las cosas de diversión y alegría, a las fiestas y funciones donde hay danzas y a todo lo que es regocijo, pero siempre ha de acompañar a este el de la bebida, colmo de todos los suyos dan principio a ella con el día y no cesan hasta que totalmente tienen perdido el sentido” (Ulloa, 1984, 465).

Siendo esta general a todos los varones de todos los niveles y cargos, a excepción de las mujeres:

“Es tal la propensión que tienen a la embriaguez que no se escapa de incurrir en esta falta ni el cacique por su superioridad ni el gobernador o alcalde por su carácter; cuando tienen alguna fiesta o celebridad, todos concurren a ella y beben igualmente hasta que depuestos de la razón, quedan rendidos a los vapores de la chicha” (Ulloa, 1984, 465).

Ulloa no oculta su aversión por las fiestas del calendario litúrgico utilizado por los sacerdotes en su beneficio económico personal que induce estos quebrantos en la vida de los indígenas y lo propone como uno de los temas a reformar.

La embriaguez se alarga por varios días usando de la costumbre de tomar el “concho”, es decir que al día siguiente *“beben los asientos que quedaron del antecedente”* y al final del día llevan las botijas de sus casas *“así queda nuevo concho para el tercer día y sucesivamente no se terminará hasta acabarse la chicha, el dinero y el crédito para comprarla”*. Los sacerdotes aparecen al tercer o cuarto día para *“vaciarles toda la chicha, separándolos para que no vuelvan a comprar otra”*. El mayor mal que estas borracheras generalizadas causa es que *“los transforma”* y al dormir todos juntos en estado etílico *“no hay reparo en tomar uno la mujer del otro, su propia hermana, hija u otra de no más distante parentesco”*¹¹. Incluso la bebida se convertirá en el elemento esencial de los entierros, poniendo botijas de chicha en la casa donde se lleva a cabo el duelo *“y no sólo*

¹⁰ Decía Matienzo: “Son enemigos del trabajo, amigos de la ociosidad y de beber e idolatrar y emborracharse” (Matienzo, 1910, c 4, 15).

beben los dolientes... sino que salen éstos a la calle y obligan a cuantos de su nación pasan... a que entren a beber en honor del difunto” y así lo hacen por cuatro a cinco días (Ulloa, 1984, 466).

e-Son buenos artesanos

Ulloa aborda el tema de lo industrioso de los indígenas señalando *“lo que se dice de los antiguos indios del Perú tocante a su industria..... les falta al presente”* (Ulloa, 1984, 461). Sin embargo un poco más adelante Ulloa precisa su opinión señalando que lo minucioso del trabajo de los indios los ayuda en la creación de sus artesanías¹² pues son de:

“un natural pausado y en sumo grado espaciosos, lo que se ve acreditado en las obras tan prolijas a que se suelen dedicarse, de aquí nace que en reparándose alguna aunque de corta sustancia, que requiera mucho tiempo y flema es regular el decir ser solo un indio capaz de ejecutarla” (Ulloa, 1984,464).

Se admira el viajero del grado de atención que pueden prestar a sus trabajos y a los resultados conseguidos¹³:

“En los tejidos, alfombras, colgaduras de camas, colchas y otras semejantes, no dictándoles otro mejor medio su industria, tienen para cada trama la paciencia de ir cogiendo los hilos uno a uno, contarlos a cada vez y correrla después; con que, para acabar cualquiera de estas obras, se suelen tardar dos y tres años, según es de grado y según los que en ella trabajan” (Ulloa, 1984, 464).

Ulloa considera que la *“falta de artificio y luces”* que demuestran en algunos campos, si se les guiase y educase, con lo que pareciera sugerir el establecimiento de escuelas de perfeccionamiento en estas materias, *“les serían muy provechosas por la grande agilidad y comprensión que tienen a toda suerte de obras de mano de que dan irrefragable testimonio las antiguas que todavía se conservan... en todo el Perú”* (Ulloa, 1984, 464).

Ulloa queda gratamente impresionados por las habilidades de estos indios artesanos que eran numerosos en las ciudades en las que conformaban gremios en los cuales su presencia era tan numerosa que debían tener gremios duales, es decir un gremio de indios que ofrecía importante competencia con el similar de españoles. Para el Cuzco fue célebre el de pintores indígenas, en Lima de sastres, zapateros, botoneros, silleros, en Huamanga

¹² Al respecto señalaba Matienzo: *“tienen habilidad en los oficios mecánicos de todos los géneros de tal manera que hacen cuanto les manden”* (Matienzo, 1910, c 4, 15).

el de bordadores etc. Al decir de Quiroz, estos gremios indígenas funcionaban de una manera más cercana a la de una cofradía que a la de un gremio, al punto que ambas palabras se intercambiaban en los documentos oficiales, pero de todos modos cumplían con la defensa de su producción y muchos españoles intentaban ingresar a los gremios de indios y no faltaron conflictos entre ambas secciones del gremio (Quiroz, 1995, 65; Mesa y Gisbert, 1982, apéndice).

Otra virtud que se atribuye a los indios es la poca afición que tienen al juego de azar *“tan poco son dados a el, que no se les percibe afición alguna entre ellos mas que uno que se conserva desde los tiempos de la gentilidad que llaman pasa”*. Y el viajero abunda *“aun siendo este juego propio de ellos, lo acostumbran muy poco o por los regular sólo al empezar a beber...”* (Ulloa, 19884, 467).

Uno de los términos con los que se califica a los indígenas es el de supersticiosos. Ulloa indica *“Son todos agoreros y muy supersticiosos propiedad que conservan desde su gentilidad...”*. De este modo no es difícil ver como *“se valen de mil diabólicas composiciones y artificios para tener fortuna ... y para cuanto imaginan. Sus entendimientos están embelesados en estos engaños...”* (Ulloa, 1984, 469).

f-Sus mujeres son diligentes

La visión de la mujer indígena varía notablemente con respecto al varón. En contraste a las duras críticas señaladas frente al indio, la mujer es vista como sostén de la familia, se alaba su dedicación y cariño, su abstinencia y piedad. Tiene, así mismo, que enfrentar la pereza y embriaguez de sus maridos que lo *“dejan todo al cuidado de las indias”* ellas los visten *“hilan y con ello labran las camisetitas y calzones, único vestuario de los maridos”*, y los alimenta *“les preparan la machca ... y la camcha y les fabrican la chicha”* mientras ellos las asisten *“en cuclillas... viendo trabajar a la mujer bebiendo o arrimado a un fogoncillo sin moverse hasta que la necesidad le insta a hacerlo para comer o acompañar a sus amigos”*. El trabajo del campo *“la siembra con lo demás del cultivo queda a cargo de la mujer y los hijuelos que tiene”* que el hombre realizará la faena del arado (Ulloa 1984, 464).

Serán las mujeres las que mostraran la cara *“dejando las que respondan y nieguen el estar cercanos”* (Ulloa, 1984, 464). Las mujeres viajarán largas distancias cuidando a su prole y *“cargando a las espaldas con los hijos tiernos que todavía no andan”* (Ulloa, 1984, 461). Y se les reconoce el no caer en el vicio de la embriaguez: *“se conservan*

libres de este vicio (acostumbrándose) que sólo los padres de familia residía la facultad de beber en demasía y les sea lícita la embriaguez, como personas que tienen quien las cuide cuando estén fuera de sí” (Ulloa, 1984, 465).

g-Son incestuosos.

Sin embargo también los expedicionarios dieciochescos tendrán fuertes reparos contra la mujer expresados del siguiente modo *“la fuerza de la mucha bebida los transforma, duermen allí todos juntos y no hay reparo en tomar uno la mujer del otro, su propia hermana, hija u ora de no más distante parentesco”*¹⁴ (Ulloa 1984, 466).

Ulloa critica que al escoger el hombre a su mujer, preste poca importancia a su virginidad. Aun así la pide al suegro al que recompensan con trabajos en sus chacaras, y tras algunos meses de matrimonio a prueba suelen dejarla por no a gradarle o lo que es peor por *“el bárbaro motivo arriba dicho que no habiéndola querido antes nadie”*. Si no se da este arrepentimiento conviven *amañándose* con ellas con tal firmeza como si se tratara de matrimonio formal y solemne y luego *“sólo acuden a la velación matrimonial”* (Ulloa, 1984, 471). Sin embargo pronto caerán en el incesto el cual empieza ante la falta del marido, ya que no es raro el cambiar de mujeres. A lo que la mujer ofendida huye con otro hombre *“para vengarse del agravio”* y al ser reprendidos por el cura con *“dan por disculpa esta causa”* y el origen de esto incestos reside en las grandes desórdenes de las festividades *“ya a causa de la embriaguez”* o por motivos aun más complejos como expresa Ulloa *“ya porque no conociendo honor ni afrenta, nada hay que los pueda retraer de la inclinación a sus apetitos”*¹⁵ (Ulloa, 1984, 472).

La situación del indio inclinado al incesto y a los desórdenes carnales sería mucho peor si la naturaleza *“robusta y sana”* de los indios no los hiciera muy resistentes a los males venéreos que pocos padecen *“por la cualidad de sus humores”* aunque ellos atribuyen la resistencia al consumo de la chicha. No presenta semejante resistencia a las viruelas que es la enfermedad que mayores estragos causa y *“de la cual escapan muy pocos cuando les dan”* enfermedad reputada en el país *“por la más pestilente de cuantas se experimentan”* y no saben tratarse, ya que ni cambian de ropas, ni camas, ni alimentación durante la enfermedad por lo que si alguno se salva es por *“esfuerzo de su naturaleza”* y

¹⁴ Al respecto señala Matienzo: *“No tienen por injuria que los acoten ni que tomen por sus mujeres, hijas o hermanas”* (Matienzo, 1910, c 4, 14).

¹⁵ Matienzo señala: *“y borrachos cometen graves delitos, son viciosos de mujeres”* (Matienzo, 1910, c 4, 15).

no “*por los auxilios que reciba*”. Aquellos que se salvan suelen llegar a edades longevas “*de más de cien años*” (Ulloa, 1984, 472-8)

Pero J. Juan y A. de Ulloa llevaban además otro encargo, el de elaborar un informe reservado sobre la situación del virreinato del Perú. Las instrucciones demandaban tener el cuidado de “*que no las sepa con tanta puntualidad el extranjero*”. Esta monografía conocida popularmente como las *Noticias Secretas de América* llevaron el explicativo título de *Discurso y reflexiones políticas sobre el estado presente del Perú su gobierno, régimen particular de aquellos habitantes y abusos que se han introducido en uno y otro*. Fueron redactadas en 1747, cuando ya se había acabado de escribir el primer borrador del *Viaje a la América meridional*, por órdenes del Marqués de la Ensenada como un arma política contra sus detractores, incorporando no sólo datos traídos de América sino una serie de datos y expedientes que se les suministraron en la corte y en la Secretaría y Consejo de Indias. Frente a las críticas que planteaban, desarrollaron propuestas de solución, en concreto con respecto a los problemas del indio, sostuvieron que se debía buscar corregidores idóneos, se debía eliminar la mita, se debía prohibir la venta de las tierras de los indígenas, y el meollo centrado en el control del poder de los curas sobre los indios, y su remoción de los curatos, prefiriendo a los seculares y a los jesuitas en todo caso, pero lamentablemente “*las propuestas hechas en las Noticias Secretas no tuvieron ningún peso en la política del momento*”. Su carácter de secreto se mantendría hasta su publicación en Londres en 1826, con la edición de David Barry “*cuyo texto original apareció considerablemente alterado*”. La redacción de esta obra según Ramos Gómez fue por separado las primeras once sesiones a cargo de Ulloa y a Jorge Juan se le debería el resto de la obra (Ramos Gómez, 1984, 12, 383, 397; Solano, 1999, 126).

A Ulloa le tocará nuevamente hablar del indio en las *Noticias Secretas* pero curiosamente y con sólo un año de diferencia con respecto al *Viaje* tendrá un acercamiento mucho más compasivo, excusando y explicando constantemente la razón de los vicios del indígena, atribuyéndola no pocas veces a la injusticia ejercida por los funcionarios y sacerdotes hispánicos, en esto radica la fundamental diferencia frente a La Condamine, quien señala a la naturaleza del indio como la causa de su degradación mientras las *Noticias Secretas* culpa a la colonización española como elemento fundamental de esta degeneración. Hará incapié en su minoría de edad jurídica ya que en su falta de cultura, de manejo del castellano y principios jurídicos, “*en su cortedad y encogimiento*”, y “*cortos alcances*

de su entendimientos” carezcan de los medios para defender sus derechos por lo que debe reputárseles por menores especialmente para que no se les pueda quitar sus tierras con lo que más adelante se vea privado de su medio de subsistencia (Juan y Ulloa, 1984, 305). Las Noticias Secretas de América abundarán en esa dirección de entendimiento bondadoso de las carencias del indígena señalando que no se puede negar que sean *“lentos, dejados y espaciosos”* pero estando el gobierno de América asentado de un modo tan malo para el indígena *“que toda aquella nación está tan displicente y agraviada del trato que recibe de los españoles que no es mucho el que todo lo hagan de mala gana”* (Juan y Ulloa, 1984, 287). A esto se une que el presente sistema en el que carecen de incentivos es más fácil inclinarse hacia su pereza que hacia sus labores:

“para los indios es lo mismo ganar dinero a costa de su sudor y fatiga que no ganarlo, porque el interés que les resulta de ello es tan pasajero en sus manos, que nunca llega el caso de que lo perciban y la utilidad se queda en ideal para ellos porque cuanto más trabajan y agencian tanto más rápido pasan sin hacer detención en su poder al de los corregidores, los curas y los dueños de las haciendas. A vista de esto ¿quién habrá que con razón acredite a los indios de flojos y perezosos y no a los españoles de aquellos países de tiranos, impíos y codiciosos?” (Juan y Ulloa, 1984, 288).

Ya que según alerta Ulloa en su parte del informe reservado a pesar de que los productos del país son logrados gracias a la labranza y ganadería del indígena *“casi nunca o en muy pocas ocasiones llega el caso de alimentarse de con ellos... ..pues toda su manutención consiste en el maíz y hierbas silvestres”* (Juan y Ulloa, 1984, 269-70).

E incluso llegando a comparar las penurias de sus vidas con las privaciones conducentes a la beatitud:

“los trabajos que pasan en el discurso de su vida, serían dignos de que al punto que espirasen, los canonizase la iglesia por santos, y se fundan en su continuo ayuno, en la perpetua desnudez, en su gran pobreza y en el exorbitante castigo que sufren, pues con ello tienen una bien crecida penitencia desde que nacen hasta que mueren” (Juan y Ulloa, 1984, 293).

Llega a excusarlos hasta cierto punto de sus “borracherías” señalando que la mayor causas de esta embriaguez son las fiestas religiosas celebradas a instancias de los religiosos:

*“una de las cosas que más divierte a los indios libres y los abstrae del trabajo son las fiestas continuas que tienen introducidas los curas al asunto de cada santo porque con el motivo de las danzas para las procesiones, con los cohetes y el tractivo de la bebida se engrían en esto y entonces no se acuerdan de ningún trabajo ni hacen aprecio de ninguna obligación... ..pero reformándose todas estas fiestas... ..cesará en ellos el motivo de la distracción y no tendrán ocasión de volverse holgazanes. Por esto es conveniente hacer obligación de los corregidores, caciques y autoridades de los pueblos, que celen que los indios no tengan bebelonas ni funciones que las abstraigan y el modo de *ecitarlas* en ellos es prohibiéndolas en los pueblos, pues , con tal que no haya quien los anime para ellas, será bastante para que los indios no las dispongan por si” (Juan y Ulloa, 1984, 297).*

Antonio de Ulloa publica en 1772 *Noticias Americanas, entrenamiento físico-histórico sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental*. Es una obra de difusión que pretende servir a un público más amplio, es sintomático que en una época en que los títulos de las obras tratan de reforzar la credibilidad de su información *“la veracidad fue el verdadero caballo de batalla de casi todos los viajeros y autores de relaciones”* (Pimentel, 2003, 64), su autor lo intitule de Noticias, lo que le da un cierto aire de vaguedad, de novedad, y una cualidad impersonal. La impresión se ahonda cuando vemos que los capítulos son llamados entretenimientos. Brading llega a señalar que esta obra *“no fue particularmente distinguida pues aunque ofreció minuciosas descripciones.. se abstuvo de llegar a conclusiones generales”* (Brading, 1991, 461). Ulloa dedica los entretenimientos XVII al XXI a temas relacionados con los Indios de América, y en especial a los del Perú que conoce particularmente bien a los que compara con indígenas del resto del continente a los que conoció a lo largo de sus dilatados viajes y encargos oficiales. Es interesante señalar que en esta obra (a diferencia de las anteriores) ahora Ulloa sigue en algunos aspectos al Conde Buffon, aunque no lo mencione, lo notamos en sus juicios y en las elecciones de los temas a tratar, el poblamiento americano, la discusión sobre las razas y sus colores, las pinturas corporales, algunos ejemplos sobre la industria del indígena, sobre animales que sólo existen en América, o en la formación de los fósiles, por mencionar algunos ejemplos.

En esta obra el autor trata comparativamente a los indios conocidos por él en las distintas partes de América y nuevamente presentará al Indio del Perú como bárbaro y cercano a la irracionalidad. Por un lado vuelven a desaparecer las disculpas que presentaba en las Noticias Secretas, por otro lado deja en parte el tono odioso de sus primeros escritos en que manifiesta inquina y falta de piedad con los indios. En esta obra tardía fruto de una larga estadía en el Perú Ulloa presenta un desprecio condescendiente por el indígena.

Ulloa no cree en la teoría de La Condamine de que los colores de los indios estén sujetos a los climas y menos en la esgrimida por Bouguer sobre influjos atmosféricos. Considera estas y otras explicaciones cuando menos “*débiles*” ya que no dan “*cumplida satisfacción a la diversidad de contexturas... facciones... y coloridos*” (Ulloa, 1944, 241). Pues estos son de un color “*tirando a rojo*” debido al sol y al viento pudiendo confundirse fácilmente a los indios de las partes altas y bajas del Perú, y “*aunque tengan alguna discrepancia en esta contextura conservan siempre el aire de la raza y no se equivocan con los mulatos que son los que se les acercan algo en el color*” (Ulloa, 1944, 241-2). Debiera tenerse alguna atinencia en cuanto a su corpulencia que varía “*según los parajes, los de la tierra alta del Perú son de mediana estatura: donde la baja la tienen algo mayor, aunque la diferencia es poca*” (Ulloa, 1944, 242). Debe tenerse cuidado cuando se habla de color, del tema de la pintura corporal que los indios de la Luisiana y Canadá aun la usan, “*los indios civilizados del Perú no lo acostumbran ya pero lo usaban antes de la conquista y entre las naciones que subsisten en libertad no dejan de practicarlo*”¹⁶ (Ulloa, 1944, 243).

En esta obra Ulloa abunda el tema de los pocos bríos de los indígenas pero vistos de modo general para el continente:

“La propensión al ocio y a la desidia es la misma en los de Luisiana y el Canadá que en los del Perú y partes meridionales de América, civilizados o gentiles y los únicos ejercicios en los que se ocupan los que subsisten en su libertad es la caza y la pesca... las mujeres son las que tienen al cuidado unos cortos sembrados de maíz y de algunas calabazas... cuidando al mismo tiempo de los hijos, porque en

¹⁶ Al respecto dice Buffon: “*los salvajes del norte y del Canadá, de la Florida y del Misisipi y de otras partes meridionales del continente americano usan aceites y colores con los que se frotan los cuerpos los hacen parecer más oliváceos de lo que son en realidad...*” (Buffon, 2007, 384).

esto no se embarazan los padres” (Ulloa, 1944, 244).

No es poco lo que Ulloa dijo en sus primeros escritos sobre la embriaguez de los indios, y aquí amplía la información al respecto, como que antes usaban de la chicha pero el interés de los hacendados de Ica, Pisco y Nazca los ha llevado “*a inficionarse por el aguardiente con el que se aniquilan visiblemente*”. Ulloa menciona aquí otra de las contradicciones del sistema colonial. Mientras que por un lado se menciona con gran escándalo los proceder es éticos de los indígenas se silencia habitualmente el tema de los intereses económicos de los hacendados productores de pisco, nazca y otros aguardientes que desarrollan lucrativos negocios a costa del envilecimiento de los indígenas. Saignes ha señalado

“A menudo, los funcionarios del aparato colonial, como los corregidores y curas, -y en un plano más general: los estamentos dominantes, como los hacendados, los mineros o los comerciantes- que enjuician las conductas indígenas desarregladas, son los mismos agentes quienes trafican y despachan chicha, vino y luego aguardiente en los pueblos, tambos y barrios urbanos del virreinato peruano... ..el monopolio de los corregidores y sus tenientes para vender y repartir botijas de chicha y de vino a precios excesivos en los “pueblos de indios”, y en la tabernas rurales se empleaban a lindas muchachas indígenas para atraer a los campesinos en los días de feria. Más tarde se multiplicaban los abusos porque los vecinos españoles y mestizos de los pueblos agarraban este comercio fuente de ingentes ingresos...” (Saignes, 1993, 14).

Son capaces de correr cualquier peligro “*para saciar esta desenfrenada pasión*” llegándose al extremo de “*amanecer muertos en la calles*” por enfriamiento. Según las *Noticias* en el Perú a diferencia de en Quito las mujeres se emborrachan igual que los hombres y no pueden socorrer a sus maridos llevándolos a sus casas, y aun peor las madres incitan a los hijos a beber “*dándoles de lo mismo que ellas beben y antes de despertar a las luces del conocimiento los acostumbran a la embriaguez.*” Otra característica que le llama la atención y que lleva a compararlos una vez más con los “*brutos sin horas determinadas para las distribuciones*” es la cualidad de pasar la noche en vela: “*sus funciones de alegría y regocijo que son inseparables de la embriaguez, duran tanto de día como de noche*” y debido a esta celebración continuada pierden noción de los días y “*cuando se sienten cansados indistintamente se tienden y se duermen y a*

la hora que despiertan vuelven a continuar...”. Ulloa llega a considerar que la embriaguez es uno de los motivos del descenso demográfico de la población indígena (Ulloa, 1944, 248-59) ¹⁷.

Ulloa considera a los indios como cobardes, y si son peligrosos no es tanto por su valor sino por su alevosía¹⁸: “*Vencedores por sorpresa, son inhumanos hasta el extremo sin conocer piedad ni compasión y esto lo hacen a sangre fría deleitándose en la carnicería...*” e incluso “*y tienen complacencia en derramar la sangre de los infelices que han sorprendido*”. Si son vencidos se muestran como “*los más cobardes y pusilánimes ... se hacen inocentes, se humillan, hasta el desprecio, disculpan su incosiderado arrojo y con las súplicas y los ruegos dan seguras pruebas de pusilanimidad*”(Ulloa, 1944, 253). Los desordenes propiciados por los indios empiezan con el *animó*, palabra con la que definen cuando “*empiezan a beber bastante aguardiente experimentar alborotos repentinos, juntándose muchos y a pedradas acometen con intrepidez y gritería*” Sin embargo si se les enfrenta al menos un grupo corto se “*vuelven la espalda se ponen en fuga, huyendo sin tino por distintos lados para disimular haber tenido parte en el alboroto*” (Ulloa 1944, 257). La relación con los indígenas lleva el peligro que “*el agravio particular de un solo individuo entre ellos o de una nación se hace causa común, comprendiendo aun a las más distantes*” (Ulloa, 1944, 256).

Unida a esta idea esta la de su crueldad, tema en el que Ulloa se explaya en esta nueva obra y hablando de la crueldad de los indios canadiense que arrancan las cabelleras señala que entre los indios del Perú “*civilizados o libres*” se presenta esta misma crueldad diferenciándose tan sólo que al estar “*civilizados y sujetos a leyes*” no pueden “*practicar su inclinación en los racionales*”; pero manifiestan su crueldad con los animales a los que se les ve realizar acciones “*que no dejan dudas en ello*”. Un ejemplo es con los toros a los que les clavan lanzones y anchos rejones por el lugar que cada uno puede, hasta que “*caiga el animal en tierra: inmediatamente acuden a cortar el hocico, rabo y varios*

¹⁷ Este argumento ya se encuentra presenta en varios autores temprano coloniales, así Polo de Ondegardo y José de Acosta atribuían la “*despoblación de los valles y llanos de la costa a la mortalidad imputada a la chicha y el vino*” y más tarde en 1600 en la Descripción Breve del Perú de fray Reginaldo de Lizárraga “*bien se que en Flandes y Alemania y en otros reinos, se emborrachan y en nuestra España, dicen se multiplican pero no se mueren por las borracheras como éstos, ni la tierra se despuebla*”. Citado por (Saignes, 1993, 12-3).

¹⁸ Matienzo declara a este respecto: “*usan traición quando pueden a su salvo, son muy cruels*” (Mantiezo, 1910, c 4, 15).

pedazos de carne de los muslos y los comen antes que acabe de morir". Basado en lo cual señala que *"para cualquier cosa que sea de crueldad, se les encuentra dispuestos, reconociéndose en la alegría que muestran tener complacencia de ello"*. De lo que deduce que *"si viviesen en toda su libertad ... harían con los racionales lo mismo"*. Concluye señalando que su crueldad es ejecutada a *"sangre fría, sin manifestar cólera, ni tener en que fundarla, al modo que hicieran cualquier obra que no participase de inhumanidad"* (Ulloa, 1944, 246).

Otras muestras de su rusticidad y barbarie es la *"cortedad o falta de nociones"* como la de no contar los días ni distinguir las semanas meses o años y así no saben su edad ni puede *"percibirse que mantengan especies del pasado"*. De esta ignorancia incluso se ríen los esclavos que *"adquieren el conocimiento de numerar los días y los años y otras muy distintas que los indios, de donde procede que aun siendo esclavos se tienen por mas que ellos y les miran con desprecio como incapaces y sin discernimiento ni capacidad"* (Ulloa, 1944, 259-60). Finalmente Ulloa trata del tema de la constante disminución de los indígenas en todo el continente despoblación que el atribuye a la viruela, al uso inmoderado de *"bebidas fuertes"*, a la *"repugnancia que les causa verse sujetos a naciones extrañas y precisados a trabajar contra su inclinación..."* (Ulloa, 1944, 276).

En su *Viaje a la América meridional* Ulloa alababa la habilidad de los indígenas en la creación de artesanías, alfombras, colgaduras y colchas. Ahora en sus *Noticias Americanas* su postura se vuelve aun más extrema, arguye que entre los indios se debe distinguir *"los actos y operaciones del entendimiento de los que son pura manipulación o industria"* o dicho de otro modo *"aquellos en los que trabaja el discurso de los que sólo terminan en los sentidos"*. En el primer caso (entendimiento y discurso) *"son totalmente negados, torpísimos y sin discernimiento"* de lo que se deriva *"que no hacerles impresión aquellas cosas que se les dicen para que conozcan la razón"* esto causa que no *"alcanzan a sentir lo que puede resultar de las malas acciones"*. Esto influirá en temas de religión y de conducta diaria. Con respecto a lo segundo, es decir las cosas aparentes y actos exteriores Ulloa les concede el ser industriales, pero esto no refleja *"las luces del entendimiento"* y actúan como la araña que teje su red, los castores al construir sus casas impermeables o los pájaros al elaborar sus variados e irrepetibles nidos. Son acciones que *"aunque parezcan grandes no contienen cosa de discursivo por*

donde se perciba haber trabajado mucho el entendimiento”¹⁹ (Ulloa, 1944, 292-3). La difusión de las ideas de Ulloa se vio notablemente incrementada en su época por la aparición del Diccionario de Alcedo, quien transcribió gran parte de los pareceres del marino español, y alcanzó extraordinaria popularidad en su momento, por lo que en muchos casos las ideas de Ulloa debieron extenderse más a través del diccionario que a través de las publicaciones del autor mismo.

1.16. Carrió de la Vandera “indios ebrios conversando en español”

Debemos al español Antonio Carrió de la Vandera, quien recorriera estas tierras desde una fecha cercana a 1735 hasta su muerte en Lima en 1783, el “*El Lazarillo de ciegos caminantes de Buenos Aires hasta Lima*”, obra aparecida con pie de imprenta falso (Gijón 1773 en vez de Lima 1775) y firmado bajo el pseudónimo de Concolorcorvo. Su autor fue el corregidor de Chilques y Masques, que antes se dedicaba a comerciar en Lima y México y que cumplió con encargos vice reales como conducir a los jesuitas expulsos a Europa o regularizar el sistema de postas entre Buenos Aires y Lima. Fruto de esta última experiencia nacerá su “*Lazarillo*”. Nutriéndose del modelo del *viaje ilustrado* disfraza una descripción del Perú en modo de relato de viajes. Sus experiencias le permiten agudas observaciones sobre los parajes y sus habitantes en las que abundan las críticas y anotaciones irónicas (Núñez Hague, 1989, 157-61).

Carrió dedica tres capítulos a examinar distintos aspectos relativos al indio peruano. La obra está armada en forma de diálogo entre el corregidor y el personaje apodado Concolorcorvo. El corregidor sigue de cerca en su discurso los planteamientos de Ulloa en cuanto a borracheras, idolatrías, infidelidades y “*otras brutalidades*”, de los indios. Pero nos habla de sus “*cantares y cuentos*” por los que “*conservan muchas idolatrías y fantásticas grandezas de sus antepasados*”, dice que son mucho más hábiles “*que los negros para todas las obras del espíritu*”.

¹⁹ Buffon al describir el castor y otros animales que realizan trabajos señala “son trabajos puramente mecánicos que no suponen alguna inteligencia ni proyecto concertado, ni visión general, son trabajos que derivan de una necesidad psíquica de un resultado de movimientos comunes... no se puede comparar con la sociedad plena... pero si con la sociedad naciente, entre los hombres salvajes, la cual puede ser comparado con la de aquellos animales” (Buffon, 2007, 829). Cabría señalar ¿por qué Ulloa elige hablar de castores? Habiendo otros recursos más a la mano como las abejas o las hormigas. Aun más al hablar de castores Buffon señala los castores que “*practican su domicilio propio, cómodo, impenetrable al agua*” (Buffon, 2007, 829).

Resulta interesante una precisión realizada por Carrió, quien nos cuenta que cuando los indígenas se emborrachan se los puede “*escuchar hablando en castellano fluido*”. Este tópico de los indios ebrios hablando en español fluido, es registrado por una serie de autores desde el siglo precedente, hablándolo con “*expresiones donairosas, con presunción y honrilla*” (Ramírez del Aguila, 1639, 38), o “*pocos hablan nuestra lengua fuera de sus borracheras y pasatiempos a donde cada uno descubre su pecho y casi escarneciendo habla lo que le parece con la embriaguez*” (Lope de Atienza, 1931, 28) “*hablándolo aunque sin saber español en el ninguno entendía lo que hablaba...*” y así varios otros ha sido compilado por T. Saignes, quien lo atribuye a un acto de rebeldía, de convertirse en el otro, de expresar sus frustraciones en la lengua del vencedor (Saignes, 1993, 66-8). No olvidemos que finalmente el ebrio “*está en su otra cabeza que puede volverse lo que el quiera, cóndor cerro, abuelo, se culpa al alcohol de que habló de por sí para inocular al afrentoso bebedor y así andamos por los arriesgados caminos del la trasgresión...*” (Saignes, 1993, 18).

Es interesante ver algunas nuevas precisiones como las que se refieren a la mujeres indígenas “*Las hembras son vengativas y en sumo grado y hasta pasar a la inhumanidad*”, son así mismo valientes, capaces de “*presentar el pecho a los hombres armados para defender a su biencheros y con mucha preferencia sus compadres*”. En las procesiones y actividades piadosas “*manifiestan mucha compunción*” y en estos actos exteriores “*se diferencian de los hombres*” (Concolorcorvo, 1973, 366).

Sin embargo resulta mucho más interesante aun escuchar hablar a Concolorcorvo sobre sus compatriotas los indios. Concolorcorvo es un personaje detrás del cual se escuda Carrió para dar discursos alternativos, así siguiendo aun a Ulloa emplea un tono amigable con los indios defendiendo su lealtad y sus pocas faltas (tiránías) justificadas como nacidas al amparo de los abusos de los conquistadores:

“digo que no solamente han sido y son civiles, sino que es la nación más obediente a sus superiores que hay en todo el mundo. Desde los chinchas hasta los piuranos observé con tan notable cuidado su modo de gobernarse. Obedecen con puntualidad, desde el regidor que hace oficio de ministril hasta el corregidor. Viven de sus cosechas y cría de ganados, sin aspirar a ser ricos, aunque hayan ...descubierto minas y huacas contentándose con sacar de ellas un corto socorro para sus fiestas bacanales... no por esto lo dije antes que falten tiránías, que no

se pueden reputar por tales, respecto de que son recíprocas por el mal establecimiento de los primeros conquistadores, que se gobernaron por uso del país” (Concolorcorvo, 1973, 381-2).

1.1.7. Hipólito Ruiz “el indio lúbrico y ardiente”

Hipólito Ruiz, quien llega al Perú en 1777, en su “*Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile por los botánicos y dibujantes enviados por el Rey para aquella expedición, extractada de los diarios por el orden que llevó en éstos su autor*” prestó atención a las peculiaridades de la población virreinal peruana. No resulta extraño que parte de los requerimientos de información estuviera referidos a la visión del indígena. Veremos más adelante que esto incluso requirió de imágenes pictóricas para poder visualizar los individuos, sus características así como las de las castas de mezcla que se producían al entreverarse su sangre con otros grupos étnicos. Por extraño que pareciese para muchos de los europeos entender estos grupos permitía comprender a los criollos mismos. Así lo dejó claro Hipólito Ruiz:

“El indio es lúbrico y ardiente como su país, es propenso al engaño a la cobardía, a la superstición más que a la religión. El negro se inclina a ser ladrón, casi desde que nace, soberbio e interesado y a todos los vicios que trae la servidumbre y la neoficitis. El Mulato es intrépido y osado y muy amigo de la gloria y de campear y lucir, aunque sea con lo ajeno, haciendo gala hasta la disolución. Los gérmenes de estas bellas plantas lo sacan todo esto, combinado con tantas maneras, como traen envueltas las calidades. El agregado de muchas de ellas que componen a manera de un monstruo físico, producen naturalmente en cierto modo un monstruo moral: Esta multiplicada monstruosidad de afectos y de pasiones la recoge el triste español que nace entre ellos, se nutre de ellos y crece con ellos; si no hay una gran providencia en separarlos que es muy rara.” (Ruiz, 1952, 17-18)

Hipólito Ruiz seguirá los razonamientos de Antonio de Ulloa y mencionará muchos de sus argumentos en una línea argumentativa similar. Nos dice así “*son perezosos y tardos en el trabajo*”, añade que “*no aspiran a enriquecerse*” y parafrasea a Ulloa muy de cerca al decir “*no desean honra, dignidad ni empleo alguno; lo propio les es a ellos ser alcaldes*

que alguaciles o criados”²⁰, (Ruiz, 1952,146-7). Ruiz piensa que estas costumbres están “*originadas probablemente muchas de ellas del rigor con que los han tratado los poderosos a fin de enriquecerse estos con el sudor de aquellos*” (Ruiz, 1952,146). Lo curioso es que por el tono empleado pareciera citar no al Ulloa del *Viaje* (1748), sino antes bien al de las *Noticias Americanas* (1772).

Sin embargo, en otros tópicos Ruiz cosechará opinión propia. Uno de los temas a lo que mayor atención prestará Ruiz será a los desordenes causados por el alcoholismo generalizado entre los indígenas. La embriaguez genera violencia que llega a ser difícil de controlar durante las fiestas en las que estallan alborotos: “*entre sí mismos a veces con los mestizos y no pocas con las justicias y hasta con los curas*” generando problemas a lo largo de todo el año que deben ser reprimidos con fuerza por las autoridades (Ruiz, 1952, 183). La propensión al alcoholismo se convierte en obstáculo para la religiosidad pues fingen el interés piadoso para darse a la bebida: “*hacen a la devoción tercera para sus borracheras*” (Ruiz, 1952,146-7). A su vez la repetición de las celebraciones y la duración de las mismas, es un problema para la productividad de los pueblos y en fiestas como Reyes, Corpus Christi y en las fiestas patronales de sus poblados “*les dura la diversión y embriaguez por ocho o más días*” (Ruiz, 1952, 183-4). El efecto de las borracheras es tan pernicioso que son los corregidores los llamados a sacarlos de ese trance para hacerlos trabajar y de este modo poder pagar las deudas “*de comerciantes y acreedores*” es decir los repartos, pues de otro modo “*todo el año sería una función para los Indios*” (Ruiz, 1952, 183-4). En muchos casos se debe llegar al castigo físico y es común escuchar a los indígenas en el decir “*que más vale un día de borrachera que cien azotes*” (Ruiz, 1952, 183-4). La embriaguez es según el autor el verdadero origen de la pobreza de estas gentes que gastan “*en bebida lo que sus mujeres adquieren en el hilado, tejido y sembrados*”.

Donde si pareciera Ruiz seguir las *Noticias Americanas* de Ulloa es al atribuir a este estado etílico permanente no sólo la miseria sino la “*corta multiplicación de aquellas gentes*” (Ruiz, 1952, 183-4). Como Carolyn Dean ha señalado el tema se venía tratando con frecuencia desde el siglo anterior y diferentes autores asociaban violencia, resistencia

²⁰Ulloa dice “*admite un indio el ministerio de alcalde, cuando se lo dan, como el de verdugo si lo precisen a que lo ejerza y así entre ellos ni los unos acrecientan el honor ni se disminuye...*” (Ulloa, 1984, 462). También Matienzo dice al respecto: “*no piensan que merecen bien ni honra y así es que ni la tienen ni procuran*” (Matienzo, 1910, c 4, 14).

y falta de productividad a las borracheras asociadas a las fiestas, algo que también tenía conexión con los bailes o taquis prehispánicos, “fiestas de borrachera y baile” que los españoles encontraron entre las costumbres de los indios en la época de la conquista y los años posteriores. Las prohibiciones emitidas por el virrey Toledo contra los taquis, habrían pasado a las simples “borracherías” que se asocian a las fiestas indígenas de los períodos posteriores. Muchas danzas se perderían y la frase de Huamán Poma censurando la borrachera y alabando dichos bailes aun resuena “*si no hubiesen borrachera, serían cosa linda (los taquis)*”(Dean, 1999, 59).

Otro tema al que prestará consistente atención será el de las virtudes de las mujeres andinas por oposición a sus esposos que “*tratan a sus mujeres como esclavas y a las amigas como señoras*” (Ruiz, 1952, 170). Este mal de la ociosidad de los indios y “*la aplicación de las indias a los trabajos es general en todo el Perú, de aquí provienen... la universal miseria de ellas*” (Ruiz, 1952, 183-4). La mujer andina tiene la propensión a ser piadosa: “*concurren a los templos y adornan todos los días y con especialidad los festivos los altares e imágenes con diversas flores que con este objeto cultivan en sus huertos*” (Ruiz, 1952, 183). Piedad que se acompaña de la generosidad “*son afables y caritativas en medio de su miseria*” con mayor valor ya que es una caridad “*provenida esta de la haraganería y abandono que tienen sus maridos al trabajo*” (Ruiz, 1952, 183). Señala así mismo que frente a sus belicosos maridos:

“Al contrario las mujeres son pacíficas, nada propensas a la embriaguez y procuran apartar a sus maridos de muchas pendencias; son laboriosas en cualquiera género de trabajo y lo comprueban con la continua asistencia a sus ranchos o casas a su familia o ganados y sembrados, sin mezclarse con los indios en las borracheras y si alguna vez se hallan en ellas, es sólo cuando siembras y recogen sus frutos y semillas a cuyos trabajos concurren con los maridos y parientes, incitados estos en aquellos días por la abundancia de Chicha, que a propósito hacen las mujeres para excitarlos al trabajo. Para las cabas y Urias o limpieza de yerbas extrañas en los sembrados concurren por lo general las mujeres solas” (Ruiz, 1952, 183).

1.18. Bausá “alma mezquina y de pocas propiedades”

El marino Felipe Bausá y Cañas “*notable cartógrafo y astrónomo*” de esta expedición, se estableció en estas tierras entre 1790 y 1793. Bausá trazó mas de “*70 cartas*

geográficas” realizadas en las distintas escalas de su viaje “*estableció su sala de dibujo en la casona conventual de la Magdalena y desde allí salía a realizar sus trabajos de campo y recoger datos sobre el estado social del país que luego volcó en su Descripción del Perú*”. En 1901, su *Descripción* fue editada por Ricardo Palma y “*atribuida con ligereza a su colega Haenke*”. Corregir este yerro fue obra de franco argentino Paul Groussac y más adelante del también argentino Laurio Destefani quienes establecieron con acertadas razones la correcta autoría. Aunque Bausá durante su corta estancia pudo recorrer una limitada región del país... “*y sus informaciones no son de primera mano, el autor logró ofrecer una impresión de conjunto bastante acertada*” (Núñez Hague 1989, 166-9).

Bausá en su *Descripción* dedica al estudio del indio peruano un capítulo bastante largo intitulado “*Carácter, usos y costumbres de los indios, tributos que pagan al soberano, métodos de cobranza, estado de este ramo y reflexiones sobre los repartimientos antiguos y modernos*”. Bausá pertenece a una época diferente a la de las *Noticias Secretas* de Ulloa y Juan, momento en el cual que se intentaba desterrar las malas prácticas de curas y corregidores. Bausá en cambio es propagandista de las beneficios derivados de las nuevas Intendencias, y de los ya extinguidos repartos. Su preocupación se centra en la conveniencia de la posible abolición del tributo. Pareciera verlo como una señal necesaria del vasallaje, así aboga por un tributo diferenciado para los indios ricos y otro para los indios cargados de hijos y pobres, pero al mismo tiempo está en contra de la supresión de mismo porque “*no es gravoso*” y realmente no hay indio “*que trabajando un par de semanas no tenga completo ya su tributo*” y siendo tan frugal en su vida es necesario exigir “*el estímulo de la deuda para que abandonando el ocio se dedique al trabajo*”(Bausá, 1901, 112).

El problema del indio según Bausá es su “*endeble*” constitución física a la cual corresponde “*un alma mezquina de pocas facultades*” que sustituye la inteligencia por “*malicia y desconfianza*”, que lo entrega a la “*superstición*” en vez de a la religiosidad y a trabajos que le causen “*poca fatiga*”... ya que no pudiendo alcanzar la ambición ni el entusiasmo “*no se afana por ser, ni por tener*”, sabiendo que no puede ser más que curaca o mandón “*y tan contento está con su bastoncillo de puño de plata gobernando a una docena de indios, como un general a la cabeza de una armada*”. Pero advierte Bausá que esta naturaleza fue “*coadyuvada*” por la forma del gobierno tanto de los incas como

después de la conquista por los españoles, y por la *“mala versación de sus caciques, sus odios y predilecciones”* es decir la antigua idea toledana de la tiranía de los curacas (Bausá, 1901, 97-9). Distingue un genio muy diferente entre los indios de la sierra y los de Lima que están muy hispanizados e integrados a la sociedad urbana, *“ya casi civilizados”*. Los ve a todos muy parecidos salvo por sutiles diferencia en su altura, pero aclara, los indios de la costa son *“de naturaleza enfermiza por su temperamento cálido”* (Bausá, 1901, 99) aunque reconoce que entre ellos *“se encuentran indios de muy bella índole pero son pocos y menos sin duda que entre las mujeres”* (Bausá 1901, 100).

Bausá sigue de cerca a Ulloa pero elabora y extiende sus argumentos, un ejemplo lo podemos observar en el análisis de la idea ulloana de los disturbios producidos por la embriaguez que generan *“continuas querellas y discusiones de tal modo que... un pueblo contra otro aunque sean una misma doctrina o provincia jamás se pueden ver”*. Esto lleva a que los indígenas *“se armen y se maten en riña por la cosa mas tenues”*. La inconstancia de los indígenas los lleva a que *“si al mismo acto se presenta chicha y beben de ella se acaba la contienda y se echan todos a dormir”*. Al siguiente día cuando despierte *“ya se les olvidó lo pasado quedándoles sólo la molestia de enterrar al que murió o de curar al que salió herido”* (Bausá, 1901, 104) Carolyn Dean pone énfasis en señalar que parte de los rituales de los Taquis prehispánicos era el de enfrentamientos rituales. Durante el gobierno de Toledo se puso mucho énfasis en controlar dichos enfrentamientos pero aun en tiempos posteriores, en algunos casos el baile y la borrachera eran seguidos de brotes de violencia, peleas campales de parcialidades que tendrían que ver con los antiguos enfrentamientos rituales prehispánicos. Es el mismo Esquivel y Navia quien cuenta como en la fiesta de Corpus Christi del año 1700 los indios de dos parroquias del Cuzco enfrentados a pedradas y hondas, dos elementos típicos de estas confrontaciones rituales, tuvieron que ser castigados por la autoridad con penas de azotes, lo que para Dean es una clara alusión a estas fiestas de *“batallas danzadas”* (Dean, 1999, 59-60).

Amante del chismorreo Bausá se alarma de que en el país no lleguen a *“cincuenta indios que usen colchón”* y duerman *“sin desnudarse jamás”*. Que no muden de ropa *“hasta que se les cae a pedazos”*, que no duerman recostados sino... .. *sentados en cuclillas mirándose la cara uno al otro”*, hurgando inclusive en sus conversaciones privadas que sorpresivamente versan sobre *“las repetidas noticias de sus antepasados, sus agüeros y*

supersticiones y frecuentes discursos contra los españoles” (Bausá, 1901, 100). Su curiosidad por las intimidades de los indios llega a ribetes cómicos como cuando describe el cortejo secreto de los indios:

“por señas y a alguna distancia: mueven los dedos y principalmente el pulgar del pie; y a este movimiento del amante corresponde la india con otro de aprobación o desdén, pero siempre con los dedos de los pies y rostros modestos, de manera que ni los padres ni otros superiores lo noten” (Bausá, 1901, 101).

Esta curiosidad casi malsana lo lleva a inquirir entre los sacerdotes acerca de las conductas conyugales de los indígenas y así nos cuenta que usan de diversas supersticiones para averiguar sobre los engaños de sus mujeres ya que son *“implacables en sus celos”* los que los lleva a *“castigar atrocemente ... cuando sospechan de ellas”* (Bausá, 1901, 101). Cuando salen de viaje hacen conjuros sobre montañitas de piedras que al regreso cuentan *“y si faltan algunas, eso indica otras tantas culpas de la consorte y llueven palos y golpes sobre la desdichada”* (Bausá, 1901, 101). Incluso cuenta la anécdota que le ocurrió intentando separar a una mujer que era golpeada por su marido, la apaleada respondió rechazando airada su ayuda y llamando a gritos a su marido *“azota(me), azota(me), Julián”*. Se convence así del *“ grande afecto que profesan a sus maridos y del trato cruel que reciben de ellos ”* (Bausá, 1901, 101). Por su parte los maridos *“ adoran ciegamente a sus comadres”* e intentan satisfacer sus ordenes y caprichos con *“un fervor y entusiasmo admirable...”* dándose el caso de que si viajan los tres *“la mujer vaya a pie y el galán y su amiga a caballo”* (Bausá, 1901, 101).

Logra enterarse de las infinitas supersticiones en los que cree el *“débil espíritu del indio”*, leen agüeros en los cantos de las aves, en los sueños, y en los aullidos de los perros, y todo género de *“groseras supersticiosas”* y visita los mochaderos, a los que los indios ofrecen coca, *“mascada, y sin mascar, oropel, plata y otras cosillas de lana teñidas con fines y objetos diabólicos y supersticiosos”* (Bausá, 1901, 102). Pero confiesa que desde la visita de 1691 *“han ganado mucho en humanidad y no se oyen ya aquellos infanticidios y otras prácticas horribles que se reprimieron y castigaron”*(Bausá, 1901, 102).

Bausá siguiendo a Ulloa, se declara admirador de los cuadros cuzqueños, y las badanas doradas de Huamanga se convence de las habilidades de los indios para la artesanía, la

platería, la escultura, la pintura y la pasamanería²¹. Son meticulosos e incluso estando frecuentemente ebrios no “*pierden el tino al ejecutar sus labores*”, aunque debe reconocerse que entre ellos no se ha manifestado “*el genio inventivo que suele hallarse entre los otros hombres*” (Bausá, 1901, 105). Concluye sus observaciones sobre el trabajo común de los indios “*Conservan, sin embargo, la buena costumbre de unirse hermanablemente para los trabajos rurales de sus sementeras y mieses, y en la fábrica de sus casas*” (Bausá 1901, 106).

Bausá representa un punto de inflexión en la reflexión sobre el indígena, aunque parte de muchas de las observaciones de Ulloa, el aporta significativamente y esos seres decaídos se convierten en seres humanos con defectos y virtudes, con una vida interior y curiosidades. Es capaz de encontrarlos de bella índole, aunque tomen una “*asquerosa*” chicha de maíz que han masticado toda la noche “*usando sus dientes de molino*” (Bausá, 1901, 107). Descubre un lado amable en anécdotas a veces hasta risibles. Lamentablemente su obra no ejerció influencia alguna posterior por permanecer inédita hasta inicios del siglo XX.

1.19. Humboldt

En 1802, Alejandro de Humboldt, llegó al Perú en medio de un periplo americano que duraría un lustro (1799-1804). La Corona española le había extendido amplísimos poderes nunca otorgados a un científico extranjero.

El virrey Avilés dispuso que Humboldt fuese alojado en la casa y laboratorio del Barón de Nordenflycht. Humboldt se familiarizaría allí con las obras de Haenke y Cosme Bueno y apuntes de Malaspina y La Condamine que aparecen señalados en su diario amén de otros “*documentos apuntes y dibujos, libros técnicos e instrumentos de fina factura para observar fenómenos naturales de diversa índole, y de muestrarios de minerales y hasta ejemplares disecados de plantas*”. (Núñez Hague, 2002, 249; Núñez Hague y Petersen, 2002,136; O’Phelan, 2011, 374).

Humboldt no dedicó un gran espacio al estudio del indio peruano, pero constantemente lo utilizó como elemento de comparación en sus obras de síntesis y en su ensayo sobre la

²¹ Sigue a Ulloa en cuanto a la paciencia que tienen los indios para la artesanía y sus bellos productos (Ulloa, 1984, 464).

Nueva España extrapolándolo con el indio mesoamericano, al que veía aquejado de una energía que se convertía en dureza mientras que en el andino sus costumbres se veían dominadas por una cierta dulzura...”(Humboldt, 1966, 63). Uno de los problemas que el advierte es la dificultad para representar a un pueblo vencido sin ser injustos con los vencedores al considerarlos causantes de su “*estolidez y miseria*”. Debiera representarlos como “*cuando gobernada según sus leyes desplegaba su energía natural*” (Humboldt, 1966, 54).

Humboldt consideraba un error el sistema de Repúblicas por el cual se ha “*perpetuando su separación, la rusticidad de las costumbres, su miseria y por consiguiente el motivo de su odio contra las otras causas*”. Advierte sobre el peligro de mantener al indígena en ese estado de postración, “*estos mismos indios estúpidos indolentes y que se dejan de dar de palos a las puertas de las iglesias, se muestran astutos, activos, arrebatados y crueles, siempre que obran unidos en un motín popular*”, y pone como ejemplo la reciente rebelión de Túpac Amaru, que “*estuvo a punto de quitar al rey de España toda la parte de la sierra del Perú en la misma época en que Gran Bretaña perdía casi todas las colonias en el continente americano*” (Humboldt, 1966, 74-5). El interés de Humboldt por el tema queda demostrado además en el hecho de que llevó consigo de regreso a Europa cartas autógrafas del cacique de Tungasuca (Núñez Hague y Petersen, 2002, 281) Humboldt acusa del atraso de los indios a la doctrina según la cual viven en un régimen de tutela por su minoría de edad legal “*no pudiendo hacer escrituras por más de cinco duros*” no tienen posibilidad de mejorar su situación y vivir con mayor holgura trabajando como labradores o artesanos, dado que esa minoría de edad “*jamás ha servido para proteger a quienes se destinaba*” y por consiguiente las otras castas la “*emplean diariamente contra el indígena*”. Todo esto ha producido en estos últimos “*una dejadez de ánimo y una apatía que los inmoviliza sin lograr superarla ni por la esperanza, ni por el temor*” (Humboldt, 1966, 72).

Le preocupa la debilidad de la raza indígena que a diferencia de los europeos no tiene la “*flexibilidad*” que le permite pasar de las punas a los llanos. En cambio la salud de los indígenas sufre enormemente “*cuando se le trasplanta de un clima caliente a uno frío*” cuando se le fuerza a trasladarse desde las cordilleras a “*aquellos valles estrechos y húmedos en que parece que se depositan todos las miasmas de las regiones vecinas*”

(Humboldt, 1966, 48). Sin embargo los indígenas pueden experimentar vidas longevas. Los viajeros habitualmente creen *“solo por su fisonomía, que hay pocos viejos entre ellos”*, esta impresión se forma en la falta de canas, barbas y arrugas entre los indios. Por otro lado la falta o desaparición de los registros parroquiales y la ignorancia de los indios sobre su propia edad no contradicen ese prejuicio. Pero mientras estaba en Lima Humboldt supo de un indio que murió de 143 años y su mujer que llegó a los 117 por lo que tiende a pensar que a semejanza de los indios de México los del Perú llegar a edades propectas (Humboldt , 1866,175).

Humboldt llega a encontrar diferencias en los olores según las castas así lo señala *“Las castas de sangre india o africana conservan el olor que es particular de la transpiración cutánea de estas dos razas primitivas”*. Narra como en la *“obscuridad de la noche”* el *“fino olfato”* del indígena andino logra identificar las razas por su olor característico. Estos olores según las razas adquieren vocablos particulares llamando *“pezuña”* en el caso del español, *“posco”* del indígena y *“grajo”* el del negro (Humboldt, 1966, 89).

Sin embargo Humboldt a pesar de estas cortas anotaciones sobre los indígenas es poco propenso a incluir al indígena en sus alocuciones, produciendo una suerte de desaparición del indígena y así como en sus ilustraciones los monumentos y accidentes geográficos carecen de figuras indígenas, sus textos tienden a borrar la presencia del habitante andino.

1.1.10. Los primeros viajeros de la independencia. Una nueva visión del indígena.

El periodo de que denominamos por razones de ordenamiento como de los Viajeros de la Independencia, corresponden al período 1814-1824. La mayoría de estos viajeros fijan su residencia en la capital, y algunos recorren la costa por lo que han dejado bastante información relevante sobre los indígenas de la zona yunga, pero sólo unos pocos se animaron a realizar un recorrido en profundidad, a las tierras altas. El primero de estos es Robert Proctor, viajero inglés que visita el Perú entre 1823 y 1824, interesado en ratificar un préstamo para el naciente país y visitar las zonas mineras que tenían un interés expectante para las potencias europeas. Esto lo lleva a realizar un viaje a Pasco, siguiendo la ruta de Canta y Obrajillo. Nos cuenta de los habitantes de Canta que son de una *“raza más robusta y osada que los costaneros, pero con la misma suavidad de maneras y la*

misma expresión inocente y melancólica en el semblante". Frente a los epítetos leídos en los autores dieciochescos, resulta refrescante la selección de calificativos utilizados por Proctor, suavidad, inocencia, osadía, que nos alejan de la paleta peyorativa de los antecesores. Presta atención a su laboriosidad especialmente a los tejidos, "*ponchos y colchas de algodón*" aunque para el viajero que viene de una Inglaterra en la que empieza la Revolución Industrial, resultan sumamente costosos. Se deleita observando los tejidos "*en las más finas lanas hilada de vicuña*" y solaza la vista prestando admirada atención a "*ponchos de colores vivos, con preciosísimos dibujos, que valen 700 duros*", y aquilata las posibilidades de esa producción local. Si bien, ya Ulloa lacónicamente había mencionado las habilidades de los indios en estas materias aunque advirtiendo que eran sólo facultades imitativas y no creativas, Proctor se admira genuinamente de estas creaciones como un producto del genio de estos indios, un concepto totalmente nuevo en el discursos sobre el hombre andino (Núñez Hague, 1971, ii, 305).

Proctor prosigue su descripción señalando que son "*activos e intrépidos*" y continua con un nuevo tópico que se inaugura para el indio decimonónico, su valentía y su cualidad como soldado inigualable. Nos dice que son caminantes incansables, "*son gente muy activa e intrépida y famosos principalmente por las mismas marchas a pie efectuadas con velocidad sorprendente*", su frugalidad les permite casi prescindir de los alimentos "*pueden soportar el hambre tanto como la fatiga y con una bolsita de cancha y otra de coca, marchan días sin requerir ningún otro sustento*" y a ellos se les atribuye el éxito de los ejércitos realistas "*en gran parte compuesto con estos indios, algo contará en la longitud y rapidez de sus marchas por desiertos horribles y montañas aparentemente infranqueables*" (Núñez Hague, 1971, ii, 305)

El viajero francés Lesson, "*geólogo notable y médico*" que viajaba a bordo de la Coquille, hace escala en Lima y Paita en 1823, y publica su narración al año siguiente (Núñez Hague, 1989, 256). Lesson enfoca un tema distinto, muestra simpatía por los indígenas que se manifiesta en la crítica que realiza de la legislación colonial, la cual con su injusticia ha resultado para los indios en "*una tal sumisión y docilidad que basta el rostro de un blanco para inspirarles terror y mantenerlos en los límites de la obediencia pasiva*". La eficacia de estos métodos opresivos ha dejado su huella y han "*lacerado el corazón contra sus dominadores, quienes se reservaron el oro y el ocio, legándoles el trabajo y la miseria*". La crítica abierta a la injusticia de la conquista que se puede

relacionar directamente con el tema de la Leyenda Negra española no es realmente una novedad en si, aunque si lo es que aparezca ya en las descripciones abiertamente expresada y no como críticas veladas o relacionadas a sectores específicos considerados como culpables, como se hacía en el siglo precedente atribuyéndoselo a los malos curas o los abusos de los corregidores. El viajero inaugura un nuevo tema al señalar “*estos indios soportan el yugo bajo el cual agachan la cabeza desde hace largos años, lo que los republicanos no han aliviado en absoluto*”. Con lo cual advierte que los nuevos gobernantes continúan manteniendo la opresión del indígena por lo que los indios “*estos hombres sencillos echan de menos el gobierno de la metrópoli*” a pesar de todos los abusos porque “*les ofrecía garantía para la venta de sus cosechas, a la par que encontraban reposo y seguridad*” que el estado permanente de guerra les ha privado (Núñez Hague, 1971, ii, 377)

El viajero protestante inglés James Thompson, visita el Perú entre 1822 y 1824 preocupado por traducir la Biblia protestante a las lenguas vernaculares, proyecto que como Fonseca ha demostrado no solo se dio en el Perú sino en todas las nacientes repúblicas americanas (Fonseca, 2001, 73) por lo que presta atención a notable cantidad de detalles lingüísticos como las regiones en las que se habla cada lengua, viendo las posibilidades de realizar la traducción, y enfrentando el escollo del analfabetismo indígena. Acusa a los españoles “*esos enemigos del conocimiento*” de haber mantenido a los indios “*en un estado mental lo más bajo posible, tan es así que se puede decir con verdad que bajo el imperio de los Incas, los peruanos eran menos ignorantes y más virtuosos que lo que son actualmente*”, volviendo al antiguo tópico generado por Garcilaso del esplendor incaico contrapuesto a la decadencia colonial. Vemos claramente en las lecturas de Thompson la presencia de las traducciones a distintas lenguas modernas que la edición de Barcia de los Comentarios Reales llevó a popularizar los temas incaicos desde mediados del siglo XVIII en la lectoría europea (Núñez Hague, 1971, ii, 42; Macchi, 2009, 86 y ss; Juan Fonseca, 2001,78).

1.1.11 Stevenson y sus polémicas sobre el indígena.

William Bennet Stevenson será el paladín de la defensa de la situación del indio peruano.

El viajero británico estuvo presente en Sud América desde 1804, fue reo inquisitorial y testigo de la jura de la Constitución de 1812, fungió de comerciante en las provincias “*de*

arriba” y fue testigo de la política peruana hasta 1831 en que regreso a su patria y se dedicó a publicar sus experiencias en Liverpool (Núñez Hague, 1989, 263).

Stevenson dedicará al indígena peruano un apartado en su extensa relación y entrará en debate con lo que otros autores de peso habían argumentado sobre el indígena. Así señala:

“debo aquí detenerme a refutar algunas de las afirmaciones hechas por varios escritores acerca del carácter de los indios peruanos a quienes espero colocar en la estimación del hombre imparcial, en una situación más honorable con relación a la naturaleza humana que hasta la fecha han disfrutado y de esta manera habré cumplido con uno de los propósitos para publicar esta narración” (Núñez Hague, 1971, iii, 205).

Iniciando su defensa del indio, hace frente a Bouguer quien los acusa de indolentes, estúpidos e inmóviles y al que le responde Stevenson que es la influencia del clima que inhibe el esfuerzo corporal, al ningún estímulo por la existencia de mercados y el régimen de la autosubsistencia. *“Lo que para M. Bouguer y otros es estupidez, tal vez podría merecer el nombre de indiferencia el resultado natural de poseer todos los medios para satisfacer necesidades reales y la ignorancia de necesidades artificiales”* (Núñez Hague, 1971, iii, 205).

El mutismo señalado por Bouguer (en el Perú entre 1736-1742) es según Stevenson un rasgo de su taciturnidad, pero cabe señalar que *“los peruanos no son silenciosos ni en sus reuniones ni cuando viajan”* aunque se debe reconocer que son poco inquisitivos *“no se lanzan en soliloquios acerca de la belleza del escenario circundante, pero conversan libremente sobre temas comunes del lugar”*. Esto incluso sucede con el hombre blanco si encuentran uno *“dispuesto a entrar en conversación con ellos”*. Contra lo que dice Bouguer de su insensibilidad, argumenta Stevenson que son tiernos con sus animales, con sus perros y sus ganados *“no es pequeña prueba de sensibilidad; hacen largos viajes para conseguir uno y lo estiman tanto como una dama estima a su perro faldero”* (Núñez Hague, 1971, iii, 206).

El argumento de Bouguer de ser totalmente indiferentes a la riqueza y sus ventajas es contradicho por Stevenson señalando que los blancos no saben que ofrecerles para conseguir sus servicios, pues *“es en vano ofrecerles dinero, pues contestan que no están*

hambrientos”. El argumento desarrollado por el viajero esgrime que “*donde no hay ningún mercado, el dinero no sirve para comprar nada; y cuando las necesidades naturales son abundantemente satisfechas y el deseo del hombre no ha creado otras artificiales, el mercado es superfluo e inútil*” (Núñez Hague, 1971, iii,207).

También polemiza Stevenson con Robertson quien consideraba que en tiempos de la conquista los indios de América eran “*menos hábiles y más salvajes que los habitantes de cualquier parte del globo*”, a lo que el viajero responde señalando los grandes monumentos erigidos por los americanos (Núñez Hague, 1971, iii,207)

Pero con quien entablará un acre enfrentamiento será con Antonio de Ulloa (estante en el Perú entre 1736 y 1748). Debemos recordar que las extensas obras de Ulloa tuvieron mucha difusión y predicamento en el siglo anterior, influencia multiplicada por obras como el Diccionario de Alcedo que fueron populares ellos mismos y que repetían a veces idea por idea los juicios de Ulloa. Resulta muy interesante que Stevenson contradiga argumentos que fueron considerados piedras angulares del juicio sobre los indios durante el siglo XVIII y que sirvieron de cimiento para el establecimiento del prejuicio anti indígena dieciochesco. El primer punto de contradicción es el dicho de Ulloa de asimilarlos a la categoría de los brutos. Stevenson replica con menciones a la Bula de Paulo III que los consideraba humanos, que Ulloa debió decir que recibían un tratamiento brutal, siendo degradados por la mita, los repartimientos, los endeudamientos generacionales y los tributos. “*Preguntaré ahora a don Antonio de Ulloa ¿quiénes eran los brutos?*”. Ulloa se solaza en describir la pobreza de sus chozas y el viajero responde “*¿quién que posea caridad cristiana y sea testigo de esto en vez de tener piedad por su miserable condición los puede llamar brutos?*”. Ulloa estipula que “*son insensibles a los desastres y a la prosperidad*” Stevenson replica que es debido a que están excluidos de una tierra caída en manos de usurpadores. Ulloa señala que se contentan como reyes ricamente ataviados en sus andrajos y Stevenson responde “*Puede ser la tristeza de la desesperanza la que nuble sus semblantes; pero no es ciertamente la sonrisa del contento*”. Ulloa esgrime “*El miedo no hace impresión en ellos y muy poco el respeto*”, Stevenson contra ataca sugiriendo que será un argumento tomado de boca de algún cruel español como paliativo de su cruel conducta. Así siguen las respuestas del viajero a los argumentos de Ulloa (Núñez Hague, 1971, iii,208-9).

Stevenson luego de estudiar las causas del decaimiento de la población del Perú la termina atribuyendo a la introducción y generalización de los aguardientes. Concluye sus argumentos señalando:

“Pero volteemos esta aborrecible página de nuestra vida y miremos a los indios favorecidos con cierta libertad racional, donde son considerados más en nivel de sus vecinos blancos y tienen más oportunidad de mostrar que no son una desgracia de la naturaleza humana ni están por debajo de merecer el nombre de hombres” (Núñez Hague, 1971, iii,209).

1.2. CONSTRUYENDO AL INDIO DE LA SELVA.

La visión sobre el indígena selvático por parte de los viajeros dieciochescos demoró bastante en formarse en la medida en que fueron muy pocos los visitantes extranjeros del país que apenas se alejarían de la línea de costa. Si para Frézier le fue imposible adentrarse en la sierra para visitar las ansiadas minas argentíferas, el pensar con penetrar en las tierras amazónicas era algo mucho menos probable e incluso deseable. Sin embargo por la naturaleza de sus trabajos y de sus búsquedas personales, los expedicionarios La Condamine y Bouguer si pudieron explorar estos espacios y dejaron sus opiniones al respecto.

1.2.1. La Condamine y el embrutecimiento del indio.

Habría que esperar a la llegada del naturalista, matemático y geógrafo francés Charles de La Condamine (1701-1774) como parte de la Misión Geodésica Ecuatorial de 1735 para que se produjera el primer encuentro entre el habitante de la montaña y el científico dieciochesco. En el prefacio de su obra *Journal du voyage fait a l'equateur... de 1751*, La Condamine indicaba como sus objetivos además de buscar nuevas variedades de Quinina *“levantar una carta del gran río Marañón o de las Amazonas”* (Condamine, 1751, VIII-XI). Esta carta se basaba en mapa del jesuita Samuel Fritz (1757-1725) que había sido impresa en 1707 y de la cual La Condamine poseía copia que deseaba rectificar. A su vez la carta de La Condamine sería insumo muy importante en las investigaciones de gobernador de Maynas Francisco de Requena y la comisión facultativa que entendió el arreglo entre el Portugal y España. Que debió levantar un plano exacto y una descripción prolija de la provincia y sus habitantes (San Cristobal, 1934, IX, 332).

El viaje por el Amazonas fue realizado por M. La Condamine, de forma apurada, ante el temor de que:

“Mr. Bouguer llegado ... a Paris antes que el y diera a conocer en la solemne sesión pública anual de la Academia los resultados de las operaciones executadas en Quito” por lo que *“debo aquí disuadirme en referir las costumbres y los usos de aquellas naciones sino en cuanto tienen alguna conexión con la física y la historia natural”* (Condamine, 1745, aviso al lector).

El recorrido lo trasportaría a un espacio diferente cargado de exotismo, más allá de los límites del conocimiento europeo:

“llegando a la provincia de Maynas halleme en un mundo nuevo, apartado de todo comercio humano, en un mar de agua dulce, en medio de un laberinto de lagos, ríos y canales que insinuándose por todas partes en una selva inmensa e intrincada la hacen accesible. Encontraba nuevas plantas, nuevos animales, nuevos hombres”. (Condamine, 1745, 24).

A esta naturaleza deslumbrante correspondía hallar un hombre nuevo y el viajero aunque anuncia que su relación debido a la prisas no mencionará estos pueblos no puede dejar de señalar su exotismo:

“no haré descripciones de sus bailes, instrumentos, banquetes, armas, adornos extravagantes de huesos de animales y de peces clavados en sus narices y labios, de sus mejillas agujereadas a modo de crivo y erizadas de plumas de papagallos de todos los colores. (Condamine, 1745, 44).

Cuando La Condamine visitó la localidad amazónica de Borja en 1745 y fue recibido por el Padre Magnin. Probablemente los jesuitas limeños lo recomendaron especialmente con este personaje con el que surgió una gran amistad y que seguiría carteándose con La Condamine por más de una década. El jesuita natural de Friburgo Juan Magnin, lo acogió con agasajos y le mostró una carta hecha con sus propias observaciones y una descripción *“de los usos y costumbres de los moradores de aquellas montañas”*. Meses más tarde La Condamine traduciría en Cayena al francés dicha relación, pero nunca pudo cumplir con el encargo recibido de darla a publicación (Condamine, 1745, 57; Magnin, 1989, 6). Se trata de la *“Breve descripción de la Provincia de Quito en la América Meridional y de sus Misiones Succumbíos ...y de Maynas... a las orillas del gran río Marañon”* escrita

en 1740 (Magnin , 1989). Así como en el caso de la visión de La Condamine con los indios de la sierra se vio influenciado por la visión renacentista y el pensamiento toledano a través de los textos de Matienzo (vid supra), el contacto de La Condamine con los indígenas de la selva se vio tremendamente influenciada por las observaciones del P. Magnin.

No resulta antojadizo pensar que por su formación, cultura y época, La Condamine debiera estar más cercano a las ideas de Montaigne sobre el buen salvaje y las que la Ilustración iba construyendo sobre el tópico del salvaje. Como prueba de esta hipótesis podemos mencionar la visión del noble salvaje dejada sobre los indios de la vertiente oriental de la cordillera por su compañero de expedición Pierre Bouguer quien describió a estos indígenas siguiendo punto por punto el tópico. De hecho, en otro trabajo hemos sostenido que Bouguer sería el introductor del motivo buen salvaje en nuestro medio (Patrucco, 2015; Bouguer, 1749).

La Condamine en cambio presentó una visión menos novedosa del indígena en la que lo veía como bárbaro y miserable, una visión más cercana a la de los evangelizadores jesuíticos. Cuando comparamos los escritos de La Condamine y los de Magnin, nos damos cuenta que el explorador francés sigue muy de cerca los textos del jesuita de Friburgo.

La Condamine se refiere en sus escritos a los pobladores paganos de Pevas como “*unos animales silvestres, recién sacados del monte*” y que la primera tarea de los misioneros será “*convertirlos en hombres*” (Condamine, 1745, 43), descripción que se parece enormemente a la del Padre Magnin quien señala sobre los indígenas selváticos:

“buscan y cazan como fieras entre las espesuras y escondrijos destos espaciosos montes, a estos reducen en sus pueblos y les enseñan la ley de Dios conversión la eficacia de su gracia que de brutos que son los vuelve hombres...” (Magnin, 1989, 63).

La Condamine se pregunta si la “*semejanza con los brutos*” de los indígenas selváticos les es connatural, se termina decantado por su irracionalidad, conclusión a la que llega observando que:

“los indios de las misiones y los salvajes que gozan de libertad” son “*por lo menos tan pobres de ingenio, por no decir tan estúpidos como los otros*”. Su conclusión es que “*no puede verse sin avergonzarse como el hombre abandonado*

a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia” (Condamine, 1993, 40).

Acaso es Magnin quien origina esos cuestionamientos cuando señala que al ver a los indios se siente *“sin el consuelo de hallar entre ellos... algo que sea racional”* (Magnin, 1989, 63).

Magnin se queja *“y con el estorbo imponderable de la variedad y barbaridad de sus lenguas”* (Magnin, 1989, 63), a lo que La Condamine añade demostrando las enormes complejidades de sus idiomas *“Poetararorincouroac entre ellos significa el número tres. Es una dicha para aquellos que los comunican que de allí no pase su aritmética”* (Condamine, 1945, 30), siguiendo la idea de Magnin *“muchos arriba de 3 no saben contar”* (Magnin, 1989, 61). Concluirá La Condamine dictaminando sobre su ingenuidad *“es tan grande que llegan a admirarse ante la presencia de una piedra común”* a la que consideran objeto extraordinario y sus lenguas *“carecen de la capacidad de expresar ideas abstractas”* (Condamine, 1993, 40).

La Condamine realizará inquisiciones sobre antropófagos que aunque no se los halle en la comarca, anuncia *“naciones que tengan por costumbre de alimentarse de carne humana, no deja de haberlas en las tierras de adentro, especialmente ... en las riveras del río Yupará”*²² *que son pobladas de naciones bárbaras y feroces, que se consumen mutuamente comiendo sus prisioneros”* (Condamine, 1745, 55). Magnin refiriéndose a la misma población nos dirá: *“los Romamayanas por vengarse o sólo por los antojos de comer carne humana... al vencido ... se lo comen”* (Magnin, 1989, 41).

Incluso forzando un poco el oído uno puede reconocer el ritmo en epítetos de cierta semejanza, así Magnin califica (o descalifica) a los indígenas *“con su simplicidad, candidez de ánimo, cortedad, prontitud y obediencia”* (Magnin, 1989, 63) y La Condamine le responde *“no ignoro que todos los Indios de la América meridional son mentirosos, puerilmente crédulos, amantes de lo portentoso y fabulosos”* (Condamine, 1945, 59).

²²Cañizares llama la atención sobre la aparición en 1748 el *Essai sur les moeurs* de Voltaire donde motejaba de mentirosos a los testigos españoles que decían que el Nuevo Mundo estaba habitado por caníbales que *“comían humanos con la misma frecuencia con que nosotros comemos cabras”* pues es una práctica antinatural frecuentada sólo por bandas hambrientas (Cañizares, 2007, 51).

El paralelo seguirá en las páginas en las que dedica atención a los animales y en especial a las plantas de la región, al *cahuchu* del que describe sus propiedades y usos y “*las gomas, los bálsamos, las resinas que destilan por incisión varias suertes de árboles, olorosas las unas, otras sin olor y los azeites que se sacan e ellos*” (Condamine, 1745, 36).

La Condamine reflexionando sobre el “*embrutecimiento*” del indio andino se origina por la larga y dura servidumbre tan cercana a la esclavitud que “*para serlo sólo les falta el nombre de esclavos*” por lo que podría llegar a pensarse que “*esta especie de embrutecimiento nace de la servil dependencia en que viven*” se pregunta si en su defecto dicha “*semejanza con los brutos*” les es connatural, decantándose finalmente por la hipótesis de su irracionalidad conclusión a la que llega observando a “*los indios de las misiones y los salvajes que gozan de libertad*” encontrándolos “*por lo menos tan pobres de ingenio, por no decir tan estúpidos como los otros*”. Su conclusión alejada de la idea del Buen Salvaje es que “*no puede verse sin avergonzarse como el hombre abandonado a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia*” (Condamine 1993, 40). Recordemos su lapidario epíteto “*unos animales silvestres, recién sacados del monte ... a los que habrá que convertirlos en hombres*” y la primera tarea de los misioneros será “*convertirlos en hombres*” (Condamine, 1745, 43).

122. Bouguer y el Buen Salvaje

Particular importancia reviste la información levantada Pierre Bouguer (1698-1758) sobre el indio de la selva a la que dedicó un importante e innovador acápite en su obra. Este matemático, físico e hidrógrafo francés formó parte también de la Expedición Geodésica ecuatorial de 1735, y dio una visión del indígena selvático casi contemporánea a la de La Condamine. Si bien fue el primer miembro de la expedición en regresar a Francia el poco interés que suscitó su informe ante la Academia de Ciencias el 14 de noviembre de 1744 lo llevó a dedicarse a la publicación de su *Traité du navire, de sa construction et de ses mouvemens* (1746), su obra magistral que revolucionó la ingeniería naval. La redacción y publicación de su informe sobre la expedición ecuatorial demoró hasta 1749 en que apareció su escrito *La Figure de la terre, déterminée par les observations de Messieurs Bouguer et de La Condamine, envoyés par ordre du Roy au Pérou pour observer aux environs de l'équateur, avec une Relation abrégée de ce voyage qui contient la description du pays dans lequel les opérations ont été faites, par M.*

Bouguer. La Condamine para ese entonces ya había publicado su *Relation abrégée* y dado su versión de la expedición por lo que este importante trabajo de Bouguer tuvo por segunda vez una fría acogida. Su obra no fue mencionada ni en la *Encyclopedié* ni en otras importantes publicaciones de la época quedando La Condamine como el gran portavoz de la expedición.

La Figure de la Terre... escasamente mencionada y menos reeditada quedó sepultada en la compilación de obras de la Academia Real. Es una obra en extremo interesante llena de información sobre el medioambiente americano, estudios de la cordillera de los Andes y los volcanes y contiene una *Relation abregeé du voyage fait ou Perou*. Bouguer intitulara su sección quinta *Des Habitans du Pérou et de leur moeurs* y se explayará sobre la influencia climática sobre los habitantes de los Andes. Encontraba como hecho sin precedentes que la zona tórrida y las punas glaciares estuviesen yuxtapuestas generando sobre los habitantes de la región una influencia contrapuesta sobre sus inclinaciones. La visión de Bouguer difiere enormemente de la experiencia relatada por La Condamine. Dedicado a la descripción de los “*indios de las florestas*” los encuentran en extremo diferentes a aquellos que viven “*en Repúblicas a cargo de un cura y un gobernador*”. Recurriendo a los influjos climáticos²³ Bouguer señala que el gran calor los dota de una “*gran imaginación*”, aunque, “*carentes de vivacidad y faltos de inventiva*” sólo pueden imitar tanto en sus industrias como en su discurso (Bouguer, 1749, XCIX).

Bouguer a diferencia de La Condamine prácticamente nos presenta la descripción tópica del buen salvaje. Según él, los indios de la selva son “*muy hospitalarios*”, “*viven en una gran unión*” que parece de una “*perfecta inocencia*”. Estos indios en estado cuasi edénico son “*honestos*”, “*precavidos e incapaces de ser desconfiados o de engañar*”. Las puertas de sus casas están siempre abiertas exponiendo sus cortas posesiones, algodón, calabazas y aloes depositados en ellas a la manera de silos. El terrible calor ocasiona que vivan “*casi desnudos*” cubiertos los rostros con pinturas rojas de achiote, acaso para protegerse de las picaduras de los mosquitos. Su generosidad es proverbial,

²³ Hipólito Unanue, en su obra *Observaciones sobre el Clima de Lima y sus influencias en los seres organizados en especial el Hombre* (1806) desarrolla ampliamente la idea de las influencias climáticas sobre el medio ambiente, los animales y el hombre. La influencia sobre el hombre se manifiesta no solo en su disposición corporal, en su salud, sino que se extiende inclusive a su carácter y su ingenio e imaginación. Líneas más abajo queda claro como Unanue conoció y utilizó los textos de Bouguer. Sin embargo el trabajo de Unanue manejará una mayor cantidad de variables (Unanue, 1815, 87 y ss; Patrucco, 2018, 153 y ss).

cuando construyen una casa de unos pocos pies de tamaño, invitan a habitar en ella a otras tres o cuatro familias, viviendo en comunidad. La naturaleza ayuda a reforzar esa idea de habitantes del Paraíso dotándolos de todo lo que les es necesario sin exigirles nada a cambio, convirtiéndose en arquitectos de cabañas, constructores de piraguas, tejedores de hamacas, y todas sus tareas las realizan en común. Aunque no lo mencione directamente la propiedad común es tal vez lo que más llama la atención del autor y le hace percibirlos como diferentes a de las comunidades de la Sierra. Como a seres sin pecado original, jamás les faltan los frutos de la tierra, la caza y la pesca (Bouguer, 1749, C).

Incapaces de ser sometidos, como guerreros realizan incursiones y se internan en la espesura. Fabrican las temibles flechas ponzoñosas, o las bolas de arcilla lanzadas también por sus cerbatanas, armas exóticas que encandilarán la imaginación de los europeos (Bouguer, 1749, CI).

La descripción de Bouguer nos recuerda lejanamente las palabras de Montaigne:

“Es un pueblo en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento, ninguna ciencia de los números, ningún nombre de magistrado ni de superioridad política no hay servidumbre, tampoco riqueza o pobreza, ni contratos ni sucesiones, ni participaciones ni más ocupaciones que las ociosas... ni vestido, ni agricultura, ni ningún metal...” (Montaigne 1998, 358)

Para completar la visión de Bouguer sobre el indígena edénico versus el indígena degenerado de los Andes debemos recurrir a los escritos del Barón de La Hontan.

Es probable que en la descripción de Bouguer del poblador de las florestas amazónicas resuenen los diálogos del barón de Lahontan y el jefe Hurón Adario sobre la sabiduría de los salvajes del Canadá, escrito por Nicolás Gueudeville. Adario advierte a su interlocutor que las leyes francesas son injustas en tanto sólo las deben cumplir los miserables, mientras que entre los hurones guiándose sólo por la naturaleza, el instinto y la inocencia vivían felices sin prisiones ni torturas. Esta parcial coincidencia se ve resaltada cuando vemos que Bouguer repite juicios y epítetos que parecen extraídos de los *“Dialogues de M. le Baron de Lahontan e d’un sauvage dans l’ Amerique contenant una description exacte des moeurs & des coutumes de ces Peuples Sauvages”*, así se suceden la desnudez e inocencia, guerreros feroces y cazadores, grandes constructores de cabañas y canoas, y

la dependencia de una naturaleza que todo les da (Lahontan, 1704, 23, 38, 54, 55, 59, 92, 100).

Según Bartra el eje principal de la obra de Lahontan se centra en la contraposición de la visión de los indios del Canadá por los misioneros, los franciscanos que los veían como estúpidos rústicos, groseros e incapaces de reflexión y los jesuitas que por el contrario los consideraban sensatos, vivaces, memoriosos juiciosos (Bartra, 1997, 418). La idea de la superioridad misional de los jesuitas ya se encontraba presente en juicios de Frézier “en sus misiones los jesuitas proceden mas sabia y más diestramente” (Frézier, 1982, 227). Estos mismos argumentos manifestó el educado por jesuitas Juan Santos Atahualpa, quien “desarrolló un intenso conflicto religioso con los franciscanos” y permanentemente mantuvo la superioridad de la labor misional jesuítica (Flores Galindo, 1988, 100).

En la obra de Bouguer ese eje temático se invierte contraponiendo a los selvícolas puros (semejantes a las virtudes encontradas entre los canadienses por los jesuitas) frente a la naturaleza decadente de los “*indios que viven en Repúblicas a cargo de un cura y un gobernador*” (que más o menos corresponden a los epítetos de los evangelizadores franciscanos sobre los indios del Canadá). El otro eje de la obra de La Hontan, la injusticia del cristianismo prácticamente desaparece o queda muy sutilmente disimulada en la obra de Bouguer. Cabe señalar que algunas de las obras de Lahontan fueron citadas por el Mercurio Peruano en un artículo sobre la Defensa de una noticia que se impugnó Tertulia de la Sociedad firmada por el Calvo (Mercurio Peruano, 1964, VI, 282).

Bouguer es el verdadero introductor del motivo del noble salvaje en el escenario peruano. Cabe resaltar que la relación de Bouguer es muy sugestiva e importante pues no sólo antecede en mucho a los relatos clásicos sobre el tema, sino que son imágenes tomadas en su contexto original, descripciones que pueden tener más o menos utópica, pero corresponden a la descripción de pueblos verdaderos por el visitados, a diferencia de las reelaboraciones francesas ilustradas en las que muchas veces no sólo son visiones tomadas de libros de viajeros sino que además se refieren a un indígena ideal. Al respecto ha dicho Bartra:

“la aplicación de la poderosa imagen del hombre salvaje a las sociedades exóticas de América y Africa es un fenómeno derivado, es un fruto de la larga evolución del mito en Europa; a pesar de la espectacularidad de las descripciones de

costumbres exóticas hechas por viajeros, colonizadores y misioneros, el mito del buen salvaje, se preservó como una estructura conceptual europea que funcionaba más para explicar o criticar las peculiaridades de la civilización moderna que para comprender a los otros pueblos, a las otras culturas no occidentales (Bartra, 1997, 402).

El texto de Bouguer antecede en mucho a las típicas obras ilustradas donde se perfila el buen salvaje, obras como *Discours sur l'origine de la Inégalité* (1755) de Rousseau, como *L'Ingenu* de Voltaire (1767) y el *Supplément au voyage de Bougainville* (1772) escrito por Diderot donde nuevamente se dedica espacio a este tema. Es probable que algunos de estos autores consultaran a Bouguer, pero no quedó registro en su citado ni siquiera cuando mencionan al indígena americano.

123. Bouguer y Aristio (Hipólito Unanue).

Aparentemente el relato de Bouguer, no gozó de mayor fortuna y si bien su visión del hombre de la cordillera occidental tendrá cercanos epígonos en los demás miembros de la expedición tanto en La Condamine como en los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, su visión amable de los indígenas de la región amazónica lamentablemente no habría ejercido mayor influencia en la literatura posterior americana y tendremos que esperar hasta Humboldt para volver a escuchar esa posición nuevamente.

Sin embargo, hemos podido encontrar al menos un rastro de la influencia de Bouguer en el Perú anterior a la Independencia. Bouguer fue citado en el Mercurio Peruano un par de veces por Aristio (Hipólito Unanue) en el artículo "*Geografía física del Perú para continuar la historia de sus monumentos*" (Mercurio Peruano, 1964, IV, 19-22) acerca de cuestiones estrictamente geográficas. Esto nos demuestra que Bouguer fue leído en el Perú del siglo XVIII y por alguno o algunos de los mercuristas. Pero nos lleva más allá, ya que independientemente de sus ideas geográficas, ciertas afirmaciones suyas sobre los indígenas de la selva resuenan en la "*Descripción de las misiones de Caxamarquilla*" debida a la pluma del mismo Aristio (Hipólito Unanue) en donde se habla de los indios (los indios Cholones) con especial simpatía, remarcando sus características edénicas se refiere a ellos como "*de buenas facciones y dedicados al trabajo*" con "*mujeres hermosas, asedas y liberales*" probablemente la primera asociación que se hace en el Perú en el siglo XVIII entre indígenas y hermosura, "*acostumbran bañarse muy temprano en los ríos para conservar su salud*" (en oposición a la suciedad que se menciona repetidas

veces en el caso de los indios de la sierra) y la enumeración de sus virtudes: *“Entre estos indios no se conoce la ambición, la codicia, el hurto ni las distenciones que parece son defectos inherentes a la vida civil”*. No descarta Aristio, sin embargo, acompañar a estos elementos que parecen influidos por el relato de Bouguer, de una descripción de sus defectos *“dominan en su lugar la lascivia y las embriaguez, peculiares de la vida rústica. El Masato que es una especie de chicha es su bebida predilecta”*. (Mercurio Peruano, ii, 140).

Aristio unos meses más tarde en su artículo *“Descripción de los Trajes y las supersticiones de los indios de las Pampas del Sacramento”*, habla de las pequeñas tribus esparcidas entre los bosques, cuyos habitantes son por lo general *“altos robustos y de buen parecer por que siempre que hace nace alguno desconcertado con cualquier defecto notable, al instante lo privan de la vida como parto de mal agüero”* El articulista llega a señalar que *“andan por la mayor parte desnudos aunque con alguna distinción... las doncellas andan como Eva en el Paraíso...costumbre que es un antídoto contra los dardo del impuro”*. Su belleza pareciera basarse también en que *“tienen el color más claro de los peruanos aun algunos como los Conivos, competirían con los europeos, si la vida montarás, las unturas, los sancudos y mosquitos con sus picadas no los ennegrecieran”*, llegando a aunque la costumbre de las deformaciones craneanas que practican *“les alteran las funciones del cerebro” volviéndose “la gente más desmemoriada de todo el orbe”* (Mercuriio Peruano, 1964, iii, 77-9)

Indudablemente no se tratan de citas literales, pero al parecer la esencia de esa visión apreciativa del indígena, no conmisericordiosa propia del pagano que debe ser convertido sino la del hombre natural digno de admiración envuelve los juicios de aquel Aristio (Hipólito Unanue) lector de Bouguer. Curiosamente la visión de Bouguer amplificada por Unanue no encontrará mayores ecos en el siglo siguiente en que nuevas formas de pensamiento llevará por otros rumbos la visión del aborígen selvático.

1.2.4 Humboldt y el hombre selvático.

Luego de las reflexiones que Bouguer realizara sobre el indígena de las selvas habría que esperar casi setenta años para que se produjera un nuevo contacto entre un viajero europeo y los habitantes amazónicos. Le tocaría al barón Alejandro Humboldt describir sus

encuentros cercanos a 1802 con los jíbaros a los cuales dedicó líneas inspiradas en el tópico del buen salvaje.

Humboldt también entró en contacto con el hombre de la selva los jíbaros a los cuales dedicó líneas inspiradas en el tópico del buen salvaje. De ellos llega a decir en su diario de viaje “*¡Cómo el hombre salvaje y libre es diferente al de las misiones, esclavo de la opinión y de la opresión sacerdotal! ¡Qué vivacidad, qué curiosidad, qué memoria, que empeño de querer aprender...*”. Humboldt describe sus costumbres en lo que no omite ni lo bueno ni lo malo de estos indígenas. Se asombra de que estos indígenas dotados de “*nobleza de espíritu y tantas facultades intelectuales*” sean así mismo “*sumamente indolentes*”, al punto de considerarlos los más perezosos para el trabajo. Su conclusión es que los hombres “*no se mueven sino cuando la necesidad los incita*”. Así los ve a un tiempo remando incesantemente contra la corriente por 17 o 18 días o en su defecto pasar “*dos o tres meses acostados en una hamaca removiéndolo con los dedos del pie los plátanos que ellos asan al fuego y lo elevan a la boca de la misma manera*”. Se admira de su candidez cuando los hace ver las imágenes invertidas a través del anteojo de su sextante, y escucha sus risas a “*voz en cuello*”, si bien descubre que “*son muy inclinados a robar a los otros indios del pueblo*”, se admira de su habilidad para pronunciar las lenguas extranjeras. Concluye señalando que los selvícolas “*van generalmente desnudos y no se ponen el poncho sino en presencia de un extranjero. Llevan un carcaj con flechas, un arco o una cerbatana y sus venenos...*” (Núñez Hague y Petersen, 2002, 54).

125. El selvático en los viajeros de la Independencia

Estuardo Núñez denominó como viajeros de la Emancipación a un heterogéneo grupo de balleneros, contrabandistas, comerciantes, prestamistas, pastores protestantes interesados en extender sus doctrinas entre los indígenas, agentes extranjeros interesados en aquilatar las posibilidades económicas del país en vías de independizarse, militares, consejeros y naturalistas, que visitaron el Perú entre aproximadamente 1805 y 1828, estos fueron:

“preponderantemente marítimos que con rarísimas excepciones no se aventuraron al interior del país ni les preocupaba todavía el estudio de caracteres

antropológicos y etnográficos... la inquietud por el país profundo, espacial y temporal, ha de aparecer con tendencia más acentuada entre los viajeros, mucho mas tarde a partir de mediados del siglo XIX” (Núñez Hague, 1989, 195).

Esto se comprueba en el poco interés que la Amazonía genera en esta cohorte de viajeros lo que se refleja en una casi absoluta carencia de datos sobre dicha área y su población.

126. Golovin, “bárbaros y muy belicosos”.

Una mediana excepción es la del viajero ruso Vasilií Mickailovitch Golovin , capitán de la corbeta, Kamtchatka, permaneció en Lima apenas diez días en febrero de 1818, por lo que no fue uno de los que se adentró tierra adentro pero consigna una opinión bastante tajante sobre los indígenas selváticos indudablemente obtenida de segunda mano (Núñez Hague, 1971, I, XXXII). Pacheco Vélez (1967), encuentra en los escritos de Golovin influencia de los de Ulloa y Humboldt por lo que bien podrían ser sus fuentes a este respecto. Nos dice así en el primer relato de viajeros referido a los indígenas selváticos durante el proceso de la independencia:

“Entre el Perú y Brasil vive un pueblo bárbaro muy belicoso, que se considera el más cruel de toda América y que hace mucho daño a quienes viven en el interior del Perú. Si estos indios se apoderan de un español, nunca muere en sus manos antes de sufrir tormento. Entre tanto lo mantienen atado y le despedazan el cuerpo en varias partes, poco a poco para que dure más su pena y los salvajes se satisfagan más en verlo...” (Núñez Hague, 1971, i, 172).

Relato ciertamente bastante sensacionalista y vago donde la esencia del relato es la crueldad y el daño causado por esta tribu innominada e indeterminada de las tierras entre el Perú y Brasil lejano del enfoque del viajero científico en el que priman las coordenadas y las descripciones verificables.

1.3. REDESCUBRIENDO AL INDIO DE LA COSTA

A pesar del contacto preferente de los viajeros con la línea costera del Perú desde los tiempos más antiguos, el interés por el indio de la costa es un tópico bastante tardío en la literatura de viajes. Y salvo pequeñas menciones ocasionales, es a comienzos del siglo XIX que prácticamente se inaugura esta temática. Los indígenas de la costa vistos por

estos viajeros en las ciudades se encontraban sensiblemente más occidentalizados, su principal dedicación eran las labores comerciales y urbanas que llamaban tanto la atención del visitante. Así veremos como las anotaciones que estos dejaron son generalmente son de un carácter bastante diferente a las dedicadas al habitante de las punas. Debemos mencionar sin embargo que el Mercurio Peruano a fines del siglo XVIII (1790-1793), especialmente a través de las sugestivas contribuciones de Lequanda, dejó abundante y positiva información sobre los indígenas costeros del norte del Perú. La temática del indio de la costa reviste una importancia fundamental en la medida en que tanto su análisis como el del indio selvático, nos permitirá comprender las diferencias y prejuicios que se aplican al poblador indio alto andino.

13.1. Lequanda: indios civilizados costeños e indios borrachos de la sierra.

En las páginas del Mercurio Peruano, José Ignacio de Lequanda, contribuye con una serie de artículos relacionados a los temas de la visita diocesana que mandara levantar el Obispo Martínez Compañón, acaso deudo suyo. Tras una estancia de más de 30 años en el territorio virreinal Lequanda domina con soltura el conocimiento de las provincias que describe. Resulta interesante la descripción de los indios de la costa de Piura los que diferencia en “originarios y forasteros” y los califica de “humildes, expertos y laboriosos, pero dados a las mujeres”. Aunque tributarios, el *pecho* resulta en ellos poco gravoso y su República “es del gobierno más pacífico... pues rara vez se oye decir que en sus pueblos se haya hecho una muerte, un robo ni otros excesos criminales que escandalice”. Sin embargo es de notar la crueldad que ejercen en los castigos de su justicia. Un enlace que realiza con las pinturas de la visita episcopal de Martínez Compañón es la descripción de los trajes de marinero común que tienen los indios de Payta y Colán (Vid cap. final), (Mercurio Peruano, 1964, VIII, 174).

Es interesante notar la comparación que realiza entre los indios “cultivados” de la costa con los de las sierras, “rústicos”, “de operaciones bárbaras y groseras” y envidiosos con aguardiente y chicha. Son de carácter desconfiado y perezoso, incapaces de decidirse, o de contestar una pregunta, son cortesanos con sus amantes e indiferentes con sus mujeres. “Muestran cobardía frente a los negros que uno o dos en el pueblo bastan para que vivan

atemorizados” . Son de humor flemático y parcos en el comer. Ninguna india de América viste con tanta elegancia como la de Colán (Mercurio Peruano, 1964, VIII, 176).

La teoría que parece exponer Lequanda es que el mayor contacto con los españoles y especialmente con el comercio cumple una labor civilizadora en los indios.

132. Humboldt y Unanue, una observación compartida.

Varios años después de pasar por Lima en 1802, Alejandro de Humboldt, dejará en sus escritos una anotación bastante singular que no se refiere ni al carácter, ni a las costumbres de los indígenas, sino a una observación directamente racial referida a los olores corporales:

“Las castas de sangre india o africana conservan el olor que es particular de la transpiración cutánea de estas dos razas primitivas. Los indios peruanos que en la obscuridad de la noche distinguen por su delicado olfato las diferentes razas, han formado tres voces para el olor del europeo, del indígena americano y del negro; llaman al primero pezuña, al segundo posco y al tercero grajo” (Humboldt, 1966, 90).

Llama la atención como el viajero alemán pudo haber llegado a un conocimiento tan íntimo de lo que las finas narices indígenas llegaban a oler en las noches. La cita pertenece al *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, que apareció publicado en francés en París en 1811. La enigmática cita cobra mayor interés cuando encontramos que ya en 1806 Unanue había publicado sus Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados en especial el Hombre. Allí tras realizar una tabla de castas similar a la que Humboldt precede a dicha cita, el médico limeño empieza por señalar: *“el hedor de las transpiración de las razas primitivas es diferente... el acido de la transpiración indiana que en la lengua quichua se nombra posco, neutraliza con facilidad al álcali Europeo o pezuña y el del Africano o grajo...”* (Unanue, 1815, 108-9). De donde pareciera quedar clara la filiación de esta citación del sabio alemán. La relación de Unanue y Humboldt parece haber sido poco cercana, el sabio alemán se refiere al peruano en su diario sólo una vez en una entrevista realizada *“sólo por protocolo”* y posiblemente lo confunde en el recuerdo con Urquijo personaje quien trabajó en la Casa

de la Moneda. Sin embargo si lo menciona años más tarde en relación con el programa de vacunación llevado a cabo en Lima. A tenor de la cita superior se colige que ambos se leyeron mutuamente mucho tiempo después de su última entrevista pues si Humboldt reproducía su información sobre las razas, así como su campaña anti variólica, por su parte Unanue lo cita en el Clima de Lima y el inventario de la biblioteca en el testamento de Unanue revela que tenía al menos tres de las obras del viajero en su biblioteca (Miro Quesada, 1966, 263; Núñez Hague, 2002, 251; Patrucco, 2015).

1.3.3 Los primeros viajeros de la Independencia y el indio de la costa.

El viajero Julián Mellet, “*aventurero y comerciante francés*” quien recorre el Perú tan temprano como 1815, viviendo una serie de aventuras novelescas, describe en su libro “*Voyages dans l’interieur de la Amerique Meridionale*” (1824) a los indios de Chiclayo a los que califica de “*tributarios y muy industriosos en el comercio*”, muy amables y sus mujeres como “*muy hermosas y de carácter muy dulce*” (Núñez Hague 1971, i, 117). Esta alusión es muy importante, pues inaugura en cierta forma algo que ya se veía en los escritos de Lequanda, y es que por primera vez en la literatura sobre los indígenas se los comienza a relacionar con el término belleza, y bondades del carácter, elementos que serán una constante en los relatos desde la época cercana a la emancipación hasta promediar los mediados de siglo XIX.

El viajero y capitán ruso Golovin, patrón de la goleta “*Kamtchatka*” quien visita Lima en febrero de 1818, considera a los indios de las ciudades de la costa mansos y sumisos, aun cuando “no olvidan su antigua condición” como los saludos deferenciales que los demás indios hacen a indios descendiente de sus antiguos reyes, aun cuando se vean reducidos a ejercer oficios serviles. Lamenta “*la pérdida de la honradez de sus antepasados*” y nos cuenta desilusionado que “*viven en aldeas hechas de chozas de barro seco*” (Núñez Hague, 1971, i, 173).

Gabriel Lafond de Lurcy, notable escritor francés de relatos de viajes quien pasó por Lima en 1822, se asombra de la industriosidad de los indios de Lima que hacen unas laboriosísimas tabaqueras para los puros confeccionadas de paja “que se han hecho célebres por su belleza y trabajo, como obras de gran paciencia” (Núñez Hague, 1971, ii,

136). No es extraño que notara dicho empeño, ya que a tenor del estudio de J. Cosamalón sobre la población indígena en Lima, encuentra que más de la mitad de los indios urbanos (54%) se dedicaba a los oficios del artesanado, siendo principalmente, “*sastres, zapateros, trenzadores, botoneros, olleros, silleros y plateros*” (Cosamalón 1999, 166-169).

1.3.4 Proctor “indios inocentes y melancólicos”

Otro rubro interesante será el de la pesca. Así los ve el inglés Robert Proctor (1822-4) negociador de los empréstitos británicos, cuando visita Chorrillos y presencia los esfuerzos de los indígenas que bregan en el mar por su subsistencia. No contento con apreciar su esfuerzo (recordemos el antiguo tópico del indígena haragán del siglo precedente) al compararlos con los indios de Canta que son de raza “*más robusta y osada que los de la costa*” no deja de encontrar en ambos una “*misma suavidad de maneras y la misma expresión inocente y melancólica en su semblante*” (Núñez Hague, 1971, ii 294-305).

135. Lesson “indios dulces y benevolentes”.

El expedicionario francés René Lesson, “*geólogo notable y médico a bordo de ‘La Coquille’*”, hablando de los naturales de Colán en 1823, los que llama “*peruanos de raza pura*”, afectados por las fiebres y gobernados por un cacique, los moteja de “*apacibles americanos*” que a pesar del fanatismo de los frailes “*no ha podido desnaturalizar su fisonomía moral, esa expresión de bondad y de dulzura que sirvió para convertir en presa a sus antepasados y degollarlos*”. Estos indígenas viven aislados con el interior y el extranjero de los que se desprende “*la simplicidad de sus costumbres*” y que viven sin poder “*renovar sus ideas estacionarias y pasivas desde hace siglos...*”. Usa el caso del cacique Matarache de quien se hace amigo para ejemplificar el respeto patriarcal, la hospitalidad, la sabiduría de indio viejo, sus elegantes maneras. Incomunicados con el resto de la República los indios de Colán son “*dulces, tímidos, e inofensivos en tanto que los de Paita, enviciados por los europeos y por el contacto de los desembarcos comerciales son interesados, resueltos y turbulentos*” (Núñez Hague, 1971, ii, 381-2)

Lesson encuentra en los habitantes de Colán costumbres que *“tienen la influencia de la vecindad del estado primitivo y aunque dulces y benevolentes muestran en los peruanos esta facilidad y ese estado de abandono que reprueban nuestros usos y nuestra moral”*. Es decir Lesson los equipara al buen salvaje imaginado por los europeos. Lesson ve a estos *“insaciables pedigüeños...mendigando por insignificantes bagatelas sin valor en si ; pero que para ellos son riquezas de gran valor”* Nos hacen recordar la imagen del expedicionario intercambiando cuentas de vidrio o wampun con los *“salvajes”*. Llega a decir *“que uno podría despojarse de todos sus objetos, sin extinguir el deseo de pedir de estos sencillos hombres a quienes causa envidia todo lo que poseemos”* aunque es justo decir que *“al menos que su agradecimiento parece sincero”* (Núñez Hague, 1971, ii,385).

13.6. Stevenson “indios dóciles, atentos y tímidos”.

Antiguo contrabandista y aventurero inglés, William Bennet Stevenson en su larga estadía en el Perú que empieza en 1806 y se extiende hasta 1827, presta atención a los indios aculturados, aquellos habitantes afincados en Lima señalando que han imitado tanto las formas y modos a los criollos que de no ser por su color sería el difícil distinguirlos. Alaba lo industrial que son en la *“confección de flecos, lazos de oro y plata, espalderas y bordados, algunos son sastres, y otros atienden los negocios del mercado”*. Stevenson menciona que no es común el alcoholismo entre ellos tal vez debido a que imitan *“la sobriedad guardada por los españoles”* con respecto al consumo alcohólico (Núñez Hague, 1971, iii, 167, 171).

Señala que cuando los indios de la costa del Perú viven en ciudades con los criollos y los españoles, *“son dóciles, atentos y más bien tímidos”*. Es esa timidez, asegura la que los ha llevado a vérselos como indiferentes, y si ciertamente son poco curiosos es más bien por apatía. Por otra parte son industriales y dedicados a las labores propias de la agricultura, se preocupan por sus otras ocupaciones y vigilan sus compromisos, *“conocen el valor de la riqueza, se esfuerzan en obtenerla y son afectos a ser considerados ricos a pesar de que nunca se jactan de serlo”*. Otra peculiaridad de su carácter es que son rara vez infieles y son también padres cariñosos. (Núñez Hague, 1971, iii, 211).

Stevenson visita la villa de Huacho y Eten poblados habitados totalmente por indígenas dedicados a sus chacras, a las salinas, a pescar y hacer diestramente sombreros, servilletas, magníficos manteles de algodón, colchas y cobertores entretejidas de damasco, y esteras para el piso. *“Esta es la prueba de que cuando un indio tiene el beneficio de su obra no siente aversión al trabajo”*. Se sintió muy agrado por dichos indios. *“Son buenos y hospitalarios pero su timidez y desconfianza los hace aparecer reservados y algo hoscos.. Sea esta desconfianza un rasgo natural característico, o sea el resultado de las privaciones que han sufrido desde que los españoles se convirtieron en sus patrones”* lo cual a la luz de la historia pasada no se atrevería a reprochárselo (Núñez Hague, 1971, iii,205-10). Stevenson describe el aspecto de los indígenas y señala: *“el cuerpo es bien proporcionado y los miembros torneados y tienen pies pequeños, su estatura es mas bien baja pero tienen propensión a la corpulencia cuando están inactivos y es un dicho común decir que una persona jovial es tan gordo como un cacique. La transpiración de sus cuerpos es aceitosa algunos han supuesto que se debe a la dieta vegetal”* (Núñez Hague, 1971, iii, 203-5).

Stevenson defiende al indio de los ataques de Ulloa, diciendo que recibe con tanto honor su oficio de alcalde como un juez inglés su toga²⁴ y de hecho tienen capacidad para convertirse *“en hombres instruidos... y algunos se han convertido en distinguidos magistrados”*. Stevenson pareciera no percibir las jerarquías sociales entre los indígenas y distinguir a los descendientes de curacas y de indios nobles quienes con mayor facilidad podían acceder a esos niveles de instrucción y cultura. Al mencionar los ofensivos comentarios de Antonio de Ulloa quien trata a los indios de cobardes, los intenta defender recordando la reputación de valentía demostrada por los indígenas habitantes de la Araucanía y del Darién, ignorando las diferencias culturales que existen entre esas diferentes etnias indígenas del territorio americano como si se tratara de una unidad (Núñez Hague, 1971, iii, 210-1).

La defensa del indígena esgrimida por Stevenson incluso lo enfrenta a Robertson quien dice *“que la castidad es una cualidad muy refinada para un salvaje”*, aduciendo que ni ha viajado por estas tierras, y que: *“La castidad es más común y la infidelidad lo es menos entre los peruanos que entre la mayor parte de los países del viejo mundo”*. Lo cual aun

²⁴*“recibirá con la misma indiferencia el oficio de alcalde o juez, tanto como el de verdugo”* (Ulloa, 1984, 286)

se puede afirmar de las *“tribus mas rudas”* en las que *“la unión regular del esposo y la mujer era universal y los derechos de matrimonio eran comprendidos y reconocidos”* (Núñez Hague, 1971, iii, 211).

Las respuestas a Ulloa son múltiples y señala *“que son limpios en sus personas y particularmente en sus alimentos”*; que *“duermen muy poco, conversan mucho durante la noche y se levantan muy temprano”* e incluso cuando tienen faenas agrícolas pueden pasarse tres días sin dormir. Los tilda de abstemios aunque en sus fiestas no lo sean, a pesar de lo cual *“no son habituales borrachos y las mujeres son tan adversas a ello que nunca he visto ninguna intoxicada”* (Núñez Hague, 1971, iii,212).



CAPITULO II.

2. VIAJEROS Y COLECCIONISTAS: LOS OBJETOS ARQUEOLOGICOS Y ETNOGRAFICOS AMERICANOS.

Los viajeros y expedicionarios que visitaron el Perú en el siglo XVIII se encontraban inmersos en mayor o menor medida en el pensamiento ilustrado, lo que los llevó a dar una mirada aparentemente nueva a los indios del Perú. Esta nueva mirada fue documentada mediante testimonios de su cultura, tanto pasada, (las “*antiguallas indígenas*”), como contemporáneas, (es decir los objetos etnográficos). De este modo el conocimiento de los indígenas peruanos podía ser incluido en el cuadro general evolutivo de los pueblos como lo requería la antropología de la Ilustración. El presente capítulo intenta aproximarse al nacimiento de esta inclinación entre los viajeros y expedicionarios y cómo sus intereses respondían a las demandas de un público europeo aficionado a dichos objetos.

Como bien ha notado Cabello Caro:

“Sin... la confluencia de una notable expansión marítima comercial y al propio tiempo una nueva concepción cultural volcada sobre el hombre y por ende en la ciencia, no habría sido posible el nacimiento de gabinete científico del siglo XVIII con vocación coleccionista” (Cabello Caro, 1989,16)

El coleccionismo del siglo XVIII demandó estos testimonios etnográficos y arqueológicos necesarios para la construcción de una narrativa sobre los pueblos americanos. Los expedicionarios fueron los encargados de suministrar esta documentación sobre la que se cimentó la nueva concepción antropológica. Sin embargo este interés por colectar las huellas del pasado del Nuevo Mundo se inserta en un arraigado fenómeno del coleccionismo americano que inició con el Descubrimiento mismo.

2.1. Orígenes del coleccionismo en la Edad Moderna.

En el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna vemos el coleccionismo unido a la formación de la cámara de maravillas o *Wunderkammer*. La *Wunderkammer* era un espacio singular heredero del tesoro medieval en el que los objetos curiosos y extraordinarios encontraban un lugar para ser exhibidos, causar el asombro y exacerbar la imaginación del público. Conforme estos gabinetes cobraban mayor importancia fueron puestos en manos de humanistas y eruditos que los conservaban, ordenaban, clasificaban y describían, cuidando de separar la *artificialia* y de la *naturalia*, mediante las cuales lograban generar una representación del mundo. En este coleccionismo el género más perseguido era el de los objetos fantásticos como cuernos de unicornios, copas para detectar venenos, reliquias y amuletos. No faltaban los elementos teratológicos como muelas y tibias de gigantes que eran en realidad dientes y huesos de mamutes. El apogeo de este apartado maravilloso se dio durante el período manierista y su gusto por lo deforme y lo sorprendente. Una segunda sección tenía que ver con los objetos de intrínseco valor, como gemas, alhajas y objetos en metales preciosos que además podían aunar un importante valor artístico. Un tercer grupo comenzó a incrementarse notablemente, nos referimos al de los tres reinos de la naturaleza, que lentamente conquistó su presencia en la colección más por su diversidad, curiosidad y utilidad que por su carácter portentoso. Tampoco faltaron las diversas creaciones humanas, desde las grandes maravillas mecánicas, las creaciones artísticas, los restos históricos y etnográficos y los trofeos de guerra o cacería, organizados en anaqueles con mucha similitud a la disposición de las reliquias de sacristía (Barbero, 2015, 6; Morán & Checa, 1985, 24, 43, 78).

Los estudios pioneros de Morán y Checa sobre el coleccionismo en España abrieron todo un campo de trabajo, sin embargo en tiempos recientes investigadores como Urquizar han resultado muy críticos de los hallazgos sobre estas cámaras de maravillas. Urquizar propone que en España no se habría seguido el modelo de la *Wunderkammer*, ante bien los objetos listados en los inventarios habría que entenderlos más como un ajuar con usos diversos, que como un gabinete de colecciones. La misma voluntad coleccionista responde más a usos sociales antes que a una “*voluntad estética*”. Él prefiere muchas veces llamarlos “*curiosidades de oratorio*” antes que “*cámaras de maravilla*” y pide centrar la atención en el acto transformador de la función de los objetos, ver los inventarios como un guión en el que se quiere establecer una “*crónica familiar o etopeya*”

nobiliar” y que en realidad pertenecen a una suerte de “*escenografía genealógica*”(Urquizar Herrera, 2007,22-28).

La contraparte de estas cámaras de maravilla se encuentra en los relatos de viaje de la época y en la documentación oficial y particular en los que se van dando cuenta de los descubrimientos. Estos textos tienen la doble particularidad de servir como organizadores y como pruebas de los tesoros que empiezan a llenar los gabinetes y que son al mismo tiempo una muestra tangible de los conocimientos existentes sobre el mundo (Cabello Caro, 1989, 15).

Tengamos en cuenta que como ha señalado Gruzinski, rápidamente se teje una conciencia planetaria favorecidas por las múltiples redes oficiales y particulares, laicas y religiosas que conectan los distintos territorios (2010, 63). El autor abunda:

*“el siglo XVI no se limita... a la movilización de los recursos del Occidente al resto del orbe. La expansión ibérica multiplica los efectos de regreso...
...informes, textos, traducciones, testimonio que llegan de otras partes del mundo enriquecen las bibliotecas y las colecciones de la Europa... ...tejiendo una tela planetaria”* (Gruzinski, 2010, 81).

Estos gabinetes también fueron muy importantes para el surgimiento de los escritores o historiadores anticuarios. Bajo el término de anticuarios se conoce a un grupo de proto historiadores, interesados en los estudios de objetos y personajes realizados de modo sincrónico, es decir sin contextualizarlos en las características de su época. Como Momigliano los ha definido “*interesados en hechos históricos sin estar interesados en la historia...*”. Si bien hoy el anticuario es un sujeto caricaturizado, en los inicios del periodo moderno cumplió un papel muy importante cuando fruto de su visión empírica se comenzó a ver con escepticismo la historia política, la tradición literaria y las interpretaciones teológicas que se creaban en base a los relatos bíblicos y los escritos de las autoridades. La misma mirada parcial, corta de vista del anticuario que prestaba más atención a la medalla, la moneda o la inscripción en los monumentos, les permitió una visión formada en bases más sólidas que las de los historiadores anteriores (Momigliano, 1990, 54-8; Wellington, 2015, 4-6).

Momigliano resume la idea citando uno de estos pesquisadores quinientistas:

“una moneda podría ser falsificada, aunque otras cien certificarían su falla, en cambio ¿cómo podríamos confiar en una batalla de la antigüedad, un hecho singular e incontestable?” (Momigliano, 1990, 58).

2.2. El coleccionismo en España

Desde fines del siglo XVI y durante el siglo XVII, asistimos a una verdadera fiebre del coleccionismo en España. Los grandes títulos nobiliarios dedicarán una parte importante de sus fortunas a la formación de notables galerías de pinturas, tapices, alhajas y curiosidades. Un buen ejemplo lo da la colección del marqués de Leganés conformada por:

“ricos escritorios y bufetes, relojes extraordinarios, espejos singulares, alhajas, tantas y tan buenas pinturas antiguas y modernas... ...globos esféricas, cuerpos regulares y otros instrumentos matemáticos y geométricos y libros sobre cosas del mar y de la tierra con grandes secretos de fuegos artificiales y máquinas de guerra” (Carducho 1633, 321).

La formación de estas colecciones obedece a una serie de factores. Debido a la devaluación constante de la moneda y la depreciación de los juros, el coleccionismo sirvió como un valor refugio en la que se invirtieron los capitales libres. Abandonarse a la locura del coleccionismo representaba una forma de consumo conspicuo, asignaba al propietario una posición preminente en la sociedad debido al ejercicio de su gusto y su capacidad de gasto. También servía para reafirmar públicamente la imitación de los usos reales que emparentaba a los potentados con el monarca. Los palacios se transformaban de este modo en gloriosas escenografías en las que se exhibían los trofeos conseguidos para estas importantes colecciones (Jiménez Blanco, 2013, 18-9), (Diapositivas 1 y 2).

Muchas de estas colecciones ocupan espacio en las descripciones de viajeros y visitantes que valoran sus piezas, pero coinciden en señalar la predominante posición de la colección real. Las descripciones permiten indicar que muchas de estos compendios aun guardan hasta inicios del siglo XVIII características de la composición de los gabinetes de maravillas propios de los tiempos manieristas, con muchos objetos naturales y culturales, *“pero también con un elemento que denota el surgimiento del coleccionismo moderno, la cada vez mayor importancia centrada en los colectivos de pinturas por sobre los demás elementos”* (Jiménez Blanco, 2013, 16-7). La exposición que hace Vicente Carducho de la visita de una serie de colecciones de nobles en la Corte española en sus

Diálogos de la Pintura (1633), nos permite conocer los objetos que comprendían. Así junto con las muchas pinturas “*antiguas y modernas*” se podían ver complicados relojes, instrumentos matemáticos, modelos de máquinas de guerra y maquetas de túmulos reales. Los acompañaban culebrinas y cañones, reliquias y naves con las velas desplegadas, “*cosas científicas*”, modelos de fuentes, cajas de joyas, máquinas de teatro, estatuas antiguas, “*estuques y grutescos*”, no faltando otros medios para excitar los sentidos como “*coros de voces e instrumentos*” y “*cajetas de chocolates de Guaxaca*” que se podían paladear mientras se contemplaban las colecciones, no excluyendo al gusto del disfrute al que se veían sometidos los demás sentidos durante el recorrido por la colección (Carducho, 1633, 334-65).

A fines del siglo XVIII comienza a aparecer una nueva forma de coleccionar, se amplían el número de elencos y las variedades de objetos coleccionables, como ha señalado Pomian “*la naturaleza se pone de moda, un nuevo conocimiento de la naturaleza así como su coleccionismo suministra oportunidades de extender el espectro de la sociabilidad de los participantes*” (Pomian, 1990, 217). Un ejemplo local de este nuevo interés lo podemos encontrar en la repercusión de los nuevos conocimientos botánicos en Lima del siglo XVIII que no sólo propiciaron la publicación de abultados artículos en el Mercurio Peruano sino que ocasionaron un verdadero boom botánico, dándose el caso de que Hipólito Ruiz y José Pavón salieran a herborizar en los alrededores de Lima acompañados de un selecto grupo de nobles cada uno premunido de un equipo personal de carteras y papeles diseñados para tal efecto (Ruiz, 1952, 43).

Aparece así el coleccionista burgués, los comerciantes enriquecidos integran el antiguo grupo de la élite dedicada a esta actividad. El coleccionista burgués participa de los ideales ilustrados, que cree que su colección es un aporte para la cultura y la sociedad, un repertorio al alcance de los eruditos, un vehículo para ilustrar a los visitantes (Deans-Smith, 2005, 181). Un ejemplo de este cambio lo podemos observar en el recurrente tema de las pinturas de castas en las cuales el afán estético se subordina a una función didáctica en las que no sólo se incluyen las mezclas raciales sino que aparecen representaciones de flora, fauna, costumbres y cultura popular (Deans-Smith, 2005, 172). El público de la colección no sólo queda fascinado por la estética de las pinturas mostradas y por el

exotismo de sus imágenes, sino que además participa de un proceso de aprendizaje al recibir esta variada información sobre todos estos aspectos del Nuevo Mundo.

Así el coleccionista guiado por sus propios gustos y por un afán propedéutico escogerá dentro de un gran mercado de objetos coleccionables cada vez más amplio. Su meta no será atesorar las cámaras de maravillas y alhajas por su valor bulionístico, tampoco será necesariamente el emular las apetencias regias ejercidas y establecidas a través de colecciones reales de pinturas, ni mantener los vínculos mecenas-artista bajo el esquema del patronaje humanista. En Madrid se pueden identificar una veintena de estos grandes coleccionistas que dinamizan una importante red comercial de objetos de colección, con intereses cada vez más específicos (Jiménez Blanco, 2013,20-22).

2.3. Coleccionismo americano en España

Los tesoros americanos entraron en Europa en el contexto del cambio de la sensibilidad gótica a la curiosidad humanística, en la que empiezan a revalorarse tradiciones alternas a la antigüedad bíblica. Así pronto los motivos americanos compitieron, junto con jeroglíficos egipcios y otros motivos exóticos en la imaginación de los humanistas que muchas veces se manifiestan en los libros de emblemas de la época (Muller, Priscilla 14). Los primeros objetos americanos fueron testimonios de las proezas que los descubridores y conquistadores habían realizado en el Nuevo Mundo, así como muestras destinadas a llenar la expectativas de los europeos por unas producciones de unas tierras cuasi míticas. Los envíos de los primeros tiempos podían incluir animales exóticos y hasta seres humanos. Dichos objetos eran distribuidos entre las colecciones reales, o fungían como regalos preciados para el clero y la corte (Cabello Caro, 1989, 24) .

Un episodio tan conocido como la misiva de queja *“pues señor gobernador/ mírelo bien por entero/ que allá va el recogedor/ y aquí queda el carnicero”* escondidos en unos ovillos de algodón y otras curiosidades enviados a la esposa del gobernador de Panamá, Pedro de los Ríos se inserta en el origen mismo del afán por documentar por medio de testimonios etnográficos la existencia del Perú.

Aquellos pobres ovillos parodiaban en cierto modo a los impactantes hallazgos de Cortés. Este deslumbramiento frente a las riquezas de las Indias queda plasmado en los diarios de Durero, de su viaje a Flandes en 1520. Tras tocar las joyas y bienes de nuevo orbe fue tal su impresión que aquella noche soñó con monstruos mitológicos en las nuevas orillas.

Su registro sobre el arte americano es muy revelador de su asombro frente a las creaciones artísticas de aquellas ignotas tierras:

“He visto allí (en Bruselas)... los dos regalos traídos de México para el rey, a saber: un sol de oro del tamaño de una toesa y una luna de plata del mismo tamaño, además de vasijas de todas clases, utensilios de oro y de plata y otros extraños adornos, de tal magnificencia que difícilmente se podrán hallar otros que le iguallen. Se estiman en cien mil libras de oro. Nada he visto en los días de mi vida que sea tan de mi gusto. Al admirar estas obras de oro tan perfectas quedo asombrado de la habilidad y del ingenio sutil de los hombres de aquellos países lejanos” (Acuña, 1947, 117)

Otro testigo de excepción fue el docto humanista Pedro Mártir de Anglhería quien en sus eruditas *Décadas* describió igualmente la llegada de dichas riquezas de tierras indianas. En realidad, como nos dice Müller eran joyas que pertenecían al tesoro de Moctezuma enviadas por Cortés sin fundir como reacción frente a la hermosura de su fábrica. Así los visitantes a la cámara del tesoro vieron *“masivos discos de oro, collares de oro con cuentas en forma de conchas y pendientes como campanitas, patos de oro y otras criaturas acuáticas incluyendo serpientes y cocodrilos”*, las cuales fueron reseñadas por Bernal Díaz del Castillo y corroboró que se dejaron incluso sin los sellos del quintado para no dañarlas. Estas aún podían verse un siglo más tarde en las colecciones de Felipe II. Estas piezas resultaban a los ojos europeos tremendamente asombrosas y la erudita Müller indica que sus habilidades sobrepasaban a la de los orfebres europeos de la época. Para corroborar su juicio señala algunas piezas aun existentes como un collar de oro con forma de tortugas y cascabeles, así como un ornamento de oro en forma de cabeza de sierpe con lengua movable, o un prendedor en forma de jaguar con incrustaciones de esmeraldas de delicadísima factura. Es más, siguiendo a Gómara indica que los indios habrían tenido la capacidad de esmaltar las piezas, aunque hasta el momento no se pueda corroborar dicha información. Siempre siguiendo a Müller, esta maestría indígena llevó a que el mismo Cortés convenciera a Moctezuma de que mandase copiar por sus artesanos una serie de crucifijos y alhajas europeas que terminaron resultando de extraordinaria calidad. Hasta hace poco tiempo se creía que estas piezas habían desaparecido totalmente, pero el examen reciente de algunas alhajas europeas del siglo XVI dio sorprendentes resultados (Diapositiva 3). Dichas piezas mostraban alrededor de algunas figuritas de

metal o de madera tallada un trabajo de plumaje iridiscente que se daba por sentado que era esmaltado. Un análisis muy cuidadoso permitió comprobar que era una técnica indígena muy semejante al esmaltado aunque sin serlo, lo que probablemente habría llevado al juicio erróneo de López de Gómara. De este modo las piezas resultaban de factura y técnica mexicana prehispánica que después se perdería rápidamente, aunado a diseño y estilo europeo (Müller, 1985, 16-17).

Un ejemplo de estas joyas, -según Müller- pero certeramente documentada como envío americano, es el exvoto de Cortés (Diapositiva 4), enviado a la Virgen de Guadalupe en 1538. Se trata de un dragón alígero, o según como se lo vea “*una lagartija con alas*”, con un trabajo que se creía de esmalte y que si bien desapareció, fue bellamente representado en el inventario de 1777, justo antes de ser enviado a la fundición. Más allá de los aspectos técnicos, las varias copias de esta alhaja nos permiten documentar el impacto americano en el naciente gusto naturalista y realista recogido por el exotismo del manierismo, en el que un imaginativo gusto por sapos, monos, serpientes y papagayos, la fauna de los tres niveles del cosmos, acuáticos, terrestre y voladores, poblaran la creación de orífiles, así como la pintura del momento y posterior (Müller, 1985, 20-1).

Según Morán dichas piezas americanas:

“ejercieron una influencia en determinados géneros artísticos muy propios del manierismo y que jugaban un papel muy importante en los tesoros y colecciones. La sofisticación y el refinamiento que se alcanzó en este momento en joyas y pequeños objetos suntuario tuvo en la piedras y objetos procedentes de las Indias un estímulo poderoso, que se hace más evidente en las piezas que representaban animales procedentes del nuevo mundo o aquellas que se engastaban en materiales naturales por medio de complicadas formas manieristas” (Morán y Checa, 1985, 48).

Un tema interesante a desarrollar es el porqué dichos objetos no han sobrevivido hasta nuestros días. Cabello Caro señala que, “*poco iban a servir las joyas, adornos, vajilla y armamento tanto mexicanos como peruanos para el rey o sus cortesanos*”. Las características del botín, los distintos adornos de la indumentaria indígena desde pesados aretes y narigueras a tocados ceremoniales, petos, esclavinas, escudos y otros aderezos indígenas corrieron con mayor o menor rapidez la suerte de la fundición, perdiéndose en el crisol debido a su falta de utilidad, diferencia estilística, atractivo peso para la

amonedación, o procediéndose a su adaptación y reutilización, ya que “*era normal que los orfebres modernizasen joyas y vajillas según cambiaban los gustos*” (Cabello Caro, 1989, 25).

Tal vez por encima de la razón anterior, debemos prestar atención a la señalada por Müller, que debido a la naturaleza *bulliónica* de dichas piezas confeccionadas en metales preciosos eran a la postre parte del tesoro real, y como tal eran fundidas, amonedadas, dadas en prenda, enajenadas o corriendo suertes distintas según la necesidad del momento. Estas ocasiones no faltaron especialmente durante las costosas campañas internacionales ejecutadas por Carlos V que demandaban ingresos en una escala nunca vista hasta el momento (Müller 1985, 15).

Debemos acotar así mismo que de la joyería y vajillas antiguas sólo han sobrevivido piezas contadas y que del valor intrínseco de sus materiales se desprende una contradicción interna, son atesorados durante su existencia pero al mismo tiempo tienen una caducidad programada ya que el material termina opacando su valor artístico y será fundido para confeccionar nuevos objetos más modernos, al estilo de la época o al gusto del propietario.

2.4. Los tesoros de los Incas

Si mucho se sabe acerca del tesoro de Moctezuma, es mucho menor la información que ha llegado acerca del tesoro de Atahualpa. En efecto si bien casi todos los cronistas no dejan de mencionar la fundición del rescate de Cajamarca y los valores que representó, por lo general los relatos no consignan una mayor información de las piezas.

Recientemente los hallazgos de dos inventarios uno en Bruselas y otro en Simancas han permitido seguir el rastro a una parte interesante de los tesoros venidos del Perú²⁵. Un minucioso artículo de Cabello Caro nos permite averiguar el destino de las piezas del llamado tesoro de Cajamarca, que en realidad no sólo engloba lo recogido en esta localidad sino que también reúne las riquezas traídas de los adoratorios del Cuzco y Pachacamac. La hipótesis manejada por la especialista es que la fundición que mencionan los cronistas no fue tal y que como dice Oviedo “*más se quilató e no se fundió*”. De este modo muchas piezas, las más impresionantes pasaron a España en su estado original,

²⁵ Esperamos una interesante contribución sobre el tema que prepara J.C. Estenssoro sobre el tema, pero lamentablemente al cierre de esta investigación no hemos tenido noticia de su publicación.

causando conmoción en 1533 la llegada de 38 grandes vasijas para el emperador, que las había tan grandes “*que en cada una cabra una vaca despedazada*” más las que traían los particulares para sus propias colecciones (Cabello Caro, 1994, 35-40).

Muchos conquistadores particulares llevaron a sus regiones partes del tesoro causando asombro, con piezas que pensaban conservar, acaso como señal de sus hechos hazañosos. “*Desasosegó a toda España porque sonaba por toda ella que la Contratación estaba llena de tinajas y cántaros de oro...*” dice Cieza, citado por la historiadora. Pero poco duraron estas piezas puesto que el comienzo de la guerra de Túnez llevó a la corona a recurrir a fuertes empréstitos “*del clero, las órdenes militares, la Mesta y los particulares*” con lo que muchas de estas piezas fueron finalmente fundidas y amonedadas con lo que acabó el llamado tesoro de Cajamarca. Sin embargo Cabello Caro señala que los bienes consignados por los inventarios de Bruselas y Simancas pertenecen a un episodio posterior. Se trata de una lista de trajes indiscutiblemente incaicos “*en cruces*”, es decir once *uncus* reales diseñados con escaques, “*un jubón de malla de oro bordado con plumas*”, descrito también como “*una cota de malla de oro*” zapatos un *yauto*, una *mascaipacha*, y collares, mantas y rodela de plumas, un cofre con el Inca y la coya, un pabellón o bandera rígida, espejos, sombreros y pelucas que utilizaba el soberano inca etc, que según la especialista habrían sido entregados en las afueras del Cuzco por Manco Inca a Pizarro aceptando a Carlos V como su señor y a Manco Inca como sucesor de la dinastía Inca. El lote de atavíos regioes habría sido enviado a España por su importancia como señal de acatamiento y vasallaje del Inca al Emperador (Cabello Caro 1994, 40-47).

2.5. Los reyes coleccionistas.

Luego de la abdicación, Carlos V tomó residencia en el monasterio del Yuste, lugar al que lejos de retirarse en austera existencia, llevó una selección de los más preciosos y preciados objetos que había coleccionado a lo largo de los años. En el Yuste conformó una verdadera *Wunderkammer* que sólo se cristalizaría en los tiempos de Felipe II (Morán & Checa, 1985, 47).

Existen numerosas menciones al sinfín de objetos americanos “*y de otros cuyas representaciones estaban influidas por temas procedentes del Nuevo Mundo*”, que componían la colección del Emperador, los testigos mencionaban una cajeta de oro con la representación de unos indios portadores, o la “*caña de oro del trigo de las Indias*” en

tamaño natural, tortugas y rosas de oro. Sin embargo Carlos V tenía una predilección por el color del añil y profesaba mayor interés por los objetos esculpidos en turquesa, material por el cual el monarca sentía especial predilección. No faltaron piezas en lapislázuli o con colores azulados en la técnica indígena del pseudo esmaltado. Entre las piezas de tonalidad cerúleas destacaban cabezas de la muerte o mitad hombre mitad pescado, rosas, estrellas, tigres, culebras, castañas mariposas y ranas. Se menciona calzado indígena “*artísticamente logrado*”, una corona de algodón y plumas coloradas, un estandarte, espadas y mariposas de piedras de colores (Morán y Checa, 1985, 51).

La pervivencia de estas piezas e incluso su incremento puede confirmarse por la existencia de un inventario de los bienes de Felipe II, en el cual se mencionan una serie de restos americanos entre los que se encontraban joyas en forma de mariposas, una cabeza de sierpe, un águila con abalorios y un ser disforme, realizados en oro, y continua la misma lista con una serie de objetos en tumbaga “maravillas” americanas salvadas de la fundición por el interés que representaban (Cabello Caro 1989, 26; Morán y Checa, 1985,133)

El rastro aun podría ser seguido en la información de un *attaché* de la legación francesa en Madrid, quien relataba, en 1667, haber visto una colección en el Alcázar de las maravillas traídas de América entre las que se encontraban (presumiblemente los objetos inventariados en Bruselas y Simancas):

“tapices de corteza de árboles, vestidos de Moctezuma y de los Incas del Perú, cajas extrañamente trabajadas, espejos de obsidiana, cortinas de lecho hechas de plumas y tantas cosas que para poderlas contemplar con detenimiento se hubiera necesitado todo un día” (Cabello Caro 1989, 26)

De este modo vemos como América constituyó el gran reto cognitivo para el hombre de la Edad Moderna, ante el cual existe una suerte de deslumbramiento aunado al carácter de territorio ignoto en los confines del conocimiento. Pronto los coleccionistas de objetos americanos contarán en los inventarios de sus repertorios con dibujos, pinturas, tapices, labrados y joyas con representaciones de paisajes, poblaciones, fauna y flora americanos. Entre estas colecciones es muy renombrada la del Príncipe de Esquilache considerada como una importante colección de objetos americanos (Morán & Checa, 1985, 131-6) No faltarán ídolos precolombinos frente a los cuales se despertaba una reacción ambigua, como objetos idolátricos pero al mismo tiempo como objetos exóticos y muchas veces de

sobresaliente valor artístico. En todo caso resultaba piezas clave para la comprensión de las religiones vernáculas que empiezan a ser estudiados por los mitógrafos más interesados en los cultos americanos y la evolución de las sociedades que en los dioses paganos de la antigüedad clásica (Moran & Checa, 1985, 137). Un ejemplo de este nuevo interés y diferente actitud hacia los ídolos puede verse en el informe del mercedario Fray Juan de Talamanco (citado por Cabello Caro) quien pidió al Padre Agustín de Palenzuela residente en la Española, el recoger todos los ídolos que los indígenas escondían en cuevas durante el proceso de evangelización y así conformar una colección de lo mismo, ídolos de las lluvias, de la fertilidad, custodias de las casas, etc, y que finalmente fueron remitidos a España en 1749 para el estudio y catalogación del mercedario que lo enmarca

“en la búsqueda de objetos antiguos para recogiendo su imagen y demás datos de su procedencia usarlos como fuentes documentales para escribir la historia antigua y responde a la novedosa corriente científica de la época iniciadora de la arqueología y los viajes literarios” (Cabello Caro, 2012, 257).

2.6. Fundación de museos reales en el siglo XVIII

El siglo XVIII trae consigo a España una dinastía francesa con distintos gustos y horizontes con respecto a los temas de coleccionismo. Isabel Farnesio, esposa de Felipe V, traía consigo la tradición italiana del coleccionismo. Los gustos de los monarcas y el espíritu de la época los llevará a articular el coleccionismo con una *“visión de la antigüedad ilustrada”*. Esta visión busca la *“elaboración de una historia nacional”* tendiente a asegurar la defensa de la monarquía mediante el *“argumento de la Antigüedad de España como Nación y de su Monarquía”* (Mora, 2012, 73). Dicha visión reemplaza la visión que se mantenía en España de los privilegios heredados desde la época del bíblico Tubal, por una versión apoyada en teorías, documentos y artefactos que daban menor cabida a estos criterios legendarios y privilegiaban la prueban científicas que la Historia natural iba descubriendo.

Felipe V provenía de una corte con una larga tradición de coleccionismo, ya Francisco I había destacado por su interés en libros y medallas de tema romano. Aunque la turbulencia político-religiosa de los reinados siguientes impidió un mayor florecimiento en estos aspectos, el erudito Sauval señalaba en 1655 unas 16 colecciones en París *“que podrían competir con la de Fulvio Orsini en Roma”*. Con todo el premio lo llevaba el

Cabinet du Roi, fundado por Luis XIV en Versailles en 1638 como *Cabinet des medailles* y posteriormente conocido como *Cabinet des curiosités* por su semejanza al estilo de las Wunderkammer (Wellington, 2015, 25-30).

El interés de los Borbón en estos tema se concreta en la temprana fundación de un Museo Real se manifestó desde épocas muy tempranas. En 1716 Felipe V formó el Real Gabinete anexo a la Real Biblioteca, para el cual nombró a varios bibliotecarios que lo ayudan a ordenar y conservar: “*el mayor número de libros que hasta ahora he podido, con algunos manuscritos, varios instrumentos matemáticos, porción de monedas, medallas y otras curiosidades*”, conformando lo que con el tiempo dio origen a la Biblioteca Nacional de Madrid (Cabello Caro, 1989 27-8).

Guillermo Frulong consigna partes del documento fundacional donde se describen los objetivos que se pretendían obtener con esta creación:

“Por cuanto, con el deseo de adelantar por todos los medios posibles las Artes y Ciencias, he hecho erigir una Librería pública, y establecida en la inmediación de mi Real Palacio, compuesta de un considerable número de Libros de todo género de ciencias, con orden que todos los días esté abierto para que cualquiera pueda libremente estudiar y consultar los Libros, acudiendo a ella, y considerando que no sólo para adornar y enriquecer más esta Librería, sino también para contribuir a que se descubran mejor las propiedades de la naturaleza por medio de la física y de la medicina...” (Furlong, 1948, 26).

Queda claro que no se trataba sólo de una biblioteca ya que señalaba que “*servirá mucho juntar en la misma Librería las cosas singulares, raras y extraordinarias que se hallan en las Indias y partes remotas*”. Por este motivo ordenaba a sus funcionarios americanos:

“pongan con muy particular cuidado toda su aplicación en recoger cuantas pudieren de estas cosas singulares, bien sean piedras, minerales, animales o partes de animales, plantas, frutas y de cualquier otro género que no sea muy común” (Furlong, 1948, 439).

Este interés por los objetos americanos se da en dos etapas bastante marcadas, en la primera parte del siglo XVIII prima el interés por la flora, la fauna y el reino mineral, el acento se da en la utilidad económica de estos hallazgos para la alimentación, medicina y usos semejantes. Conforme nos acercamos a las postrimerías de esa centuria, si bien no

decrece el interés por estos hallazgos de frutos de la naturaleza, no se deja de mencionar el renovado interés por los objetos arqueológicos, etnográficos e históricos, llegándose incluso a incluir la investigación lingüística o el abundamiento en temas tradicionales.

Es importante remarcar que se ponía mucho esfuerzo en que dichos envíos fueran adecuadamente rotulados y documentados, es decir que no quedara solamente en la esfera del mundo de lo singular sino por el contrario que sirviera como documento histórico. Así una instrucción señalaba taxativamente:

“El Rey-Por quanto con el deseo de las Indias Españolas... cosas singulares y raras que enviaren remitieran un papel que explique los nombres de las referidas cosas con una nota de las propiedades de cada una y de sus usos con distinción de las ciertas y dudosas, del país o del paraje de donde nacen y de todo lo que pueda concurrir a dar de ellas la mayor noticia, poniendo cada uno de los que enviare algo, su nombre, apellido y título porque mi real intención es que se hagan inventarios de todas estas cosas con la nota del año y de las personas que lo pidieron y remitieron y porque muchos particulares podrán tener o hallar de estas cosas curiosas singulares espero asimismo concurrirán a este beneficio publico asi eclesiásticos como seculares estando todos advertidos será mi gratitud y real aprecio todo los que a este fin contribuyeren y executasen Madrid 1712”
(Cabello Caro, 1989, 60).

Durante el reinado de Fernando VI, en 1752, se crea por sugerencia de Antonio de Ulloa la Real Casa de la Geografía y Gabinete de Historia Natural. Con ese motivo contrata como especialistas en mineralogía a Guillermo Bowles, en química a Agustín de la Planché y en técnicas de fundición a Andrés Keterlin (Rábano, 2013, 30-1). Estas contrataciones anteceden al planeamiento de las expediciones mineralógicas tanto al Perú como a otros puntos americanos, con el interés de incrementar la decaída producción mineral, establecer escuelas de minería y de lograr una importante transferencia tecnológica hacia la minería colonial. Antonio de Ulloa no fue técnicamente el fundador del Gabinete de Historia Natural, pero sí redactó el estudio previo a su creación donde recomendaba la atención a *“la geología, la zoología y la etnografía”* y la formación de un laboratorio mineralógico. El proyecto contó con el apoyo del marqués de la Ensenada. El Gabinete se completó con la Casa de Geografía destinada a albergar la cartografía y a su publicación, algo muy necesario en el momento debido a que la pérdida de Flandes

había dejado al Imperio sin su centro editor. El Gabinete empezó a decaer de manera notoria luego del alejamiento de Ulloa en 1755 (Solano, 1999, 167).

Al pasar de Nápoles a España, Carlos III estableció una política proactiva con respecto a las colecciones reales. El monarca se propuso ordenar, completar y racionalizar las colecciones reales contratando expertos y aumentando sus piezas. Carlos III utilizó el coleccionismo como “*símbolo del poder y como vehículo de transmisión de ideas ilustradas*” (Jiménez Blanco, 2013,20). Un ejemplo de este interés clasificatorio lo podemos ver en el encargo a Ponz. En la coyuntura de la expulsión de la Compañía de Jesús, en 1767 Antonio Ponz recibió la tarea regia de evaluar el dilatado patrimonio artístico que dejaban los hijos de San Ignacio. Este encargo es una muestra de la importancia que el monarca asignaba al patrimonio artístico. La tarea dio como resultado una abultada obra en 18 volúmenes que se publicó en 1772 intitulada “*Viaje de España, Cartas en que se dan noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*”. El autor realiza inventarios razonados del patrimonio jesuita, en el que destaca especialmente por su número el de Andalucía. Ponz es tremendamente crítico de gran parte de estas colecciones a las que juzga desde la perspectiva de la Ilustración. Si bien se muestra más tolerante con las obras más tempranas, aborrece la confusión del barroco tardío. Acompaña sus inventarios con noticias muy críticas acerca de los parajes recorridos en las que se respira su espíritu reformista, baste señalar que los dos primeros tomos debieron aparecer bajo seudónimo debido a las preocupaciones del editor Joaquín Ibarra frente a la repercusión de la misma. El autor tomó notas de obras indígenas que si bien no utilizó en esta obra si utilizó para defender a España en su obra “*Viaje fuera de España*”, frente a las críticas extranjeras (Jiménez Blanco, 2013, 20, n 28; Blasco Castriñeira, 1990, 220 y ss).

En 1771 Carlos III creó el Real Gabinete de Historia Natural. Se adquiere en París la notable colección de minerales y de fósiles del guayaquileño Pedro Franco Dávila. La colección trasladada desde París estaba en subasta y fue comprada por el Rey para el recién formado museo. Sin embargo no fue la única compra, pues se adquirieron otras colecciones de historia natural, y el propio monarca envió muchas curiosidades de la colección que había traído de la cámara de maravillas que había formado en su palacio de Caserta mientras detentaba la corona napolitana. El nuevo museo se alojó en el mismo edificio que la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. La pérdida de los

inventarios de los anteriores museos no permite señalar taxativamente que piezas peruanas componían su inventario, pero con respecto al Real Gabinete de Historia Natural sabemos que contaba con *“un arco y una flecha procedentes del Perú, tomada de los indios de la isla de Ocategui que entonces acababa de descubrirse”* (Cabello Caro, 1989, 31; Rábano, 2013, 30-1).

El pastor londinense, Joseph Townsend, que recorrió España entre 1786 y 1787, visitó el Real Gabinete. En 1792 publicó el resultado de su periplo en varios volúmenes, *“A journey though Spain in the years 1768 an1787, with particular attention to the Agriculture, Manufacture, Commerce, Population, taxes and Revenue of that country”* y allí dejó anotadas sus impresiones en las que se empieza a notar los objetivos de un museo moderno en sus funciones de espacio para la ilustración pública :

“...abre sus puertas a todos. No es necesario obtener un pase y cualquier persona de aspecto decente puede recorrer sus salas y examinar lo que guste dentro del horario establecido. Si alguien está particularmente interesado en una sala en especial no se le obliga a seguir a la multitud embobada y pasar casi todo el tiempo en salas que nada tiene que ver con el objeto de su interés.... la colección del rey es verdaderamente magnífica, aunque ni ha sido bien elegida ni está adecuadamente ordenada. Tal vez ningún gabinete supera la riqueza intrínseca que posee en plata, oro y piedras preciosas; pero en cuanto al aspecto científico, preferiría ser dueño de las colecciones, más humildes, de Charles Greville o de Besson...” (González Bueno, 1999, 249).

A pesar de ser un gabinete de Historia Natural del siglo XVIII, en donde abundaban salas dedicadas a los distintos especies animales, riquezas marinas y la colección Dávila de minerales y fósiles se dejaba un espacio grande para los especímenes de procedencia americana. Así se exponían tanto vegetales en herbarios, muestras de maderas, dibujos de los frutos, a continuación la biblioteca con libros y estampas dedicados al tema americano y finalmente salas con vestidos, instrumentos, material de interés etnográfico y antigüedades americanas, no sólo del Perú sino también de las excavaciones en Palenque (México). Esto era algo novedoso porque las colecciones anteriores, como las de la Academia, eran un conjunto centrado en piezas de procedencia española concordante con el objetivo de la misma de producir una Historia de España, pues la norma era el absoluto divorcio entre el pasado peninsular y el de las colonias. Para juntar

dicha sección se estableció una instrucción... “sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos”, Así se organizarían los muchos materiales que confluían procedentes de hallazgos, de caudales, de donaciones y de compras en especial la adición de nuevas colecciones enteras enviadas por las expediciones científicas que pasaba por su momento dorado. En las salas de exposición se dejaba mucho espacio libre porque se esperaba constantemente la llegada de muchos objetos de las Américas. Este continuo flujo de materiales de las periferias hacia el museo y la mística que creaba llegaría a su fin por las guerras de napoleónicas y los procesos de la Independencia y sólo se reanudaría hacia la cuarta década del siglo XIX (González Bueno, 1999, 249; Cabello Caro, 1989, 32-3; Mora, 2012, 71, 74, 79).

El interés por acrecentar las adquisiciones motivaron instrucciones enviadas a los funcionarios americanos para el recojo de especímenes indicándoles cuidadosamente que tipo de piezas debían buscarse:

“antigüedades que dan luz de los que fueron los países en los tiempos más remotos y por ellas se saca el conocimiento del aumento y disminución que han tenido: con este motivo se procura investigar lo conducente a su averiguación dando noticia de los vestigios que permanecen en algunos parajes... de los entierros, de los adoratorios o templos de las casas o chozas que habitaban con expresión de sus figuras, capacidades, entradas y distribuciones internas. De las vasijas usuales para todo género de servicio, barro u otras materias, de las herramientas para cultivar la tierra hechas de piedra, de cobre, de huesos de animales o de maderas recias. De las armas como arcos flechas, lanzas, dardos, ondas etc con sus nombres según se conserve la noticia de la lengua, de los diegecillos o ídolos igualmente de distintas materias y de toda suerte de piezas usuales, de los adornos divisas o insignias que usaban los antiguos indios y como esto lo antecede, se encuentra en sus sepulcros o entierros. Generalmente todas las cosas que indican ser de aquella antigüedad, pues no es extraño verse en los mismos sepulcros de otras especies y aun algunos retazos de tejidos de pita que indican ser los retrazos de los ropajes que usaban así mismo se dará noticia de los trajes modernos que usan los indios, así hombres, como mujeres y la materia de que son hechos” (Solano 1979, cxlviii)

Según Cabello Caro, las piezas destinadas al museo era enviados al Ministerio de Gracia

y Justicia y a partir de 1794 a la Secretaría de Estado, pasando luego a la correspondiente institución de destino (Historia Natural, Real Botica, Casa Geográfica, etc). Sin embargo en el camino pesaba mucho la opinión del Rey o sus consejeros quienes decidían el destino no tanto por los objetos particulares sino por las colecciones o nombres de las mismas lo que llevó a ubicaciones que los volvían inservibles o invisibles. Con la masiva llegada de objetos de las expedición botánica peruana de Ruiz y Pavón se habilitó una oficina:

“para depositar allí todo lo vinculado a la expedición del Perú donde sus autores pudieran acondicionar las colecciones para su estudio y posterior publicación” denominada como Casa Botánica de Indias donde es probable que se conservaran “los objetos arqueológicos y etnográficos que se coleccionaron en estas expediciones”. La falta de documentación impide saber que cantidad de los materiales antiguos y etnográficos fueron a parar a otras colecciones o acabaron refundiéndose” (Cabello Caro, 1989, 64-5).

El siglo XIX marca un cambio en los patrones del coleccionismo, vemos la figura del rey dejando de lado su función de coleccionista, la misma fundación de los museos que empiezan a verse como entes autónomos a pesar de ser entidades reales. Las colecciones comienzan a responder a otros criterios diferentes al gusto personal de monarca. Aparecen los coleccionistas burgueses al tiempo que los artistas se alejan del patrón artístico ingresando al mercado de arte. En el campo de las antigüedades y restos etnográficos ya no es necesario depender de las grandes expediciones, y muchas veces los viajeros independientes podrán aportar importantes ejemplares a pedido, como un modo de subvencionar su emprendimiento (Jiménez Blanco, 2013, 26-8).

2.7 Le Gentil Le Barbinais

El comerciante, marino mercante y viajero francés La Gentil Le Barbinais, autor del *“Nouveau voyage autour du monde”* (1725) de sus experiencias en el país en 1715 y 1716, es uno de los primeros viajeros en dejarnos testimonios en el temprano siglo XVIII. Muestra interés etnográfico por de los indios del Perú. Le llama la atención la vestimenta de las indias que cubren sus senos con una *“pequeña casaquilla que prenden con una aguja de plata de cabeza redonda”*, aludiendo de este modo a las *llicllas* y a los *tupus* que eran los rasgos distintivos de la vestimenta de las mujeres indígenas y que seguirá

llamando la atención de los viajeros incluso en el tardío siglo XIX.

2.8 Frézier

Frézier a diferencia de la mirada fresca que dio sobre los indígenas de Chile en cambio prefirió consignar algunas ideas garcilasistas sobre los antiguos indios del Perú sin agregar nada nuevo en su texto. Sin embargo, al ilustrar su obra incluyó datos relevantes para demostrar su interés sobre los restos indígenas. La lámina señalada como “planche XXXI” (Diapositiva 5) en la edición original, sin intentar entrar a los temas propios del capítulo final dedicado a la descripción gráfica del indígena, podemos afirmar que Frézier introduce una cantidad interesante de información sobre los incas en esta lámina ilustrando al inca y a la coya en trajes ceremoniales, “según una pintura realizada por los indios del Cuzco”, mostrando al monarca con *tocapus*, *mascaipacha* y un sol en el pecho, mientras su mujer sujeta su *lliclla* con un vistoso *tupu*, y se ve cubierta por un parasol de connotaciones chinescas y un pajarillo cautivo por una larga cuerda (que se podría remontar hasta el famoso cuadro del matrimonio de Beatriz Clara Coya y Martín de Loyola popularizado por los jesuitas). A ambos lados aparecen a manera de séquito (uno de los atributos de la coya) un indio del Perú vestido de calzón corto, camisa larga y sombrero que cubre una larga cabellera y una “*india portadora de mantilla*” que presenta una ramilla, vegetal que podría ser coca, telas nativas, un *tupu*, y un cántaro. En el fondo “*sus casas*” un par de chozas redondas con techos cónicos de paja y delante de toda la escena tres huacos “*encontrados en sus tumbas*” y el diagrama de un horno de ichu al que denomina “*bicharra*”. Con la incorporación de esta lámina Frézier cierra en cierta forma sus pesquisas sobre los Incas.

Frézier se detiene a examinar el menaje utilizado por los indígenas contemporáneos y no pierde ocasión para compararlo con el encontrado en las tumbas de los antiguos peruanos y pasa a describir algunas de las vasijas por el obtenidas señalando que “*me han caído entre manos muchos de sus vasos*”. Describe así mismo un célebre monito o “*carachupa*” encaramado:

“sobre dos botellas acopladas de seis pulgadas de alto cada una, que tienen un orificio de comunicación por debajo, una está abierta y la otra tiene su orificio adornado con un animalito semejante aun mono conteniendo una vaina debajo del cual hay un agujero que produce un silbido cuando se vierte agua por el cuello

de la otra botella o tan sólo mover la que se ha puesto en ella, porque el aire comprimido, al seguir la superficie del vientre de una y otra botella, se ve forzado a salir impetuosamente por ese agujerito de donde he concluido que ese pudo ser uno de sus instrumentos, puesto que la pequeñez y la forma de ese vaso no lo hacían ni cómodo ni suficiente para contener los líquidos para beber” (Frézier, 1982, 235).

Estas botellas cuyas peculiares cualidades tanta atención llamaron al viajero no sólo serán descritas con pericia léxica, sino que aparecerán también retratadas en la célebre lámina XXXI. Pillsbury al examinar dicha lámina llama la atención sobre las formas fantasiosas de los golletes de los ceramios que no corresponden con las tipologías establecidas por los estudios arqueológicos modernos (Pillsbury, 2012, 14).

Pero en realidad Frézier no era novato en el interés por los restos arqueológicos pues antes de partir hacia América había analizado cuidadosamente algunas colecciones importantes pues menciona el gabinete de monsieur Falaise Chapelaine de Saint Malo quien recogió todos los vasos de terracota y de plata, todos los cuadros de indios y otras curiosidades que pudo hallar *“provenientes del país donde el mismo estuvo”* (Frézier, 1982, 235).

2.9 La Condamine

La Condamine cuenta como en su viaje a Lima se le presentó la ocasión de adquirir varios ídolos pequeños de plata además de un vaso argénteo trabajado en relieves que representaban máscaras, *“según el examen de dichas obras los peruanos no habían alcanzado un gran desarrollo en dichas artes”*, siendo más bien de una factura *“grosera”*, sin embargo quedó intrigado por la perfección por la que las partes de los objetos habían sido unidos pues no quedaban restos de las imperfecciones de la soldaduras. Los cronistas consultados por el expedicionario mencionan repetidas veces las figuras de animales plantas y hasta hombres de oro macizo que engalanaban el templo del sol del Cuzco, por lo que tuvo gran interés en ver algunos de estos ejemplares que se guardaban en el tesoro real de Quito, pero al solicitar el que se los mostraran, le señalaron que debido a las recientes incursiones de los corsarios dichas piezas habían sido reducidas a lingotes (Condamine, 1748, 456).

2.10 Ulloa

Antonio de Ulloa mostró mucho interés no sólo por los monumentos prehispanicos y por los modos de excavarlos, sino que se dedicó algunas de sus páginas y de sus láminas a

describir tanto textual como gráficamente una serie de objetos precolombinos encontrados en dichas tumbas. Así en la lámina XV de la página 624 de la Relación del Viaje, la lámina lleva el encabezamiento “*Explicación de las piezas labradas por los indios gentiles que se encuentran en sus guacas o sepulcros*” (Diapositiva 6) y la lámina presenta un levantamiento de las dichas guacas, un plano de la misma “*abierta en cruz*” orejeras de oro y plata, espejo cóncavo de piedra de gallinazo, y su anverso, hachas de pedernal , hachas y armas de mano con mango de madera, *sunga tirana* o pinza para arrancar vellos de la barba, distintos *tupus* que usan las mujeres para sujetar la *lliclla*, vaso para la chicha, gaqueros de tierra o vasos, *inga-mullus* con los que hacen collares., un gran ídolo de oro o retrato de un indio principal. Vemos por la lámina y por la larga explicación que dedica al interior del texto de varias páginas que el autor se interesó sobre manera en los nombres vernáculos, usos, y modos de confección de algunos de estos objetos. Los dibujos que presenta son muy cuidadosos en copiar las características de los objetos y el cántaro doble de asa puente que se incluye excede ampliamente en realismo al presentado por Frézier en su célebre lámina XXX.

En 1777 Antonio de Ulloa redactó unas *Instrucciones* para conformar las colecciones del Real Gabinete. Las instrucciones aportadas por Solano nos permite ver como incorpora los objetos de la lámina como los ídolos, vasijas de barro, herramientas para diversos usos, armas y añade que se deben recoger, adornos, divisas, y textiles que generalmente se hallan en sus tumbas. El motivo de su conservación se cifra en que:

“las antigüedades dan luz de lo que fueron los países en los tiempos remotos y por ellas se saca el conocimiento del aumento o disminución que han tenido cion este motivo se procura investigar lo conducente a su averiguación, dando noticia de los vestigios que permanezcan en algunos parajes...” (Solano, 1987, CXLVIII).

Un ejemplo de las conclusiones que llega a sacar del análisis de estos materiales podemos verlo en el siguiente extracto de la Relación histórica:

“Todos los vestigios que se encuentran en la sobras de piedra de los indios, donde se advierte con no poca admiración la prolijidad de sus ajustes y pulimentos, dan a entender que se valían de la industria de refregar unas piedras con otras para perfeccionarlas, pues a vista de los pocos y malos instrumentos de que tuvieron noticia, no queda arbitrio para persuadirse a que las ponían en aquel estado con

solos los que usaban, y así como les faltaron luces de muchas cosas mecánicas, parece que carecieron de las de labrar el hierro y se confirma que teniendo minerales de este metal en aquel territorio ni hay señal de que trabajasen la mina ni de que lo sacasen en tiempo alguno, no encontrándose noticias de haberse hallado entre ellos hasta la entrada de los españoles, así entonces le es de grande estimación cualquier cosa hecha de este metal. Para mayor inteligencia de estas obras antiguas podrá la curiosidad registrarlas en las estampas que siguen donde se hace demostración de los planos y perspectivas de ellas...” (Ulloa, 2002, i, 529).

El interés de Antonio de Ulloa por las antigüedades y por los objetos etnográficos de los indígenas se encuentra claramente ejemplificado en sus *Noticias Americanas*. En el prólogo a sus *Noticias Americanas* nos explica la importancia que tienen los restos arqueológicos y cual es el motivo por el que se los debe estudiar, pues son útiles para entender el proceso civilizatorio del mismo pueblo. Esto es particularmente esclarecedor si nos damos cuenta que se trata de la persona que ideó el Real Gabinete de Historia Natural. Así señala que:

“son la demostración verídica de lo que fueron las gentes en los tiempos a que se refieren por ellos viene a averiguarse lo que alcanzaron el modo en que se manejaron, su gobierno y economía y a este respecto lo que alcanzaron y perdieron, .. sin los monumentos que sin embargo de la ruina de esos tiempos se conservan ... no habría documentos por donde inferirlo ” (Ulloa, 1944, 7).

Las antigüedades de los pueblos americanos son:

“documentos para el conocimiento de sus usos costumbres e inclinaciones e ilustran el entendimiento dando a luz lo que se diferencia entre si (de los otros pueblos del mundo) unos inclinados a la mayor cultura y al adelantamiento de las luces naturales y de la razón, otros declinando al estado de la mayor ignorancia en la vida inculta y animal al trato torpe y tosco semejante al de los brutos y a la impropiedad de todas las acciones...”(Ulloa, 1944, 5).

En sus *Noticias Americanas*, Ulloa nos menciona y describe con atención una larga lista de objetos arqueológicos y etnográficos como arcos y cerbatanas, hachas y porras de

diversos materiales y formas, cetros, “*cuchillos como de turroneros*” probablemente tumis, pinzas, ídolos “*que representan a seres monstruosos como Opas y adivinos*”, vasijas de barro cocido similares a la de los antiguos romanos, mascarillas de madera que “*usan para desfigurarse*”, balanzas sin fiel, y plumas aplicadas a penachos, brazaletes y armaduras (Ulloa, 1944, 295-304).

Las descripciones y los análisis que hace de cada uno de los objetos, el uso que les atribuye y las calificaciones sobre sus singularidades nos dejan claro que son objetos que él tiene entre sus manos y estudia concienzudamente. Cuando habla sobre los tejidos nos revela además que muchos procedían de excavaciones en las que él había participado:

“tejidos con listas azules y rojas teñidas con tintes de achote y papa silvestre llamada chaucha, con los que tiñen sus llicllas con las que se cubren las espaldas poniéndola sobre los hombros y prendidas en el pecho con un punzón que llaman ticepe, de estos se encuentran en los entierros algunos que son de plata pero las indias del común suelen hacerlos de madera o de espinas” (Ulloa, 1944, 295-304).

Queda claro que huaqueaba, así como también su interés personal sobre los objetos que termina relacionándolos con otros semejantes de uso contemporáneo. Pero no hemos podido hallar información de un envío oficial a la península. El estudio de Cabello Caro no da cuenta de envíos de ese periodo. Sin embargo resulta muy interesante el recuento que realiza el viajero Townsend quien conoció a Ulloa y lo visitó en su casa en Sevilla. Townsend describe la habitación en donde el marino lo recibe:

“Veíanse allí confusamente dispersos las sillas, mesas, los baúles, las cajas, los libros, los papeles, una cama, una prensa, sombrillas, trajes, herramientas de carpintero, instrumentos de matemática, un barómetro, un péndulo, armas (¿indígenas?), cuadros, espejos, fósiles, minerales, conchas, una caldera, jarros rotos (¿huacos?), antigüedades americanas, dinero y una curiosa momia de las islas Canarias....” (Orozco Acuaviva, 1995, 242)

Resulta interesante que aunque no contemos con una referencia que nos permita documentar sus envíos oficiales, tengamos sus textos con un interés claro y muy perspicaz sobre los restos indígenas y por otro lado un testimonio que nos comprueba su interés reflejado en su pequeña pero significativa colección personal de antigüedades

americanas.

2.11. Malaspina

La expedición Malaspina planeada como la gran empresa de circunnavegación del planeta era un esfuerzo que rivalizaba con los de Cook, La Pérouse y Bouganville. Entre sus objetivos estratégicos, cartográficos y naturalistas destacaban los estudios a las poblaciones nativas. Es así como al regresar a Europa, antes de su dispersión, se juntó una enorme cantidad de objetos arqueológicos y etnográficos. Sin embargo en lo concerniente a la recolección de restos y documentos sobre la antropología y la arqueología del pasado peruano no fue especialmente inquisitiva. Como Cabello Caro ha permitido ver, la compulsión de la documentación museográfica madrileña informa tan solo de una remesa de 1790 en la que “*se envían 16 porongos y huaqueros y 12 nueces de una huerta*” (Cabello Caro, 1989, 121). La explicación radicaría en el hecho de que el grueso de la información etnográfica de esta expedición privilegió poblaciones recién descubiertas de las que se tenía poca información. El indígena ya “*largamente conquistado*” del Perú no revestía las características exóticas que interesaban a la expedición. Un ejemplo de la precisión del recojo de sus informaciones lo podemos ver en una de las pocas ilustraciones dedicadas a pobladores del Perú. Ravenet nos muestra *Una India del Perú* (Diapositiva 7), en una ilustración en la que aparece con la cabeza cubierta, trenza sobre los hombros, dos grandes piezas de plata a manera de *tupus* circulares que caen sobre su pecho, una doble faja decorada con motivos geométricos, una especie de gran escapulario oscuro que le cae por delante y por detrás y debajo una túnica ceñida que baja hasta la altura de los tobillos (Cerezo Martínez, 1987, 173). En comparación la vestimenta de *Una india de Quito*, resulta representada con mayor sencillez y las diferencias de su vestimenta se pueden notar a simple vista (Cerezo Martínez, 1987, 197). Otro apunte interesante es el realizado por Felipe Bauzá que presenta un cráneo de momia (Diapositiva 8) y corresponde al texto de Tova Arredondo, (fechado, mayo 1790 en puerto Arica), que señala “*al tiempo de sacarlo su cabeza se separó y aunque sus huesos amarillean bastante conservaba aun sus trenzas de pelo bien formadas y de color rubio y negro a manchas...*” (Ibáñez Montoya, 1987, 69).

2.12. Ruiz y Pavón

Hipólito Ruiz dedica su diario y relación de viaje especialmente al tema central de la expedición que el comanda, es decir, la botánica. Entre sus páginas sólo por excepción

presta interés al tema arqueológico, y aun así generalmente asociándolo a la temática original. Así al describir las estribaciones montañosas de la costa señala:

“En las cerros de la costa ... se ven varias poblaciones de los gentiles y en sus inmediaciones muchas Huacas o Sepulcros de los Indios, de los cuales se suelen sacar varios cuerpos, con pedacillos de plata y otras curiosidades; y lo más admirable es que en muchos arenales se encuentran vasijas con Chicha como si se acabase de hacer y semillas que sembradas germinan inmediatamente (Ruiz, 1952, 90).

Como ha hecho notar Cabello Caro, Ruiz brinda un poco más de información en terrenos etnográficos a diferencia de lo que sucede con su contraparte francesa, Joseph Dombey, quien privilegió lo arqueológico sobre lo etnográfico. En los 77 cajones enviados por Ruiz y Pavón se distingue varios que resultan interesantes por ejemplo en uno de ellos se hallaban depositados:

“dos hachas de piedra de los gentiles, dos champis de piedra, dos huaqueros, un mortero cuadrilongo de piedra, una petaquilla de paja que encierra dos peines, timpis de hueso, una cuchara de madera con un mascarón, un fragmento de hueso con tres agujeros para tejer, unas huaracas, un pedazo de ponchito, un paichachuco o plumaje, una esterilla, una piedra rara como mazorca de maíz, una azuela, un zurroncito en que los indios cargan las puntas o viroles para sus cerbatanas, todo de los indios gentiles hallados en una huaca (Cabello Caro, 1989, 140)

Reuniendo el contenido de los demás cajones aparecen 19 “rompecabezas” de piedra (porras), 2 hachas de metal, algunos “chompis” (especie de arma indígena), pequeñas pinzas de plata para depilar y otros afeites, un crisol de cerámica, piezas de plata para adornar, hojas de plata llana, un ídolo en forma de zorrillo, cuchillos, cinceles, y un uncu o camisa prehispánica de tela, con aplicaciones de plumas formando figuras humanas (Cabello Caro, 1989, 141-3)

Ruiz atestigua de donde se fue recogiendo estos utensilios:

“Entre Seguán y Torreblanca (Chancay) se halla una multitud de guacas o sepulcros de indios de los que sacamos varios instrumentos y vasijas de barro y otras mil zarandajas que acompañaban a los cuerpos que allí estaban consumidos

desde la gentilidad” (Ruiz, 1951, 22-23)

La visión de los restos arqueológicos mostrada por Hipólito Ruiz, es muy semejante a las observaciones que viajeros europeos iluministas realizan al describir entornos de la antigüedad peninsular (Cabello Caro, 1989, 144).

Aparte de estos 77 cajones, algunos objetos quedaron en posesión del botánico. Hacia 1880 los nietos de Ruiz vendieron una serie de objetos que habían quedado en su colección particular, a saber una manta, una lanza y una copa recogidas por el antecesor en sus viajes por el virreinato del Perú y una manta de Otaiti traída por la expediciones de Amat de 1772, 74 y 75 (Cabello Caro, 1989, 149).

2.13. Dombey

Joseph Dombey participaba de la expedición botánica y a pesar de que había sido el especialista encargado de formar en las nuevas concepciones de la botánica sexualista a los bisoños Ruiz y Pavón, terminó siendo considerado como un agregado secundario de la exploración. A tal punto que terminó regresando varios años antes que sus compañeros españoles (Patrucco, 2015).

Aparte de las instrucciones que se le encargaron en Madrid el ya venía con una serie de órdenes francesas redactadas por el ministro Turgot, para el recojo de vegetales, donde se le recomendaba recoger *“plantas y árboles extranjeros útiles a las artes o para la alimentación de los hombres que se pudieran cultivar en Córcega o en Provenza”*. Dombey además recibió una serie de encargos de coleccionistas particulares *“amantes del arte y de la antropología”* (González Bueno, 2003, 102).

Así el anticuario Jean Séguier recomendaba que observar el uso de las especies curativas nativas y el coleccionista Jean Baptiste Bertin mandaba sus *“Instructions pour M. Dombey sur son voyage au Pérou”*. En dichas referencias se pedía que se dibujaran las antigüedades, construcciones, entierros, así como prestar atención a las lenguas, la religión y todo lo que tuviera que ver con las poblaciones precolombinas. Ponía énfasis en las tumbas en las que se ocultaban *“fabulosos tesoros: hachas de cobre, espejos de piedra, vasos de arcilla enseres personales y muebles enterrados junto a los muertos...”* (González Bueno, 2003, 102).

Resulta interesante que el coleccionista Seguer no sólo encomendara el recojo de objetos físicos sino también el de realizar pesquisas lingüísticas entre los indígenas pues ello

presupone un interés que va mucho más allá que el de mantener al día el gabinete de curiosidades, y evidencia una genuina inclinación por la cultura de estos pueblos.

Si la estancia de Dombey en el Perú se vio plagada de postergación, pagas atrasadas y reducidas, desconfianza y accidentes, su llegada a Europa le deparaba aun mayores sinsabores. Sus envíos se habían ido acumulando en Cádiz, y según el arreglo previo a la expedición debía hacerse una partición de los hallazgos, una parte para enviar a Francia y otra parte que debía permanecer en España.

El establecimiento de dichas alícuotas sobre más de 70 bultos terminó siendo una verdadera tortura pues la:

“susplicia de las autoridades españolas que buscaban entre los bienes de Dombey papeles comprometedores de tipo político”, combinado con el “temor de que Dombey se quedase con ejemplares raros y de mayor valor, dejando a España los más vulgares y que se aprovechase de la inexperiencia del comisionado español Cuellar” (Cabello Caro, 1989, 150).

Aun el director del Real Gabinete, Pedro Franco esperaba con ansias dicha partición:

“En los cajones que deben venir de Cádiz del partajo que se hizo con el francés vienen muchas ruinas de oro y de plata y de las primeras un pedazo, a la cual me ha dicho Cuéllar que pesará como tres arrobas y en las de plata vienen dos muy raras de las que yo encargué y muchas otras cosas curiosas...” (Cabello Caro, 1989, 151)

Gracias a las investigaciones de Cabello Caro podemos saber el contenido de algunos de estos cajones, así el recuento de uno de ellos (entre varios que contenían antigüedades) se listaba lo siguiente:

“Cajón número 2 contiene un lío con dos pañuelos de vicuña, un pañuelo de algodón y seda, tres mantas de Oteití de corteza de árbol de una sola pieza cada una. Una cajita de cedro con un pedazo de vestido de un Inca que se encontró en el templo de Pachacamac en el año de 1780. Las flechas envenenadas de que se sirven los indios del Marañón y otras 23 sin él. Una cajita con el veneno que ponen los indios a las flechas. Un acha de cobre que estaba en la misma huaca Paucatamón (sic). Una manta grande sobrecama Otuta (sic). Un pedazo pequeño

de goma de Huarango (mimosa) hallado en una sepultura de una mujer y de la cual la goma usan actualmente las de la provincia de Chancay para arreglar y adornar sus cabellos. Un alfiler de cobre con que sujetan las ropas las indias de Tarma, hallado en la sepultura de una de ellas. Diez y ocho Guácaros". (Cabello Caro, 1989, 151)²⁶.

Es interesante señalar que entre los objetos no sólo se encuentran restos costeños o serranos como en la mayoría de las colecciones anteriores sino que gracias a la estancia en Tarma del investigador se pudo añadir objetos de los indios selváticos. Cabello Caro en una colección donde "*primaba el interés arqueológico sobre el etnográfico*" llega a contar alrededor de 200 objetos entre los que destacaba la camisa del Inca encontrada en Pachacamac "*un uncu o camisa reversible en perfecto estado de conservación con vivo colorido y decoración del floripondio*" (Diapositiva 9), refiriéndose probablemente a la flor de la cantuta (Cabello Caro, 1989, 153).

La colección de Dombey no pasó desapercibida al público. Gonzáles Bueno recoge un artículo de la Gaceta de Madrid que consigna esta exposición, en ella se mencionan un árbol artificial con pájaros realizado por los indígenas, y aparte de muestras de los reinos mineral y vegetal:

"objetos útiles para los progresos de la Historia Natural y de las artes y oficios

²⁶ La lista proporcionada por la investigadora continúa "*Cajón número 3: Catorce guácaros de diversas figuras de las cuales hay algunos ídolos del corregimiento Latmaget (sic) Ica, Pachacama y Chancay, Ydolo pequeño de barro hallado en Pachacamac. Siete monedas de plata agujereada que servían de adornos, halladas en una sepultura debajo de una cueva muy grande a tres leguas de la ciudad de Tarma y otras tres monedas más pequeñas desfiguradas por la antigüedad. Siete guácaros de barro, los tres de ellos con la figura de ídolos, de la excavaciones hechas en el Cuzco. Item 18 guácaros ... Cajón número 4: Los adornos compuestos de varios frutos indeterminados de que usan los indios bravos del Marañón para ponerlos al cuello. Un adorno en figura de media luna para ponerle el pecho y defenderse de las flechas y que usan los de las islas de Oteita. Treinta guácaros con diversas figuras entre las cuales hay algunas de ídolos hallados. Dos peines y dos bolas hechos de la madera de guayacán ... Cajón n 5: Un trozo de madera de una especie llamada Chunta de la cual hacen los indios las puntas de las flechas, sus arcos y cerbatanas... dos cucharas de Guayapán. Cajón 7 Adorno largo tejido de lana de que se sirven los indios de Chile en tiempo de paz, tienen relación unida con el. Par de medias de los indios Peheuches. Adorno Texido y largo con que rondan la cabeza los mismo indios. Pieza de cuero que se ponen en cuello pecho y espalda para sus peleas...*" (Cabello Caro, 1989, 151-3)

acompañan otros más propios para satisfacer la curiosidades del vulgo y aun de los anticuarios: quales son armaduras de los salvajes de Chile; arcos cerbatanas con sus flechitas envenenadas, muchos ídolos y antiguallas peruleras, vasos muy extraños de aquellos pueblos, diademas y cetros de sus incas o Reyes, una camisa de las vírgenes consagradas antiguamente en el templo del sol, adornos y alhajas de las reinas o mujeres de los Incas” (González Bueno, 2003, 104).

Macera no deja de encomiar a Dombey como “verdadero iniciador de la arqueología peruana” explorador de las cercanías de Lima, Tarma y Huánuco. En estas pesquisas el francés pudo recoger información con la que escribiría monografías muy eruditas “sobre las agujas de oro en las tumbas indígenas y un Journal Archéologique que por desgracia en un momento de ofuscación quemó” (Macera, 1997, 27).

2.13. Martínez Compañón

Baltazar Jaime Martínez Compañón y Bujanda, nació en Navarra en 1737 y murió en Bogotá en 1791. Aporto en Trujillo, su sede episcopal en 1778, y durante los siguientes años, especialmente entre 1782 a 1785 realizó su extensa visita pastoral por una diócesis desmesuradamente amplia, fruto de la cual queda su famosa colección gráfica en nueve volúmenes que se convierte en uno de los más importantes testimonios visuales del período. De ellas nos interesan en el presente apartado, casi un centenar de ilustraciones arqueológicas realizadas con tal grado de detalle que muchas de las piezas pueden reconocerse en la colección depositada en el Museo de América. A esto se añade toda una serie de planos de importantes sitios arqueológicos entre los que destaca Chan Chan, y otros monumentos representados, pues Martínez Compañón documentó diversos restos arquitectónicos precolombinos a lo largo de su extensa peregrinación. Estos representan el estado de la cuestión de la arqueología del momento, tal como una serie de textos contemporáneos lo hacían con los recientes descubrimientos de Pompeya y Herculano que al parecer el Obispo conocía muy bien. Los dibujos de esta serie intentan una aproximación en la “que se trata de entender la lógica andina”, así como documentar el contexto en el que fueron hallados los artefactos. Sin bien este conjunto iconográfico ha sido poco estudiado esto se debe a lo tardío de su publicación antes que en su falta de importancia, y viene a ser el inicio de un estudio concienzudo del pasado peruano (Pillsbury & Trever, 193, 209).

Cabello Caro señala que al llegar a su diócesis, Martínez Compañón fue informado del pedido real de envío de especímenes para el estudio de la Historia natural y otras curiosidades. Este encargo le llevaría a realizar sucesivos despachos de “huaqaros” prehispánicos que llegarían, según cálculos, “a un número cercano a los 600 ejemplares” (Cabello Caro, 1989, 156). Así fueron llegando a Madrid varias remesas de 1788 a 1790 al enviar la última señalaba:

*“aún tengo otro caxón pronto de piezas de oro plata tumbaga, cobre madre de perla o concha de nácar, hueso piedra, madera, pita, algodón, hechas por los indios del mismo tiempo y obispado y extraídas de sus huacas y sepulcros...
...pero correspondiendo todas las dichas piezas a uno de los nueve tomos de la historia natural y moral de aquel obispado por estampas estados y planos... me ha parecido conveniente diferir la remisión de otro cajón hasta que pueda hacer la de otro tomo para que cotejadas dichas piezas y estampas se vean la conformidad y perfecta semejanza entre unas y otras u por ellas pueda conjeturarse o creerse y comprenderse ser igual a la correspondencia de las estampas de los ocho restantes tomos y sus originales por haberse formado con ellos a la vista y en mi presencia”* (Cabello Caro, 1989, 160)

Dichos papeles llegaron tardíamente, ya que una serie de notas así como de piezas fueron enviados a España por sus ayudantes luego de su muerte (Cabello Caro, 1989, 155, 160). Rivas Plata menciona que a la muerte del obispo el noveno tomo de la visita quedó aun por prepararse faltando muchos de los dibujos de las piezas arqueológicas allí contenidas. Dichos materiales no habían podido ser remitidos a la corte como lo señala una carta tardía del prelado:

“otro cajón tengo también pronto de piezas de oro, plata, tumbaga, cobre madre de perla o concha de nácar hueso, piedra, madera, pita y algodón hechas por los indios del mismo tiempo y obispado y extraída de sus huecos y sepulcros” (Rivas plata 239).

En la edición total de sus apuntes corresponde al tomo noveno la mayor cantidad de información etnográfica y arqueológica. Luego de recorrer en los tomos anteriores las imágenes interesantísimas de poblaciones, fauna y botánica, este tomo está dedicado a

documentar las excavaciones llevadas a cabo por el prelado en sus recorridos. Dejemos por ahora de lado los monumentos arqueológicos y prestemos en este acápite mayor atención a los artefactos culturales. Las láminas con increíble detalle muestran los entierros, llegándose a representar al individuo enterrado tanto por delante como por detrás (Diapositivas 10 y 11) con gran atención a sus tocados o vestimentas. Tampoco se deja de documentar la posición del cuerpo en relación con ofrendas con las que fue encontrado como se puede observar en la lámina 12. En otros casos se prefiere documentar el cuerpo hallado y una ampliación de algún objeto notable hallado junto a él (Diapositiva 13). Muchas láminas se dedican a explorar los diseños, las texturas, los metales, pátinas, aleaciones y las formas de distintas prendas (Diapositiva 14 y 15). Lo mismo sucede con la cerámica, así se muestra con mucha maestría las distintas policromías de las cerámicas comparando un huaco Chimú monocromo frente a uno policromado, demostrando la maestría de los indígenas y las diferencias capaces de lograr (Diapositiva 16). No faltan imágenes en la que un mismo cerámico es representado tanto por delante como por detrás, u otras en las cuales la atención se centra en las representaciones esculturales. Lo mostrado puede darnos una idea del esfuerzo en la documentación y simultáneamente en la variedad de la muestra recogida.

En tiempos de Martínez Compañón otros personajes locales se interesaban también por los restos del pasado indígena. Porras nos deja una pequeña anotación sobre el tema de coleccionistas coloniales de objetos pre hispánicos

“Datos útiles para la arqueología se hallan en los viajeros del siglo XVIII, pero una curiosidad fijada en los objetos arqueológicos apenas si se encuentra en las aficiones de coleccionista de don Pedro Bravo de Lagunas, magnate limeño de mediados del siglo XVIII” (Porras, 1955, 57).

La información de Bravo de Lagunas es mencionada en una obra inubicable del arquitecto e historador de arte Noel (Bonavía y Ravines, 1970, 15). Hemos intentado rastrear esta información pero no la menciona la biografía que le dedica el literato y diplomático José Antonio de Lavalle (Lavalle, 1935, 149-94). Tampoco el testamento e inventario de bienes de Bravo de Lagunas, pero en ella se alude hasta el mínimo detalle de para quien quedan sus cuadros o sus escopetas, pero no se hace ninguna mención a dicha colección de antigüedades indígenas.

2.15. Humboldt

En 1802, Alejandro de Humboldt, llegó a Lima en medio de un periplo americano que duraría un lustro (1799-1804). La Corona española le había extendido amplísimos poderes nunca otorgados a un científico extranjero. El texto revela los frutos que se esperaban de esta expedición, con escaso costo para el erario español. En el se autorizaba a Don Alexandro Federico barón de Humboldt y su ayudante Don Alexandro Bonpland:

“a pasar a las Américas y demás posesiones ultramarinas... a fin de continuar el estudio de las minas y hacer colecciones, observaciones y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias naturales... por lo que Capitanes Generales, Comandantes, gobernadores, intendentes, Corregidores y demás justicias... no pongan embarazo alguno en su viaje... ni impidan por ningún motivo la conducción de sus instrumentos de física, química, astronomía y matemáticas, ni el hacer en todas las referidas posesiones las observaciones y experimentos que juzgue útiles, como tampoco coleccionar libremente plantas, animales, semillas, y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de estos y hacer observaciones astronómicas ... y den y otorguen todo el favor, auxilio y protección que necesitaren... y hagan embarcar para Europa... ...todos los cajones que contengan objetos naturales que se le han encargado que recoja y coleccionar las expresadas producciones para enriquecer al Real Gabinete de Historia Natural y los Jardines Reales (Humboldt 1980, 248).

El virrey Avilés dispuso que Humboldt fuese alojado en la casa y laboratorio del Barón de Nordenflycht. Humboldt se familiarizaría allí con las obras de Haenke y Cosme Bueno y apuntes de Malaspina y La Condamine que aparecen señalados en su diario amén de otros *“documentos apuntes y dibujos, libros técnicos e instrumentos de fina factura para observar fenómenos naturales de diversa índole, y de muestrarios de minerales y hasta ejemplares disecados de plantas”*. Fue en estas colecciones que contenían elementos de los tres reinos de la naturaleza, donde Humboldt pudo realizar importantes estudios. Probablemente descubriera allí también algunos ejemplares de antigüedades peruanas sobre los que profundizar sus intereses (Núñez Hague, 2002, 249; Núñez Hague Y Petersen, 2002,136; O’Phelan, 2011, 374).

En las páginas de su diario son frecuentes las anotaciones que evidencian su interés en

restos oseos y arqueológicos. Así en Santa María de la Parrilla, pago cercano al río Santa, Humboldt luego de calcular sus mediciones astronómicas, se dedica a la observación *“de los cementerios prehispánicos y campos de osamentas con cadáveres perfectamente momificados”*. Humboldt deduce que *“se habría tratado de un campo de batalla entre súbditos del rey Chimú y las huestes del Inca”*, dado que *“los cráneos mostraban lesiones producidas por golpes de porras o macanas...”* (Núñez Hague, 2002, 24)

En Chan Chan recorre las callejuelas de la ciudadela tomando nota de la altura y ancho de las murallas y su conformación. Excava en la huaca *“todavía intacta”* de la mujer del rey Chimú *“frente a la huaca Toledo”* que lo lleva a la constatación de la *“costoso y peligroso (que) es trabajar en una colina de arenas movedizas”* (Núñez Hague, 2002, 77).

También se interesa por ídolos, como aquel que encontrara en transcurso hacia Olleros, en el pago denominado Plaza del Inga *“tallados en una madera que se petrifica en el agua”*. Señala así mismo que en Olleros ve otro con *“una cabeza inmensa, un pequeño cuerpo y dos manos apoyadas sobre el vientre”*. Según el sabio se parece a otras de basalto vistas en Popayán, o de arcilla, encontrada en Calpi, *“pequeños Priapos tal como en las lámparas romanas”* o en Chiclayo *“semejantes a las columnas de Hermes...”* (Núñez Hague 2002, 37).

Es indudable que Humboldt se interesó mucho por la arqueología y en menor grado por documentos etnográficos, así como que envió a Europa una monumental colección de historia natural que recogió ayudado por Bonpland. Lo que no hemos podido resolver es el enigma si en dicha colección hubo una sección dedicada a restos arqueológicos y etnográficos peruanos. Las numerosas anotaciones a restos prehispánicos andinos en *Vistas de la Cordillera y Pueblos de América* comparando la cultura peruana con la mexicana nos hace sospechar de una cierta colección o al menos la existencia de copiosos apuntes y dibujos de los mismos, pero esto demandará un mayor estudio al respecto. En repetidas cartas enviadas por Humboldt a sus corresponsales europeos menciona colecciones cada vez más numerosas *“el número de nuestros manuscritos, planos, dibujos colecciones, ha aumentado de tal modo que el temor de exponerlos durante el viaje...”* (Humboldt, 1980, 87). Lamentablemente en ningún momento describe restos arqueológicos por contraposición a las minuciosas descripciones de hallazgos minerales o bóticos mencionados en los envíos. Debemos anotar que sabemos que Humboldt

proyectaba escribir una segunda parte a sus *Observaciones de zoología y anatomía comparadas*, donde pensaba extenderse sobre “los cráneos ... peruanos que hemos depositado en el museo natural de París...” (Humboldt, 1952, 14).



CAPÍTULO III

3. LA ARQUEOLOGÍA EN EL PERÚ BORBÓNICO.

3.1 Cronistas “arqueólogos”

El pasado indígena fue un tema que los exploradores del siglo XVIII fueron redescubriendo a lo largo del siglo ilustrado. Paulatinamente fueron actualizando el importante contingente de datos que heredaron de los siglos previos, pero recontándolos de un modo diferente –o al menos así quisieron presentarlo. Es este el aporte que permite convertir las tempranas informaciones en conocimiento arqueológico –amateur. Aunque a primera vista parecieran escasas las menciones, una mirada detallada nos permite entrever un caudal importante de información y el establecimiento de una moda de lo arqueológico que termina imponiéndose como norma a fin del siglo.

Mientras escribía sus *Memoires sur quelques anciens monuments du Perou, du temps des Incas*, La Condamine constataba como “*todos los autores*” que se dedican a la América meridional

“nos dan una gran idea de los diferentes edificios construidos por los Incas, antiguos reyes del Perú, los templos del sol, sus palacios, sus fortalezas, sus grandes caminos y tambos o alojamientos destinados a recibir a los príncipes y sus cortejos en sus desplazamientos de un extremo al otro de sus estados”.
(Condamine, 1748, 435).

En efecto como La Condamine señalaba, si bien no eran todos los autores, en realidad si son abundantes los testimonios tempranos sobre los monumentos incaicos desde el tiempo del arribo de la *Armada de Levante* al Perú. Las páginas de los cronistas sirven para establecer los primeros contactos con los temas arqueológicos aunque sus primeros atisbos lo logran con dificultad. Como bien ha señalado Porras Barrenechea:

“de las hazañas cotidianas, de los momentos de peligro y arrojo de los sufrimientos tenaces de la selva hostil del fango del sudor del hambre de tantas jornadas... ...queda una crónica desmedrada escrita a fragmentos por el escribano de la expedición entre guasábara y guasábara” (Porras Barrenechea, 1962, 24).

Sin embargo la información de los autores aumenta en calidad conforme se alejan de la época de los ásperas contiendas iniciales. Los valles y los cerros innominados fueron ganándose el respeto toponímicos y las jornadas de marchas dieron lugar a descripciones

más precisas, con reflexiones sobre personajes e instituciones. Pronto las imprecisas alusiones al “Cuzco joven” y al “Cuzco viejo” para referirse al soberano inca y a su sucesor van cediendo espacio a sesudas descripciones del inca y sus atributos. Las mezquitas de las primeras horas se convierten en los adoratorios de los incas (Pease, 1995, 17). La lista de estos cronistas es presentada por Porras en sus “*Fuentes históricas peruanas*” quien dedica todo un capítulo a la arqueología y sus fuentes históricas (Porras, 1955, 51). En años posteriores Tantaleán (2016, 28) ha listado las contribuciones de muchas de las crónicas en las que en medio de sus descripciones del mundo andino comienzan a consignar información interesante sobre las edificaciones y los restos arqueológicos del pasado peruano. Menciona así a Miguel de Estete (1534), a Pedro Cieza de León (1553), a Cristóbal de Molina (1573-5), a Garcilaso de la Vega (1609), a Juan de Santa Cruz Pachacuti (1613), a Alfonso Ramos Gavilán (1621), Antonio de la Calancha (1631) y Bernabé Cobo (1653). En una época en la que las representaciones gráficas eran excepcionales, brillan por su capacidad de generar un universo de imágenes las relaciones de Huamán Poma de Ayala (1615) en su fascinante *Nueva Corónica y Buen Gobierno* y la *Historia general del Perú* de Martín de Murúa (1616), que se encuentran fuertemente entrelazadas en motivaciones y ejecución.

3.2. Otros investigadores de los restos prehispánicos.

Papel importante en esta sucesión de informaciones deben ocupar los extirpadores de idolatrías “*esos arqueólogos al revés que destruían y quemaban pero dejaban minuciosos inventarios de los objetos destruidos, de las momias y de las huacas arrebatados al culto de los indios*” como dijo Porras (1955, 53). Ad portas del siglo XVII debe mencionarse el *Manuscrito de Huarochirí* (c. 1598) relacionado con Francisco de Ávila, en el que se recoge valiosísima información sobre la sacralidad de las huacas recogidas durante la campaña de extirpación de las Idolatrías. Sin embargo resuenan otros nombres como Avendaño, Arriaga, Teruel, Hernández Príncipe, Mercado y Varona, que dejaron información valiosa al respecto (Porras, 1955, 56-7).

Mirando en una dirección diferente podemos encontrar en 1602 la obra del limeño Diego Dávalos y Figueroa, la “*Miscelánea Austral*” en la que se dan noticias aisladas de los “*monumentos, leyes y ritos incaicos*” (Porras, 1955, 242). Pero sin duda será la contribución de Antonio León Pinelo la que ocupe un lugar principal con sus extensas referencias de sitios arqueológicos realizadas en su “*Paraíso en el Nuevo Mundo*” (aprox

1650) en la que dedicará varios capítulos a probar la existencia de edificios previos al diluvio universal, y abundará en el análisis de las susodichas fábricas “*pasando al Perú hallaremos mayores y más notables edificios que admirar... en Huamanga cerca del río Viñaque hay unas muy grandes y según están muy gastadas y arruinadas deben haber pasado por ellas muchas edades*” (León Pinelo, 1943, i, 234).

No serán pocas las ruinas descritas por el erudito autor y se explayará por ejemplo en las ruinas de Tiahuanaco que sitúa en tiempos antiquísimos hechas por gentes de las que ya no se tiene recuerdo (León Pinelo, 1943, i, 236). Sus descripciones servirán un siglo más tarde como insumo y guía para muchas de las descripciones de Llano Zapata (Garrido Aranda, 2005, 93 y ss), y maliciamos que su descripción de Sacsayhuamán será el insumo utilizado por Antonio de Ulloa para su recuento.

El interés por las antigüedades del Nuevo Mundo también ocupaba los intereses de anticuarios en España. Cabello Carro ha señalado como desde los siglos XVI y XVII había “*reuniones de eruditos que pretendían pensar libremente al margen de las universidades dominadas por la iglesia y la escolástica*”. A principios del siglo XVIII funcionaba en Madrid, emulando a la *Societa Degli Dilettanti*, la tertulia de la *Academia Universal* que se convertiría en 1738 en la *Real Academia de Historia*, dedicada a la discusión de monedas, inscripciones y otros restos semejantes (Cabello Carro, 2012, 255). Como hemos señalado en el capítulo antecedente, dichos anticuarios lucharían por contrastar el valor histórico de estos restos frente a la historia fantasiosa presentada por la historia literaria. Este conocimiento propuesto por los anticuarios sería recolectado en el *Diccionario histórico crítico universal de España*, que incluía a las regiones españolas de América para lo cual se proveyeron *Instrucciones* para el recojo de información sobre el pasado de estas tierras (Cabello Carro, 2012, 256).

El interés por los vestigios andinos tendría un renacer incluso anterior a estas expediciones de la España Ilustrada, gracias al arribo de viajeros franceses que empiezan a llegar a principios del siglo XVIII con el afán de describir la una naturaleza ignota y las riquezas incalculables de territorios que la fantasía popular asocia con el oro y la plata peruanas, pero muchos encontrarán que otras riquezas como las botánicas y las históricas también “*valen un Perú*”. Estos viajeros una década antes de que se declare el inicio oficial de la Ilustración con la publicación de las Cartas Persas en 1721, ya traen una mentalidad diferente, una mirada científica más interesada en describir según la

observación rigurosa que de emparentar la naturaleza americana con las citas de antiguos autores que nunca habían pisado América. Si bien ese interés francés por América siempre había existido es sólo entonces con la cercanía dinástica borbónica que podrá finalmente alcanzar la ansiada entrada de expedicionarios franceses en el intrigante espacio colonial.

3.3 Feuillée buscador de tesoros antiguos

Fue el aparentemente inofensivo fraile de la orden de los Mínimos, el padre Feuillée, a quien le tocó inaugurar este periodo de redescubrimiento. Louis Enconches Feuillée venía enviado por la Real Academia de Ciencias de París, para buscar nuevas especies vegetales en América. En viajes anteriores había tenido gran éxito identificando útiles vegetales en las Antillas y en las tierras venezolanas. En este nuevo viaje de 1709 a 1711 Feuillée recorrió parte de los territorios de los actuales Argentina, Chile y Perú. Gracias a circunstancias políticas propicias, Feuillée podrá merodear sin mayores complicaciones por la campiña limeña y utilizar como base para sus operaciones el convento de los Mínimos en la ribera misma del Rímac casi frente a la residencia virreinal.

En un estilo científico lleno de anotaciones conseguidas gracias a un nutrido instrumental traído por él, pero suficientemente sucinto como para no entorpecer su desplazamiento, como cronómetros, un “cuarto de círculo”, anteojos astronómicos, brújulas, un aerómetro y microscopios “*lo suficientemente precisos pero no tanto que dificultara su calibre*” (Patrucco, 2015, 450). Feuillée hará mediciones astronómicas, asignará latitudes, describirá la corriente fría del mar peruano e intuirá las virtudes de diferentes especímenes vegetales. Desde la dedicatoria de su *Journal*²⁷, anunciará su intención de estudiar el pasado prehispánico para encontrar las plantas con la que “*los salvajes hacían la guerra a las enfermedades*”. Macera asigna poca importancia a sus divagaciones históricas “*minúsculas y pasajeras*” (Macera 1997, 27). Sin embargo Feuillée visitó huacas en los alrededores entre Lima y el Callao, probablemente de Maranga en las que vio “*las ruinas de esta gran ciudad presentaban una pared almenada construída con grandes parapetos de tierra y cercaban un gran palacio... para el inca*” (Feuillée, 1714, 498). También recorrió el santuario de Pachacamac al sur de Lima, “*donde aún se ven los vestigios del soberbio templo*” (Feuillée, 1714, 498) y más tarde pesquisó entre los indígenas de Arica recuerdos sobre su pasado “*yo interrogué sobre la antigüedad de las*

²⁷ *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques (1714).*

ruina y si se habían conservado tradiciones locales sobre el diluvio o cualquier otro acontecimiento importante...” (Feuillée, 1714, 600). Desde Ilo (Diapositiva 17) organizó excavaciones que lo convierten en el primer francés en perforarlas en el Perú. Narra como inquirió a los lugareños de Ilo por los lugares “*donde los incas habían hecho el honor al sol*” (Feuillée, 1714, 601). Ante su insistencia fue llevado a un peñasco sobre el mar, en cuyas interioridades se acumulaban –según dijeron- los tesoros dedicados al dios. Armado de cuadernos, lampas, barretas y antorchas “*que se apagaban por la fuerza del viento*”, guías y todo un equipo de auxiliares de excavación, logró avanzar por un sendero, pero viendo como los cascajos que pisaba caían al precipicio y desaparecían en el furioso mar, “*pensó en la terrible dificultad que tendría para retirar los cuantiosos tesoros*” por lo que decidió abandonar la arriesgada empresa (Feuillée, 1714, t ii, 604). Alguno hallazgos debió obtener en el lugar pues Bonavía y Ravines, señalan que Feuillée remitió “*una vasta colección de piezas arqueológicas*” a Francia (Bonavía y Ravines, 1970, 8).

3.4. Frézier y las antigüedades peruanas

No muchos meses más tarde otro francés continuará en el país realizando pesquisas arqueológicas. Se trata de Francois Amedée Frézier, artillero e ingeniero del Rey Luis XIV, espía y marino aventurero quien consigna sus investigaciones en su Relación del Mar del Sur²⁸. En el prólogo Frézier anuncia de modo decepcionante que en la costa peruana:

“no queda ningún testimonio importante de la habilidad de los indios, sólo se ven allí algunas pequeñas tumbas sin decoración y algunos restos de montículos de tierra y no he sabido que haya nada notable en el interior del país salvo la fortaleza del Cuzco hecha de piedras enormes, unidas por juntas irregulares con mucho arte. El resto de los caminos y acueductos que suelen mencionarse, no son tan raros como para decidir a un curioso a atravesar un país lleno de desiertos, desagradable en si mismo y por las pocas comodidades que ofrece para viajar...” (Frézier, 1982, 7).

Macera poco amigo de Frézier lo califica como plagiario desvergonzado de Feuillée, de viajero fugaz, y se queja de que moteje a los indios del Perú de “*bárbaros sin ciencia*” y

²⁸ *Relation du voyage a la Mer du Sud aux côtes du Chile et du Pérou, fait pendant les années 1712, 1713 et 1714.*

describa Sacsahuamán “*como un hacinamiento de junturas inciertas*” (Macera, 1997, 27). El desinterés mostrado por Frézier hacia los caminos y a las ruinas del Cuzco que no llegó a conocer, bien podría ser el fruto del impedimento de penetrar “*las tierras de arriba*”, prohibición que sufrió de las autoridades españolas. Uno puede percibir fácilmente la inquietud constante del viajero por conocer las minas, los mercados y las curiosidades del país, de ese país que no puede recorrer. Sobre las ciudades del interior tan sólo puede dar unos cuantos datos poblacionales y noticia somera de alguna de sus producciones artesanales. Safier anota la prohibición girada contra Feuillée y Frézier impidiéndoseles “*aventurase más allá de unos cuantos sitios prescritos en la costa*” del Perú (Safier, 2016, 223).

El más obvio modo que se le ocurre al viajero de ocultar esas lagunas de información que presenta su investigación, es aparentar indiferencia hacia esos territorios, señalando el poco interés revisten. La inquietud por visitar por el interior del país seguirá latente, en tanto los expedicionarios no puedan alcanzar esas zonas, hecho que recién se producirá luego de acabadas las turbulencias de la Independencia. Todos sin embargo tratarán de describirlo en base a información de terceros.

Macera, admite que Feuillée y Frézier en sus exploraciones arqueológicas aplican “*por primera vez a la historia del Perú los métodos experimentales de comprobación directa y personal que usaban en disciplinas de su preferencia*” (Macera 1999, 34).

De otro modo resultaría muy extraño que un viajero desinteresado en la arqueología realizara excavaciones en los pobres restos de la costa entre Arica e Ilo. En estos arenales encuentra una “*antigua ciudad de indios*” cuyas ruinas se ubican a dos leguas del litoral. “*las casas de caña aparecen arrasadas a nivel del suelo, triste consecuencia de los estragos hechos por los españoles entre los indios*”. También encuentra tumbas en las que presupone que el muerto principal era “*enterrado vivo*” y acompañado por su familia. Describe sus indagaciones así:

“*Los cuerpos aparecen casi completos con sus vestimentas y a menudo con vasos de oro y plata. Las tumbas que vi estaban excavadas en la arena, tenían la profundidad de la altura de un hombre y estaban rodeadas por un muro de piedra seca. La recubrían con un enrejado de cañas que sostenían una capa de tierra y arena para que nadie descubriese el lugar donde se encontraban*” (Frézier, 1982, 160)

Encuentra también otra tipología de tumbas superficiales, de adobe y en círculo “*como pequeños palomares de cinco o seis pies de diámetro y de doce a catorce pies de altura y bóveda esférica*”, estas tumbas serían levantadas según el viajero para personajes importantes. El proceso consistía en enterrar al muerto sentado y luego estos habitáculos eran emparedados clausurando su entrada. Atribuye su número a las costumbres de los nobles prehispánicos de querer ser enterrado en las orillas del mar para contemplar la puesta del sol (Frézier 1982, 161).

Frézier describe las tapias “*muros de tierra apisonada entre dos planchas*”, técnica barata lograda con materiales de la zona y que sin embargo “*dura siglos como puede verse por las ruinas de edificios y fortalezas construidas por los indios, las que subsisten por lo menos desde hace doscientos años*”, siempre y cuando no estén expuestos a la lluvia ante la cual deben protegerlas con cubiertas de paja o planchas...” (Frézier, 1982, 225).

Centra su atención en las casas andinas *construidas “en redondo , como un cono o más bien como se hacen las neveras, con una puerta tan baja que sólo se puede entrar encorvándose hasta el suelo, para estar más calientes...”*. Describe también los hornos de tierra llamados “*bicharras*”. Frézier artillero y amante de mechas, chimeneas y combustiones, quien había publicado un “*Traité des feux de artifice*” en 1706, no pierde ocasión de adjuntar en la plache XXXI (Diapositiva 18) no sólo un diagrama de las casas circulares en mención sino un corte del funcionamiento de estas bicharras y su extraño modo de combustión. Explica así su funcionamiento:

“hechos de tal modo que con algunos puñados [de ichu] que pongan de tanto en tanto, hacen hervir varios cacharros a la vez en ellas y cuando quieren hacer hervir el tercero solamente, deben llenar de agua el segundo y el primero para que la llama al encontrar tapadas las salidas más próximas esté obligada a extenderse hasta el tercer cacharro” (Frézier, 1982, 234).

No parece pues un viajero particularmente desinteresado en los usos indígenas, especialmente si unimos estas indagaciones con las que pudimos ver en el capítulo precedente acerca de los objetos etnográficos.

3.5. La Condamine iniciador de las descripciones arqueológicas.

Estos escasos avances marcaban el estado de los estudios arqueológicos andinos cuando llegó a tierras americanas la Expedición Geodésica Francesa de 1735. La misión

ecuatorial de la Academia francesa, debía aportar la información necesaria para poner fin a la polémica sobre la esfericidad de la tierra pero también suministró información arqueológica recogida especialmente por la Condamine, Pierre Bouguer y Antonio de Ulloa. Las informaciones arqueológicas (y no sólo las astronómicas) terminaron formando parte de la carrera por la adjudicación de los resultados de la expedición.

El primer contacto entre la expedición francesa y los territorios dependientes del virreinato peruano se dio en marzo de 1736. La Condamine y Bouguer descendieron apresuradamente en Manta para medir un importante eclipse que daría lugar en esos días. El resto del contingente siguió por mar hasta Guayaquil y de allí a Quito. Esta separación del grupo principal le valdría a Charles de la Condamine una reprimenda oficial a cargo de Dionisio de Alcedo y nos permite entrever hasta que punto los académicos estuvieron controlados en su desplazamiento hasta el grado de alojarlos de manera recluida:

“el muy notable al notable fin que a VM le ha conducido a tan remotas partes por disposición de su Academia, al dividir VM de los demás para otro diverso conocimiento no concedido en la dispensación de SM y prevengo a VM se contenga en los términos arreglándose como demás a los términos concedidos en la Real Licencia y si necesitare hacer conducir su equipaje e instrumentos... yo le daré prontamente los auxilios”. (Rumazo, 1949, 26).

En tierra junto a la ansiada flora y fauna tropicales, les llamaron poderosamente la atención los restos de los edificios de los incas que fueron encontrando. Ambos recorrieron los arruinado restos de Manta, *“metrópoli incaica desde donde se gobernaba esa región y donde se practicaba una grosera idolatría a una divinidad a la cual no se le podía reconocer ninguna bondad... y a la cual se le había consagrado el templo que guardaba una esmeralda del tamaño de un huevo de avestruz”* (Bouguer, 1749, XIII).

Bouguer dedicará algunas páginas en su *Voyage au Pérou*²⁹, (1749), a describir su experiencia con los restos sobrevivientes de los tiempos de los incas. En sus páginas expresa admirado su interés por los tambos los cuales realizados en piedra cuentan con

²⁹ Voyage au Pérou es la introducción a su obra *“La Figure de la terre, déterminée par les observations de M Bouguer et de la Condamine de la Académie Royale des Sciences, envoyés par ordre du Roy au Pérou, pour observer aux environs de l’equateur”* Paris, Imprimiere Royal, 1749.

puertas tan altas para permitir “*el paso del soberano en hombros de sus señores principales*” (Bouguer, 1749, ciii-cv)³⁰.

En posteriores momentos de su viaje Bouguer estudia los edificios y admira los caminos incaicos que indómitos recorren las cubres de los Andes entre Cuzco y Quito. Nos cuenta así mismo que mientras realizaba la medición de la triangulación número 24 para la determinación del meridiano, visita una antigua fortaleza con edificios separados unos de otros con gran regularidad construida por la gente que trajo Huayna Cápac, lo que se puede comprobar por las mismas características de los sepulcros contemporáneos, es decir, 40 pies de alto y 70 toesas de largo “*con grandes rampas extraordinariamente largas y con una inclinación insensible*”. Bouguer apela a la *captatio benevolentiae* al lamentar que los estrictos límites de su informe “*no le permiten entrar en un mayor detalle en estos edificios como lo quisiera*” ni tampoco se permite desarrollar sus conjeturas sobre la mitología de esta gente, su origen y sus transmigraciones que él cree se remontan hasta la Atlántida (Bouguer, 1749, ciii-cv).

Charles de La Condamine, quedó igualmente impresionado con los decaídos edificios incaicos, como queda anotado en su obra “*Memoires sur quelques anciens monuments du Perou, des temps des Incas*”. Esta obra publicada en las Memorias de la Academia de Ciencias y Bellas Letras de Berlín apareció en 1748, pero lleva la fecha de redacción de 1746, pues La Condamine intentaba asegurar la primacía de sus informaciones. La carrera por las publicaciones no se veía tan sólo motivada por la competencia franco-española, sino que reinaba al interior del grupo francés. En una carta enviada a la Académie se quejaba de la publicación de los resultados del viaje por Bouguer, señalando que “*el señor Bouguer se ha adueñado de todo el trabajo conjunto presentándolo a su nombre, por lo que me es imposible a mí decir nada nuevo*” (Durán Guardado, 2015, 58). Esto permite entender la dinámica de este cambio de fecha de impresión para asegurar la paternidad de sus descubrimientos arqueológicos. En sus “*Memoires sur Quelques...*” informa como observó con curiosidad las construcciones intentando contrastar lo que veía con sus lecturas sobre el Perú antiguo.

³⁰ El tema al parecer cautivaba a los estudiosos ya que se repetirá numerosas veces tanto en la Relación... Ulloa, (2002) como en las *Memoires sur quelques monuments ...* de La Condamine (1748).

Un tema por discutir es el del surgimiento del interés arqueológico de La Condamine. En principio podemos mencionar el contacto físico con dichos monumentos porque a lo largo de sus mediciones la necesidad física de las triangulaciones los llevaban a usarlas como plataformas del trabajo topográfico. Otra fuente de su curiosidad estaría relacionado con sus lecturas sobre el Perú prehispánico. El francés había leído y leería a lo largo de su viaje abundante literatura referente a los incas. Queda en la bruma del olvido la lista de los títulos traídos por los académicos en los consignados 24 baúles de libros, además de los infolios que se entremezclaban con otros enseres en los baúles de ropa e instrumentos como lo refiere el inventario de internación de bienes de la expedición. Lamentablemente los agentes de aduana que registraron la entrada de los equipajes estaban más interesados en detectar indicios de contrabando que en resaltar rarezas bibliográficas y no dejaron detalles pormenorizados de las lecturas que los franceses traían (Rumazo, 1949, 19-23)³¹. Con respecto a citas históricas La Condamine no era ajeno a los escritos de Zárate y a los de Cieza de León, ni las crónicas de López de Gómara y ni del Cronista Mayor de Indias Antonio de Herrera. No pocas veces citaría la Historia Natural y Moral del jesuita José Acosta y por supuesto los Comentarios Reales de Garcilaso de la Vega.

Gracias al interés de la Condamine de forjarse una reputación de erudición, repetidas veces menciona las bibliotecas en las que investiga. Nos cuenta del repertorio bibliográfico de don Ignacio de Chiriboga “*que poseía una biblioteca de 6000 a 7000 libros de bellas letras, en latín, español, italiano y francés*”, así como los asombrosos 50,000 volúmenes de los jesuitas que pudo consultar al año siguiente en Lima ³² (Condamine, 1751, 148; Valdez, 2013, 39).

Frente a las abandonadas construcciones incaicas el investigador francés empezó a dudar de la fiabilidad de Garcilaso señalando una serie de incertidumbres e inconsistencias en la información que presentaba el autor de los Comentarios. La crítica de la información garcilasista estribaría en que escribía sobre la base recuerdos muy antiguos, de datos que había recogido en el siglo anterior, que redactaba a una edad muy avanzada, que recreaba vistas realizadas en su temprana juventud, o en su defecto que sus informes se debían no

³¹ El inventario realizado a cargo de Bernardo Gutiérrez Vocanegra tampoco puso mucho énfasis en describir los instrumentos que se internaban mencionándolos por cajas. Curiosamente mayor detalle se prestó a si las camisas que llenaban otros cajones eran nuevas o de segundo uso (Rumazo, 1949, 19 y ss).

³² Macera cita el dato de 35,000 volúmenes para dicha colección (Macera, 2014).

a un testimonio propio sino a noticias proporcionados por los naturales del país que las vieron antes de su demolición por los españoles. La Condamine se quejaba así mismo de que muchas de las informaciones dadas por el Inca provenían de medidas mantenidas en la memoria, de apreciaciones chauvinistas o en su defecto de comentarios de compañeros y corresponsales (Condamine, 1748, 436). La Condamine concluía sus críticas a Garcilaso señalando que se trataba de un relato “*muy exagerado*”, duda así de los “*jardines con plantas y ficus de oro*” que mencionaba Garcilaso. En su estancia en Quito escuchó frecuentes relatos de estas representaciones que tanto le intrigaban y pudo enterarse de que en el Tesoro Real de la ciudad se guardaban algunas muestras de estas esculturas. El académico cuenta como deseoso de estudiarlas pidió repetidas veces que se la mostraran y cuando finalmente accedieron le dieron la información de que dada la presencia del pirata inglés Anson se las acababa de fundir en lingotes para un más fácil transporte (Condamine, 1748, 456).

El expedicionario francés no podía dejar de admirarse por la maestría con la que estaban realizadas las ruinas incaicas, en especial por hombres que no tenía conocimiento del hierro, pero lamentaba que no tuvieran las proporciones que Garcilaso les atribuía con piedras de más de 30 pies de longitud (Condamine, 1746, 441). No menos crítico resulta el francés de otra afirmación de Garcilaso consistente en que las piedras del Templo del Sol y del palacio de Tumipampa, “ *fueron construidas con piedras traídas por los Incas desde el Cuzco que dista más de 500 leguas de distancia*” (Condamine, 1746, 448)ⁱ.

Las críticas de La Condamine no quedaron restringidas al campo arquitectónico, y pronto empezó a tener dudas sobre otras afirmaciones de Garcilaso. Así piensa que el lapso cubierto por la civilización incaica, de 12 generaciones le parece muy corto y la “*conjetura sobre el origen de un hombre tan superior a los otros (Manco Cápac) quien de un golpe transformó... ...un pueblo salvaje*”, le parece poco creíble. La Condamine duda que en el corto tiempo del reinado de Manco Cápac este pudiera sacar a sus contemporáneos desde “*el fondo de las florestas*” y llegara a enseñarles a “*vivir en sociedad*”, pudiera imponerles todo un sistema de leyes y no contento con todo eso llevarlos a desarrollar con suma maestría “*una treintena de artes*”. Sumido en la incredulidad La Condamine opta por distanciarse del relato de Garcilaso (Condamine, 1746, 445). Ulloa en su *Relación del Viaje...* anota una opinión muy semejante frente al relato garcilaciano de la súbita conversión de los salvajes por Manco Cápac, calificando

de *repugnante y forzada* la versión. Sin duda este debió ser tema de conversación entre ambos expedicionarios por lo que la opinión se difundió por ambas vías (Ulloa, 2002, ii 429)³³.

Si Ulloa se conformó con anotar su derecho a discrepar (en su arbitrio, sentir y persuasión) de una verosimilitud que sólo un hecho fortuito y desconocido podría justificar, la Condamine por su parte lo aprovecha de un modo totalmente diferente. El francés necesita desmitificar las informaciones de Garcilaso a tal grado que le permita consolidar su propia credibilidad en las descripciones que el consigna sobre restos prehispánicos. Desea construir de ese modo su propio prestigio en el tema, de modo semejante a como lo hizo frente a los escritos y los trazos cartográficos del padre Fritz en el Amazonas. Las críticas dirigidas a Garcilaso, quien escribe de memoria, ya anciano, sobre informes de terceros y con juicios chauvinistas, nos recuerdan en cierta forma las críticas formuladas a la capacidad del padre Fritz “*ciego, enfermo, cargado de tribulaciones, sin instrumentos*” para descalificar sus anotaciones cartográficas acerca del Amazonas (vid Safier, 2016, 114 y ss). Dudar de la información de Garcilaso justifica la necesidad de dar una visión objetiva e imparcial de los restos incaicos, adecuadamente medidos con instrumentos modernos y una visión científica, rigurosa y creíble. La Condamine reafirma esta situación pues nos dice que trabajaron en las medidas con Bouguer pero que él realizó las principales mediciones, y que luego regresó para confirmar datos unos días más tarde y añadir información leída con el compás así como para realizar dibujos del castillo. Añade posteriormente que el lector podrá gracias a su texto conocer los materiales, formas y solidez de las ruinas (Condamine, 1748, 441).

En respuesta a la visión fantasiosa de Garcilaso, La Condamine se ve llamado a realizar acuciosas investigaciones en otras ruinas como las de Cañar, a 12 leguas de Quito, que visitó bajo una intensa neblina el 20 de mayo de 1739, acompañado siempre por Bouguer.

³³ Dice Ulloa con respecto al relato de Garcilaso “Es, sin duda, repugnante en la forma en que se ha referido que con tanta facilidad se redujesen aquellas gentes incultas y brutales a la obediencia de manco Cápac, que se conviniesen a ejecutar lo que les mandaba, a dejar sus bárbaros vicios y costumbres y a abrazar las racionales, que sacudiesen la envejecida pereza y ocio a que estaban entregados y se aviniesen con el trabajo, que diesen de mano a sus antiguos ídolos y reconociesen único el que se les proponía como legítimo, que despreciasen la natural libertad con que vivían y quisiesen reducirse voluntariamente al yugo de la sujeción y al instinto del vasallaje y finalmente, que de bárbaros en todo se convirtiesen con tanta brevedad en racionales... (Ulloa, 2002, ii, 428)

Buscaron también el palacio de Caranquis a 12 leguas de Quito y el de Tumipampa “*cuyo nombre mutó por Cuenca*” descritos por el cronista Antonio de Herrera, en su década V, las cuales no pudieron hallar conjeturando así su absoluta destrucción.

Al parecer La Condamine logra romper el estrecho aislamiento de los académicos al ofrecerse como voluntario para viajar a Lima en 1737, para lograr el canje de “*letras de cambio*” para aliviar la urgente necesidad de fondos para la expedición (Condamine 1740). En este recorrido pudo observar tambos diseminados a lo largo de la ruta y numerosas fortalezas pero “*debido a su comisión no pudo detenerse para examinarlas*” (Condamine, 1748, 438). No dejó de ver durante sus trabajos de medición resto de numerosos tramos de los caminos de los incas. Pero la naturaleza de sus labores así como el temor de andar “*180 leguas de malos caminos me hicieron renunciar al proyecto de visitar el Cuzco*” lo que le hubieran permitido llevarse una idea más completa de dichas construcciones incaicas. Nuevamente aquí encontramos el tema recurrente de los malos caminos como excusa para no visitar el Cuzco (recordemos los idénticos argumentos de Frézier). El episodio de la reprimenda oficial recibida por La Condamine al separarse del contingente central de la expedición y las sentidas protestas de La Condamine:

“no se yo quien se atrevió a mentirle diciéndole que yo quisiera dividirme de los demás no he pensado en mi vida en esta división no teniendo en todo lo que hice otro fin que cumplir el interés de sus Mags y adelantar las operaciones” (Rumazo, 1949, 27)

nos explican hasta que punto el control español se extremaba sobre las personas de los expedicionarios y sus desplazamientos, y a su vez nos explican tal vez la verdadera razón de la ausencia del Cuzco en el itinerario del expedicionario. Si la Condamine pudo conocer Lima y Loja en el camino, fue gracias a la necesidad de realizar el cambio de letras para financiar la expedición (Condamine, 1748, 440). En contraste con esta situación nos sorprende que al final del viaje pudiera conseguir el permiso para regresar libremente, es decir sin mayor vigilancia, por la vía del Amazonas. La carta dirigida por La Condamine al marqués de Valleumbroso (1742, f. 322), nos hace ver que quizá ante la orden real de que al terminar las observaciones los Académicos debían volver a Francia “*por el camino más breve*” fue lo que permitió a La Condamine argumentar que el retorno por el río Amazonas constituía la vía más sucinta para abandonar el virreinato. Aunque sigo pensando que el permiso para utilizar esa ruta es un tema que debe ser

estudiado en profundidad.

3.6. La primera representación moderna de Sacsahuamán.

Preocupado la Condamine por la carencia de información sobre las ruinas incaicas del Cuzco, según informa en su artículo, encargó a un corresponsal la búsqueda de datos y más importante aun la elaboración de planos y croquis de la fortaleza de Sacsahuamán a la manera de las informaciones por el levantadas de la fortaleza de Cañar. El envío de dicha información completaría su estudio sobre las antigüedades peruanas. La identidad de dicho corresponsal ha permanecido desconocida. Maliciamos que dicho corresponsal debía corresponder al cuzqueño marqués de Valleumbroso, quien además, previamente lo había asesorado sobre el recorrido por el Amazonas y le había enviado mapas y relaciones sobre el tema. La Condamine nos informa que la captura del navío en el que dichos papeles se conducían lo privó de dicha información³⁴. Capturada la nave por corsarios ingleses bajo el mando del Comodoro Anson en 1743, pidió en sucesivas misivas al director de la Real de la Academia de Londres, Martin Folkes, sin que se pudiera aliviar esa pérdida. Hasta ahora ni dichas repetidas misivas ni los papeles sobre las ruinas incaicas han aparecido a pesar de las reiteradas investigaciones realizadas en los archivos británicos (Condamine, 1748, 439; Barnes & Fleming, 1989, 199, n 66). El tardío mapa de Arechaga y Calvo no puede dar una idea de lo que la Condamine hubiera querido como imagen del Cuzco (vid infra). Preocupados por la importancia de este encargo tratamos de buscar pistas. Alertados del parentesco del corresponsal marqués de Valleumbroso con Diego de Esquivel y Navia, autor de las *Noticias Cronológicas del Cuzco*, indagamos en la información de este diarista de la capital incaica. Una carta de 1911 dirigida por Fortunato Herrera y Francisco Sivirichi a Ricardo Palma, alertaba que la publicación de los “*Anales del Cuzco*” adolecía de una serie de omisiones entre ellas, la ausencia de dos ilustraciones una del escudo del Cuzco y otra de Sacsahuamán a mediados del siglo XVIII. La edición de 1980 de las *Noticias Cronológicas* incorpora

³⁴ Dice la Condamine “*Consideré no publicar nada con respecto a esto dado que no tengo en mis manos la descripción que se me prometió y el plano y una vista de las ruinas y fortalezas del Cuzco. Esos papeles que debiera haber recibido probablemente se encuentren en Inglaterra junto con un gran número de cartas que fueron capturadas a bordo de tres naves que regresaban desde el mar del Sur... a pesar de que las Sociedades Filosóficas no toman parte de las guerras entre naciones desafortunadamente si resienten las influencias*”. Reflexión semejante a la mencionada por Humboldt en Washington. (Condamine 1748, 439).

estas y otras ilustraciones (Denegri Luna, 1980).

La ilustración de Sacsahuamán (Diapositiva 19) forma parte del manuscrito donado por Varcárcel a la Universidad San Antonio Abad, la copia más completa de dichas Noticias. La ilustración en cuestión debe ser el duplicado de la realizada para La Condamine y que se perdió en su camino a Europa. Este duplicado fue añadido por Diego de Esquivel a sus Noticias Cronológicas a manera de ilustración. Si bien no se menciona dicha ilustración dentro del texto existen un par de largos párrafos en los que se mencionan la duración de la construcción de 77 años durante los reinados de Túpac Inca Yupanqui y Huayna Cápac, los 20,000 operarios que la levantaron, los nombres de los maestros de obras, la forma de arrastre de las piedras, los intentos españoles de derruirla, las prohibiciones del Cabildo de así hacerlo, la búsqueda de tesoros en sus interioridades, el traslado de piedras para la construcción de la Iglesia Catedral y la demolición con pólvora de la “piedra cansada”. Finalmente señala:

“sin embargo de esto han desbaratado casi toda ella hasta este año de 1739, en que apenas han quedado dos andenes cortos del muro principal, que mira hacia oriente y septentrion donde estaban las puertas y de la parte que mira a la ciudad un pequeño andén de cosa de 50 pasos. La piedra cansada también la han desechoa tiros de polvora desde el año 1733 y este de 1739 ha quedado en la tercia parte” (Esquivel y Navia, 1980, t I, p 55, n 227E).

Acaso este profundo interés demostrado hacia la portentosa ruina y no dedicado a ninguno de los otros restos incaicos de la región tuviera que ver con las investigaciones realizadas para el levantamiento de la lámina de la fortaleza.

La ilustración, una acuarela aunque sólo conocemos una copia en blanco y negro, es anterior a los levantamientos de Ingapirca, es la primera ilustración del sitio cuzqueño, presenta interés arqueológico y trata de representar su estado actual, señalando las extracciones de las que se habla en el texto. Es una vista frontal y proporcionada de la parte principal de la misma realizada por un aficionado y no un ingeniero militar pues omite las escarpaduras del terreno y la situación de la fortaleza en el cerro. Se avoca eso sí a las representaciones de las formas de las piedras, su tamaño y juntura. Incorpora la vegetación que crece entre los muros así como las piedras pequeñas que han quedado regadas en el terreno.

3.7. Ingapirca

Retornado a la disertación sobre las ruinas del Cañar, La Condamine dedicó tiempo y esfuerzo, a medir las ruinas del Castillo de Ingapirca el cual encuentra muy destruido y realizar esfuerzos de imaginación para retrotraerlas a sus tiempos de esplendor. Allí vio *“su notable grandeza, y magnificiencia y se llevó una idea de la materia, la forma y la solidez del palacio”*. En base a estas observaciones se atreve a generalizar sobre la arquitectura pre hispánica:

“Los peruanos solamente tuvieron la naturaleza por guía no utilizaron vestibulos pórticos columnatas arcos y muchos refinamientos eran desconocidos una arquitectura muy simple proporcionada al clima a sus necesidades y sus conocimientos” (Condamine, 1748, 450)

El relato del francés nos revela sus expectativas con respecto a las ruinas incaicas. cuando se apresta a recorrer las ruinas fortaleza de Cannar cuya grandeza es relatada por Cieza y otros señalando que *“era imposible narrar sus grandes riquezas, los vasos y vajillas de oro y plata, las pepitas de oro, las perlas y las obras de los orfebres”*. El explorador se apresura a afirmar que si bien el no ha visto –aun- las dichas riquezas, si puede dar testimonios de otros ejemplos de las mismas joyas incaicas *“algunas logradas con gran delicadeza”* (Condamine, 1746, 452).

La Condamine describe finalmente las ruinas que lamentablemente se hallan ya desprovistas de todas esas riquezas. Nos indica con cuidado las latitud de 2 “ 32”, y a 20 leguas del grado, lo que revela el uso del instrumental de la expedición. Mide el terraplén a 18 pies de altura, y determina el plano cuadrado de 20 toesas de alto. Describe sus *“pilastras de orden rústico”* y forma convexa. Le llamó la atención el edificio de la guardia *“en adobes y sin ventanas”*. Comprobó que la fortaleza era capaz de vigilar los dos ríos de cualquier avance enemigo y que se ubicaba a 150 toesas del palacio del Inca. Debemos recordar que los expedicionarios contaban con todo el material de agrimensura que les permitían establecer mediciones muy confiables puesto que ese el objetivo central de la misión era la medición al fin de cuentas, por lo que los aplicó a sus intereses arqueológicos. Su descripción de la fortaleza es muy precisa:

“La fortaleza está compuesta de un terraplén hecho a mano a una altura de entre 14 y 18 pies sobre un piso desigual. En esta terraza se aprecia una habitación cuadrada para

la guardia... la figura del terraplén es una ovalo elongado... al norte la fortaleza es escarpada y presenta un segundo terraplén a 15 pies de alto y rodeado por un grueso muro granítico... (Condamine, 1748, 456).

Estos resultados los publicó en una temprana comunicación a la Academia Real de Ciencias y Bellas Letras bajo el título de *“Memoires sur quelques anciens monumens du Pérou, du temps des Incas”* (Condamine, 1748). En ella, utilizando estilística y tipologías, hizo asunciones sobre el uso del adobe. El adobe bien realizado llega a tener una gran fortaleza. *“Preparado con tierra cruda e ichu”* el pudo observar como llegaba a los 50 años incólume *“que apenas queda erosionada en sus ángulos”*. La tica o ticani, como le llaman los indios al adobe es un método constructivo que según Garcilaso fue usado por los antiguos peruanos aquellos anteriores a los incas, *“por lo que creo que la parte alta de la casa de la guardia de la fortaleza de Cañar, construida de adobe no es una edificación del tiempo de los incas”* (La Condamien, 1748, 444).

En esta publicación La Condamine se queja de que *“Acosta y Garcilaso hablan en términos visuales pero no han dejado un plan ni descripción exacta que pueda formarnos una justa idea de estos monumentos”* (Condamine, 1746, 436) por lo que intenta solucionar esta omisión presentando una ilustración de la fortaleza de Ingapirca.

El gráfico (Diapositiva 20) muestra una vista aérea de la planta de la fortaleza y una elevación lateral de la misma, y se marcan todos los edificios con letras distintivas. Basadas en las mediciones antecedentes, la ilustración presenta una escala que permite apreciar visualmente las medidas reales del monumento. No deja de aprovechar los espacios libres para bosquejar el mecanismo de anclaje de las piedras y sus perfiles, así como la relación de la ruina con el norte geográfico.

La innovadora presentación del gráfico arqueológico de La Condamine de ruinas ya previamente descritas de modo narrativo, responde a las necesidades ilustradas de representar experimentalmente mediante actos de medición y utilización instrumental, que permitieran un proceso de estandarización de la información lo que permite asegurar un conocimiento novedoso del tema. Si examinamos sus elementos por separado se asemejan más a las descripciones militares que a un método nuevo para desarrollar diagramas arqueológicos. En la práctica La Condamine se adhiere a las convenciones utilizadas para el bosquejo de fortalezas y defensas militares. A lo largo del siglo XVIII

la cartografía militar había sufrido un proceso de uniformización con reglas normalizadas. Los planos “*delineados con limpieza demostrará las partes, su distribución y decoración, con los adornos pertenecientes a todos los edificios militares haciendo a estos fines sus respectivos planos, perfiles, elevaciones, expresando las obras destruidas con líneas y puntos... todo el plano se ilumina desde el ángulo superior de la izquierda del papel, creando sombras a la derecha y abajo*” (Muñoz Cosme, 2016, 38)

Resulta importante ahondar más en la confección de este dibujo que por sus características y precisión no era un cometido fácil de lograr. Desconocemos las habilidades gráficas de La Condamine, pero sabemos que como parte de la expedición viajaba el dibujante e ingeniero Mr. J. de Morainville quien en etapas previas y posteriores del viaje realizaría complejas labores. Así elaboraría un plano de Quito que al decir de La Condamine tenía una “*escala verificada sobre grandes distancias medidas exactamente*” (Condamine, 1951), y los demás miembros de la expedición señalaron su “*extraordinaria capacidad y pericia para el manejo de los instrumentos*” (Rodas 2003, 437). Quedó patente su versatilidad en el diseño de las torres de la iglesia de “El Quinche”, el diseño de una placa conmemorativa en las proyectadas pirámides de Quito y finalmente el dibujo de un espécimen de la cascarilla (Rodas, 2003, 438). Esto unido a los frecuentes desplazamientos de Morainville con La Condamine nos lleva a la alta probabilidad de que fuera el encargado de realizar dicho dibujo arqueológico y que gracias a su experiencia hubiese introducido estas precisiones de dibujo militar en la composición de la referida lámina de Ingapirca.

La lámina en cuestión es considerada por Barnes y Fleming (1989) como pionera de la tecnología de la representación arqueológica. Para poner en contexto dicha ilustración debemos tomar en cuenta que es contemporánea a la *Societa degli Dilettanti*, academia que reunía a los estudiosos de las antigüedades europeas. También es contemporánea de los primeros dibujos de las ruinas romanas debidos a Giovanni Battista Piranesi, el famoso grabador veneciano que haría célebres las “vedutas di Roma” (Barnes & Fleming, 1989, 192;).

El grabado de Ingapirca es también pionero en el caso de los estudios de ruinas incaicas. Las mediciones de La Condamine datan de 1739 y la publicación aparece en 1748, más o menos de modo paralelo con las ilustraciones proporcionados por Ulloa y Juan en su *Relación...* No abundan las ilustraciones arqueológicas peruanas y el rastreo de las

mismas nos ha permitido encontrar unos cuantos ejemplos que analizaremos más tarde pero que ponemos aquí en contexto para resaltar su esporádica aparición.

Los siguientes intentos de medir y representar edificaciones prehispánicas serán en 1760 las observaciones tímidas de Feijoo de Sosa para Trujillo, la “*Vista del cerro y fortaleza fabricada por los incas del Perú en la ciudad de Cuzco*” de Arechaga y Calvo, incluido en el *Epitome cronológico...* de 1776, y el “*Diseño horizontal de la ruinas de Pacchacamac que se hallan en las lomas de la tablada de Lurín*” de Andrés Baleato de 1793. Curiosamente luego de lo consignado por Arechaga y Calvo, la capital del imperio de los incas será recién revisitada por las mediciones instrumentales en un tardío 1827 llevadas a cabo por el viajero Joseph Barclay Pentland quien trajo precisos instrumentos de medida para mapear el lago Titicaca y quién aprovecho su instrumental para graficar los restos incaicos de las islas y alrededores lacustres. Sus grabados serán publicados en 1848. El siguiente diagrama de las ruinas cuzqueñas aparecerá como lámina XXXIII en el “*Plano topográfico de las ciudad del Cuzco, levantado en 1861, por el Ingeniero del Estado Federico Hohagen*”, que recién aparecerá publicado en el Atlas Geográfico del Perú de Paz Soldán en 1865. En ese plano junto a los edificios públicos y los monasterios aparecerán consignados y esbozados el Collcaupata, los palacios de Garcilaso, Inca Yupanqui, Sinchi Roca, las Virgenes del Sol y el “del Inca” (sic). En ese mismo Atlas aparece la lámina XXXIV Plano de la Fortaleza de Sacsahuamán, que lamentablemente no consigna autoría pero que es mucho más interesante que el anterior pues pone en relación la fortaleza incaica con el conjunto de la ciudad, establece la altura (3587 m/s/n/m) de dicho monumento y su altura (120m) sobre la ciudad misma y se consignan una serie de otros restos en los alrededores de la ciudad. Si dejamos de lado las mediciones y los planos las más tempranas descripciones modernas del Cuzco son increíblemente tardías, debemos remontarnos a las descripciones generales de Miller de 1827, las de Francis de Castelnau y Paul Marcoy ambas de 1846 y las de Clements R. Markham una década más tarde en su célebre obra *Lima and Cuzco* (1856). Hasta llegar a las célebres representaciones gráficas de la obra de Squier, *Peru: incidents of Travel and Explorations in the Land of the Incas*, en 1877 (Paz Soldán, 1865; Barnes & Fleming, 1989, 192; Fifer 1974, 173-181; Miller 1828, I, 332; Núñez Hague, 1989, 278-9; Porras 1961, 222 y ss).

Pero debemos detenernos un poco en la hipótesis Barnes y Fleming (1989) de

considerarla como pionera de la tecnología de la representación arqueológica pues para entender mejor el interés que reviste este diagrama arqueológico debemos compararlo con los gráficos casi contemporáneos suministrados por los marinos españoles que acompañaban a la misión.

3.8 Juan y Ulloa pioneros en la publicación de vistas de las ruinas peruanas.

En efecto en 1748, Juan y Ulloa publicarían en su *“Relación histórica del viaje a la América meridional”* dos grabados sobre los que no se ha llamado adecuadamente la atención ni su relación con los anteriores. Aunque La Condamine no lo mencione (pues dice que midió un día junto con Bouguer y que regresó al día siguiente él sólo a corroborar las medidas) es muy probable que debido a la política de vigilancia que se llevaba sobre los académicos, los apuntes fueron anotados por el equipo español en el mismo momento en que lo hacían los miembros franceses y la publicación se realizó simultáneamente. Al respecto ha señalado Safier:

“Con la amenaza de la publicación inminente de las contrapartes francesas de Ulloa y Juan, los dos capitanes navales y sus patrocinadores del gobierno estaban impacientes por ver un relato textual ornamentado con el sello español. Sus esfuerzos se vieron compensados: lograron adelantarse a la Academia de Ciencias de París y pudieron saborear la emoción de ser los primeros en publicar los resultados de sus observaciones, sobre todo para júbilo de los más involucrados en la concepción y realización de la “Relación histórica” en Madrid” (Safier, 2016, 223).

Las láminas en cuestión son la 21 y 22. Estos gráficos fueron grabados en España *“sobre los dibujos y bocetos tomados durante el periplo americano de Jorge Juan Y Antonio de Ulloa”* por el artista Vicente de la Fuente. Correspondieron a este grabador la confección de 17 láminas, las de estilo más libre, y las que nos han interesado que corresponden a Quito, Otavalo, Cuenca y Latacunga (XVI, XVII, XVIII y XIX) (Serrera Contreras y Elvás Iniesta, 2015, s/p). Si bien se deben a la pluma de La Fuente siete planos costeros, las otras siete ilustraciones son de un estilo bastante libre y deben haber agregado bastante imaginación a los modelos originarios de los expedicionarios.

La lámina 23, *“Perspectiva del adoratorio o templo de los antiguos indios que existe inmediato al pueblo de Cayambe jurisdicción del corregimiento de Otavalo en la*

provincia de Quito”³⁵, nos permite acercarnos más al proceso de construcción de grabados, en los cuales si bien se basaban en “los dibujos y bocetos tomados durante el periplo americano” (Serrera Contreras y Elvás Iniesta, 2015, 79) tuvieron en el proceso de llevarse a grabado una interferencia de la impronta del artista grabador, quien no vio el lugar representado, quien pertenece por su formación a una tradición occidental y ello va a influenciar el resultado final. La figura 23 muestra un gran edificio circular perfecto que guarda cierta semejanza con el célebre grabado de Etienne Dupérac (1575) especialmente si nos fijamos en las europeizadas construcciones del pueblo de Cayambe y su semejanza con las edificaciones romanas colocadas por Dupérac a la izquierda de su grabado (Diapositiva 24). También encontramos semejanzas en los recortes inferiores del paisaje. Esta impresión quedaría tremendamente reforzada cuando vemos que el templo ha sido achatado para generar esa impresión, como puede comprobarse de la fotografía actual del edificio incaico (Diapositiva 25). ¿Cuáles eran los motivos del grabador para realizar un dibujo tan influenciado por un grabado previo sobre la tumba de Augusto? Intuimos que se busca dotar al dibujo de Otabalo de cierta espectacularidad y del prestigio de asemejarse a la ruina romana. Sólo así se puede explicar el cambio de escala y de proporción. Resulta aún más interesante que Ulloa quien “cuidaba de todos los detalles de la estampación” (Serrera Contreras y Elvás Iniesta, 2015, 79) diera el visto bueno al dicho falseamiento de la información. Afortunadamente el dibujante no encontró otras imágenes prestigiosas que asemejar con las otras perspectivas axonométricas de monumentos inca por lo que su precisión aumentó considerablemente.

³⁵ La lámina alude al pasaje de la obra:

“una de las obras que se mantiene existente por la mayor parte en el pueblo de Cayamba y consiste en un adoratorio o templo hecho de adobe; su fábrica es una eminencia, donde se levanta el terreno del mismo pueblo y forma como un montecillo no muy alto; su figura, perfectamente singular y la capacidad bastante, pues su diámetro será de 8 toesas que hacen 18 a 19 varas con la diferencia y a su respecto tiene 60 varas de circuito. De este edificio no han quedado mas que las paredes que se mantienen todavía en buen estado de firmeza; y su altura es como de dos toesas a dos y media de cinco varas; su ancho o grueso de cuatro a cinco pies, esto es como una vara y dos tercias y la unión o trabazón de los adobes es de la tierra con que hacían estos mismos, una y otra tan dura como si fuere piedra, pues no la vencen las injurias del tiempo a que está expuesta por falta de cubierto. Además de las noticias antiguas que se conservan de haber sido este edificio uno de los templos de aquellos tiempos, lo acreditan las señales que se reparan en su construcción, pues el ser aquella pieza circular y sin ninguna separación en lo interior da a entender haber sido lugar público destinado para concurrencia y no para servir de habitación: la puerta es muy pequeña en todas sus proporciones...” (Ulloa, 2002, 523).

Pero regresando al dibujo de La Condamine que estudiábamos páginas atrás, en la obra de Ulloa podemos encontrar el “*Plano del Palacio y fortaleza de los Reyes Yngas que en parte existe y se halla cerca al pueblo de Cañar Jurisdicción del Corregimiento de Cuenca en la Provincia de Quito Reyno del Perú*”. Se trata de un plano bastante diferente del presentado por La Condamine y lo interesante es que la ruina incaica luce en el levantamiento tal cual piensan Ulloa y Juan, que debió ser. Es interesante la asignación de leyendas para los distintos espacios, a los que se le asignan usos como Plaza de Armas (B), aposentos de la guardia (D) o (F) subida a la torre. Recordemos que Juan y Ulloa habían trabajado durante su estancia americana inspeccionando las fortalezas costeras ante la inminencia de los ataques piráticos. Es interesante la leyenda que corresponde a (G) en la que se señala “*salas que componen la vivienda sin más que una piedra cada una y encontradas*”, dado que eso relativiza esos espacios (si los hacemos invisibles) y aproxima enormemente la imagen al plano de La Condamine. Las anotaciones (N, O, P) hacen referencia a elementos de paisaje como ríos y posición de los cerros.

La segunda ilustración se titula “*Vista y perspectiva de la Fortaleza y palacio que los reyes Ingas tenían en el territorio de Cañar cuyas paredes se conservan*” (Juan y Ulloa, 1748, 632). En efecto se presenta una nueva visión que no podría desprenderse de las imágenes de La Condamine. Es una vista frontal a vuelo de pájaro de la misma fortaleza donde se ensaya una reconstrucción de la misma a un estado primigenio. Se marcan las distintas estructuras y se presta atención a los ríos que la rodean algo que no está marcado en el dibujo de La Condamine. Asistimos pues a dos tradiciones distintas en la que los elementos a destacar no corresponden exactamente.

En la *Relación del Viaje...* el texto de Juan que acompaña al dibujo marca muy claramente la posición con respecto al nordeste del pueblo de Atun Cañar, y la distancia. La fortaleza “*la más formal, capaz y bien distribuída*” en todo momento presenta medidas en toesas y pies. El autor la posiciona en relación al río “*que pasa inmediato a sus paredes*”, describe las pendientes sobre las que se asienta la muralla. El torreón presenta un cuadrado en el que:

“sus ángulos se inscriben a la circunferencia del ovalo, no dejando paso alguno y sólo queda uno estrecho por el opuesto lado que corresponde a lo interior; en medio de este cuadrado hay una división, la cual forma dos pequeños cuartos, que no tiene comunicación entre si y se entra a ellos por puerta que corresponde

al lado opuesto a la división; en los frentes que miran a la campaña, tienen agujeros que servían de vigías y según las circunstancias, era éste un cuerpo de guardia, donde había dos centinelas”. (Ulloa, 2002, i, 526).

Describe la muralla de más de 40 toesas de un lado y 25 del otro, y su única entrada “*estrecho callejón por donde sólo caben con desahogo dos personas de frente*” y del modo en que forma garitas y piezas para el alojamiento de soldados. Identifica piezas que “*por la altura y hechura de las puertas como por su distribución debe ser la vivienda y palacio del príncipe*” y cuyas paredes están llenas de huecos y alacenas y piedras sobresalientes para colgar las armas. Describe la muralla y su terraplén, la dureza de las piedras “*tan bien pulida y ajustadas como la de Callo*” y nos cuentan que las edificaciones “*estaban destechadas ... sin solado ni señal de haberlo tenido*” (Ulloa, 2002, i, 626-7).

En su estudio “*Representacions sobre el pasado pre-colombinio*” Joanne Pillsbury (2012, 10) no vacila en llamar a la imagen propuesta por La Condamine “*la primera ilustración arqueológica realizada en América*”, pero debemos señalar que su vanguardismo no puede ser comprendido sin la comparación con las láminas y las descripciones simultaneas presentadas por Juan y Ulloa. Luego de comparar ambas versiones el estudio de la Condamine no resulta tan innovador como pudiera parecer a primera vista.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa acompañantes de los académicos franceses, tenían además de la labor de escolta, una serie de encargos que se fueron ampliando a lo largo del lapso tomado por la expedición. Uno de estos encargos se tradujo en las llamadas *Noticias Secretas de América* que hemos examinado en capítulo anterior en todo lo relativo a la visión del indio allí consignada. Pero para el presente acápite nos interesa más la publicación de su *Viaje a La América Meridional* que finalmente pudo ver la luz en 1748, en la que Ulloa escribió la parte correspondiente a la Historia Natural que comprendía no sólo ciencias naturales sino también sociales. Cabello Caro ha señalado que Ulloa innovó al añadir el estudio de las antigüedades andinas (2012, 258). Es este un interés que acompañará al marino a lo largo de su vida pues en una publicación posterior como sus *Noticias Americanas, entretenimientos físicos, históricos, etc, sobre la América Meridional y Septentrional Oriental*, dada a luz en 1772 continuaba desarrollando el tema y comparando a los indios de las distintas partes de América. E incluso cuando ya

retirado es visitado por el viajero Townsend, Ulloa atesora en su habitación de trabajo, huacos, armas indígenas y antigüedades americanas e incluso una momia (Orozco Acuaviva, 1995, 242).

Este interés de Ulloa guarda consonancia con las Instrucciones dadas por la Real Academia de Historia en vistas a publicar el *Diccionario histórico crítico universal de España*, con los “*viajes literarios*” propios de la ilustración española y finalmente con las Instrucciones que el mismo redactara en 1777 para el virrey de la Nueva España “*sobre como hacer acopio de objetos de historia natural para el gabinete con especial mención a como efectuar excavaciones arqueológicas*” (Cabello Carro, 2012, 261; Solano 1999, 320)

En el apartado de las Instrucciones de 1777 se encuentra la sección dedicada a las Antigüedades:

“que dan luz de lo que fueron los países en los tiempos más remotos y por ella se saca el conocimiento del aumento o disminución que han tenido con este motivo se procura investigar lo conducente a las averiguaciones, dando noticia de los vestigios que permanecen en algunos parajes” (Solano, 1987, CXLVIII).

Vemos como el autor de las Instrucciones participa de un método alejado de la historia clásica o literaria en la que las fuentes la proporcionaban los antiguos cronicones y estudios de historia literaria. La Instrucción pretende que se deben recoger las antigüedades porque de ellas mismas se desprende una nueva forma de elaboración histórica, más precisa y veraz.

En la sección de la Instrucción pertinente a los restos monumentales arqueológicos señala Ulloa que se debe recoger información y que se “*puntualicen para su completo conocimiento*”. Recomienda que se trate de recopilar con el mayor abundamiento toda la data posible relacionada

“las ruinas o edificios antiguos de la gentilidad, de cualquier materia que sean, de las paredes, cercas, muros, zanjas o fosos; de los entierros o sepulturas, de los adoratorios o templos, de las casas o chozas que habitaban, con expresión de sus figuras, capacidades, entradas y distribuciones internas” (Solano, 1987, CXLVIII).

A través de las citadas recomendaciones vemos que ya para 1777 Ulloa contaba con una idea muy madura del trabajo arqueológico que debía realizarse y de los modos de recojo de la información a recoger. Debemos recordar que para esta época Ulloa ya había fundado en 1752 el Real Gabinete de Historia Natural, en donde presumiblemente se depositaron algunas antigüedades americanas. Cabello Carro señala “*algunos objetos hallados en tumbas peruanas reseñados en sus Noticias Americanas coinciden co las descripciones del inventario de la colección del gabinete de 1860*”, un juego de pequeñas balanzas identificadas por la investigadora nos dan pistas de que dicho gabinete alojó no sólo producciones de la naturaleza sino también artefactos culturales. Es probable que Ulloa redactara una precuela de las Instrucciones de 1777 para dicho gabinete, así como ayudó en la redacción de las Instrucciones de la Academia de Bellas Artes que debía velar por la conservación de los monumentos y antigüedades peninsulares. A esto se sumaría su participación en el establecimiento del Cuestionario enviado a funcionarios americanos para que colaboraran en la construcción de una historia general de las Indias (Cabello Carro, 2012, 261; Estrada, 1993, 70).

La Relación histórica del Viaje a la América Meridional firmada por Juan y Ulloa tuvo una clara división de intereses “*Ulloa era el encargado de la parte histórica, naturalista y geográfica –mientras Jorge Juan realizaba las partes matemática e hidrográfica*” (Solano 1987, II). En base a ese dato podemos afirmar que ya en 1748 Ulloa prestaba mucha atención a la información arqueológica. Este dato es importante para ver el desarrollo de los intereses arqueológicos de A. de Ulloa en una fecha como la publicación de la “*Relación histórica...*” enteramente contemporánea a la publicación del trabajo arqueológico de La Condamine. Con respecto a los relatos del Inca cronista, Ulloa duda del dicho de Garcilaso según el cual antes de Manco Cápac “*no hubiese habido rey en el Perú*”, especialmente por “*la diversidad que se nota en sus establecimientos*” (Ulloa, 2002, ii, 428). Así Ulloa comparando las fortalezas incas en piedra con otras que:

“son de adobe o piedras ordinaria de mampostería, de que se infiere de que estas más rústicas fueron hechas por aquellos indios antes que estuviesen en la obediencia de los emperadores ingas” (Ulloa, 2002, i, 528).

Los intereses arqueológicos de Ulloa no quedan restringidos a portentosas construcciones y palacios, igualmente prestará atención a sencillas fortalezas de la alturas de los cerros (tal vez por sus inclinaciones hacia la fortificación militar), reductos protegidos con

múltiples fosos, con habitaciones internas de adobe y cercos que llegaban hasta una legua de diametro. Si analizamos la lámina XVI de la *Relación del viaje...* en el cerro que aparece en la parte derecha de la lámina, Ulloa se toma el trabajo de presentarnos uno de estos alcázares andinos, en un gráfico en el que se muestra los círculos concéntricos de estos edificios llamados *pucarás*³⁶, edificadas en cerros altos que en los que no se llegaba al punto de congelación³⁷.

Algunos de los parajes mencionado por Ulloa no parecen haber sido por el visitados así en la descripción que hace de Vilcashuamán menciona:

“que ya está arruinada, porque la deshicieron para fabricar la iglesia con sus piedras (Ulloa, 2002, t ii, 134), lo que llama la atención que no mencione la portentosa pirámide aun en pie y que por otro lado denomine fortaleza al palacio. Otro es el caso de Sacsahuaman de la cual hace una descripción sumamente genérica acaso basada en la de León Pinelo en su ‘Paraíso...’” (Ulloa, 2002 t II, 138).

Cabello Carro elogia a Ulloa, por su descripción *“objetiva y sin elucubraciones”* al punto que permite reconocer los edificios visitados, su comprensión de la tipología, su prefiguración de cronologías y la contraposición de lo inca frente a un pasado previo. Su claridad aumenta con el uso de múltiples láminas y planos *“con sus respectivas*

³⁶ La lámina XVI señala la siguiente leyenda *“Idea perspecta de los Pucarás que se encuentran sobre los montes de dichas provincias, que eran lugares fuertes de los indios para resistir a aquellas naciones que tenían por enemigas cuando se hallaban invadidos por ellas”*.

³⁷ *“Otra especie de fortificaciones usaban aquellos naturales cuyos vestigios permanecen todavía. Reducíase ésta a hacer en los copetes de los cerros, cuando no eran tan elevados que alcanzase a ellos la congelación, aunque bien altos y los más escarpados, varios fosos o zanjas, todo alrededor, hasta tres o cuatro, unas dentro de otras y algo distantes entre sí y con piedras formaban después, por la parte de adentro una pequeña muralla o parapeto para guarecerse de los enemigos y poder ofenderles sin recibir daño. Dábanle el nombre de pucarás y en lo interior de todos los fosos formaban casas de adobes o de piedras de labrar, que al parecer servían de alojamiento a los que estaban de guarnición y era entre ellos tan común este modo de fortaleza que es raro el cerro en el que no se encuentran... ...a cuyo respecto las encontrábamos en casi todos los demás cerros y en algunos tan espacioso el primer foso o el más exterior que en su circunvalación a todo el cerro tenía más de una legua, conservando cada uno en su profundidad y anchura una constante igualdad; pero respecto los unos de los otros, no guardan la misma regularidad, porque hay algunos de 2 toesas y aun algo más de ancho y otros de menos que una, lo mismo en la profundidad y siempre procuraban predominar el borde interior al exterior por lo menos de tres a cuatro pies para tener esta mayor ventaja sobre las que atacaban” (Ulloa, 2002, i, 529).*

identificaciones” que son testimonio de “*las primeras excavaciones realizadas en América y no las realizadas por Thomas Jefferson*” (Cabello Carro, 2012, 258).

La ilustración del Palacio de Latacunga que llaman Callo, lámina XVII, resulta también interesante por la elevación que muestra y la reconstrucción de los espacio interiores de la construcción convertida en su momento en hacienda de los agustinos de Quito, la hermosura y las proporciones del edificio no serían algo espectacular si se tratara de edificaciones egipcias o romanas pero “*respecto del limitado conocimiento de las ciencias y las artes de los indios... se percibe la magestad de su dueño*” ³⁸ (Ulloa, 2002,524).

³⁸La descripción dice:

“En el llano que corre desde Latacunga hacia el norte y al fin de él se conservan permanentes, según queda ya apuntado las paredes de uno de los palacios que tenían aquellos emperadores ingas reyes de Quito y se llama Callo, nombre que desde entonces se le ha quedado. Hoy sirve de casas de campo a una hacienda de los padres de San Agustín de Quito. La hermosura y la capacidad del edificio no hace particular la obra comprada con la de los antiguos egipcios, romanos u otros pueblos, pero respecto al limitado conocimiento que los indios tuvieron de las ciencias y las artes a vista de las demás obras de sus casas, se percibe bastantemente por la magnitud materia y disposición de esta majestad de su dueño. Su entrada es por un callejón, que tendrá de cinco a seis toesas de largo; ésta sirve de paso a un patio y alrededor de él hay tres salones grandes, que forman su cuadro ocupando las otras tres fachadas. En cada uno de ellos hay divisiones y a espaldas del que hace oposición a la entrada, donde parece estaban las oficinas de servicio, continúan otras pequeñas piezas, que dan indicios de haber tenido este destino y una de ellas que servía de encerrar varios animales, para los cuales se conservan todavía las separaciones necesarias. La obra antigua está en parte desfigurada, aunque en lo principal existe como ella fue, porque modernamente ha fabricado contiguo algunas viviendas y dispuesto en otro modo las piezas que contiene. El material de este edificio es todo piedra de una calidad muy dura tal que parece pedernal y en el color casi negra esta tan bien labrada y ajustada una con otra que entre ellas no se puede introducir el filo de un cuchillo ni compararse sus junturas con la hoja del papel más delgado... ..la altura de estas paredes es de dos y media tuessas con corta diferencia; su grueso de tres pies a cuatro; y las puertas de dos tuessas de altura que son cerca de cinco varas. El hueco de abajo es de a tres pies a cuatro que se hacen como vara y dos tercias y se va angostando que cierran por arriba en dos y medio. Hacíanlas tan altas en los palacios que servían de habitación de los reyes para que pudiesen entrar por ellas en sus andas hasta la pieza de su habitación la cual era la única donde pisaban el suelo y como siempre eran llevados sobre los hombros de los indios, necesitaban de esa altura para entrar sin embarazo. No hay señal ni se puede inferir... de que modo los techaban pues los que hemos reconocido o bien lo están por los españoles o descubiertos mas no hay duda que los hacían con madera y parece que en llano, esto es sobre vigas atravesadas pues en las testeras no hay indicios... Cabe señalar que en la edición francesa de... se rehicieron las ilustraciones y aparecieron estas tres últimas unidas en

Años más tarde Ulloa publicaría sus “*Noticias Americanas...*” (1772). Esta obra presentaría un análisis comparativo de los logros de los alcances de los indios peruanos y los de la Louisiana donde a Ulloa le tocó ser el postrer gobernador. Está convencido de la importancia de los pueblos anteriores a los incas aunque estos intridujeron un nuevo nivel en la planificación de sus obras. Durante su estancia en el Perú como Superintendente de las minas de Huancavelica pudo recorrer el país y visitar nuevas ruinas. En sus “*Noticias...*” presenta un exhaustivo informe sobre el templo de Pachacamac, el cual visita recorriendo su poblado con tapias de 4 o 5 varas, el cual debe ser “*la población del palacio*”, luego está la fortaleza rodeada de tres muros y terraplenes, y finalmente el templo el cual subsiste en toda su altura aunque se deba a los buscadores de tesoros su gran ruina “*la grandeza con que se hicieron estos edificios no puede ser mayor, como lo dicen los dilatados recintos que ocupan el grosor extraordinario de los muros exteriores que no tienen comparación con ninguno que se conocen de la antigüedad...*”. Estudia los entierros y las curiosidades que salen de ellos, y se fija en el hecho de que Pachacamac es anterior a los incas aunque estos hayan contribuido a su grandeza (Ulloa, 1772, 280 y ss). Lamentablemente no presentó ilustración alguna. La edición de las *Noticias Americanas* era mucho más humilde que aquella de la *Relación...* que contaba con el auspicio real. Por ello no contó con ilustraciones (acaso por ese mismo motivo fue mucho más difundida). Recordemos que Unanue tenía una copia y otra del viaje de La Condamine pero no poseía ejemplar de la *Relación...*, probablemente por su elevado precio (Unanue, 1974, 136 y ss). El hecho es que habrá que esperar hasta 1793 a que Andrés Boleato realice el plano de Pachacamac (vid infra). Queda como tarea pendiente revisar el relato que hace Antonio Pineda “*Apuntamientos de una expedición desde Lima a Lurín, ruinas del antiguo templo indio de Pachacamac*”, el título viene dado por Alcina Franch (1995, 192) y por Calatayud (1984), pero el texto no ha sido aun analizado.

una sola plancha, con variaciones de los dibujos en el trazado de los dibujos y la perspectiva...”

3.9 Feijoo de Sosa

La investigación arqueológica tiene en Miguel de Feijoo y Sosa un precursor importante. Se trata del corregidor de Trujillo quien llevó a cabo la *Relación de Trujillo del Perú*³⁹, publicada en Madrid en 1763. Inserto en dicha publicación se puede ver una plancha donde se representa el mapa del corregimiento de Trujillo, bajo el título de “*Descripción del valle de Chimo*”. Rivasplata ha hecho notar que se trataría de “*una de las primeras expresiones gráficas más tempranas de la arqueología precientífica en el Perú*” (Rivasplata, 2016, 239) pues en los contornos de la ciudad amurallada de Trujillo aparecen las localizaciones de varias edificaciones prehispánicas. Se menciona así las “*casas arruinadas del Régulo Chino*”, en clara alusión a los decaídos edificios de Chan Chan, se menciona también “*la Guaca de los Toledos*” y se dibuja el contorno de la “*azequia principal llamada La Mochica*” en referencias a acueductos prehispánicos que ya se encontraban abandonados. Cabe señalar que en este caso es el mismo Feijoo de Sosa quien realiza los mapas como se colige de la anotación DD Michael Feijoo, “*Civitatis truxillensis Praetor faciebat, ac deliniabat*”, que se puede ver en los originales de los mapas en el AGI. Semejante anotación presentan los dibujos que adornan la obra. Probablemente las viñetas tuvieran la misma procedencia. Sin embargo los planos fueron transformados para la edición por los artistas gráficos Murguía y González (Lohmann, 1984, 120).

Rivasplata menciona otro aporte importante del arequipeño Feijoo de Sosa, se trata esta vez del “*primer corte estratigráfico documentado*” pues realiza una prospección y deja una precisa descripción del corte estratigráfico de un túmulo “*que se incluyó en el Códice Trujillo de Martínez de Compañón*” (Rivasplata 2016, 234) (Diapositiva 26). Es sintomático según la autora que el protector de Feijoo, Superunda “*promoviese el libro sobre antigüedades norperuanas*”, publicado por el corregidor lo que señala “*una continuidad entre los trabajos de Ulloa y Feijoo*” (Cabello Caro, 2012, 262). Alcina Franch resulta aun más cauto en atribuir a Miguel de Feijoo las estratigráficas de la huaca Tantalluc. El nos dice que en 1765 “*Feijoo de Sosa excavó en las cercanías de la huaca*

³⁹ El título exacto es: *Relación Descriptiva de la ciudad y provincia de Trujillo del Perú con noticias exactas de su estado político según Real Orden dirigido al Excmo Sr. Virrey Conde de Superunda escipta por el doctor don Miguel Feijoo Corregidor (que fue) de dicha Ciudad y Contador mayor del tribunal y Audiencia real de cuentas del Perú. Que la dedica al Rey Nuestro Señor.*

Tantalluc (Tantarica) cerca a Cajamarca, que fue ilustrado 20 años más tarde por Martínez de Compañón” (Alcina Franch 1995, 172).

En efecto en la obra de Martínez de Compañón aparece una lámina “Huaca de Tantalluc” excavada en 1765, sobre la que Cabello Carro nos dice “*debió ser excavada por Miguel de Feijoo y Baltazar Martínez de Compañón incluyó la lámina en el volumen IX de su Trujillo del Perú*” (2012, 262).

Cabello Caro analiza entre los papeles de Martínez Compañón, los dibujos de la excavación de 1765 en la huaca conocida como Tantalluc. El diagrama muestra una huaca de adobe gastada por la lluvia ocasional del Niño. El dibujo mostraba la peculiaridad de que “*en su interior se observa un corte estratigráfico con una leyenda explicativa*”. Este resulta el primer caso en América de elaboración de una estratigrafía en una excavación, honor que será disputado por la realizada por Jefferson sobre una construcción de los indígenas norteamericanos. En efecto Jefferson en base a la pregunta realizada por François Marbois sobre los indios de Virginia, contestó con una serie de informaciones y con el estudio de una necrópolis cercana a su propiedad, en Rivanna, a la que practicó una excavación que detalló en su escrito dejando testimonio incluso de la posición y número de los esqueletos encontrados, aun cuando no se conozcan dibujos de la misma (Jefferson, 1832, 101-2). La respuesta terminaría siendo parte de “*Notes on the State of Virginia*” publicada en 1785.

Cabello Carro considera que el diagrama del corte estratigráfico pertenece a Feijoo de Sosa, aduciendo la ausencia de Martínez Compañón en la zona y los estudios previos del corregidor en la zona. El obispo y el ex corregidor se habrían encontrado en Lima donde habrían intercambiado información e intereses (Cabello Carro, 2012, 263).

“Es la única explicación que el plano de Feijoo aparezca en los dibujos reunidos por Martínez de Compañón y debió ser Feijoo quien interesó al clérigo por la historia natural, induciéndole a continuar ese camino, completando lo que el inició” (Cabello Carro, 2012, 263).

Sin embargo es difícil probar la presencia de Feijoo en la zona y la hipótesis de un trabajo a la distancia aunque interesante resulta menos probable, como también que fuera Feijoo el instigador de los intereses naturalistas del Obispo. Al respecto habría que sopesar adecuadamente los pedidos de información que precedieron a la visita de Compañón para evaluar el origen de los intereses. Cabello Caro concluye que:

“Martínez de Compañón incluyó en su obra de dibujos los planos y explicaciones de una excavación bien documentada que debió dirigir Feijoo quizás de lejos quizá viajando al sitio, colección que remitió ese mismo año de 1765 a través de su virrey al Real Gabinete de Historia natural. Era el gabinete que había formado Antonio de Ulloa en 1752, aunque para ese año el gabinete debía de estar en una situación un tanto precaria” (Cabello Caro, 2012, 263).

Lamentablemente el dibujo original del levantamiento topográfico de Tlantelluc, así como cualquier texto descriptivo han desaparecido y sólo contamos con la copia realizada por los artistas del círculo de Martínez Compañón.

Alcina considera que la ubicación de este sitio arqueológico es un misterio y que todos los esfuerzos por dar con su emplazamiento no han dado resultado. El estudioso considera que *“no se trata de un enterramiento sino más bien de una ofrenda o de un escondrijo con un tesoro significativo”* (Alcina, 1995, 174). En este punto sigue a Jiménez de la Espada quien había señalado que se trataban de:

“ofrendas invisibles y presentadas de una vez para siempre a fin de ahorrarse el trabajo de renovarlas... porque conviene saber que los indios no necesitaban estuviese de manifiesto, como se prueba por la imagen de Pachacamac visible sólo para los ministros de su culto”.

En todo caso, concluye Alcina, que se trataría de una muestra del *“culto pétreo que en el imperio de los incas estaba ligado con el culto solar”* (Alcina, 1995, 174).

3.10. Expedición de Ruiz y Pavón

La expedición de los botánicos Hipólito Ruiz, José Pavón y José Dombey de 1777, llevó a cabo largos recorridos en pos de la confección de los herbarios. Los participantes aprovecharon para realizar algunas observaciones arqueológicas como la ejecutada en Tiahuanaco *“en este sitio se halla un arco de doce varas de largo que le forman tres piedras del ancho de una vara y cuadrilongas, las dos puestas en pie y atravesando la obra sobre estas”* en referencia a la célebre portada, o una mesa del inca y una *“sillería con varios asientos, que manifiestan haber sido un salón de juntas en tiempo del inca, pues a la cabeza se advierte un asiento superior a cuya derecha sale un caño de agua del cual se puede beber estando sentada una persona en dicho asiento”*. No dejan de percatarse de ruinas, adoratorios y cementerios, en los cuales realizaron incursiones ya que mencionan que entre las momias suelen hallarse curiosidades y piezas de plata,

vasijas con chicha “*como si se acabaran de hacer*” y semillas que “*sembradas germinan inmediatamente*” (Ruiz, 1952, 90). Esto último nos liga inmediatamente con la experiencia consignada por el padre Gonzáles Laguna cuando menciona que “*nuestros botánicos hallaron en los Andes*” un ejemplar de frejol blanco desconocido hasta el momento y “*germinó después de tres siglos que visiblemente estuvo enterrado*” (Mercurio Peruano, 1964, t XI, 160).

En su viaje a Tarma, Ruiz describe una suerte de “panteón o cárcel” prehispánica que explora. El relato que hace, nos muestra además de la información del monumento mismo, el interés que muestra por el conocimiento de las ruinas y del tema arqueológico así como su disposición a la exploración y medición de estos restos.

“yo entré en dicho cóncavo y lo que únicamente vi en el fueron unas divisiones a manera de sepulturas colocadas unas sobre otras hasta cinco pisos y habiéndolas registrado todas, no encontré el conducto para entrar en la sima o profunda y larga cueva. Las habitacioncillas o divisiones sepulcrales o sean de estrecha prisión están fabricadas con piedra y tierra suelta y techadas o cubiertas con pizarras anchas y sobre estas paja y tierra mezclada sin que se conozca haber habido argamasa alguna... Todo lo qual manifiesta que aquel cóncavo en la gentilidad servía de rigurosa y estrecha prisión o de panteón sepulcral mas bien que de habitación de gente viva. Entre la multitud de huesos humanos que allí se hallan... sean encontrado algunas piezas de plata del tamaño de dos reales, tersas oir ambos lados y sumamente delgadas, sin indicio de haber tenido sello ninguno” (Ruiz, 1952, 81).

Curiosamente, habiendo descrito el pueblo de Lurín y herborizado sus contornos, no prestó atención ninguna a las ruinas de Pachacamac. Al menos así lo refleja la ausencia de información en su relato de viaje (Ruiz, 1952, 50 y ss). Alcina Franch señala en cambio que Ruiz si realizó prospección de Pachacamac. Para ello se deja llevar por un plano de las ruinas de Pachacamac dibujado por Josef Juan que se encuentra en el Museo Británico. Al parecer la edición de Jaime Jaramillo-Arango del relato de Ruiz de 1952, lleva una serie de planos que no pertenecen a la autoría de Ruiz y que pueden haber llevado a Alcina Franch al error. En particular este plano que menciona la edición se corresponde con el “Diseño horizontal de las ruinas de Pachacamac...” de Andrés Boleato (vid infra) y no pertenece a la expedición de Ruiz y Pavón sino que es una producción del Depósito

Hidrográfico de Lima. El plano es de 1793, mientras que Ruiz participó de la expedición de 1777 a 1788. Todo lo cual nos lleva a creer que dichos plano no implican la exploración de Ruiz en las ruinas de Pachacamac.

Tampoco pertenecen a la expedición de Ruiz y Pavón la información sobre Huánuco Viejo que también incorpora la edición Jaramillo-Arango y que Alcina Franch también aduce como trabajo de la expedición. Se trata en este caso de información perteneciente a los recorridos misionales del P. Sobreviela (vid infra).

3.11 Un arqueólogo imaginado

El expedicionario francés José Dombey fue protagonista e iniciador de la expedición de 1777 que terminaría llamándose de Ruiz y Pavón. Dombey botánico prominente es rebajado en la expedición hispano francesa de Hipólito Ruiz y José Pavón, de científico jefe a la posición de tutor de los jóvenes boticarios españoles que acabarán publicando la *Flora peruviana et chilensis*. Porras nos dice que “*visitó Pachacamac, las huacas de la hacienda Torre Blanca en Chancay... y llevó a la corte de Luis XIV más de 400 huacos*”. El despojo de sus hallazgos, la separación de la expedición y la pérdida de favor político ocurrida en Francia a su regreso lo llevó a la destrucción de sus libretas de viaje. Este triste episodio ha dado lugar a que Macera lo considere el iniciador de muchos campos intelectuales en territorio peruano:

“Sin detenernos en La Condamine... ..el verdadero iniciador de la arqueología peruana fue el viajero francés José Dombey, que vivió en el Perú entre 1778 y 1785. El área investigada por Dombey comprende, de acuerdo a sus cartas, el valle del Rímac, las provincias aledañas de Pachacamac; Lurín y Huaura y algunos sitios de Tarma y Huánuco. Acerca de todo ello Dombey escribió algunas disertaciones (una por ejemplo, sobre las agujas de oro en las tumbas indígenas) y un Journal Archeologique que por desgracia en un momento de ofuscación quemó...” (Macara, 1997, 27).

Es cierto que en algunas de sus cartas recopiladas por Hamy en su obra *Joseph Dombey, sa vie, son oeuvre, sa correspondance* (1905), se mencionen estos intereses e incluso se deje constancia de envíos como el famoso “*uncu del inca*”, pero en la práctica es poco lo que se puede afirmar con certeza. Si es complejo atribuir relaciones en expediciones que han dejado restos palpables en museos y en correspondencia, se vuelve prácticamente

quimérico realizar estas atribuciones prácticamente ligadas al terreno de la fantasía y de la “intuición del deseo”.

3.12 Martínez Compañón

El obispo Jaime Martínez Compañón y Bujanda, llegó a la dignidad episcopal en 1780, lo que marcaría en el Perú el inicio del gran periodo de la excavación arqueológica del siglo XVIII. Cabe resaltar que tratándose de una visita episcopal ésta tendría un origen y un público distinto al de las relaciones de los viajeros expedicionarios vistos hasta el momento, pero como bien lo ha anotado Cabello Carro “*describieron y enviaron lo excavado al Real Gabinete de Madrid como Muestra documental de los tiempos pasados siguiendo las directrices de la Academia (de Historia)*” (Cabello Carro, 2012, 261). En consecuencia la visita termina alineándose con los otros recuentos de expedicionario por su inspiración (los cuestionarios) y por su cometido final, es decir la conformación de las colecciones reales. Este resultado se vio incrementado por el hecho de que una visita episcopal que generalmente se ceñía a unos moldes conceptuales mucho más modestos, se vio positivamente enriquecida por la visión ilustrada del obispo, así como por los pedidos de una corte cada vez más ávida de conocimiento sobre las poblaciones y su pasado.

Indudablemente que los descubrimientos llevados a cabo en los dominios napolitanos de Carlos III ejercían notable influencia en la época. Muestra de los nuevos estándares cognitivos debemos verlas en las contemporáneas excavaciones, prospecciones y descripciones realizadas en México en las últimas décadas del siglo. Una sucinta lista nos llevaría a mencionar las excavaciones impulsadas por Alzate en el Tajín, los trabajos de León y Gama en las descripciones de las piedras solares encontradas en la remoción de acequias de la capital mexicana, las comunicaciones de Márquez sobre el tema arqueológico, los apuntes arqueológicos de Pineda, las excavaciones de del Río y Almendariz en el grupo La Cruz y los grandes emprendimientos y excavaciones de Bernasconi en Palenque. Muchas de ellas sin duda se retroalimentaron mutuamente con las realizadas en el Perú (Pillsbury, 2012, 8 y 9; Cabello Carro, 2012, 266-9).

La visita del obispo Martínez Compañón produjo una larga sucesión de ilustración, 1,114 láminas en concreto, las suficientes para conformar nueve gruesos tomos. Los temas abarcan levantamientos urbanos, una gran cantidad de referencias ornitológicas y de

especies de flora, algunas dedicadas a las labores de los indios parroquianos y sus costumbres, festividades y trajes. Aparecen finalmente las láminas reiteradamente mencionadas dedicados a los entierros y ruinas arqueológicas. Estos a su vez conformarían una *“historia natural y moral de obispado a través de dibujos, planos y listas”*, las cuales fueron acompañados por unos 24 cajones de antigüedades enviados a España para *“educación y asombro del Príncipe de Asturias, para que resulte orgulloso del estudio y del conocimiento de las artes la civilidad y la cultura de los indios del Perú antes de su conquista”*. Pero respondían también a los encargos de la corona cursados desde el Gabinete de Historia de Madrid y los pedidos expresos de Ulloa de que se excavasen ciertas ruinas precolombinas (Trever, 2012, 110; Rivasplata, 2015, 212ss).

La visita de Martínez Compañón empezó en 1780 por la periferia de Trujillo y un lustro más tarde acabaría con las zonas más alejadas como Chachapoyas y Tarapoto. Las primeras acciones se dieron a través de la formulación de cuestionarios que se enviaron a las distintas parroquias de la diócesis en las que se hacía el pedido de informaciones con respecto a las peculiaridades de las poblaciones, el territorio y una serie de variables que hoy entendemos como medio ambiente, producciones y potencialidades económicas, costumbres e incluso creencias y supersticiones que debían erradicarse. De este modo como señala Trever la visita *“se inscribe en la tradición de las relaciones geográficas”* (Trever, 2012, 112).

Si bien Mean y Shaedel consideran al obispo como *“padre de la arqueología andina digno de las técnicas modernas”*, Trever recalca que el cotejo de las ilustraciones deja claro que la visita se enmarca metodológicamente *“en su horizonte propio del siglo XVIII”* dado que se represente a las momias como personajes vivos y las tumbas son retrotraídas al momento de su inhumación. Fuera de esto aunque los dibujos de la visita son *“fieles arqueológicamente, revelan los gustos, limitaciones y estilizaciones propias del siglo xviii. Así a los ornamentos chimú se les añaden decoración rococó”*. Añade por otro lado el que no se encuentra mayor diferencia entre las ilustraciones del obispo y aquellas trazadas en base a momias egipcias por Kircher u Oleartus en el siglo anterior (Trever, 2012, 110-8).

La realización de las ilustraciones a la acuarela conjugan a un mismo tiempo las técnicas europeas, puestas de moda por las publicaciones de las excavaciones realizadas en

Pompeya y Herculano⁴⁰, así como los estilos locales, dado que los artífices eran artistas regionales, probablemente asociados a la labor arquitectónica o “pintores murales”, acaso libertos de la circunspección del obispado (Trever, 2012, 117-8; Pillsbury y Trever, 2009). Por su parte Rivasplata ha anotado que la gran similitud existente entre todos los dibujos, realizados y concluidos en Trujillo, los cuales aunque anónimos, indudablemente deben pertenecer a un colectivo artesanal existente en Trujillo a la llegada del obispo “*llama la atención la precisión de los trabajos y la utilización de la escala en varas castellanas. La caligrafía está muy bien lograda*” (Rivasplata 2015, 236). Alcina Franch señala la inexistencia de una investigación estilística y advierte la participación de distintas manos “*de muy distinta habilidad*” señalando la idea de que al menos las láminas de los bailes deben su existencia a mano indígena aunque con dirección y asesoría europea, lo que puede contrastar de su semejanza con “*códices modernos bolivianos*”, y con pinturas murales trujillanas, “*entre ellas la bóveda que construyó el obispo para enterramiento de cadáveres*” (Alcina Franch, 1995, 183; citando a: Ballesteros, 1935, 158; Oberem, 1953, 237; y Restrepo, 1991, 67).

Cabe preguntarse sobre el origen de los intereses arqueológicos del obispo y la técnica arqueológica por él utilizada. Pillsbury y Trever mencionan que conoció la “*Relación...*” de Juan y Ulloa “*aunque ambas obras difícilmente se parecen... siendo las ilustraciones de Juan y Ulloa más europeizadas esquemáticas y a la moda con muy poco esfuerzo por entender al mundo andino*”. Con respecto a la obra de Feijoó de Sosa tampoco hay mucha semejanza especialmente cuando Feijoó presta atención a las ruinas de Chan-Chan donde sólo le interesan los tesoros que estas contienen (Pillsbury y Trever, 2008, 205). La respuesta estaría en las conexiones entre los materiales producidos en Pompeya y las excavaciones peruanas. Un plano de Herculano producido por el Pier Bardet de Villeneuve luego de sus excavaciones de 1740 es notoriamente parecido a los planos de Chan-Chan que consigna Martínez Compañón (Diapositivas 27 y 28). Aunque hay ciertas posibilidades de que estos planos fueran vistos por él, la otra posible explicación radica en la tecnología militar en representaciones que los haría tan semejantes. Se debe señalar que Miguel de Espinach y José Clemente del Castillo ambos coroneles de milicias fueron

⁴⁰ Se debe destacar la evolución que las excavaciones de dichos emplazamientos significaron para la arqueología, pues si bien la bibliografía menciona como muchas zonas de Pompeya y Herculano fueron durante mucho tiempo arrendadas para ser explotadas a la manera de minas de riquezas artificiales, algunas otras zonas empezaron a ser documentadas y graficadas como se puede apreciar en las publicaciones mencionadas.

asesores del obispo y pudieron convertirse en vínculos para esta transmisión tecnológica (Pillsbury y Trever, 2008, 207). Noticias sobre las excavaciones italianas se publicaron tempranamente en México, como se puede ver en la “*Relación del Maravilloso descubrimiento de la ciudad Heraclea o Herculánea...1748*” (Almagro-Gorbea, 2012, 25). Otra posible fuente para las técnicas arqueológicas de los dibujos de Martínez Compañón podrían ser las ilustraciones dedicadas a los restos centroamericanos como los de Palenque.

Los planos de Chan Chan presentados por la visita son verdaderamente impresionantes. Uno de ellos intitulado *Planos de una población del Rey Chimú que dominaron en la costa del mar del sur...* muestra en diagramas de rojo sobre sepia los edificios existentes y el puntuado para las edificaciones subterráneas. La escala es sobre mil varas, y en el se trata de diferenciar toda una serie de distintos edificios palacios, fortificaciones, viviendas, depósitos, sepulcros. Estas edificaciones realizadas con líneas continuas se diferencian de las casas arruinadas que son marcadas con líneas discontinuas. El siguiente Plano que demuestra el palacio de los reyes Chimos, añade con detalle y precisión sorprendentes la disposición de los tabiques internos del dicho palacio. Incluso el adoratorio, que está resaltado por un sombreado muestra unas “*especies de hornacinas a la manera de confesionarios excavados en las paredes*” trazados todos con mucho detalle. La ilustración de la Huaca del Sol en Moche presenta en la misma lámina cortes de la huaca, elevaciones vistas desde el sur, una aproximación a la parte donde se hallan los sepulcros, una vista desde el este y un detalle de los lugares donde dicho castillo se halla arruinado. Vemos que si bien se presta atención a los sepulcros, no se descuida el brindar información sobre el monumento en si y de su estado de conservación. Desde otra óptica Martínez Compañón presentará informaciones sobre los acequiones y acueductos en el valle de Chicama (vol 9 fol 11), o un plan de Marca Huamachuco (vol 9, fol 8) estudiando cuidadosamente sus murallas (Pillsbury y Trever, 2008, 201 y ss).

Trever hace hincapié en la ilustración de los entierros. Al inicio de la serie describe una lámina que ilustra un gran señor recostado (como durmiendo) y engalanado con un tocado de plumas, ojos cerrados y una mano agarrando su cinturón y la otra un bastón de mando. El gráfico es sumamente interesante, muestra a su costado un ornamento pectoral y está rodeado por canastas con ofrendas. Esta lámina se contrapone con otra del mismo sujeto pero reanimado y visto desde atrás mostrando los diseños de su traje. Según la estudiosa

muestra el mismo personaje, como lo hacían los libros de modas del mundo del siglo XVI. Kaulicke señala que la tumba se corresponde con un entierro descrito por Leucuanda en San Pedro de Lloc. Sobre esta lámina Cabello Carro añade importantes observaciones “*viste un largo chaleco de cuero con la abertura por la espalda para montar a caballo, privilegio de los caciques*” (Diapositiva 29), esta pieza es una vestimenta típicamente española, que se usó en América por largo tiempo “*una atenta mirada descubre botones y ojales desconocidos en la época prehispánica*” (Trever 2012, 120; Kaulicke 1997, 11; Cabello Carro, 2012, 264).

Otra tumba estudiada por Trever presenta ofrendas de spondyllus, y señala que las camisas tienen que ver con la camisa española por contraposición a los trajes prehispánicos y nos muestran la inventiva del pintor que corrige lo que ve en aras de una comprensión más clara. A su vez Cabello Carro señala que el personaje que se acompaña de una vara y de una dalmática, “*lleva una versión indígena del escudo castellano de leones y castillos*” que en la figura se muestran como rombos que identifican palacio o fortaleza, y felinos, símbolo real chimú, mostrados en la lámina 30 (Trever 2012, 128; Cabello Carro, 2012, 264).

Según Trever la serie acaba con la figura de un indio amazónico inspirado en la figura del indio de Vecellio de la Florida. Se trata de un indio reconstruido en base a los contenidos de una tumba indígena, pero el se presenta como vivo (Diapositiva 31). Cabello Carro anota que la lámina del indígena de la selva muestra al personaje que podría considerarse vivo dada “*su postura y ojos abiertos si no estuviéramos ante un volumen sobre arqueología y ajuares funerarios, y si el faldellín ...no hubiese sido localizado en el museo de América*” (Trever, 2012,128; Cabello Carro, 2012, 264)

3.13. Lequanda

La circunstancia de que las ilustraciones no estuvieran acompañadas por texto alguno motivó la búsqueda infructuosa de dichos originales por muchos especialistas en distintos archivos en especial los de Trujillo y Bogotá. Trever considera la inexistencia de dicha relación “*todo hace pensar que nunca se escribió*” (Trever, 2012, 110). Cabello Carro considera que debe considerarse la obra de Feijoó, la de Martínez Compañón y la de su continuador Lequanda como una unidad. Lequanda “*debió querer complementar con texto la historia natural en dibujos de su tío y poner al día la redactada por Miguel Feijoó*” (Cabello Carro, 2012, 264).

Los escritos de José Ignacio de Lequanda revelan un minucioso conocimiento de las regiones que estudia Trujillo, Piura y Cajamarca. Sin embargo sus escritos no son tan precisos en cuanto a los temas arqueológicos. En la descripción que hace de los entierros de Trujillo prefiere dedicarse a describir los tesoros que por “*la ciega desconfianza de los gentiles*” terminaban ocultos en la huacas. En ella la “*credulidad fanática*” los llevaba a acompañar los cadáveres de chicha y maíz además de suntuosos adornos. Las huacas hechas con “*arte y disimulo*” a manera de promontorios naturales servían para “*colocar los cadáveres con aquellos trajes de telas finas y ordinarias, imágenes de metales de oro plata cobre y otras muchas curiosidades de barro más o menos abundantes o exquisitas, según la opulencia del gentil...*” (Mercurio Peruano, 1964, VIII, 82). En estas huacas logra excavar y ver como “*muchos cuerpos enteros y enxutos, llenos de graciosos trajes, particularmente en aquellos terrenos secos donde la falta de humedad no los corrompe*”. Lamentablemente en sus estudios de otros partidos, Lequanda nos deja mucho menos descripciones. En el caso de Cajamarca, describe las excavaciones del Convento de Belen que permiten hallar algunas figurillas de oro, hace la descripción del llamado cuarto del rescate (Mercurio Peruano, 1964, X, 172 y ss), que corresponde al interés mostrado por una ilustración de la visita de Martínez Compañón sobre el mismo tema. En la descripción de la provincia de Piura prefiere describirnos algunas figuras de barro que si bien “*no ofrecen admiración*” le llama la atención por su “*mitra de obispo*” o el “*gracioso traje*” de otra (Mercurio Peruano, 1964, VIII, 320). Ballesteros considera posible que el escaso interés de Lequanda por los temas arqueológicos estaría relacionado con el no tener a la mano los dibujos arqueológicos del códice, ya que para el momento en que el escribía, las ilustraciones del famoso tomo noveno de la visita habían dejado el virreinato (Ballesteros, 1994, 90).

3.14. Llano Zapata

El criollo limeño José Eusebio de Llano Zapata (1721-1780) se dedicó al estudio de la historia natural de su patria y como parte de este tema podemos encontrar una abundante información arqueológica en sus escritos. Dicho autor dejó por problemas de permisos para publicar (el gran motivo de su estancia en Cádiz) buena parte de su obra inédita. Sus tardíamente publicadas “*Memorias histórico, físicas, crítico, apologéticas de las América*

Meridional” dedica más de una sección al recuento de las obras de los indígenas. Describe la grandeza de los caminos incaicos, los acueductos más célebres, la fortaleza del Cuzco, las ruinas de Tiahuanaco o la fortaleza de Cañete. Siente también una gran curiosidad por los entierros y tesoros escondidos a los que en cierto modo considera como una suerte de yacimientos mineros artificiales.

Como Peralta ha desarrollado cuidadosamente, existe una relación más compleja que sólo su deuda material con la obra barroca de León Pinelo “*El Paraíso en el Nuevo Mundo*”. Peralta señala que Llano Zapata tuvo una copia de la obra inédita de Pinelo, que le permitió citarla con profusión (Peralta Ruiz, 2005, 97- 101). De este vínculo heredarían las *Memorias históricas...* su carácter miscélanico y bastante fantasioso, al estilo de las obras barrocas prestando interés en maravillas y noticias sorprendentes sobre ruinas y tesoros escondidos, o señales milagrosas encontradas entre los edificios antiguos, que lo llevan a proclamar “*mi ánimo era suprimir ese artículo por ser piedra en el que han tropezado... nuestros cronistas e historiadores que les ha motivado la falta de indagación o su mucha credulidad*” (Llano Zapata 2005, 366; Peralta Ruiz, 2005, 113). Aunque Llano Zapata es un genuino interesado en el pasado peruano, su inclinación le lleva a buscar en archivos y a recorrer ruinas en su trayecto de Lima a Buenos Aires y a consultar “*los despreciados quipus de los indígenas*” (Peralta Ruiz, 2005, 102). Tal vez el temprano alejamiento de su país lo lleva a confiar más en los textos de León Pinelo que en sus propios apuntamientos, conjeturas y observaciones. En efecto la lectura de su información arqueológica nos lleva a ver que mucha de su información es semejante a la obra barroca que utiliza como molde, aunque de vez en cuando incluya alguna nueva información, o la entremezcle con la de otros autores. Así por ejemplo en la descripción de los caminos hace alusión a los vestigios “*como el que se puede ver entre Miraflores y Surco*” de un tambo o de una parte importante del camino costero incaico (Llano Zapata, 2005, 366). En el caso de la descripción de la fortaleza de Guarco, Llano Zapata agrega:

“Las portadas de los alojamientos y entradas a alas viviendas interiores eran de arquitectura regular, pero bien ordenadas con unos espaciosos atrios y cimientos que hacían mas respetoso lo inexpugnable de esta fortaleza. De lo más alto de ella baja una escalera hasta la orilla del mar. Sus gradas son de piedras muy grandes y tan unidas que parecen de una pieza, o descubriéndose en las primeras la mezcla de lo que las une. Tiene todas las apariencias de ser esta fábrica obra

del mismo que construyó la del Cuzco o al menos de igual poder en la magnificencia del edificio” (Llano Zapata, 387)

Concluye informándonos el estado actual del “castillo” de Guarco al cual “... *los vecinos de Cañete para sus nuevas fábricas empezaron a arrancar las piedras de este edificio. Yace hoy por los suelos, siendo afrentosa injuria de nuestro desprecio e ignorancia y no del tiempo y sus mudanzas” (Llano Zapata, 387)*

En todo caso es interesante el esfuerzo realizado por Llano Zapata de apoyar el realce de la idea de la justificación territorial de los criollos que busca acreditar su importancia con la valoración del pasado incaico. Si en el siglo XVII León Pinelo realza las tierras americanas con su adscripción a los parajes del Paraíso terrenal, en el tardío siglo XVIII Llano Zapata prefiere prestigiar las tierras americanas como cantera inagotable de monumentos y curiosidades. Sin embargo su punto de vista no es especialmente empático con los creadores antiguos considerando que la presencia de los inexistentes arcos y bóvedas le hubiera dado a estos edificios “*las perfecciones del arte que dan arte a los edificios más magníficos*” pues lo que se ve de los antiguos peruanos es “*una ruda arquitectura ...sobre piedras bien labradas escogidas que es lo que hasta ahora practican los indios con destreza*”. Tal vez las únicas virtudes que se pueden mencionar son que la construcción es “*muy sólida y trabajada a prueba del tiempo*”, o que utilizaran “*bisagras de plata y cobre*” (Llano Zapata 387).

Más allá de la importancia de las observaciones arqueológicas de las *Memorias histórico físicas...* es la asociación del nombre de Llano Zapata con otro documento importante en la historia de la arqueología peruana. Se trata de una lámina que representa la fortaleza de Sacsahuaman y que acompaña la obra “*Epitome cronológico o idea general del Perú*”. Si bien se trata de una obra anónima, Peralta Ruiz da sólidos argumentos en favor de su composición por José Eusebio de Llano Zapata. En la obra se realizan algunas descripciones de edificaciones indígenas pero nos interesa particularmente analizar el gráfico en cuestión.

El grabado se intitula “*Vista del cerro y fortaleza fabricada por los yncas del Perú en la ciudad del Cuzco*” (Diapositiva 32). A continuación se enumeran las partes del dibujo señalando portada, muros, chinganas, el Rodadero, los acueductos que la abastecen, el vestuario y el cercano palacio del Colcampata. El plano aunque carece de la maestría de los grabados presentados por Ulloa y Juan o el de la Condamine, está dotado de cierta

ingenuidad, al tiempo que es extraordinariamente didáctico, conjugando la vista lateral con un perfecto delineado de la fortaleza y sus partes. Llaman particularmente la atención los personajes que pretenden dotar de escala a la fortaleza (aunque están fuera de proporción). Vemos así una partida de visitantes españoles que la contemplan desde un risco, unos turistas dieciochescos conformando el *grand tour* peruano. Miran hacia la fortaleza entre cuyos muros pasean como salidos del pasado prehispánico, al menos dos grupos de inca y colla acompañados por sirvientes portando un parasol. Este detalle sigue la famosa lámina XXXI de Frézier. Sabemos por Ignacio de Castro (1978 , 38) quien lo emncionó en su *Relación...*, que en aquella época Frézier no era desconocido en el Cuzco, y el autor de este plano lo conocía bien pues empleó el motivo dos veces en el plano y otra vez más en la lámina de los incas, en la que no sólo copió a la pareja real sino que incluso reprodujo el imaginativo huaco bifronte de la lámina XXXI de Frézier (Peralta Ruiz, 2005, 113). Por otro lado algunos muchachos con hondas que cazan pajarillos terminan de dotar de exotismo el dibujo. El dibujo vuelve a su afán documentalista señalando una explicación:

“Esta fortaleza que es monumento de la corte yo se la mayor parte desbaratada sobre el cerro que predomina el Cuzco que nombrado Senca (sic) admira por lo formidable de su estructura, que lo hermoso con la planta de las reglas del arte; es una fortificación irregular compuesta en la mayor parte de peñas labradas de 25 a 30 pies geométricos de alto y de diámetro de 20 a 24 que en algunas partes quisieron formar sus flancos y cortinas, pero no ayudándolos la enseñanza se arreglaron mejor al método de defensa por lo que ésta que es sin duda la idea que llevarían para elevar tanto lo suntuoso del edificio, el que hoy sería famoso si la ambición no hubiese dado lugar de extraer muchas de las existentes piedras que las hubo para servirse de ellas en la mayor parte de los cimiento, portadas y torres de las iglesias y demás edificios de esta ciudad como se conocen y ven frecuentemente” (Peralta Ruiz, 2005, 24).

Con respecto a este bosquejo ha señalado Peralta Ruiz *“que se corresponde con el plano de Sacsahuaman que fue realizado por el sargento mayor de infantería Ramón de Arechaga y Calvo fechado en 1778”*. Plano que coincide casi al menor detalle con el del Epítome:

“eso permite suponer que fue Arechaga quien lo confeccionó y lo hizo posiblemente antes de ejecutar el que se halla depositado en el repositorio sevillano. Son embargo, tal coincidencia no elimina la posibilidad de que fuese otro el dibujante y que el plano de Aréchaga y Calvo fuese en realidad el copiado” (Peralta Ruiz, 2005, 25).

Stephens (2013, 224) encuentra diferencias entre la versión del “Epítome...” y el original de Arechaga y Calvo *“quien siendo ingeniero militar prestó particular atención a las peculiaridades geológicas de Sacsahuaman y por lo tanto anotó con cuidado las características del rodadero y el trono inca”* en tanto el dibujo del “Epítome...” dicha zona esta solamente sombreada sin especificar detalles y usada para crear profundidad. Otra diferencia por el anotada es la del corte poligonal de los muros incaicos frente a las líneas irregulares del otro gráfico *“estas diferencias nos llevan a pensar que el pintor del segundo dibujo nunca vio la fortaleza por si mismo”* (Stephens, 2013, 224).

El plano mezcla de ingenuidad y hermosa ejecución trasunta un orgullo localista indudable y presta oídos al discurso del nacionalista inca. Está fechado en 1778 y conceptualmente sin duda antecede a la rebelión cuzqueña. Su realización llega un cuarto de siglo tarde, nos gustaría imaginar que así hubiera sido la visión de la fortaleza que encargó, persiguió y reclamó, pero nunca pudo obtener la Condamine para su publicación *“Quelques anciens monuments...”* (vid supra).

3.14. Expedición Malaspina.

La expedición Malaspina llevada a cabo de 1789 a 1794 tuvo Lima como un punto importante de reabastecimiento y utilizó las instalaciones del convento de la Buena Muerte de la Magdalena como punto de acopio de información. En las Instrucciones de la expedición se encontraban algunos pedidos sobre el estudio de monumentos antiguos, puntualmente en el acápite *“monumentos antiguos y noticias curiosas de historia natural”* se señalan *“los obeliscos y estatuas de Tiahuanaco, las pirámides de Chachapoyas y las ruinas de Pachacamac”* (Solano, 1988, cxxii).

Es interesante que dos de los miembros de la expedición tomaran a su cargo realizar pesquisas arqueológicas. Así el guardiamarina Antonio Pineda (1753-1792) dejó un relato “*noticias de Lima y expedición a Pachacamac: Apuntamientos de una expedición de Lima a Lurín, ruinas del antiguo templo indio de Pachacamac de casi 40 páginas con algunos dibujos*” (Alcina Franch, 1995, 192) cumpliendo de este modo con uno de los encargos en tanto que la parte alto peruana quedó a cargo de Tadeo Haenke, (1761-1817) naturalista y botánico bohemio quien “*entre miles de notas de campo*” dejó algunos dibujos de ruinas. Vemos así algunos relieves del Dios de los Báculos de la Puerta del sol de Tiahuanaco, así como apuntes del Coricancha prestando mucha atención a las portadas trapezoidales y de los muros de Sacsahuamán con medidas y detalle en la disposición de sus grandes rocas (Alcina Franch, 1995, 191). De esta manera no se trataría de intereses súbitos de estos dos miembros de la expedición como lo deja ver Alcina Franch, sino por el contrario estarían cumpliendo taxativamente con las instrucciones asignadas. Cabría investigar si algún otro de los miembros del colectivo tomó a su cargo las pirámides de Chachapoyas y si se dejaron descripciones narrativas.

3.15. La Arqueología en el Mercurio Peruano.

El Mercurio Peruano en sus cinco años de publicación brindó un espacio en el que muchos de los miembros de la generación finesecular expresaron sus puntos de vista sobre el indígena y sobre sus producciones culturales. En los capítulos anteriores hemos intentado abordar su posición frente al indígena, y en este nos avocamos a sus apreciaciones arqueológicas. Macera en un sugestivo artículo lleno de informaciones y pistas en el que aborda el indigenismo dieciochesco advierte que a pesar del espacio dedicado al indio y sus antigüedades en el *Mercurio Peruano* tanto por esta publicación como por el coetáneo *Diario de Lima*, no debe llevarnos a “*creer que aquella historia constituía para los criollos y españoles su propia historia, en el sentido de tradición; es decir como un proceso del cual asumía las consecuencias y responsabilidades*” (Macera, 1997, 31).

Hipólito Unanue bajo el pseudónimo de Aristio presenta el artículo “*Idea general de los Monumentos del antiguo Perú*”. En el cumplía una promesa del Prospecto de dicho papel periódico que se comprometía a la examinación de la historia “*no tomada por principios generales o por relaciones desnudas de unos hechos tal vez aislados*” sino para “*conocer cronológicamente aquellos asuntos de los cuales estamos rodeados y que por decirlo así, tocamos continuamente con mano incierta y a obscuras de toda noticia positiva*”. Pues

este periódico pretendía combatir “*la escasez de noticias que tenemos del país mismo que habitamos y del interno...*”. Esta ausencia de informaciones influye en que “*un reino como el peruano... apenas ocupe un lugar muy reducido en el cuadro del Universo que nos asignan los historiadores*” (Mercurio Peruano, 1964 vol 1, I-VII).

Contraído a este encargo Aristio empezará mencionando una serie de monumentos del antiguo Perú, las ruinas de Tiahuanaco o los sepulcros de Chachapoyas, que brillan por: “*competir en duración con la eternidad no sólo por lo sólido de su materia, sino también por los sitios en que fueron erigidos, muestra no menos su pericia en la escultura que su ambición a la inmortalidad* (Mercurio Peruano, 1964, I, 205).

Aristio (es decir Unanue) se muestra impresionado por las grandes conquistas de la hidrología y la agricultura de los incas, a la que no se aproximan los logros europeos, manifestadas en acequias “*infinitas ... que en medio de los precipicios conducían las aguas desde los más profundos valles para regar las altas cimas y retiradas campiñas*”, acompañadas por la erección de las andenerías con las cuales “*se miran rellenas las quiebras de los cerros para aumentar el terreno cultivable*” o de costumbres perpetuadas hasta el presente “*de unirse hermanablemente para los trabajos rurales de sementeras y mieses*” (Mercurio Peruano, 1964, I, 206)

En una actitud cercana al movimiento de los anticuarios europeos, señala la importancia de lo que hoy llamamos arqueología como una actividad que permite mantener y reconstruir el pasado. El estudio del legado precolombino permite solucionar los vacíos históricos generados por el “*descuido de archivos*” y de la destrucción de los “*frágiles quipos reducidos a polvo*”. Esta información obtenida por “*la interpretación de los fragmentos y ruinas antiguas*” que podrá corregir las carencias histórica y así luchar contra la “*insuficiencia e imperfección del relato garcilasiano de su antiguo imperio*” (Mercurio Peruano, 1964, I, 202).

Quedan así desmentidas muchas de las afirmaciones de Macera que imputaban a Unanue de ser sólo un “*filósofo a la moda*”, estudioso “*superficial y somero*”, a quien sólo atina a señalar sitios arqueológicos, avances prehispánicos y ensalzar a Garcilaso, con lo cual denota “*un entusiasmo por una tradición que a pesar de todo, no era ni podía ser la suya por derecho de sangre*” (Macera, 1997, 29).

Unanue llama a una búsqueda de nuevas informaciones que permita rectificar la historia “*fabulada*” de los incas en especial en sus creencias y urbanidad. Los poemas heroicos

aun se guardan entre los indígenas. Al tiempo que el estudio de las ruinas ayuda a reconstruir la historia civil de los incas. Misión que debe ser emprendida por la Sociedad de Amantes del País:

“Por este mismo camino pueden descifrarse las fábulas adoptadas por los demás historiadores en cuanto a su religión y policía. El estudio de los monumentos que erigieron los Incas para ostentar su poder y recordar su existencia; los recitados de sus glorias: las tradiciones y reliquias de sus antiguos usos y costumbres, que aun permanecen entre los indios modernos, que tenazmente conservan y rectan sus antiguallas: el reconocimiento de las obras que erigieron por su magnificencia o necesidad, ofrecen ciertamente una nueva luz capaz de esclarecer la obscuridad en que yace sumergida la parte histórica y civil de la Monarquía Peruana, el todo el tiempo que precedió a la conquista. Por esa razón nuestra Sociedad persuadida a que sus indagaciones en esta línea deben remontarse hasta aquellos siglos, ha pensado valerse de semejantes recursos para desempeñarlas con acierto y proporcionar al Mercurio este nuevo mérito”
(Mercurio Peruano, 1964, I, 202)

Unanue, condena el huaqueo no sólo porque interrumpe el descanso de las cenizas respetadas en todas las culturas *“por el derecho de gentes”*, o por los reparos a *“la codicia y ambición”* de sus perpetradores, sino también lo desautoriza desde un plano histórico pues destruye el pasado borrando su rastro que podría haber *“multiplicado las memorias del antiguo Perú”* si se hubiesen respetado los sepulcros en los que se guardaban *“materiales suficientes para computar las artes ciencias y policía de sus artífices”* (Mercurio Peruano, 1964, I, 204). No se refiere sólo a las técnicas de momificación con las que los antiguos peruanos *“conseguían precaverse de la corrupción y vencer al tiempo destructor”*, ni a la comprobación del *“deseo trascendental que demuestran la multitud de los sepulcros”* y las *“íntegras momias”*, sino de un estudio de sus ajuares *“con los que se acostumbraban soterrar”* y que permiten entrever *“sus pinturas y manufacturas, instrumentos mecánicos y de guerra y pesca”* (Mercurio Peruano, 1964, I, 202)

Esta utilidad documental de los sepulcros quedará plenamente demostrada en otro artículo de Unanue. Se trata nada menos que de *“Decadencia y restauración del Perú”* es decir el discurso pronunciado en la inauguración del Anfiteatro Anatómico en 1792. Como argumento central Unanue trata de probar el desastre demográfico indígena para encarar

la necesidad de una medicina moderna que pueda hacer frente a las enfermedades. Hipólito Unanue trata de probar a su audiencia la real desaparición de los indios de una costa en la que sólo se ven “*cúmulos de ruinas y heredades desiertas*” cuando antiguamente estuvieron esos pagos tan poblados que pudieron oponerse a “*dos ejércitos de treinta mil hombres*” aportados por los incas y sus aliados para luchar con el régulo de Chimú. Más adelante alude a las momias “*que indican por su integridad y postura ser de hombres muertos naturalmente y enterrados bajo las ceremonias pacíficas de su religión*”. Continúa su explicación mencionando que:

“bajo las ruinas de los pueblos del Perú se encuentran muchísimos cadáveres humanos, cubiertos de sus vestidos y rodeados de sus ajuares, lo que no proviene de que los hubiesen soterrado los temblores que han padecido sino la costumbre que tenían de sepultarse en su casa con su vestuario y alhajas...” (Mercurio Peruano, 1964, vol VII, 218-222)

Pero esta actitud admirativa de Unanue frente al antiguo Perú, no era sólo personal pues representaba al colectivo de la Sociedad. Clément ha puntualizado que “*contrariamente a lo señalado por Monguió, la visión de los mercuristas no es doble –positiva y negativa– sino esencialmente favorable: tan sólo se aprecia un punto de crítica: la religión*”. Los símiles que se realizan en las páginas del papel periódico alcanzan las máximas cumbres de la historia clásica. Manco Cápac y sus sucesores son comparados sin ambages con Licurgo y Solón (Clément, 1997, 245).

Volviendo a Unanue encontramos aun otras interesantes son sus anotaciones sobre Pachacamac en “*El Sol del Perú*” periódico de 1822, en el que describe las ruinas como:

“informes masas, paredes elevadas que se presentan en extraños y distintos aspectos, sin adornos de los grecolatinos, pero la solidez del edificio, su vasta extensión y la irregularidad de su forma manifiestan aun el inmenso poder de la nación que pudo elevarlo” (CNSIP, 1973, t XXIII, vol 1, 352).

Unanue no descansaría en su intento de conservar el recuerdo y aumentar el conocimiento de las antigüedades precolombinas. Estando en Lima le envía una misiva a Bolívar quien se encuentra en el Cuzco. El interés arqueológico del Libertador es un tema por explorar, sabemos que era lector de obras como *Los Incas* de Marmontel, que se encontraba en su biblioteca familiar (Perez Vila, Escritos 1964, 363). Su interés por el tema debió propiciar que años más tarde se le dedica una traducción de dicha obra por José Gordon (Perez

Vila, 1964, 363). Más adelante vemos como el Libertador envía al Sucre vencedor de Ayacucho un ejemplar de dicha obra con una dedicatoria que decía “*al vengador de los Incas, restaurador de sus hijos, libertador del Perú*” (O Leary, 1957, i, 236). Abundando en el interés por las antigüedades peruanas debemos rescatar el hecho de que entre los llamados *Decretos Conservacionistas* de Bolívar, uno de ellos ordena “*la preservación de monumentos que son testimonios de la cultura precolombina de América*” (Liscano, 1998, 44).

Volviendo a la carta enviada por Unanue, vemos que este que debía estar al tanto de estos intereses del ilustre caraqueño, por lo que se permite sugerirle el realizar reconocimientos y mapeado de las ruinas incaicas:

“*tampoco hasta ahora se han levantado diseños de las antigüedades y monumentos del Cuzco, porque los viajeros Ulloa, Humboldt, etc., no estuvieron allí, y acuérdesse V.E. que Alejandro en sus marchas victoriosas hacía recoger las memorias caldácicas para remitírselas a Aristóteles...*” (Unanue, 1974, 586)

A lo que Bolívar responde sencillamente en carta posterior “*he visto los monumentos de los Incas, que tienen el mérito de la originalidad y un lujo asiático*” (Unanue, 1974, 627).

Hasta el final de su vida Unanue siguió prestando atención a la arqueología, además de sus escritos una investigación de sus libros consignan varios volúmenes sobre la materia en el inventario de su biblioteca de 1833. Aparecen así libros como *Monumentos de Herculano* en dos tomos, otro con el sugerente tema *Historia de los guacaros* (como se llamaba en la época a los huacos), una edición inglesa de *Monumentos Americanos* de Humboldt, las *Noticias Americanas* de Ulloa (que como hemos visto anteriormente presta mucha atención al tema arqueológico), la *Historia de México* de Clavijero, entre otras (Unanue 1974, 149). La “*Idea general de los Monumentos del Antiguo Perú*” fue reeditado por Andrés Bello en la *Biblioteca Americana* en 1823, consiguiendo una difusión global de esa información sobre las ruinas peruanas (Biblioteca Americana, 1823, 343-363). Unanue siguió escribiendo sobre el tema, prueba de ello son las románticas pinceladas que en 1824 escribe acerca de las ruinas del Santa, donde hablando sobre el fin del régulo de Chimú, realiza un símil con la situación del Perú independiente. Unanue desencantado por los problemas políticos del momento, compara la anarquía peruana con los tristes momentos finales del reino de Chimor y el despoblamiento de un

valle “*que de haber tenido más de 200,000 habitantes ha quedado en tan sólo 500*” (Unanue, 1974, 431 y ss).

Pero volviendo al estudio del Mercurio Peruano encontramos un artículo muy interesante por Ambrosio Cerdán y Pontero, quien sugiere nuevos temas para los redactores del Mercurio (1964, X, 152). Lista unos 75 temas de los cuales 14 son dedicados al antiguo Perú. Así sugiere el estudio de la legislación, agricultura e hidráulica, minería, arquitectura militar (describir las fortalezas de Cuzco, Cañete y Ñacari), arquitectura civil (describir el pueblo de Pachacamac), caminos incaicos (comparación con los caminos españoles), metalurgia, alfarería (con recomendaciones por la excavación), tejidos, medicina, astronomía, lengua, cantos y bailes y demografía. Incluso en algunos temas se pide que el estudio no quede restringido a los incas sino que se compare con los primeros pueblos que poblaron el Perú. Finalmente como sabemos poco de esto se desarrolló pero lo importante es que ya en las postrimerías del Mercurio había un creciente interés por seguir ahondando en los temas arqueológicos y se recomendaba recurrir a excavaciones e investigaciones para lograr cumplimentar estas inquietudes.

José Torpas de Ganarrilla, junto a su carta dirigida al Mercurio Peruano, incluye una historia de los incas versificada “*en 264 versos pareados*”. Al menos para el gusto actual resultan poco agradados, pero su valor dista mucho de su belleza. Por el contrario el presentar composiciones poéticas es un ejercicio de “*recalificación de los actores y públicos de la producción del saber*”. Así se veía en la época como una forma de hacer más fácil de entender, más entretenido un conocimiento que se quería hacer llegar a audiencias más amplias. Así como se había dejado de lado el latín, la meta era romper con las formas acartonadas del conocimiento previo (Lafuente y Pimentel, 2012, 151). Así Torpas intenta interesar al público acerca de la historia incaica ya que como señala su motivación es el de promover nuevos estudios sobre la materia, y manifiesta expresamente la idea de que se debería escribir un “*compendio*” de la historia incaica para “*servicio de la patria*”. En consecuencia la elección de la forma poética nos habla de la importancia que Torpas asigna al tema. El autor nos cuenta que su fuente principal es la traducción que el jesuita polígrafo José Francisco de Isla realizó del *Compendio de Historia de España* del padre Duchesne, de donde saca la idea del título. Si bien no hemos podido rastrear la persona del autor a quien todos se refieren como el padre Duchesne, Isla era un polígrafo que entre muchas otras obras tradujo el muy reeditado Año Cristiano.

El Compendio de la Historia de España debió incluir un capítulo dedicado a la historia de los incas siguiendo a Garcilaso. Torpas nos manifiesta su intención de presentar los “*sublimes y esclarecidos ingenios*” que han habitaban su patria desde los tiempos antiguos. En el afán de conocerlos menciona en sus metros a los grandes hombres que “*dominaron la gentilidad*”. La cuestión fundamental de su discurso es si los incas que carecían de “*las artes y las ciencias españolas*” y lograron “*tan originales y excelentes resultados en su industria y sagacidad*”, a que niveles de excelencia podrían llegar sus compatriotas contemporáneos valiéndose precisamente de conocimientos modernos. Los incas serían así colosos sobre cuyos hombros se pararían las siguientes generaciones para alcanzar más altos horizontes (Mercurio Peruano, 1964, VI, 18).

Por su parte José Manuel Bermúdez presenta un “*Discurso sobre la utilidad e importancia de la lengua general del Perú*” en la que justifica su estudio y la necesidad de elaboración de diccionarios y gramáticas para salvar no el idioma per se, sino “*todas las riquezas intelectuales y curiosas del Perú*” que esta lengua guarda. Señala que sólo “*la perfecta inteligencia del idioma*” permitiría “*descubrir monumentos*” como los de Cuzco y Huánuco para ilustrar la historia antigua. Sólo mediante la conservación de las voces se podrían entender cabalmente y descifrar las costumbres, los usos militares, el gobierno de los primeros habitantes, el uso de yerbas para la botánica y la medicina y el averiguar hasta dónde se llegó en el beneficio de los metales. Finalmente si el Príncipe de Sangro hubiese sabido algo de esta lengua jamás hubiese afirmado que los quipus

“servían de alfabeto pues bastaba averiguar el significado del nombre quipu y el verbo quipuni para saber que el uso denotaba el nudo o los cálculos que se hacían por nudos y que el otro equivalía a contar por nudos... ... con los que conservaban la memoria de sus cantidades y números paraa cargos y datos de que se valían para sus cómputos cronológicos” (Mercurio Peruano, 1964, IX, 259).

Queda claro pues el notable interés que el académico Bermúdez guarda por el pasado peruano, y hace un instrumento del lenguaje para lograr su conocimiento. Otro episodio arqueológico importante en las páginas del Mercurio en el artículo “*Memoria de las plantas extrañas que se cultivan en Lima introducidas en los últimos 30 años hasta el de 1794*” de autoría del erudito Francisco Gonzáles Laguna. G. Laguna fraile de la Buena Muerte quien fue un activo colaborador de la expedición de Ruiz y Pavón y además gran

difusor de la botánica. Si generalmente resulta más sencillo ponderar teóricamente de una materia que aplicarla, en este caso G. Laguna fusionaría arqueología y botánica en el experimento que realizó al encontrar un espécimen en una excavación en Chíncha el cual decidió plantar para ver si germinaba. El resultado fue exitoso y más allá de lograr que un ejemplar “*enterrado por trescientos años*” germinara sin problemas, halló una nueva variedad de “*phaseolus magnus inflatus*”, es decir frijol blanco, hasta el momento no consignada por los botánicos (Mercurio Peruano, 1964, XI, 170).

Tal vez el ejemplo más logrado de este interés es la fina carta dirigida al Mercurio por el Contador de la Real Hacienda, Pedro Nolasco Crespo. La “*Carta sobre los monumentos antiguos de los Peruanos*” muestra un interés y un profundo afecto por las edificaciones prehispánicas, señala proclividad de larga data del autor por el tema, y está lleno de epítetos amables y admirativos por la obra del incario, en los que soberbio, portentoso y exquisito son algunos de los términos que prodiga. Llama a la exploración, “*de los monumentos que aun nos quedan triunfantes del tiempo y de las manos violentas que los han desbaratado*”. Señala así que:

“su templo su fortaleza, sus palacios arruinados y demolidos en mucha parte, están todavía manifestando el poder y la grandeza de aquellos ánimos. La constancia infatigable de sus tareas y en medio de una grosera idea se descubre cierta particularidad exquisita del gusto que tuvieron, cierta majestad y cierta conducencia hacia sus fines, de una sabia y autorizada policía con que fueron dirigidas...”(Mercurio Peruano, 1964, vol V, 170-1)

Crespo pide tenazmente que se hagan planos de los monumentos “*para formar idea de la fortificación de los peruanos*” y debería empezarse por las del Cuzco y Vilcashuamán sin dejar de lado la de Chimú “*aunque sea de tapiales*” (Mercurio Peruano, 1964, vol V, 170-1).

El autor recorre pasadizos y “chinganas” del Cuzco subterráneo, “*laberinto del que toda la ciudad se halla minado*” encontrando algunas selladas, otras tan estrechas “*que sólo puede pasar un hombre de a medio lado*” e incluso hallando que en lugares más calurosos como en el palacio de Limatambo la exploración se vuelve peligrosa por la “*corrupción del aire que tantos siglos se halla detenido*”. No en vano recuerda que “*me detuvo medio día la admiración y el deseo de explorarlo y creo que ningún sensato lo puede ver con indiferencia...*” (Mercurio Peruano, 1964, vol V, 170-1)

En tránsito por Tiahuanaco, retrasará su marcha y hará una pascana con el afán de explorar este palacio que promueve la *“admiración de los pasajeros”*, fábrica que se ocupa de medir dictaminando *“9 varas de largo y 6 de ancho”* y analiza cuidadosamente las molduras que cubren prácticamente todas sus caras, *“extrañas e irregulares que no es fácil comprender su destino”* a salvo que uno imagine lo que pudieron ver los antepasados antes de su destrucción (Mercurio Peruano, 1964, vol V, 170-1)

Su sensibilidad hacia el pasado peruano queda patente al decirnos que el trabajo de los megalitos genera la sensación de que se tratara no de piedras labradas sino de *“un lienzo de una sola piedra que los hubiera delineado el pincel...”*. Pero su gusto se decanta no por el gran edificio estatal o religioso, su preferencia es por:

“la arquitectura plebeya ... la más admirable y digna de ponderarse, los edificios de los particulares son de piedra bruta y ruda sin alguna labranza pero tan unidas y estrechadas entre sí que no dejan la menor oquedad ni el mas pequeño intersticio...” (Mercurio Peruano, 1964, vol V, 170-1).

No menor es su admiración por las capacidades hidráulicas de los *peruanos* en cursiva como el lo pone. Tan pronto explora los canales subterráneos de aquellos *“notables manantiales de Lanasca”* (sic) buscando intrigado unas cañerías en medio del estéril arenal, ensaya una explicación bajo la suposición de que *“después de la conquista muchas de estas obras se arruinaron por su misma grandeza... porque siendo de oro sus caños, los extrajo la codicia”*. No menor intensidad tiene su mirada a las andenerías y sus acequias de las tierras altas, mediante las cuales se *“regó toda la tierra sin desperdicio de sus cimas”*, estructuras aun en uso, que lo lleva a comparar con pasmo a los incas con los romanos, al contarnos como en el camino de Cuzco a Lima *“los cerros, hasta en su mayor eminencia, cercados y coronados de andenes hechos de piedra a manera de anfiteatros...”* (Mercurio Peruano, 1964, vol V, 170-1).

Crespo demuestra un interés por las excavaciones y su contemplación que puede datar desde 1769 en que empieza a compilar la erudición que muestra en la misiva. No sólo es dilatado el tiempo que empleó en instruirse sino el amplio espectro geográfico que cubrieron sus observaciones, que tan pronto mencionan Cajamarca, el Cuzco y sus provincias o *“lo más remoto de Santa Cruz de la Sierra”*, Tiahuanaco y las islas del Titicaca, las *“estériles arenas”* de Nazca o el *“pueblo desolado”* de Choquequirao. En su nota demuestra una notable erudición sobre el tema precolombino y hace bien Macera

en señalar “*un mayor dominio que Unanue del tema arqueológico*” pero yo insistiría en resaltar que más allá del dominio efectivo del tema, el carácter afectuoso y orgulloso que el autor desarrolla hacia su objeto de estudio, una profunda sensibilidad estética hacia los restos incaicos, hacia su belleza, que alcanza un nivel nunca antes expresado por lo prehispánico en las letras peruanas coloniales.

Clément identifica la principal intención de Crespo, como “*desvanecer la 'falsa idea de la brutalidad' y de la 'extrema barbarie' de los incas*”. Logra este efecto mediante la albanza de la “Ilustración” de los incas enfrentando el argumento de su primitivo estado mediante las menciones de sus avances tecnológicos, la importancia de sus ruinas, sus avances hidrológicos, sus conquistas humanas, y demás (Clément, 1987, 245). Macera señala que “*al revés de muchos de sus contemporáneos, logró Crespo la convicción de que hombres como los indios habían sido capaces de hacer y mantener tales cosas, no podían ser los brutos irracionales que se pretendía*” (Macera, 1997, 29-30).

Clément en tanto ha preferido señalar que se trata de una apropiación que los criollos “*como descendientes de los conquistadores, se consideran como los herederos del mundo grecoromano, pero al mismo tiempo se sienten orgullosos del pasado particular del país en el que viven. Tratan de mostrar –y tal vez convencerse a si mismos- que ellos son el fruto de dos culturas antiguas –y por consiguiente nobles- muy avazadas, superiores*” (Clément, 1997, 245).

En tiempos del Mercurio Peruano (1793), Andrés Boleato, cartógrafo, Segundo piloto de la Real Armada y posterior Director de la Academia de pilotaje, realizó un plano cenital del templo de Pachacamac (Diapositivas 33 y 34) que lleva por título “*Diseño horizontal de las ruinas de Pachacamac, que se hallan en las lomas sur de la tablada de Lurin, al norte del río de este nombre y cerca de la playa de su desembocadura en la mar*”⁴¹ (Gutierrez Muñoz, 1969, 87). Se trata de una sección de un plano mayor “*plano que comprende la costa desde el puerto de Ancón hasta la punta de Chilca*” (Ortiz, 1985, 75). Debemos señalar que Andrés Boleato, trazó el “*Mapa sinóptico del Perú*” para lo cual este geógrafo debió “*recoger y sincronizar*” información cartográfica desde Guayaquil hasta Atacama (Porras, 1955, 418). Este mapa apareció en la “*Guía política, eclesiástica y militar del virreinato del Perú de 1793*” publicada por Hipólito Unanue y posteriormente dichos datos fueron utilizados como insumo para la preparar la famosa

⁴¹ El plano pertenece al Museo Naval de Madrid (Ba XXXIV, Ca, C n 7) En colores.

carta esférica del Perú, que sintetizaba los hallazgos de La Condamine, Maldonado, Amich y Martínez Compañón. Dicha obra estaba lista 1814, pero no se dio nunca a las prensas por lo que se encuentra hoy perdida (Ortiz Sotelo, 1985, 62).

Volviendo a nuestro plano de Pachacamac podemos observar con detalle la descripción de una pirámide o cerco. Las anotaciones laterales del plano son un texto arqueológico en si mismo y de gran precisión señalando que se compone “*de cuatro murallas que lo hacen cuadrilongo unas sobre las otras en forma de escalerones cada una de quince pies de grueso y de mayores bases que cumbres de modo que forman un declive iguales y muy suficientes para su firmeza*” y pasa a describir el material “*ladrillo de adobe todo macizo de tierra*” no descuida mencionar el estado “*murallones y paredes arruinados*”. Junto a la elevación principal se aprecia una elevación menor “*cuya muralla eso circular y estribos redondos*”. Alrededor se esbozan con mucho detalle las construcciones arruinadas menores de la población que rodea al templo “*tapias o porciones de paredes de adobe de dos, tres y más pies de espesor que indican direcciones de calles bastante rectas*”, en el poblado se distinguen “*cuadras patios y otras piezas más reducidas, con varios nichos o huecos cuadrados como de 2 cuartas de alto, 1 de ancho y 1 de fondo que se conservan enteros en las paredes tan bien caleados como si se hicieran hoy*”. Finalmente destaca “*el murallón de adobe ... defensa o resguardo del pueblo y los edificios a y e*” (Muñoz Gutiérrez, 1969, 88).

Al parecer no sería este el único intento de Boleato de representar los edificios del Perú antiguo. En su célebre *dossier* de mapas conocidos como “*Serie de las Yntendencias*” al describir su proceso de elaboración nos cuenta como “*habiendo formado el esqueleto geográfico del reino*” procedió luego a completarlo con ríos, caminos, minas e incluso con “*los parajes de los infieles*” (Ortiz, 1985, 62). Si bien la descripción no permite afirmar a ciencia cierta si la afirmación se refiere a zonas habitadas por indios infieles o por edificaciones de los infieles del pasado, sabemos por referencia que al menos una de las laminas de esta *suite*, la dedicada a la Intendencia de Huamanga y consagra información sobre edificaciones prehispánicas. Lamentablemente todos los esfuerzos que hemos realizado para localizar dichos planos han resultado infructuosos.

Estos indicios así como el mismo el plano de Pachacamac, nos permite entender la magnitud del interés prestado a lo prehispánico por Boleato. Como funcionario de la corona y cartógrafo su información apunta a un público distinto, no son relatos de viaje

para “*una sociedad de hombres de letras*”, son cartas técnicas para marinos. Esta precisión sin embargo no hace sino reforzar la importancia de este testimonio. Tratándose de un mapa del perfil costero realizado principalmente con fines náuticos destinada a marinos y no a criollos interesados en describir las obras gloriosas de los antiguos habitantes del país, es realmente sorprendente la precisión y los días de trabajo dedicados a la medición del santuario por el cartógrafo ferrolés y su interés por dejar una detallada explicación marginal.

También íntimamente ligado al Mercurio Peruano se encuentra el P. Sobreviela, misionero que desde el convento de Ocopa ingreso en la montaña llevando a cabo una labor evangelizadora, descubridora y cartográfica. Abrió caminos, fundó pueblos en el curso del Huallaga hacia el Marañón. Nombres como Vitoc, Quimpiric, Collac, etc se encuentran tremendamente ligados a su nombre. Las páginas del Mercurio se llenaron de sus hazañas que son celebradas como empresas civilizadoras y como una nueva colonización. En este punto nos interesa mucho el mapa que dejó sobre el Palacio de los Baños del Inca de Huamalíes conocido como Huánuco Viejo. Se trata de un mapa de 1786 en el que puede apreciar el entorno, el palacio, los baños, el fuerte, los depósitos, los canales. El mapa y sus leyendas denotan el esfuerzo realizado por representarlo de la manera más precisa posible con mediciones en varas (por ejemplo el salón mide 20 varas de ancho por 100 de largo, y la fortaleza tiene 60 varas de frente y de alto 30 varas). Se diferencia el uso de las distintas habitaciones. Resulta muy interesante que incluso un misionero (claro que era un gran cartógrafo) ya en estos últimos años del siglo preste tanta atención a las ruinas de los infieles (Ruiz, 1952, plancha XIV).

A finales del siglo pareciera que ya no es necesario solamente describir con palabras, y lo cartográfico se convierte en un elemento necesario para reseñar lo arqueológico. Los mapas de Baleato y Sobreviela, realtando el hecho de que no se trata de investigadores del pasado peruano, sino de un marino cartografiando la costa y un evangelizador entrando en tierra de infieles nos ayudan a entender como se ha difundido el interés por lo prehispánico en poblaciones distintas a la *intelligentzia* de los *Amigos del País*, sino que por el contrario, muchos considera que resulta *útil*, describir estos sitios arqueológicos y que hay un público dispuesto a consumir este tipo novedades. Estos mapas arqueológicos ayudan a reforzar la idea esbozada por Bustamante de que en el Perú a partir de fines del

siglo XVIII “ya existía una especie de ruta turística avant la lettre para gentileshombres curiosos y otros amantes del país” (Bustamante García, 2005, 18). Detalles como lo fidedigno de estos planos, la inclusión de turistas en el plano de Arechaga y Calvo, o la sensibilidad y larga atención prestada por Crespo nos confirman la idea de que visitar huacas, “que causan la admiración de los pasajeros” y que pueden llevarlos a “pasar una mañana observándolas” había dejado de ser una ocupación extraña y se había convertido en un gusto adquirido entre los criollos y sus contertulios. Abundando en estas reflexiones quisiéramos mencionar un testimonio dejado por Lequanda sobre grupos de dilettanti dedicados a una proto arqueología. Nos cuenta como con la continuidad del huaqueo se ha formado un grupo de interesados por la valoración y el contenido de estas tumbas y nos confiesa que dichos artefactos culturales “aunque no son de sumo valor”, son cuidadosamente buscados pues motivan el “aprecio de los curiosos y especulativos” (Mercurio Peruano, 1964, VIII, 221). Pareciera que aquí Lequanda treinta años más tarde encuentra esta comunidad de coleccionistas y admiradores del pasado pre hispánico a los que aludía Ulloa refiriéndose a huaqueros que dejando de lado las riquezas de las tumbas se interesan más por “cosas de poco valor pero de gran curiosidad y dignas de estimación por su mucha antigüedad” y es tal el interés que estas piezas revisten para ellos que “se envician tanto en esta curiosa especulación que empleando además del caudal de su tiempo de su vida haciendo abrir una (huaca) después de otra” (Ulloa, 2002, 518). Referencias a este “otro” conocimiento de la arqueología puede ser rastreado aun en la misma época de la Independencia cuando Proctor menciona a estos “prácticos” en materia arqueológica que pueden llevarlo a excavar tumbas (Núñez Hague, 1971, 236). Siguiendo el argumento que Gänger presenta para el siglo XIX:

“Mientras que el papel de los viajeros extranjeros y los académicos dedicados al pasado sudamericano está bien documentado, se ha dejado totalmente de lado el conocimiento formado entre los coleccionistas, anticuarios y arqueólogos sudamericanos del siglo XIX” (Gänger, 2014, 3).

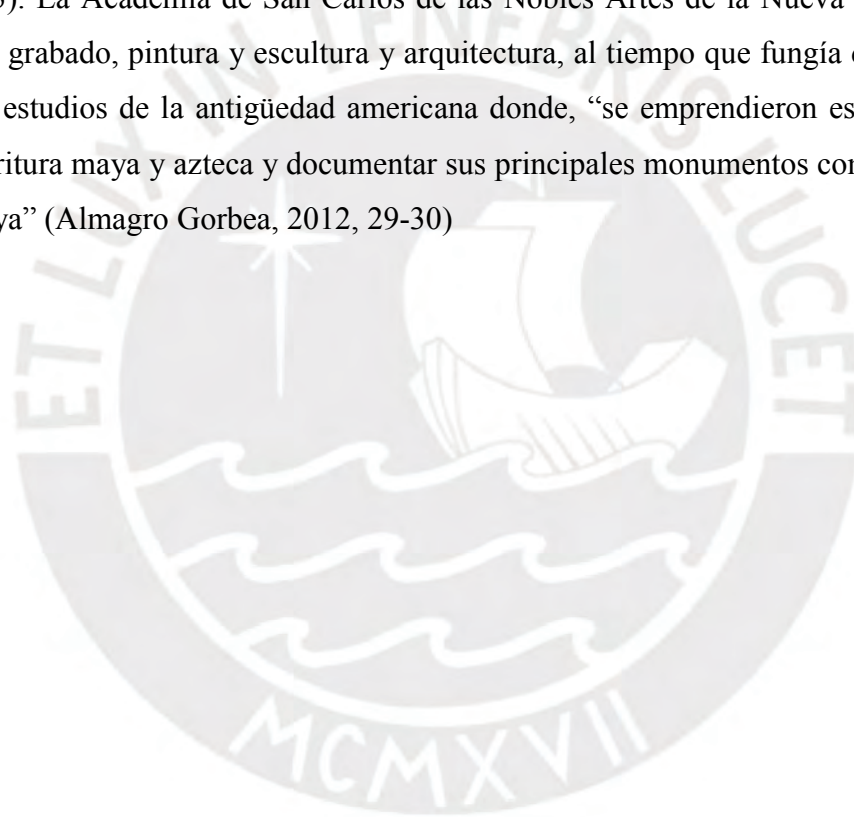
Por que no pensar así mismo que en el siglo XVIII estos grupos también “cambalacheaban antigüedades con sus amigos coleccionistas e imaginaban su valor, soñaban escribían y meditaban sobre otras piezas, sobre el significado o su interés” (Gänger, 2014, 2). Sólo así podríamos comprender la presencia de este colectivo de curiosos lo suficientemente activos como para que un Bravo de Lagunas pudiera tener

“una afición de coleccionista fijada en los objetos arqueológicos” (Porras, 1955, 57). Si se acepta la existencia de este grupo práctico, colectivo que serviría de cuerpo asesor a las excavaciones “oficiales”, resulta mucho más fácil señalar la trasmisión de información y experiencias de un gran proyecto a otro, en una arqueología practicada por expedicionarios que no tenían contacto entre sí. Es sintomático que precisamente estos viajeros arqueólogos nos informen del grupo ya que ellos debieron recurrir a sus servicios o al menos consejos. Ello finalmente nos lleva a pensar en un interés mucho mayor por la pre-arqueología difundido entre los lugareños de lo que se había creído y ayuda a conectar esfuerzos aislados como las probables excavaciones de Cajamarquilla del marqués de Valdelirios, o los inicios de la arqueobotánica del padre G. Laguna mencionadas por Macera (1997, 28), las excavaciones de Unanue en búsqueda de contabilizar esqueletos, o las indagaciones de Pedro Nolasco Crespo en Nazca (vid supra).

3.16 Humboldt

A diferencia de la estadía de Humboldt en otras partes de América, su presencia en el Perú fue en cierto modo casual dado que pretendía alcanzar en el Callao la expedición de Nicolas Baudin y sus navios *le Naturaliste* y *le Géographe*. No le ocurrió en el Perú la transformación que sufrió en México que de escala obligada terminó convirtiéndose en su destino por más de un año desarrollando un profundo interés en el país. En el Perú fue rápido su recorrido ingresando el 2 de agosto de 1802 y permaneciendo en Lima de hasta el 25 de diciembre de dicho año. Si su presencia fue fugaz, también su ánimo fue bastante superficial, dejando declaraciones bastante desagradables sobre Lima y su sociedad. Aunque su principal objetivo se relacionaba con mediciones atmosféricas y geográficas no dejó de prestar atención a las construcciones prehispánicas. Lamentablemente su entrada por el norte del país y su desvío hacia Lima lo privó de ver las más importantes ruinas incaicas, conformándose con aquellas que ya habían bosquejado la Condamine y Ulloa en Ingapirca, Cañar y Callo. Humboldt presentó en su *Vues des cordillères et monuments de peuples indigenes* (1810), el diagrama de La Condamine, al cual le hizo algunas correcciones textuales de interpretaciones de las distintas superficies (Diapositiva 35). También añadió varias láminas como “*Monumento peruano del Cañar*” (Diapositiva 36), XVIII “*Roca del Inti Huaico*”, “*Chungana del jardín del Inca cerca del Cañar*”, “*Interior de la casa del Inca en Cañar, (plano y alzado)*” y “*Casa del Inca en Callo, en*

el reino de Quito (plano, alzado y cortes)” (Diapositiva 37). Lo que es interesante es que con Humboldt la ilustración arqueológica evoluciona integrándose a la naturaleza. Si Ulloa había incluido ríos y elementos geográficos al dibujo de los edificios prehispánicos, Humboldt incluye las ruinas en el paisaje viéndolas a vuelo de pájaro. Pillsbury señala como con Humboldt muchas de las técnicas de la ilustración botánica pasaron a la descripción arqueológica. (Pillsbury, 2012, 12-13). La confección de las bellas imágenes que componen la obra de Humboldt, y en este caso de las interesantísimas ilustraciones arqueológicas de “*Vues...*”, sólo fueron posibles gracias a la colaboración de los artistas de la recientemente fundada Academia de San Carlos que también sirvió a otras expediciones como la de Sesse, Echeverría, Bodega y Cuadra y Malaspina (López Luján, 2012, 92-3). La Academia de San Carlos de las Nobles Artes de la Nueva España fue escuela de grabado, pintura y escultura y arquitectura, al tiempo que fungía de museo y núcleo de estudios de la antigüedad americana donde, “se emprendieron estudios para leer la escritura maya y azteca y documentar sus principales monumentos como se hacía en Pompeya” (Almagro Gorbea, 2012, 29-30)



CAPÍTULO IV

4. LA IMAGEN VISUAL DEL INDIO PERUANO.

4.1 Tras las huellas del indio invisible: El fracaso por establecer la imagen del indio de las sierras peruanas

Las expediciones científicas francesas que visitaron el Perú empezaron en 1735. La primera de ellas zarpó del puerto de la Rochelle y se dirigió a la zona ecuatorial para realizar la medición del meridiano terrestre. Sin embargo sus esfuerzos fueron precedidos por algunos viajeros franceses solitarios que describieron sus experiencias en el virreinato peruano. Sus textos inauguraron la construcción de la imagen europea del Perú del siglo XVIII. Dichas obras marcadas por la nueva naturaleza de sus observaciones, llevaron consigo imágenes con pretensiones realistas que intentaban dar una mayor credibilidad al texto que acompañaban. Si bien los pasajes referentes al indio peruano de las tierras altas fueron mas o menos extensos, las primeras representaciones gráficas resultaron tremendamente elusivas y hubo que esperar a la edición española de la *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional* (1748) de Jorge Juan y Antonio de Ulloa para que una lámina fuera dedicada a una descripción realista de los indios de Quito. Trataremos de estudiar en este primer apartado las causas de la ausencia gráfica del indio de las sierras peruanas en esta primera literatura de viajes y expediciones.

4.1.1 Feuillée

Lo más parecido a la imagen de un indio peruano de la sierra que podemos encontrar en la literatura anterior a la lámina de Juan y Ulloa de 1748 son las imágenes que sobre el Indio chileno publicó en su *Relación del Mar del Sur*, Amédée Frézier⁴². Su antecesor y antagonista el padre Luis Enconches Feuillée dejó en su *Journal* ⁴³ hermosas representaciones botánicas, planos y hasta apuntes de algunos curiosos animales, monstruos y niños siameses, pero no dedicó espacio a la imagen del indio. Es de justicia

⁴² *Relation du voyage de la mer du Sud aux côtes du Chili, du Pérou et de Brésil, fait pendant les années 1712, 1713 & 1714. Ouvrage enrichi de quantité de planches en taille-douce* (1716) Paris.

⁴³ *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques, Faites par l'ordre du Roy sur les Côtes Orientales de l'Amérique Méridionale, & dans les Indes Occidentales, depuis l'année 1707. jusques en 1712*, vol. I, Paris, Pierre Giffart, 1714, depuis l'année 1707. jusques en 1712, vol. I, Paris, Pierre Giffart, 1714

señalar que más interesado en fenómenos científicos, en cartografía, en paisajes y en tablas de declinaciones, tampoco se interesó en ilustrar acerca de las castas, los criollos o los españoles del lugar. Así pareciera dejarlo claro en las viñetas de apertura de su texto (Diapositiva 38) en las que prefiere mostrarse rodeado de una abundante biblioteca, globos terráqueos y sus instrumentos de medición, sin alusiones al hombre o sus producciones culturales.

La fascinación de Feuillée, y el encargo recibido del director del *Jardin du Roi*, Guy – Crescent Fagon, como lo advertía desde su prólogo, era el descubrimiento y la descripción de nuevas especies botánicas. En la viñeta (Diapositiva 39) que adorna el inicio de la sección a su enumeración de plantas medicinales, aparecen Mercurio y otros personajes discutiendo con la alegoría de la Botánica o de América que sostiene una planta entre sus manos, aun tratándose del continente americano no presenta ningún atributo indígena o plumajes que permitan identificarla como tal.

Le debemos reconocer sin embargo la inauguración de una ilustración realista sobre temas peruanos, realismo importado desde sus trabajos botánicos antillanos, con lo que estrena este arte técnico en nuestro medio. Las peculiaridades del trabajo taxonómico botánico exigía precisiones y convenciones que se fueron desarrollando y reforzando a lo largo del siglo XVIII. Debemos mencionar que las siguientes imágenes que se realizaron en el Perú durante buena parte del siglo, traten o no sobre plantas, serán logradas mayormente gracias a técnicas del dibujo botánico y ello impulsará los criterios realistas con los que se aproximen a la realidad. Es menester señalar que las habilidades necesarias para el trabajo botánico no necesariamente califican al dibujante para la representación humana y menos para la tipificación racial que resulta más compleja cuanto más extraña le sea al dibujante.

Feuillée si dejó una imagen humana entre sus dibujo. Motivado por su pasión por las artes de la navegación, presenta la lámina intitulada *Bateau que les Indiens appellent Balzes* (Diapositiva 40). Se trata de un “indígena chileno” con cabellos largos, una barba en forma de clavo y un jubón genérico, quien rema sobre una nave compuesta de dos pieles de lobos marinos infladas, y si hemos de ser honestos el ícono demuestra cierta ingenuidad, los flotadores de la nave parecen más los frutos de una *caigua* como la dibujada en su *planche XLI* (Diapositiva 41), que flotadores cueros de lobos marinos

inflados. El personaje presenta manos de seis dedos carentes de pulgar y la pierna izquierda del personaje es en realidad la repetición de la pierna derecha que muestra el arco plantar invertido. No es difícil comprender por qué Feuillée dedicó esta única plancha a un individuo, tal vez movido más por sus intereses náuticos que por los etnológicos, e impresionado por la navegación en las gélidas aguas sureñas sobre flotadores de cuero de lobo marino, lo llevó a retratar a este solitario indio balseiro. Con ello inauguró un tema iconográfico que a lo largo de los siglos XVIII y XIX sería seguido por varios viajeros australes que harían un alto para retratar las pericias marineras de los indios *Chamos*. Tan sólo dos años más tarde Frézier, quien había entablado una agria disputa sobre nominaciones botánicas, medición de latitudes e incluso sobre si los pingüinos tenían plumas o no, dedicó una de sus ilustraciones, su *planche XVI* (Diapositiva 42) para rebatir la imagen del balseiro de Feuillée. En la imagen de Frézier aparecen dos indios en sendas balsas inflables de cuero de lobo marino, generando vistas laterales y frontales de los navegantes que reman sobre las gélidas aguas australes. Frézier no deja de incorporar en la lámina lobos marinos con los que finalmente se fabrican las curiosas embarcaciones y a los tan discutidos pingüinos. Fisonómicamente la figura del indígena visto de costado es más creíble que la de Feuillée, mostrando una larga trenza y una indefinida prenda de cabeza. La lámina es sin duda muestra de la batalla de las imágenes a las que vamos a asistir a partir de ahora. Las ilustraciones sirven para aclarar malentendidos, y asegurar que sí se conoce del tema del que se está exponiendo. Así la materia de la *planche XVI* no es el indio sino la curiosa forma de navegar sobre bajeles inflables y el modo incorrecto en el que Feuillée planteó la estructura de la nave (a la que Frézier dedica la viñeta inferior), el modo correcto de empuñar el remo (al que dedica la anotación (f) “sobre el modo de conducir el remo”), y finalmente dejar en claro que se conoce realmente a los animales mencionados (aunque sus representaciones sean lejanas y borrosas).

4.1.2 Frézier

A diferencia de Feuillée, Frézier prestó mucha atención a los habitantes locales. Centró sus esfuerzos en los indios de Chile a los que dedicó varios de sus grabados, mostrando predilección por sus costumbres. El asombro del viajero frente a un juego de pelotas y bastones, híbrido entre cricket y golf, es el tema de la *Planche IX* (Diapositiva 43), en la que un fornido aborígen, de calzones largos y camisa raída, (que se semeja a la idea del

mítico hombre salvaje de la florestas europeas) trata de golpear con fuerza a la pelotilla. Lo acompaña una mujer con un cántaro y un cuenco, (semejante a la sirvienta que acompaña a la coya en la ilustración de los incas (vid infra)), quien le reanima de su esfuerzo sirviéndole un bebestible, probablemente estimulante, al jugador. Los soldados españoles montan guardia al fondo en previsión a los desmanes de los indios, probablemente asociados a las efusiones festivas de la ocasión. En la parte inferior de la lámina, y siguiendo la convención del uso “*de leyendas numeradas que los geólogos y geógrafos recién comenzaban a incluir en sus mapas*” (Poole, 2000, 38), aparecen una serie de producciones culturales como canastas, flautillas y vasijas de los lugareños.

Frézier dedica otra ilustración a los indios de la frontera sureña. La *planche X* (Diapositiva 44) muestra un conjunto de indios de Chile en actitudes típicas, una joven moliendo maíz, un jinete enlazando un toro, un nativo mostrando su traje con polainas y poncho, una india usando el *choñi* y la *yquella* nombre que da a las prendas, quizá al tupo con el que prende su capa. Sostiene en su mano alzada una mazorca que finalmente es lo que la mujer arrodillada está moliendo para lograr harina. La mujer adornada con el tupo no difiere mayormente (salvo por el lujo), de la acompañante de la coya en el dibujo de los incas *planche XXXI*. El individuo de la derecha, vestido con calzón largo y poncho es semejante al que flanquea a los antiguos soberanos en la mencionada *planche XXXI*. Lo interesante es que si el cuadro de los soberanos incas es “*un diseño tomado de una pintura hecha por los indios del Cuzco*”, cabe preguntarse si la imagen original es la del dibujo incaico o la de las mujeres chilenas o finalmente son todas iguales, ergo intercambiables. Probablemente las imágenes de los indios mismos no importan, desataviados de sus prendas locales podrían pasar por españoles o franceses quizá. Son sus actitudes y atavíos los que los diferencian, pues no representan un fenotipo especial.

La pretendida preponderancia dada por Frézier a los indígenas chilenos en su obra, es a nuestro modo de ver sólo aparente (presenta sólo tres láminas temáticas de Chile contra cuatro que se inspiran en el Perú). Frézier quiere ilustrar temas exóticos de un territorio en el que permaneció casi un año entero (septiembre 1712 a mayo de 1713), y en el que por ser territorio de frontera, la presencia y costumbres de los indios resultan los temas más saltantes, a falta de otros. Pasando a su descripción del Perú, Frézier dedica la *planche XXII* (Diapositiva 45), cuyo tema es la minería y los camélidos. Vemos sobre un fondo

de desolada extracción, una pareja de llamas, una de frente y otra de costado, una cargada y otra sin estiba, para poder apreciar con detalle las características del peculiar camélido que era utilizado además como animal de carga. Debe ser este el primer grabado francés dedicado a este animal pues Buffon lo consigna como su única fuente de información e ilustración contemporánea, en su sección de mamíferos. El creciente interés por los camélidos sólo se desarrollaría en Europa luego de la aparición de los artículos e ilustraciones que Buffon incluyó en la sección de los cuadrúpedos en su *Histoire Naturelle, générale et particulière, avec la description du Cabinet du Roi* recién en 1766 (Buffon, 2007). Volviendo a nuestra lámina, en ella hacia atrás se ven molinos, trapiches, hornos de amalgamación y perfiles y frontales de la *desazogadera*, según rezan las inscripciones inferiores. Un paisaje montañoso casi lunar enmarca al cuadro, y la anotación (D) señala los lavaderos donde tres imperceptibles indígenas realizan la labor. Son tan invisibles los indios que ni siquiera podemos decir que han sido colocados allí por motivos escenográficos. Recordemos que Frézier no estuvo en las zonas mineras que tanto ansiaba conocer por lo que nos encontraríamos frente a una imagen reconstruida en base a testimonios y acaso la precisa descripción de la llama se deba a esbozos realizados de animales por él vistos en sus viajes por las tierras bajas. Debemos mencionar el aumento del interés por los camélidos desde mediados del siglo XVIII, especialmente por la exportación de su lana. Un uso interesante es el empleo de la lana de vicuña para la confección de sombreros. Fisher cuantifica el incremento de dicha exportación llegando a la asombrosa cifra de 0.1% frente a todas las demás exportaciones hispano americanas, partiendo por las vías de Callao y Montevideo hacia Cádiz (Fisher, 1992, 203).

Frézier dedica su *planche XXXI*, célebre por presentar a la pareja de los soberanos incas que según dice en la lámina misma “*Coia o Reina que ha sido diseñada en base a un cuadro hecho por los indios del Cuzco*” (Frézier, 1982, planche XXXI, b) (Diapositiva 46). Recordemos que Frézier no estuvo en la capital de los incas, por lo que sus modelos debieron ser cuadros cuzqueños vistos en Lima, “*aquellos cuadros y pinturas que hacen los indios y aunque son feos satisfacen con ellos a todo el reino*” (Frézier, 1982, 159). En el repertorio de los cuadros de los Incas existentes al día de hoy no existe un cuadro igual al dibujo de Frézier, y no es probable que haya existido, pues nos parece que Frézier realizó una recomposición de varios cuadros distintos para lograr del modo más didáctico la ilustración que presenta. La imagen muestra a Mama Ocello y a Manco Cápac rodeados

por gente a su servicio. Ni siquiera la imagen de la *coia* quien aparece con un tocado plano de cabeza, *lliclla* cerrada por un tupo de gran tamaño, y quien sujeta a un tiempo en su mano derecha tanto una flor de la cantuta, como un pajarillo volante atado a una cuerda, no concuerda con los cuadros de época en la que la esposa del inca suele llevar en la mano un espejo o un cetro coronado por la faz de la luna y el pajarillo suele estar posado cerca a ella pero no amarrado. Tampoco corresponde totalmente la presencia de un sirviente niño detrás de ella sosteniendo un parasol que por lo general cubre a la figura del inca (especialmente a partir de 1730) y no a la de la coya. En las representaciones que hemos observado la coya presenta algunos de estos elementos pero no todos juntos (Cummins et al, 2005, 215, 217, 237). El inca por su parte en vez de sostener una lanza coronada por una pica dorada como suele generalmente mostrarse, presenta un cetro digno del palo de bastos de la baraja española. Los acompañan una pareja de indios del Perú que en casi nada difieren a los de la *planche X*. La mujer de la izquierda presenta tupo de gran tamaño que sostiene la *lliclla*, una mantilla que debe ser para la coya, un cántaro y en la mano izquierda una rama acaso de coca. Completan la lámina las leyendas y una serie de huacos (no incaicos y bastante estilizados de los que se ha hablado anteriormente (vid supra), que ocupan la parte baja del dibujo siguiendo la metodología del dibujo botánico.

Si bien el dibujo de Frézier pareciera ser una recomposición en vez de una copia fiel de un cuadro existente, tuvo notable fortuna posterior. Una de las láminas del *Epítome Cronológico* (Peralta, 2005, 113) (Diapositivas 47 y 48) presumiblemente de Llano Zapata, muestra una ilustración de los incas y al centro de la composición aparece una escena que ocupa casi un tercio del cuadro, que no son otros que los incas de Frézier. El trazo es diferente, han sido redibujados, pero todos los elementos se mantienen. Si nos cabe la ilusión de que el dibujante del *Epítome Cronológico* copió un cuadro existente, quedamos desilusionados al percatarnos de que al fondo aparecen las mismas casitas y a los pies el huaco hechizo bifronte que Frézier coloca en la parte inferior de su plancha. La inclusión de ese huaco *sui generis*, y de esa viñeta nos demuestra la influencia de Frézier en el Cuzco en 1770. Sabemos por Ignacio de Castro que en aquella época la obra de Frézier era conocida en dicha Ciudad pues la cita con soltura en su *Relación del Cuzco* (1978, 38). El motivo se repetirá nuevamente en la vista de Sacsahuaman realizada por Arechaga y Calvo (vid supra).

Conjeturar la forma como se realizaban estas imágenes es tarea interesante, sabemos que los dibujos finales y el arte de grabado de las ilustraciones de la obra de Frézier estuvo a cargo del taller Nicolas Guérard (1648-1719), grabador ordinario del rey, quien a veces firma como Guerard et fils. Se trataba de un prolífico taller en el que no sólo se hacían estampas, sino grabados de cartas geográficas y actuaba también como editor, distribuidor y marchante de estampas⁴⁴. Los experimentados artistas debieron trabajar bajo la atenta mirada de Frézier quien debió ayudarlos a descifrar los apuntes y dibujos que había traído del Perú y que servirían como base para sus composiciones. Tal vez ese sea también el motivo por el que el fenotipo andino no se presente tan acentuado en los grabados. Mientras que la familia Guerard conocía las características de los afro descendientes, personajes que ya estaban *decodificados*, como se puede comprobar con la representación que hacen de los portadores que trasladan la litera de Frézier (*planche XXXV*) (Diapositiva 49), no sucede lo mismo en las láminas sobre indígenas peruanos o chilenos que resultan siendo sujetos de rasgos estandarizados e incluso de figuración y gestualidad repetitiva. Otro ejemplo que nos permite estudiar la composición de los bocetos en cuestión lo podemos ver en la *planche XXXIX* (Diapositiva 50), dedicada a las españolas que muestran el uso del mantón con el que cubren su rostro. Se las presenta de a tres, de frente, de tres cuartos y al fondo desdibujada o esbozada una criolla en traje de viaje. Es innegable la forma en la que los personajes aparecen a manera de maniqués mostrando los usos de la vestimenta, con gestualidad irreal performática propia del barroco. La imagen nos remonta a los dibujos de tríos de personajes que un siglo antes había puesto de moda el jesuita Atanasio Kircher.

El erudito y políglota jesuita Athanasius Kircher, cautivó las mentes cultas del siglo XVI con sus publicaciones sobre vulcanología, fósiles, magnetismo, egiptología, arqueología, lenguas muertas, magia y hermetismo. En su *China Monumentis Illustrata*, (1667) apreciamos personajes sínicos que aparecen vistos de frente, de espaldas y de tres cuartos o en su lugar complementados por un menor de edad (Diapositiva 51). Katzew ha anotado la influencia que dichas ilustraciones de la obra de Kircher tendrían sobre los ejemplos iniciales de las pinturas de castas mexicanas (Katzew, 2004, 93), pero acá estamos frente a un vaso comunicante distinto. Los Guerard eran reconocidos como pintores de modas

⁴⁴Data.bnf.fr/nicolas_guerard

y habían ilustrado obras como *Recueil de modes* (reimpresión 1750) con 98 estampas y otras colecciones como la *Vie voluptueuse* (s/f), o aquella colección llamada *L'Asie Dressée sur Observations de l'Academie* (1700), por lo que los modelos de la obra de Kircher no debieron serles ajenos. Para mayor abundancia debemos recordar que ya en 1670 la obra del erudito jesuita había sido traducida al francés bajo el título *La Chine illustrée de plusieurs monuments tant sacrés que profanes*. Otra muestra de la relación de las ilustraciones de la obra de Frézier con la del polígrafo jesuita es la *plache XXXVI* (Diapositiva 53), una trilogía de limeñas vestidas, una de “*chupon et faldellín*”, otra de “*montera et gregorillo*” y una tercera sentada frente a su cajilla de costura (sobredimensionada) quien nos muestra el modo en el que se toma a través de un “*chalumeu*” o boquilla, la “*tinture*” de la yerba del Paraguay de una gigantesca “copa” de mate de plata (exagerada al parecer para hacerlo más notoria o por un olvido del viajero). Al igual que en otras de las láminas de A. Kircher en las que coloca en el suelo junto al protagonista y cerca al espectador objetos valiosos o curiosos dignos de ser ampliados como jarrones, astrolabios o hasta una mascota exótica, los dibujantes de Frézier aprovechan la oportunidad para mostrar un hornillo de plata en forma de dragón que mediante una ventanita central donde se deposita el tizón mantiene el agua hirviendo para el consumo del mate. La escena ocurre sobre la elevación de la cuadra de estrado (el cual es ridículamente bajo), y el interior del salón está iluminada por una ventana de barrotes de madera. El techo muestra la viguería y sobre una particular textura en la pared de fondo aparecen tres cuadros del arcángel arcabuceros. La composición de la imagen aumenta notablemente de interés cuando lo comparamos con la ilustración de la obra de Kircher en la que aparece una inusual ágape de caballos antropomorfos (Diapositiva 54), de la que se han tomado como modelo la misma composición de la habitación, el detalle de los cuadros, la textura de las paredes e incluso la viguería del cielo raso. La coincidencia de estos elementos nos sirven para percatarnos que por muy completos que pudieran ser los bocetos que los viajeros llevaban de regreso de su periplo, la reinterpretación que debían realizar los artistas grabadores interponían un muy fuerte filtro entre la realidad, su representación y el resultado final. Si esto podía suceder con objetos físicos y los espacios

habitados, imaginemos lo que significaba representar las tipologías raciales de sujetos que les eran desconocidos⁴⁵.

Analizando desde una perspectiva ligeramente distinta, la de la representación racial Devorah Poole ha señalado de modo casi concomitante:

“estos grabados (de Frézier) se centraban principales en los detalles del vestido y la cultura material a través de los cuales sus lectores franceses del siglo XVIII habrían de percibir las fronteras cultural y racial. Los famosos dibujos que hizo Frézier de incas y criollos peruanos, presentaban una atención considerable a los detalles del vestido y del tocado, pero desde nuestro punto de vista, curiosamente las imágenes revelan poco interés en registrar las características físicas o fenotípicas que para los europeos del siglo XIX diferencian a europeos y peruanos. Sus famosas descripciones de la cultura, religión y estado civil de indios y criollos revelan una mirada similar para las características de vestimenta, religión, alimentación y costumbres. Después de todo, fue justamente a través de estos rasgos y prácticas que la aristocracia francesa había elaborado sus propios códigos de distinción “racial”. En ningún lugar sin embargo, el texto de Frézier se refiere a los rasgos físicos a través de los cuales los viajeros franceses del siglo XIX construirían sus descripciones de criollos, indios y blancos. Por el contrario sus relatos sobre la cultura y la forma de vida de los indígenas están dirigidos claramente a denunciar al gobierno español y la incapacidad de este para explotar a cabalidad los recursos minerales del Perú” (Poole, 2000, 48).

Pero la cita de Poole no termina de explicar el porque para Frézier el indio peruano no es digno de representarse con o sin sus características raciales. Simplemente no se lo

⁴⁵ “papel predominante de las estampas en el quehacer artístico americano, remite a los estudios de Gombrich acerca del peso de las convenciones visuales en la praxis artística y en las interpretaciones de los espectadores: "La lectura de una imagen [...] depende del conocimiento previo de las posibilidades; sólo podemos reconocer lo que ya conocemos". Esta fuerza centrípeta de los presupuestos actúa como condición de posibilidad del conocimiento visual, y las *Lo interesante es que esto pone en evidencia la utilización de una modalidad de trabajo consagrada por la tradición artística de Occidente: la importación de imágenes, de acuerdo con la posibilidad de ser utilizadas para representar diferentes temas. lo cierto es que los pintores e ilustradores europeos utilizaron en forma variada y libre las pinturas, dibujos y grabados de otros artistas como fuente de inspiración para sus propias obras. Este tema, muy trabajado en el terreno de la historia del arte del período colonial, por el creaciones* (Penhos, 2003, 374).

representa, pues bien pudiera haber sido retratado tocando la quena o cargando minerales, o exhibiendo sus vestimentas. Considero que el cambio de registro de Frézier tiene también que ver con el tema de la semi civilización del indio chileno, su carácter de hombre de frontera, libre y peligroso, frente al del Perú que ha sido ya civilizado, y sólo restan señalar las fallas de esa civilización. Así, no encuentra motivos para retratarlo, la única virtud que les encuentra es su pasado glorioso, y los restos precolombinos que diagrama en la base del dibujo. El indio engranaje del sistema minero, sujeto del tributo, esclavo de la mita, no es más el otro, es una versión degradada del *nosotros* y mostrarlo sería de tan mal gusto como dibujar a los mendigos y truhanes del bajo mundo parisino. Es en cierto modo el mismo sentimiento que muestra Bouguer unos años más tarde frente a los indios “civilizados” de la sierra de “*calidad malvada, perezosos en extremo, estúpidos e indolentes*” (Bouguer, 1749, CII) frente a la descripción entusiasta del indio libre de las selvas que acababa de exclamar. En cierta forma esta mirada de Frézier nos hace recordar su lamina XXXV en la que fornidos portadores cargan la litera del viajero, la cual premunida de cortinas permite ver lo que interesa al lector y su relator, y cerrar cómodamente los cortinajes frente a lo que probablemente incomodará a su audiencia.

En la viñeta de la dedicatoria de la obra de Frézier (Diapositiva 55) en cierta forma nos demuestra sus dificultades para la representación americana. Entronizada Galia es flanqueada por Mercurio, quien le ofrece una cornucopia vegetal (y no mineral), y la justicia. Al frente la Fe armada de una cruz y una gruesa Biblia discute con una mujer (de apariencia europea) desnuda quien sostiene en su mano un espejo (como el que presentan las coyas) pero que en vez de una luna, refleja un sol radiante, el sol de la religión de los incas. Frézier, pareciera presentar en dicha viñeta una alegoría del encuentro de Atahualpa con el dominico Valverde. Resulta digno de notar que Frézier aun utilizando elementos sacados de los cuadros cuzqueños tiene problemas en construir una alegoría visualmente creíble del incario⁴⁶

⁴⁶ No se trataría de la alegoría de la América pues esta se origina principalmente de la representación que Cesare Ripa incluyó en su Iconología o Tratado de las Alegorías, Roma 1613. Decía allí: “Será una mujer desnuda y de color oscuro, mezclado de amarillo. Será fiera de rostro, y ha de llevar un velo jaspeado de diversos colores que le cae de los hombros cruzándole todo el cuerpo, hasta cubrirle enteramente las vergüenzas. Sus cabellos han de aparecer revueltos y esparcidos, poniéndosele alrededor de todo su cuerpo un bello y artificioso ornamento, todo él hecho de plumas de muy diversos colores. Con la izquierda ha de sostener un arco, y una flecha con la diestra, poniéndosele al costado una bolsa o carcaj bien provista de flechas, así como bajo sus pies una cabeza humana traspasada por alguna de las saetas que digo. En tierra y al otro lado se pintará algún lagarto o un caimán de

5.13. Bachelier

Luego de la aparición de las obras de Feuillée y Frézier, toca su turno a la de Le Sieur Bachelier médico de la nave “*la Ville de Bourg*”, barco mercante francés que surcó los mares del Perú entre 1709 y 1710, Estuardo Núñez señala que el relato del cirujano “*editado por Pierre Claude Durret apareció con el título de Voyage de Marseille a Lima en Paris en 1720*”⁴⁷. De este modo un viaje anterior al de los autores vistos previamente, aparecía como más moderno que los anteriores. Macera dice que Bachelier “*no es más que un plagiaro del padre Feuillée*”, aunque Núñez confía en su relato atribuyendo muchos de los problemas textuales de la relación, a las modificaciones que el editor Durret introdujo en el texto “*un tanto rudimentario de Bachelier*” (Núñez Hague, 1989, 82; Macera, 1976, 46). Este viajero presenta algunas ilustraciones entre ellas una intitulada Minas de Potosí (Diapositiva 56), en la que se ve mitayos indígenas de alargadas y europeizadas figuras en el interior del socavón. La imagen es sin duda una reactualización del grabado homónimo de De Bry (Diapositiva 57).

Como ha señalado Poole:

“aunque Bachelier (al igual que Frézier) describía la cultura de los pueblos que había observado, al parecer no estaba interesado en dar cuenta de las características físicas, color de piel o apariencia... ..no describe el color de la piel de los indios ni su apariencia física. Igualmente, los desnudos mineros indígenas de su grabado sobre Potosí, tampoco parecen siquiera mínimamente diferente de los inquisidores españoles que desfilan en su representación de la Inquisición de Lima” (Poole, 2000, 49).

5.14. La Condamine

El año en que la Expedición Geodésica Ecuatorial zarpaba rumbo a América, el conocimiento gráfico europeo sobre los incas y los indios del Perú era incipiente. Indudablemente el tema flotaba en el aire, un ballet inspirado en estas remotas culturas

démesurado tamaño... El cráneo humano que aplasta con los pies muestra bien a las claras cómo aquellas gentes, dadas a la barbarie, acostumbran generalmente a alimentarse de carne humana, comiéndose a aquellos hombres que han vencido en la guerra, así como a los esclavos que compran y otras diversas víctimas, según las ocasiones. En cuanto al Lagarto o Caimán es un animal muy notable y abundante en esta parte del Mundo, siendo tan grandes y fieros que devoran a los restantes animales y aún a los hombres en ciertas ocasiones...” (Ripa, 2002, 1613, p. 108).

⁴⁷ Véase P. Labat, *Nouveau voyage aux îles de l’Amérique*, La Haya, 1724 y Silvio Zavala, *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, FCE, 1949. (Núñez, 1989, 83).

como les *Indes Galantes* (1735) de Jean-Phillippe Rameau y una exitosísima tragedia como la *Alzira* (1736) de Voltaire con numerosísimas reposiciones y varias imitaciones, trataban a los incas. Dejaremos de lado la *Alzira* que lamentablemente no nos proporciona material gráfico sobre los incas. La opera de Rameau con libreto de Louis Fuzelier mezclaba un título que a primera vista nos remonta exclusivamente a tierras americanas pero que trataba en gran medida de personajes y espacios de Turquía y Persia –finalmente los parajes de lo exótico son un territorio común. Por intrincadas razones de libreto el tercer acto la obra se titulaba *Les Incas du Pérou*. Si bien Masson decía en 1972 que no se había podido ubicar los diseños originales del vestuario del estreno de 1735, debido a Jean Baptiste Martin y a Nicolas Bouquet (1972, 131), tal vez gracias a la moderna reposición de la obra del 2005 en París y la investigación realizada por Pierre Luigi Pizzi para el moderno vestuario de inspiración historicista, hemos podido acceder a algunos de los que creemos sus diseños originales. Los bocetos (Diapositivas 58, 59, 60) nos muestran que los trajes de las cantantes presentaban características que nos impedirían diferenciarlas de personajes de operas contemporáneas que transcurrían en Europa, y mucho menos identificarlas con hijas del Imperio de los Incas. Poole asegura que en el estreno Phani Palla, la heroína incaica “*aparecía vestida con paniers franceses (armazones debajo de la enagua) a pesar de que la información sobre la vestimenta de los incas estaba a la mano tanto en la popular crónica de Garcilaso, como en los conocidos grabados de Frézier*” (Poole, 2000, 57). Esto nos lleva a pensar que ni el furor causado por la expedición de La Condamine, ni la información accesible hasta el momento, generaba una cierta expectativa entre el público más allá de un argumento con algunos toques pintoresquistas. Igual sucedía con la representación del espacio que poblaban dichos incas de fantasía cuyas historias se desenvolvían en “*un desierto del Perú terminado por un volcán*”. Es en este volcán en donde será condenada a ser sacrificada Phani-Palla, princesa inca de la sangre real que participa de un trío amoroso con el conquistador don Carlos y Huáscar Inca, quien terminará muriendo durante la erupción que ocurre durante los festivales del sol (Macchi, 2009, 180). Las obras populares como Garcilaso o Frézier daban en sus ilustraciones ejemplos para la ambientación y los vestuarios de los personajes, cabe preguntarse si ese desinterés de los grandes públicos de una de las obras más exitosas del período por los incas reales, no

influyó en el desinterés de los viajeros que no lograban ver a los indios del Perú como un tema que pudiera interesar a su público europeo. Como Poole ha señalado:

“Les Indes Galantes fue una de las más exitosas piezas francesas de ballet del siglo XVIII, sin embargo es difícil especular cuanto del ese éxito puede atribuirse directamente a los personajes incas de la obra. Tampoco conocemos –mas allá de la posible influencia de la publicitada misión de La Condamine- lo que pudo inspirar a Rameau y Fuzelier a incluir personajes sudamericanos en su obra. Las similitudes que vincula el segundo acto de Les Indes Galantes con aquellos tratamientos literarios y teatrales de personajes incas que aparecerían en Francia en las siguientes décadas sugiere, sin embargo, que el libreto de Fuzelier había algo que iba más allá de la simple aplicación de temas orientales a personajes sudamericanos...como Indes chantantes (1735), Amour des Indes (1735) e Indes danzantes (1751)” (Poole, 2000, 55-7).

Un análisis de las publicaciones del más prolífico de los miembros de la expedición ecuatorial, Charles Marie de la Condamine, nos lleva a comprobar cuan alejado se hallaba gráficamente del supuesto furor incaista que se había desatado en París durante su estancia en el Perú. En las ilustraciones de sus obras poco espacio dio a la figuras de los indios y menos a los incas, aun cuando nos dejó el primer gráfico arqueológico moderno, al medir y bosquejar las ruinas de Ingapirca (vid supra). Los sucesivos textos de La Condamine sirvieron para mantener el tema incaico en el repertorio francés de pueblos exóticos como Persia, los Hotentotes o los Huron, y su proeza de regresar a Europa atravesando el continente por la vía amazónica le aseguró un prestigio y autoridad en la materia que lo colocó muy por encima de los viajeros que sólo habían logrado un recorrido litoral del Perú.

Si analizamos una ilustración como *Vue de la base de la Mesure dans le plane de Yarouqui* (Diapositiva 61), podemos apreciar la extensión casi ilimitada de los territorios por medir, con una absoluta ausencia de personajes tanto en la vista como en viñetas y márgenes. Se prefiere priorizar la agrimensura de los imponente parajes. Si Humboldt reinventó la *natur* de la América del Sur, presentando “*una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos*” (Pratt, 2010, 229), encontramos en esta lámina de los textos de La Condamine

algo más que un simple antecedente, en la que la presencia humana francamente desaparece frente a la vastedad del horizonte por medir.

El frontispicio del la *Intoduction Historique a la Mesure...* (Diapositiva 62) representa al académico inscribiendo sobre una gran roca su plan de medir el diámetro ecuatorial. Aparece rodeado de su instrumental, de la flora descontrolada del trópico y el atisbo de las impresionantes masas andinas. Pero la presencia del hombre americano está apenas insinuada por una pequeña y desdibujada balsa ocupada por tres hombres acaso indígenas. En el frontispicio de la obra aparece la alegoría de la Academia Francesa rodeada de niños europeos desnudos que juegan con instrumentos científicos (telescopios, lunas de aumento, sextantes y globos terráqueos) pero la realidad americana está tan sólo sugerida por una palmera en la que uno de estos niños se encuentra trepado. Esta ausencia de los americanos nos recuerda las láminas referente a las construcciones incaicas de Ingapirca que vimos en el capítulo anterior, en la que ningún ser humano fue representado. En la viñeta superior derecha del mapa denominado *Plan de Quito, capitale de la province de meme nome dans le royaume de Pérou* (Diapositiva 63), en la que junto a una pareja criolla que admira el planisferio, aparece una pareja indígena, de rasgos totalmente europeos cuya indianidad sólo logra identificarse por las piernas desnudas del varón quien porta un traje a la manera de Cristóbal Colón y la criatura atada a la espalda de la mujer que lo acompaña.

La distancia de esta viñeta no debería llamarnos tanto la atención pues un dibujo a tinta incluido en una *Descripción del Perú* de 1724 (Diapositiva 69), realizada por el caballero del marqués de Castelfuerte (Estenssoro, 2000, 66) nos permite ver una pareja indígena, un indio alcalde y una india con capuz, que parecen personajes cortesanos, con espigadas proporciones y una estilización que difícilmente nos trasmite la idea que anuncia el título. Ignoramos la nacionalidad del artista, presumiblemente el mismo caballero, pero al igual que el viajero acude a semejantes estereotipos para lograr la representación. La imposibilidad de representar las diferencias fenotípicas parece ser lo común en el período.

5.1.5 Ulloa

En realidad debemos esperar hasta la aparición de la *Relación Histórica* de Antonio de Ulloa y Jorge Juan para ver las primeras representaciones del indio peruano. La *Relación*

Histórica del Viaje a la América Meridional apareció impresa en Madrid por Antonio Marín en 1748. Empezaremos analizando la mencionada edición española dado que difirió enormemente, en aspectos gráficos, de la edición francesa. La edición de Antonio Marín presenta la gran lámina del *traslatio imperii*, (Diapositiva 68) donde vemos los retratos de los incas que incluyen a Huáscar y Atahualpa, ocupando los puestos XIII y XIV respectivamente, seguidos por los reyes de España que empiezan por Carlos I y Concluyen con Luis I y al centro en el puesto XII de la lista, Fernando VI a cuyos pies aparecen el León que detienen entre sus garras el Orbe y un escudo coronado por una *mascaipacha* y ornado con *amarus* trenzados y coronados que rodean un cuadrúpedo mitológico al que le salen llamaradas de la cabeza y de las ancas traseras. El escudo descansa sobre un *carcaj* con flechas y un arco simbolizando a los indios por civilizar y una cornucopia vegetal como epítome de las riquezas del Perú. Majluf señala esta lámina realizada por Diego de Villanueva y grabada por Bernabé Palomino “*circuló sin limitaciones, todo indica que fue el carácter evidentemente fidelista de éstas imágenes lo que permitió que sobrevivieran a la campaña de extirpación de las tradiciones incaistas virreinales*” (Majluf, 2005, 255).

En la larga serie de mapas y planos que presenta la obra, las cartelas no suelen representar humanos, salvo el *Mapa de la Bahía de Cartagena*, en la que un indígena desnudo se entrelaza con un dentado monstruo marino y en la *Carta Meridiana del Reyno de Quito*, (Diapositivas 65 y 66) en el que aparece un indio con poncho y prenda de cabeza arreando dos llamas.

Empezando por los grabados temáticos de la *Relación Histórica*, vemos la lámina II dedicada a los limeños y las castas (Diapositiva 66). Vemos así a limeñas en traje de montar y de casa, español en traje del Perú, negra criada, mulata, mulata al modo al que andan a caballo. Frente a esta diversidad, queda fuera de la lámina el indígena. Se añaden por motivos de exotismo dibujos de una vicuña, un guanaco y una llama cuyo aspecto es prácticamente indistinguible entre sí, salvo por su tamaño. Recordemos que las diferencias entre las especies *lama*, *paco* y *vicogne* recién serían descritas por Buffon entre los años 1766 y 1774 sobre ejemplares vivos enviados a París (Buffon 2007, supplements).

La primera representación dedicada a los indios de la sierra en el siglo XVIII, será la del grabado XIII (Diapositiva 70) de la *Relación Histórica* de Juan y Ulloa. Allí aparece una India Palla, con su *lliclla* cerrada por un tupo, el sombrero plano y un fruto en su mano, la acompaña una española quiteña con la que se plantea una obvia comparación. Al centro de la lámina aparecen otros individuos, un indio barbero quien con blusón hasta las piernas y calzón largo bordado y zapatos, porta los adminículos pertinentes a su profesión. Le acompaña una mestiza. En el otro extremo del grabado aparece también un indio rústico quien con copiosa cabellera lleva camisa y calzones largos de tela basta y sin bordados, va descalzo, lleva un báculo y sobre sus espaldas una pesada carga. Junto a él una india ordinaria, con falda corta, descalza y su hijo amarrado sobre su espalda. Lleva en la mano una canastilla de vegetales que denota su ocupación rural. Completan la ilustración un río que es cruzado con oroyas y puentes de bejucos y algunas chozas –que presumiblemente habitan los indígenas- en lontananza. La importancia de este documento es grande pues es la primera vez que un expedicionario realiza un esfuerzo para dejar constancia gráfica de un indígena de la sierra, caracterizarlo fisonómicamente, describir sus ropajes y establecer las diferencias de rango al interior de esta categoría. La edición franco-holandesa de 1752 de la obra presentó láminas alternas a las de la edición española. La *planche XIII* (Diapositiva 71) de los indios reagrupa a los personajes y los priva del paisaje general. El acercamiento permite ver mejor la vestimenta de la india noble, pero encubre al indio barbero tras la mestiza quiteña, y condena a los indios rústicos a un tercer plano en el que quedan bastante sombreados. Se respeta eso sí la peculiaridad de sus apariencias. En manos del grabado y delineador J. Punt, quien realizó muchas de las recomposiciones gráficas de la edición de 1752, los rasgos fisonómicos de los personajes son notablemente europeizados (Diapositivas 71, 72, 73, 74).

La versión en francés de la obra de Juan y Ulloa se denominó *Voyage historique de l'amerique meridionale : fait par ordre du Roi d'Espagne, ouvrage qui continent une histoire des Yncas du Perou & les observations astronomiqueet physique, faites pour determinerla figure & le grandeur de la terre* y presenta como pie de imprenta Arkstée y Mercus impresores, en Amsterdam y Leipzig 1752. También existe una variante que aparece con pie de imprenta en París, aunque el bibliófilo Sabin considera que se trata tan sólo de un cambio de carátula sobre la impresión holandesa (Sabin, 1868). Lo interesante

es que la edición de 1752 presenta una reorganización del material gráfico, separando ilustraciones como la anterior en detalles o varias en una sola como sucede con las dedicadas a los aspectos arqueológicos (vid supra). Las ilustraciones son anotadas tanto en francés como en holandés. Lo que consideramos fundamental sin embargo es que como justificación del añadido al título de la obra sobre la historia de los incas, se incluyó una nueva serie de ilustraciones con temática incaica. La fuente de las ilustraciones, distaba mucho de ser los apuntes de los expedicionarios españoles Juan y Ulloa y por el contrario apelaban a algunos diseños que tenían ya larga tradición en Francia. Estamos hablando de los grabados a las traducciones francesas de los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega.

La obra de Garcilaso tuvo una temprana recepción francesa debido a su pronta traducción. Como bien ha reseñado Macchi, *La Primera parte de los Comentarios Reales* es traducida por Jean Baudoin al francés en 1633 tan sólo 24 años más tarde de su aparición en español. En el siglo XVIII los *Comentarios* serán editados 5 veces en la lengua de Francia. La primera versión de Baudoin apareció ya ilustrada. Una portada (Diapositiva 75) resumía distintos aspectos del libro, un templo del sol en la parte superior, dibujos del inca y la coya en la sección centro inferior flanqueado el título de la obra que apareció como *Histoire des Yncas roys dv Perv* (Macchi, 2009, 97).

Las sucesivas ediciones ampliaron el repertorio de imágenes a veces desglosando esta carátula (Diapositiva 76), otras veces creando nuevas escenas. La edición francesa aparecida en Amsterdam en 1737, publicada por Jean Fredric Bernard (Macchi, 2009, 114) nos interesa particularmente pues presenta una serie de ilustraciones firmadas por el grabador francés Bernard Picart y otras por el holandés Gabriel F.L. Debrie. Ambos artistas se inspiran para sus grabados de escenas de *La Histoire générale des cérémonies, moeurs et coutumes religieuses de tuts les peuples du monde representes en 243 figures desinesde la main de Bernard Picart* (Macchi, 2009, 119).

Las imágenes de Picart acompañarán a los *Comentarios Reales* y en 1752 influenciaron a la edición “franco-holandesa” de la obra de Juan y Ulloa que pretendía atraer a un público francés publicitándose como una nueva historia de los incas. Así el relato de los marinos españoles presentó además de las láminas estudiadas párrafos arriba, una serie de grabados sobre los hijos del sol. Encontramos así la lámina *Manco Cápac y Mama*

Ocillo hijos del sol reunidos con los salvajes (Diapositiva 77), que firmada por Folkema, resulta muy interesante pues contrapone a los civilizados hermanos y esposos incas convenientemente vestidos, con una multitud de indios semi desnudos y coronados por tocados plumarios a la manera de las antiguas representaciones de De Bry. No hace falta decir que unos y otros más allá de su vestimenta o carencia de la misma, representan individuos perfectamente europeos tanto como la naturaleza que los rodea.

En la lámina denominada *El matrimonio de las princesas incaicas* (Diapositiva 78) a cargo del grabador Du Flos, nos enfrentamos a una composición caracterizada nuevamente por una arquitectura europea con cúpulas y ventanas con arcos (tal como aparece en el grabado del cual procede) y la caracterización de algunos de los personajes con una mezcla de atuendos plumarios.

En la ilustración titulada *La iniciación de los príncipes incaicos de la sangre* (Diapositiva 79), a cargo del tallista Jacob Folkema, la desnudez es casi total en los pretendientes de la ceremonia del *huarachico* y genera un efecto contradictorio con el palacio renacentista en el cual se lleva a cabo la prueba (igualmente sucedía en la lámina de la cual se inspira). Semejantes aspectos apreciamos en *Las Crueldades realizadas por Atahualpa a su hermano Huáscar y a todos los incas de la sangre real* (Diapositiva 80), por J Folkema, donde nuevamente vemos la mezcla de guerreros con torsos desnudos y tocados emplumados y los nobles incas vestidos como personajes greco romanos. Semejante espectáculo vemos en *La Clemencia de Mayta Cápac a favor de los Collas* (Diapositiva 78) reincidentemente a cargo de Folkema. La lámina *La desolación de los peruanos ante los eclipses lunares* (Diapositiva 83), a cargo del artista F. de la Cave abandona por completo cualquier intento de caracterización incaista (ayudado por la indeterminación nocturna de la lámina que le da origen. Finalmente la más interesante de las láminas es la que representa *El templo del Sol* (Diapositiva 76), imagen obtenida de la carátula primigenia de Boudoin, que echa por tierra los esfuerzos de Ulloa de caracterizar de manera adecuada las construcciones incaicas como lo había intentado con sus láminas de las ruinas de Ingapirca y Callo (vid supra).

La edición francesa de los Comentarios Reales de 1744 traducida por Thomas François Dalibard, presentó muchos cambios estructurales, compositivos y de contenidos, pues “representa el punto culminante de las tendencias de intervención observadas desde la

primera traducción de 1633” (Macchi, 2009, 133). La nueva edición en dos volúmenes incorporaba anotaciones de los aportes que los viajeros del siglo de las luces habían averiguado sobre el Perú, incluyendo un par de mapas a cargo de Philippe Buache “especialmente preparados en 1739 para esta edición basados en las observaciones astronómicas emanadas de la expedición equinoccial francesa enviada por la Academia Francesa de Ciencias” (Safier, 2004, 64). A nivel gráfico la edición retrocedía al dar como imágenes detalles del inca y la coya de la primera portada de Baudoin reproduciéndolos en láminas separadas (Diapositivas 85 y 86), pero de manera idéntica sin agregarle ningún tema de precisión que pudieran haber aportado el dibujo de Frézier. Añadía una lámina del *Inca sacrificando al Sol* (Diapositiva 87), con una representación del disco solar más propio de la tipificación de Luis XIV como *Roi Soleil*, que uno propio del soberano andino. Agregaba también una lámina totalmente inusitada en el repertorio asociado a los Comentarios Reales (Diapositiva 89), una reproducción a toda página de la planta de la quinina, basada en el espécimen recolectado y graficado que M de la Condamine que acababa de enviar en su reporte a la Academia de Ciencias de París (Diapositiva 90). Vemos así que si bien había expectativa por temas botánicos, los elementos esencialmente gráficos asociados a novedades relacionadas a poblaciones, razas y culturas sud americanas simplemente no permeaban el espectro de los intereses del público y de los editores europeos⁴⁸.

Tras esta larga y farragosa descripción de ilustraciones relativas a los incas, lo más cercanos que podemos encontrar al tema del indio del Perú, podemos afirmar que el esfuerzo realizado por Ulloa y Juan de presentar a su público imágenes realistas de los indígenas (de Quito) y las construcciones de los incas, quedaban en la edición de 1752

⁴⁸ La aparición de *Lettres d'une Péruvienne* (1747) novela epistolar de Mme. de Graffigny, éxito de ventas y traducciones del siglo XVIII, confirma la tendencia gráfica observada (Diapositiva 91 y 92). A pesar de que la heroína es Zilia, una princesa incaica secuestrada del Cuzco, y que son sus 41 cartas las que conforman la novela, las ilustraciones la muestran siempre como una parisina a la moda, aunque lleve un medallón del sol en el pecho y un tocado de plumas en la cabeza o que en otras de sus ilustraciones aparezcan algunas de sus riquezas de oro y plata traídas posiblemente del Perú.

totalmente desacreditados por la inclusión de una serie de gráficos que sólo servían para reforzar los estereotipos que se tenían de las poblaciones y territorios que la costosa publicación patrocinada por la corona española y el esfuerzo de los marinos había logrado establecer. Prueba de ello es que en 1777 al aparecer *Les Incas ou la destruction de L'Empire du Pérou*, de Marmontel “el libro más influyente del siglo XVIII sobre personajes peruanos o incas” (Poole, 2000, 65), las imágenes que presentaban desde *Los votos de Cora*, o *El sueño de la familia de Atabaliba*, *Huáscar prisionero de Atabaliba*, o *El salvataje de Amazil*, las imágenes a cargo de J. M. Moreau mantienen la representación de los incas combinando los estereotipos romanos con los penachos y desnudeces de los indios Tumipampas (Diapositivas 93 a 97).

El listado de estas imágenes que pueblan las ediciones de la literatura incaista francesa nos muestra la dificultad que presenta el desarraigo de un estereotipo, una vez que logra fijarse en un grupo. Poole ha señalado que, “Una constelación identificable de ideas actitudes e impresiones y conocimientos de los Andes y el Perú toma su forma en Francia precisamente durante los años que transcurrieron entre su viaje de 1735 y la segunda edición de su *Relation en 1778*” (Poole, 2000, 41). Sin embargo creemos que las imágenes y símbolos utilizados, son los mismos que existían previamente a la partida de La Condamine, y no estamos hablando de las imágenes propuestas por Frézier, sino a materiales anteriores, del siglo previo que el famoso viaje de los académicos tan solo pondrá en *vogue*. Esta moda, lejos de ser un interés por los peruanos y los incas, es en parte un entretenimiento intercambiable con cualquier otro pueblo exótico, sean turcos o lapones, y es tan sólo un rebrote de las controversias morales de la leyenda negra.

Poole sitúa el fin de esta moda ya en el siglo XIX “con el surgimiento del moderno discurso científico sobre raza, fisonomía y fenotipo” elementos que se convertirán gracias a la aparición ... de la fotografía en la “principal preocupación que animaba el encuentro visual de Europa con los pueblos andinos” (Poole, 2000, 50).

Es innegable el impacto que especialmente la fotografía logrará generar en la nueva concepción que Europa llegará a tener sobre el hombre andino difundiendo de manera popular contenidos del racismo científico europeo. Pero consideramos que Poole pasa por alto un momento previo a la fotografía y es el propio interés que aparecerá por la imagen del indio peruano en el circuito virreinal al amparo de los pedidos de información

metropolitanos. Nos referimos a una sucesión de documentos gráficos que empiezan a aparecer a partir de 1770, desde la época de los cuadros de castas del virrey Amat, y que se convierten en una avalancha de información que resulta difícil de cubrir por completo y que genera y desemboca además en un interés costumbrista por los tipos humanos, que es ya un fenómeno que escapa a los parámetros temporales de nuestro estudio.

Antes de la aparición de los elementos raciales, veremos una tipificación de los elementos que caracterizan a los individuos andinos con mayor fuerza e importancia que sus rasgos fenotípicos, que como fruto de empezar a mirar, observar, y ver al indio por primera vez, establecen la imagen del indio.

“Al interior de cada raza se consideraba que algunos eran equivalentes a otros en tanto representantes de su tipo. Según las categorías raciales se comparaban a los individuos con el propósito de asignarles tanto una identidad como un valor social relativo. En este libro sugiero que las imágenes coloniales –o no europeas– participó de una forma específica en la consolidación, propagación y popularización de esta lógica de comparación y equivalencia” (Poole, 2000, 25)

Por lo que veremos a continuación creemos que el proceso es justamente inverso. Es la búsqueda de las diferencias estamentales la que genera necesidad de mirar atentamente las diferencias fisonómicas. Las diferencias raciales aparecen como parte del proceso, no de comparar y ecualizar a todos los individuos del grupo, sino de hallar diferencias entre los miembros de la cohorte y darle valores diferentes, no al universo de indios como los otros, sino al individuo. De este modo la representación de actividades, actitudes, vestimenta, adornos, entorno y peculiaridades personales entran a formar parte del proceso de la representación. El resultado es un primer intento por mirar las diferencias culturales, sociales y jerárquicas entre los indios de ese universo.

4.2 BUSCANDO UN INCA PARA LAS COLECCIONES REALES.

4.2.1. La serie de castas de virrey Amat

El 13 de mayo de 1770 el virrey del Perú, Manuel de Amat enviaba al Real Gabinete de Historia Natural un grupo de objetos de *“las raras producciones que ofrecen estos Dominios”* las que eran acompañadas por una serie de veinte lienzos donde se describía

“la notable mutación de aspecto figura y color que resulta en las sucesivas generaciones de las mezcla de Indios y negros...” (Katzew, 2004, 221, n 84). Podrá objetarse que la serie de Amat no constituye material propio de una expedición científica, pero no será una observación totalmente válida en tanto que, estaba enfocada en satisfacer las exigencias de un mismo público e instituciones y que en cierto modo completaban los envíos que los expedicionarios realizaban. Recordemos que cuando Ulloa visitó México en 1777 llevó de regreso a España una serie de cuadros de castas comisionada por el virrey Bucareli para sus deudos (Katzew, 2004, 179). Ulloa quien había redactado las *Instrucciones para el envío de materiales raros y curiosos para el Real Gabinete de Historia Natural*, y tuvo también el encargo del virrey Amat en 1767 de llevar materiales para las colecciones reales⁴⁹.

Entre aquellas 20 pinturas destacaban dos, una pareja de indios civilizados o serranos y una de indios selváticos. Increíblemente desde que Ulloa incluyera en su *Relación Histórica* su lámina de los indios de Quito, en 1748, es decir 22 años atrás, era esta la siguiente representación de indígenas que se realizaba, e inimaginablemente se convertía en la primera representación de un indígena tributario serrano peruano. La serie de castas del virrey Amat se hacía con el ánimo de enriquecer la colección del gabinete que devendría en Museo de Historia Natural y para “la ilustración del Serenísimo Príncipe de Asturias” (Katzew, 2004, 221, n 84).

La confección de la serie de castas del Virrey Amat, no fue un hecho aparecido de manera fortuita en el virreinato del Perú. Se trató de la importación de un género de larga data de la Nueva España donde se afirma que el artista Manuel Arellano había ya pintado una serie datada en una época tan temprana como 1711 de la cual han quedado cuatro secciones de la misma (Katzew, 2004, 10) y que el virrey duque de Linares en 1715 “mandó pintar a un prestigioso artista mexicano Juan Rodríguez Juárez, una serie de

⁴⁹ También debía acompañar a los indios nobles Domingo Uchu Inca y a su hijo Manuel “donde el niño podría estudiar lejos de cualquier posible complot contra la autoridad colonial”, pues luego de la abortada conspiración de Lima de 1750 el temor hacia los indios nobles era cada vez mayor En el Seminario de Nobles de Madrid el rector era Jorge Juan quien se convirtió en benefactor del alumno (O’Phelan, 2013, 12, 234).

cuadros para presentar al rey y su corte las mezclas raciales existentes en la Nueva España (Romero de Tejada, 2000, 18).

La temática de castas, la que ha sido considerado “*el primer género autónomo americano*” (Villegas, 2011, 9), tuvo tal éxito que según Katzew se han documentado a la fecha más de un centenar de series mexicanas en todo el siglo XVIII hasta perderse en medio de composiciones menos imaginativas, en la primera década del siglo XIX cerca a la fecha en que se extinguieron los gremios de pintores en 1813. A partir de esos años empezaron a ser olvidadas, hasta que en 1884 el antropólogo Hamy encontró una serie incompleta en París, pintada por Ignacio de Castro y consideró que su valor era tal que debía comprarla para incluirla en la colección del museo del Trocadero (Katzew, 2004, 5, 37). Consideramos que el interés que le suscitó la colección de cuadros de diversas mezclas raciales llevó a Hamy, una lectura muy distinta de la que buscaban despertar sus creadores. Si para los productores de dichas pinturas el interés estribaba en entender los límites de los estratos socio raciales de la comunidad novo hispana, en buena cuenta entender la mezcla, Hamy leía la serie con las premisas del racialismo propio de fines del siglo XIX, buscando diferenciar las razas.

Sin embargo la implantación del nuevo género en el Perú tampoco fue un hecho artificial, una serie de condiciones permitieron y provocaron la factura de dichas obras. Aun si dejamos de lado los intereses clasificatorios que la lógica de Buffon y Linneo habían ido imponiendo en la mentalidad del momento, la formación de colecciones de objetos peruanos que empezaban a enviarse a la metrópoli, incentivaba la creación de este tipo de producciones. Del hecho mismo que estas pinturas se enviaran junto con:

“cincuenta cocos, que producen los árboles de la sierras que llaman los Andes un arma de madera de uso de los indios que comúnmente llamamos macana, 4 pellones labrados y teñidos en la serranía por los indios, como 4 o 5 arrobas de lana de alpaca que por ser blanca se hace muy particular” (Romero de Tejada, 2000, 22)

Queda bien en claro que más allá de la importancia artística que estas obras puedan tener actualmente, en el momento de su ejecución son preeminentemente objetos de carácter científico con un cometido eminentemente didáctico ejercido, no desde un museo de

Bellas Artes sino, desde un Gabinete de Historia Natural, complementando la información proporcionada por los cocos, la macana o la exótica lana de alpaca que venía de los lejanos territorios. Eran parte de una serie aun más amplia de envíos al museo, pues Amat venía enviando desde 1768 “*aves locales de las montañas, y ejemplares de almendros*” o la remisión de 1772 de siete cuadros de frutos exóticos, o el despacho en 1774 de flechas y arcos tomadas a los indios de las Montaña y nuevos especímenes ornitológicos (Katzew, 2004, 151-4). Eran en suma parte de un recorrido didáctico sobre las poblaciones, variedades y realidades del reino del Perú, que la corona propiciaba. Sólo así se explica que órdenes reales de 1776 siguieran animando a los funcionarios al envío de “*curiosidades del mundo natural y artísticas*” (Katzew, 204, 154).

La serie de Amat, se inicia con una *Pareja de indios infieles de Montaña y misionero* (Diapositiva 98), que lamentablemente se encuentra en muy mal estado de conservación habiendo perdido prácticamente toda la capa pictórica referente al personaje masculino de la pareja y al misionero que según el título forma parte de la composición. A pesar de la devastación producida por el tiempo es posible reconocer que el indígena ya no es representado como un indio desnudo como los de las obras de De Bry o los Tumipampas de las antiguas convenciones europeas. El sujeto se encuentra arropado con una *cushma* de tela marrón que le llega por debajo de las rodillas, lo que lo diferencia de la desnudez de las representaciones de indios Mecos y Apaches incivilizados de las series mexicanas. Presenta así mismo una corona plumaria y porta en su espalda un carcaj pero lejos de adoptar una actitud beligerante abraza cariñosamente a su acompañante. Su mujer por el contrario no presenta el *chitonte* típico de la mayoría de las tribus de la Montaña que hubiera llevado a la necesidad de mostrar los senos al descubierto, por lo que está ataviada con una túnica con mangas y se encuentra adornada con numerosos collares y pulseras de cuentas y mira con afecto maternal al niño que lleva desnudo pero envuelto en hojas de plátano (detalle que también sirve para recordarnos su primitivismo). Lo interesante de la pintura es que aunque las características fisonómicas de la indígena no son estrictamente selváticas, (podríamos calificarla según las tipologías de época como zambaiga quizá) revelan el esfuerzo del pintor por dar una descripción realista de los individuos representados. La aparición del misionero junto a la pareja es así mismo un recordatorio de la continua expansión del virreinato, de esa misión por abrir nuevas veredas que el Mercurio Peruano mencionará repetidas veces en los relatos de Sobrevuela

y Barceló (Mercurio Peruano, 1964, IV). Concluiremos el análisis mencionando que de toda la serie, esta es la única pintura que representa a una madre amamantando a su criatura. La alusión no es baladí y por el contrario pensamos que alude o ejemplifica la idea de que la naturaleza ordena a las madres a amamantar a sus propios hijos y no entregarlos a las amas de leche que junto con la alimentación podían transmitir enfermedades y más peligroso aún las costumbres propias de los sirvientes. Debemos recordar que cuando se pinta el cuadro el debate sobre las amas de leche se encontraba en su cenit y tomaban parte en el personajes como Linneo, Rousseau, Clavijo y Fajardo, (Katzew, 2004, 113). También será un tema de discusión en Lima, exacerbado por las querellas anticriollistas y aun años más tarde tendrá repercusiones en el Mercurio Peruano, en la carta que remite en este sentido *Estaquio Filomates* (Mercurio Peruano, 1964, I, 59).

La segunda pintura de la serie *Indios serranos tributarios civilizados* (Diapositiva 99), felizmente se encuentra en mejor estado de conservación. Comparte junto a los indios de la montaña y el de los *Negros Bozales de Guinea*, una coloración muy oscura. Nos parece que dichas tonalidades y el trazo poco nítido, revela timidez en el pincel de Cristóbal Lozano (o del pintor a cargo perteneciente a su círculo), quien justamente en estos cuadros, debe encarar unos rasgos poco conocidos por representar (pensando en la mujer selvática) o con aquellos personajes como los indios de la sierra o los negros bozales con los que se siente menos cómodo de retratar.

Wuffarden al analizar los serie de Amat que atribuye al círculo de Cristóbal Lozano, considera en cambio que los tonos “*monocromos y sombríos asociados con los indio y lo negro puro, buscaba enfatizar de una manera más bien subliminal, el carácter “civilizador” ejercido por la presencia peninsular en América*” (Wuffarden, 2000, 62).

Volviendo al segundo cuadro de la serie nos encontramos con una pareja de indios, fisonómicamente muy bien logrados. De hecho el rostro enjuto, prieto, reseco y agrietado, y nariz aquilina supera en realismo al fenotipo de la mujer selvática, resultando mucho más creíble. En la pintura ella lleva a su hijo amarrado a la espalda mientras ocupa sus manos hilando algodón con la *pushca*. Su vestimenta revela una faja colorida en la cintura y la *lliclla* en la que porta a la criatura revela franjas de color que no necesariamente corresponden a patrones reales, tal vez distorsionados por los sombríos tonos del cuadro.

Si se mira con atención bajo el lazo de la manta portadora aparecen tímidamente los esbozos de un tupo doble de plata. Su acompañante viste un blusón ceñido por una faja con diseños, lleva una sogá o lazo en brazo (en alusión a sus labores rurales) y en la otra mano sostiene un cuadernillo de partituras con notación musical y texto escrito, en alusión a su participación en coros de música sacra (oponiéndolo a manifestaciones de música vernácula).

Estenssoro ha señalado a este respecto que “*desde el siglo XVI los cantores de doctrina fueron presentados como modelo del indio ejemplar. La época de Amat ve el inicio de un resurgimiento de la actividad musical en los pueblos de indios*” (2000, 89). Es válida también la relación que plantea Wuffarden de la imagen del indígena sosteniendo una partitura, con la relación de la música que hace alusión al carácter melancólico del indio, manifestado ya en los estudios sobre el yaraví apuntado por *Sicramio*, e incluso situado por Unanue en las páginas del Mercurio Peruano como lo hiciera ya notar Estenssoro en su estudio sobre *Música y sociedad coloniales* (Wuffarden, 2000, 62; Estenssoro 1989, 34-7).

Sin embargo debemos anotar que la asociación de la música y la melancolía de los indígenas es notada casi ochenta años antes por el viajero Le Barbinais cuando asiste a fiestas indígenas en las que se recordaban “*muy claramente la memoria de sus últimos incas y se juntan en parajes alejados para celebrar su memoria*” y presta atención a su música, “*ellos cantan en su lengua y tocan sus flautas con aires melancólicos, que llevan a la compasión a aquellos que los atienden...*”. Dicha experiencia lo lleva a aseverar que los indios: “*son de un natural bilioso y de humor negro que los llevan al deseo de la muerte y a precipitarse de lo alto de las montañas para reencontrarse con sus príncipes y darles en el más allá los servicios que en este les brindaban* (Le Barbinais, 1728, 84).

Si seguimos observando la serie podemos aun encontrar algunas descripciones más de indias (cuando dan origen a las castas). Es el caso del cuadro tercero de la serie *Español e India Serrana o Cafetada* (Diapositiva 100). En este cuadro la coloración ha cambiado, apareciendo colores vivos, pero por contraste fisonómicamente la mujer indígena pierde parte de sus atributos de indio puro y se acerca más a las características de las castas o del mestizaje pues visiblemente no es ya una india pura, es menos oscura que la india de la sierra y presenta nariz respingada, rostro lozano y redondeado. Cabe también

preguntarse si en el imaginario del pintor, la vida citadina y el mismo hecho de propiciar el mestizaje, convierte a la india “pura” en una *india menos india*, llevándola a disminuir su *otredad*, o si simplemente el pintor tenía frente suyo a una modelo que no encaja en el fenotipo racial que el anuncia representar.

Es de resaltar que fruto de la nueva paleta aparece la vivacidad de la *lliclla* que presenta la mujer y el detalle del bello tupo de plata doble entrelazado por una cinta, que su pareja española le obsequia. A diferencia de la india civilizada presenta además collar, aretes y sortija, atributos de un lujo más urbano.

En la pintura 16, *Mestizo con yndia* (Diapositiva 101), se mantienen los colores vivos pero nuevamente la india representada mantiene las características fenotípicas menos puras del cuadro anterior. Su relación con el mestizo no le permite el uso de joyas salvo un collar de cuentas pero lleva un chaleco blanco con flores bordadas y una blusa blanca arremangada vistiendo de un modo más occidental que la mujer del cuadro 3. La *india con mulato* (cuadro 17) (Diapositiva 102) viste más pobremente que en el caso anterior. El cuadro 19 *Negro con yndia* (Diapositiva 103) aunque retrata un sujeto que está más abajo en la escala social curiosamente este aparece vestido como con cierto lujo a la española y su pareja con tocado de flores, aretes y sortija. La repetición fisonómica de la retratada de las tres últimas pinturas incluso nos hacen sospechar que el pintor utilizó a la misma modelo (por cierto no una india pura) para la realización de los retratos.

Contemporánea a la serie de Amat, es la serie de castas del coronel de milicias Gregorio de Cangas, no es propiamente una serie pictórica sino que es una ilustración parte de un manuscrito existente en el Museo Británico conocido como *Descripción en diálogo de la ciudad de Lima*⁵⁰(Diapositivas 104 y 105). Fue publicado en la revista *Inca* (1923, 929-36) con las mencionadas láminas que ilustran la miscegenación en Lima, aunque a

⁵⁰ El título completo es: “*Compendio Histórico, Geográfico, Genealógico y Político del Reyno del Perú. División por mayor de la América Meridional. Descripción en diálogo de la ciudad de Lima, su comercio, fuerzas, aves, y flores, ríos temperamentos enfermedades y plagas que padece. Las Provincias de todo el Reyno con las Ciudades Villas y haciendas que las comprenden, las distancias hasta la capital de Lima con los frutos, tratos y comercios de cada Jurisdicción, el cuerpo general de los Indios Tributarios, reservados jobenes y mujeres y Caciques, con formal distinción de ellos, encada Ciudad, Pueblo, y Hazienda. Las Audiencias Tribunales y Cajas Reales del Reyno, con el monto de la Alcavala de Tarifa de Correx y lo que se satisface por sueldos y gasta en todo e Reyno. Los Arzobispados y Obispados, con la jurisdicción de cada uno, los curas y sínodos que Gora. Los conventos de religiosos, Monasterios e Monjas, beaterios y Colegios. L serie de los Virreyes y Monarchia de los Incas con otras noticias particulares y dignas de memoria pro su mérito... Año de 1780*”.

diferencia de las series que estamos analizando esta serie a pesar de anunciar 21 ramas o especies de nacionales, tan sólo presenta 16, inexactitud con la que quizás perdemos las descripciones gráficas de la familia que da origen a los indios puros. Por lo tanto tan sólo nos queda el análisis de algunas mujeres indias de los diferentes cuadros, madres del *cholo*, del *tente en el ayre*, del *mestizo* y el caso de un indio que es padre del *chino*, y que se le representa descalzo y en traje sencillo envuelto en un rebozo que no llega a ser ni capa ni poncho y es diferente al traje de los demás castas o de los españoles. La representación principalmente se basa en los peinados, en el vestuario, donde las mujeres indígenas presentan siempre su *lliclla* cerrada, y en la desnudez de los pies, antes que en la complejidad de los rostros que es más o menos típico a todos los personajes menos a los de alta concentración de sangre negra en donde el cambio cromático lleva la preeminencia⁵¹.

A diferencia de las series mexicanas en las que aparecen alusiones al ejercicio de oficios de los individuos retratados, así como representaciones de la vida cotidiana, la series peruana es muy parca en la descripción de estos detalles. Tampoco es mayor el despliegue de elementos de la naturaleza en las pinturas, consignándose tan sólo algunos pequeños adornos de flores en alguno de los lienzos.

Acaso la falta de interés por una representación de la flora peruana en los cuadros de la serie de Amat se deba a que la *Expedición botánica al Perú* de Ruiz y Pavón (y Dombey), pese a su dilatada estancia en el virreinato recién se iniciaría en 1777, es decir un lustro más tarde. Amat de todos modos subsanó la carencia ordenando que los elementos botánicos fueran representados por separado en una serie de siete pinturas de flores y frutos que se envió a la colección madrileña en 1772 y lo explicitó de esta manera “*por parecerme no menos peregrinos en la Historia de la Naturaleza estos frutos vegetales que los son en ella y en la escuela de la Providencia*”(Katzew, 2004, 221, n 85).

Con ello quedaba claro que la representación de los indígenas y las castas y las flores y las frutas, eran parte de un continuum, de una naturaleza americana a representar. Y es

⁵¹ Para un análisis del texto que acompaña estas imágenes véase, Estenssoro, (2000, 79). También ha escrito al respecto Lohmann, (1976) ;Pino Díaz (2004, 62).

en la necesidad de esa representación precisa de esos diversos especímenes de géneros tan variados que debemos encontrar ese nuevo interés por representar al indio con sus características fisonómicas desarrolladas con la mayor exactitud posible.

4.2.2. La serie de Vicente Albán

Casi una década más tarde Vicente Albán replicaría para Quito una serie de castas (1783) en la que unificaba la intención de ambos envíos de Amat, produciendo un hermosísimo grupo de seis cuadros probablemente destinados al mismo Gabinete madrileño en la que indios, negras y españolas aparecían perfectamente representadas en medio de las producciones vegetales y florales del reino de Quito. La influencia provino de la *Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada* que empezó ese mismo año, pero que José Celestino Mutis había venido promoviendo y preparando desde varios años atrás, y quien según Blechmair:

“Parece ser que Mutis encargó los cuadros de mestizaje a Albán, este trabajaba en Quito y Mutis tenía acceso a varios de los talleres artísticos de la ciudad a los que acudía en busca de pintores para su expedición. Su participación directa explicaría por que los cuadros de mestizaje transforman motivos florales de los elementos decorativos a menudo presentes en el arte quiteño en un tema central de estas pinturas” (Bleichmar, 2016, 112, 226).

La serie de Vicente Albán no es propiamente una serie de castas puesto que su predilección son las razas puras. Villegas establece una relación entre la serie de Amat y la de Albán frente a las series mexicanas en el sentido que mientras que estas *“integran oficios como un proyecto de ordenamiento social”*, aquellas representan grupos sociales *“más que retratos individuales”* y se pregunta si estas series se tratan de un proyecto *“para establecer el orden social, jerarquizando y asimilando a los originarios del continente”* (Villegas, 2011, 9)

Volviendo a la serie de Albán, de las seis telas dedicará cuatro a los indígenas. Así retratará un *Yndio principal de Quito en traje de gala* (Diapositiva 106), *Yndia en traje de gala* (Diapositiva 107), *Yndio Yumbo de las inmediaciones de Quito con su traje de plumas y cormillos de animales de caza que usan cuando están de gala* (Diapositiva 108) y finalmente *Yndio yumbo de Maynas con su carga* (Diapositiva 109). Si dejamos de lado

la exuberante representación de árboles y frutos que se acumulan literalmente en cerros sobre unos plintos en los que se anotan las variedades de las frutas mostradas, notamos una diferencia fenotípica importante entre el indio y la india principales en traje de gala y los indios yumbos con plumas y con carga. Los primeros son civilizados y urbanos. Sus vestiduras revelan su riqueza y elegancia con capas recamadas y trajes de encaje en el caso del varón y mantillas plizadas, blusas de encaje, collares y aretes de coral y un vistosísimo tupo de oro. La carnación en ambos cuadros es diametralmente diferente a la de los indios yumbos. Los indios civilizados, elegantes, fisonómicamente son casi españoles salvo una cierta acentuación de las narices aquilinas. Por otro lado son casi tan blancos (tan solo un grado cromático menos) como la española del cuadro *Sra. Principal con su negra esclava*, de la misma serie. Los indios yumbos por el contrario son notablemente oscuros.

La oposición entre ambas coloraciones no es una coincidencia puede significar que la vida en sociedad blanquea cultural y físicamente a los personajes. No olvidemos que La Condamine consideraba que el color de los indios de la selva “atezados y de color rojizo o más o menos claro” debían los grados diversos de su pigmentación al clima y en especial a la temperatura del aire:

“la diferencia del matiz tiene verosímilmente por causa principal la diferente temperatura del aire de los países que habitan, que varía desde del calor abrazante de la Zona Tórrida hasta el frío originado por la proximidad de la nieve” (Condamine 1993, 39).

Teoría que la hará suya Buffon en su discurso “*Variétés dans l’espèce humaine*” (1749) en su intento por incluir a los humanos en la clasificación de la historia natural (Buffon, 2007, 391). Es anterior también a la aparición de las tipologías raciales propuestas por el *Systema Naturae* de Linneo que si bien había aparecido en su primera edición en 1735, constaba tan sólo de 11 paginas y no se refería al hombre más que como *Homo Diurnis*. Habrá que esperar hasta la décima edición de 1758 para que catalogase al hombre como *Homo Sapiens* y lo incluyese dentro de los primates y simios. Es recién allí que lo categoriza en cuatro sub especies *Americanus*, *Asiaticus*, *Afer* y *Europeanus*, y dos sub géneros monstruosos. Es interesante que el *Americanus* a diferencia del europeo “gobernado por las leyes”, era “gobernado por las costumbres, presentaba un color

rojizo, y era amante de la libertad...” (Notton & Stringer, 2014, 43). Por su parte Bouguer comparaba a los indios de la selva con aquellos que viven del lado occidental de la cordillera sobre el Mar del Sur “*que son casi tan blancos como nosotros*” pues ellos que viven en un país con calma perfecta, no están expuestos a un “*halo violento y continuo que sopla del este*” que si llegara a los indios del lado occidental también los volvería tan rojizos como a los otros. Este viento o halo es atajado por las cordillera y “*pasa una legua sobre sus cabezas*”. Independientemente de esta influencia que se manifiesta en la carnación, ellos se distinguen de nosotros en la falta de barba y vello corporal, en sus largas cabelleras del pelo negro, lacio, grueso y muy fuerte. Concluye de este modo “*si uno piensa que la distinción de la carnación viene de la temperatura y del clima, podrá concluir que todos los demás accidentes dependen de las mismas causas*” (Bouguer, 1749, CII).

A fines de siglo, es decir en tiempos casi contemporáneos a la composición de la serie de Vicente Albán, Aristio (seudónimo de Hipólito Unanue) consideraba que los indios “*tienen el color más claro de los peruanos aun algunos como los Conivos, competirían con los europeos, si la vida montarás, las unturas, los sancudos y mosquitos con sus picadas no los ennegrecieran*” (Mercurio Peruano, 1964, iii, 77-9)

Volviendo a la serie de Albán, vemos que mientras que los indios civilizados y educados degustan una tuna o muestran el fruto del palto los indios yumbos nos muestran su desnudez y la vida montaraz. El que viste de gala muestra sus plumas, sus collares de dientes de animales cazados y sus armas con galanura, el que se dedica a labores serviles tan sólo con pintura facial y un taparrabo oscuro se dobla bajo el peso de una voluminosa carga. Aunque no son civilizados son en cambio eminentemente pacíficos posando para nosotros en sus galas o trayendo a nuestras mesas un abultado avío de frutos silvestres.

Bleichmar hace notar la presencia, tras la lujosa vestimenta de los indios principales de dos pequeñísimos dibujos casi escondidos “*descritos como indio o india del campo... descripciones de peones rurales, ambos pobremente vestidos y con larga carga sobre la espalda*” (Bleichmar, 2016, 206).

Bleichmar ha desarrollado con precisión la idea de como aquella serie aporta el color local a las ilustraciones de historia natural desarrollando un arco completo desde la

invisibilización y a la descontextualización del medio local apreciable especialmente en las ilustraciones de la expedición de Malaspina (Bleichmar, 2016, 200). Como la autora ha señalado hay tendencias muy marcadas en la forma como se lleva a cabo la representación de la naturaleza oscilando entre invisibilizar la naturaleza americana a la manera de los especímenes taxonómicos de la flora dibujada en una hoja en blanco, o un animal en el que su medio natural ha sido borrado, descontextualizado “*esta desaparición de la especificidad geográfica está vinculada a una visión extractiva de la naturaleza*” (Bleichmar, 2016, 190).

Por el contrario aparece una posibilidad inversa, contextualizante, llena de color local en el que los especímenes de la flora, la fauna o en su caso humanos como en los cuadros de castas son rodeados de lugares, poblaciones y elementos típicos: “*Son un arte de exportación, expresamente creado para transportar especímenes a distancia a fin de que ojos peninsulares pudieran verlos en su entorno*”. Contrariamente a lo que se podría pensar estas imágenes también pretenden lograr una clasificación, no una taxonomía linneana sino: “*profana que intentaba ordenar el mundo natural, seres humanos incluidos de acuerdo con categorías americanas*”. Es así como aparece el color local en estas imágenes dando una gran importancia a “*la relación inalienable entre el territorio, la flora, la fauna y las poblaciones humanas de las Américas*” (Bleichmar, 2016, 190).

4.2.3 Martínez Compañón

Trujillo del Perú obra monumental mandada a realizar por Baltazar Jaime Martínez Compañón (1737-1797), con sus 1411 acuarelas realizadas entre 1781-1789, es un código privilegiado no sólo para el estudio de la arqueología y etnología peruanas (vid supra), sino para comprender la evolución del interés gráfico por la imagen del indio en sus distintas variables. Si en la serie de castas de Amat de 1770 se lograba distinguir entre el indio converso de la sierra y el infiel de la montaña, veremos que para Martínez Compañón, indio no es una categoría que representa a todos indígenas del virreinato, sino por el contrario en su diócesis hay muchos indios diferentes, lo suficientemente distintos que son necesarias casi 200 láminas para representarlos.

Se podrá argüir que dentro de la sucesión de viajeros exploradores, una visita pastoral obedece a distintos criterios que a los de las expediciones científicas. Sin embargo, en defensa de tan singular documento diremos que estaba destinado, junto con los envíos

que se fueron realizando, a satisfacer las cada vez mayores apetencias de objetos y de información de las colecciones reales pues estas, cajas con objetos e ilustraciones “*por las que el Obispo no recibió ninguna subvención especial... iban dirigidas al Real Museo de Historia Natural, a la Real Farmacia y a los Reales Jardines Botánicos*” (Berquist, 2014, 9) y en última instancia eran considerados como un regalo para la instrucción del Príncipe de Asturias (Trever, 2012,107). Tanto sus dibujos, como sus envíos de antigüedades, satisficieron los intereses de las mismas audiencias, y su recolección se vio ayudada por los funcionarios que pertenecieron al mismo grupo que colaboró con las expediciones, por tanto se recogieron con criterios similares, y sirvieron en los años sucesivos como insumos para obras que bien forman parte del corpus que estamos examinando.

Existen diferencias notables entre los distintos tipos de ilustraciones presentadas por el códice Martínez Compañón. Encontramos por un lado láminas dedicadas a los planos arqueológicos que demuestran una conocimiento muy elaborado y técnicamente al día, semejantes a los de las excavaciones contemporáneas mexicanas o a las grandes publicaciones reales que recientemente habían aparecido sobre Pompeya y Herculano (Pillsbury, 2012, 8 y 9; Cabello Carro, 2012, 266-9). Al decir de Pérez, “*el cartógrafo español Clemente del Castillo formó parte de la comitiva permanente de Obispo*” (Pérez, 1955, 63) y el “*coronel de milicias Miguel de Espinach*” fue de especial importancia para la ejecución de elevaciones y trazados (Ballesteros, 1978, 40). Gonzáles Húmeres, menciona “*las numerosas láminas que el obispo encargó a dibujantes que le acompañaban en sus recorridos...*” (1991, ix), lo que sin hablar de las etnias de los artistas nos sugieren una dedicación permanente a lo largo del dilatado lapso de la visita. También se ha mencionado otra serie dibujos en las que participan artistas con un mayor aire regional, tal vez eran artistas locales, no académicos pero si experimentados, probablemente “*pintores murales*”, acaso libertos de la circunspección del obispado, que nos recuerdan muchos de los murales de zaguán que aun se pueden ver en Trujillo (Trever, 2012, 117-8; Pillsbury y Trever, 2009). Por su parte Rivasplata ha anotado que la gran similitud existente ente todos los dibujos, realizados y concluídos en Trujillo, los cuales aunque anónimos indudablemente deben pertenecer a un colectivo artesanal existente en Trujillo a la llegada del obispo pues “*llama la atención la precisión de los*

trabajos y la utilización de la escala en varas castellanas. La caligrafía está muy bien lograda” (Rivasplata 2015, 236).

El Padre Esteban Puig menciona como participantes del equipo “*al colombiano Antonio García y al quiteño Salvador Rizo... y otros que provendrían de Quito*” (Ballesteros, 1978, 39). Quisiéramos saber más sobre el origen de esta afirmación de Puig quien lamentablemente luego se lanza a nombrar una serie de nombres de artistas adscritos a las expediciones del momento, lo que no resulta muy creíble⁵². La relación con Quito es muy sugerente porque podría vincularlo con los métodos empleados por Mutis para preparar a los artistas de su propia expedición. Mutis contrató dibujantes, empezando en Mariquitas desde 1780 y luego en Quito en grupos sucesivos. Al final de su tarea había empleado a unos 45 pintores jóvenes que provenían de los talleres especializados en el pintado de retratos y miniaturas, que luego reconvirtió, en especialistas de pintura botánica, con excelentes resultados pues hasta llegó a crear una formula local de representación botánica (Bleichmar, 2016, 110-115).

En una reciente publicación Emily Berquist, presenta una hipótesis diferente y es la de la participación de pintores indígenas, que harían el trabajo de campo, “*ellos aportaron su versión en el testimonio oral preservado en el inventario de la elección y en las imágenes que ellos pintaron*” (Berquist, 2016, 149). Curiosamente, Berquist señala que haciendo pintar a los naturales, el obispo pretendía enunciar un mensaje sociopolítico ante las autoridades de que los indígenas eran fuente valiosa de información (2016, 149)

Uno de los problemas con el texto de Berquist, a contrapelo de lo que mencionan los demás autores, estriba en la imaginación de un Martínez Compañón viviendo en una Utopía indígena seiscientista, alejada de la sociedad hispánica, por lo que salvo algunas autoridades, todos los involucrados en la composición del código son indios vernaculares, sin dejar un espacio para la participación de miembros de la bullente plebe urbana trujillana como colaboradores alternativos, miembros de las castas o incluso de criollos. Macera estudiando la pintura popular andina, nos recuerda que aun entre los artistas

⁵² Puig señala “*otros serían españoles... ...puede ser que estuvieran José Brunete, Isidro Gálvez que fueran maestros de varios artistas en el Perú como José del Pozo Francisco Pulgar Agustín Mansilla, el milanés Fernando Mambrilla y el cartógrafo y buen dibujante José Clemente del Castillo*” (Ballesteros, 1978, 39). Creemos que hay una parte de los dibujos de personajes indígenas en las láminas que ciertamente obedecieron a una mano muy alejada de los modos académicos. La parte de botánica no responde a ninguna convención botánica de la época ni la europea ni la local inaugurada por C. Mutis.

populares, la palabra popular puede esconder un espectro muy amplio cuando se pregunta “¿Hasta que punto podemos llamar ‘hombre del pueblo’ a un pequeño aristócrata de provincia como Tadeo Escalante...?” (Macera, 1979, XVIII). Del mismo modo que la referencia a pintores indígenas ya presentaría serios problemas de definición sin mencionar la problemática exclusión de miembros de los distintos estamentos de la sociedad trujillana.

Berquist imagina una férrea cadena de informantes indígenas e ilustradores indígenas casi campesinos perdidos en un espacio rural, al punto que casi son indistinguibles con los herborizadores, las mujeres que preparan la chicha y los curanderos mezclando ungüentos indígenas. Confunde hasta cierto punto la preparación de los herbarios con las ilustraciones mismas, al punto que no sabemos que “materiales” entregaban estos colaboradores a los párrocos y estos a sus superiores o en que nivel se encontraban los acuarelistas, que finalmente aparecen ubicuos y adscritos en un espacio casi catedralicio bajo la supervisión del obispo pero allí sólo pintando de herbarios prensados (2016, 158-161).

Tema de la mayor importancia es el de la autoría de las láminas del código. Preocupado por el grupo de dibujantes al servicio del obispo, Restrepo planteó la existencia de un equipo conformado por tres artistas como productores de las acuarelas del extenso código (Restrepo, 1991, 78). Macera por su parte propuso la posibilidad de que estos equipos fueran sucesivos basado en una carta de 1788 de Martínez Compañón al virrey donde le manifiesta “*que habiendo enfermado uno de sus dibujantes se vio en la necesidad de buscar un remplazo y lo encontró nada menos que en su propio amanuense... se tomo el trabajo de instruirlo y delinear sus tareas futuras con tal feliz suceso que con menos lecciones de las que di al primero he tenido que corregir menos en él*” (Macera, 1997, 51). La cita es muy interesante porque no sólo abona en el sentido sostenido por Macera, sino que nos da clara idea de la formación de los pintores por el mismo obispo. En tal sentido abunda Berquist cuando señala que “*el obispo quien tenia acceso a obras de historia natural, recomendaba imágenes específicas a su equipo*”. Así se agenció de libros que servían como modelos de ejecución iconográfica tales como *El Museo impreso* de Federico Borromeo o la *Flora Española* de José Quer, o las *Hierbas Americanas* de Monarde, obras pertenecientes a una notable biblioteca, de más de 2000 ejemplares,

llevada por el obispo a su sede diocesana, que habrían sido utilizadas con ese fin (Berquist, 2016, 162).

Berquist ha logrado ampliar la hipótesis de los tres artistas a cinco que logra identificar según la realización de su trabajo. Con ello no niega los supuestos anteriores pues estos cinco pudieron no estar reunidos ni en un solo espacio, ni en un mismo tiempo. La estudiosa señala que:

“Al menos cinco artistas trabajaron en Trujillo del Perú... el más avanzado sombrea y da volumen y perspectiva...el habría retratado a los burócratas. Un segundo dibujante es reconocido por hacer unos ojos como de dibujos animados (cartoons) en gente, animales y peces. El tercer artesano se caracteriza por bordes indefinidos, un color acuoso y a falta de detalles en ciertos dibujos de plantas. Ralo, difuso, líneas indefinidas y perspectivas que retratan individuos a la distancia son las marcas del cuarto tipo de trabajo. El quinto ilustrador favorece pesadas pinceladas y poderosos bordes. Juntos estos individuos compusieron un equipo , aunque no sabemos si trabajaron lado a lado en una mismo espacio físico... ” (Berquist, 2016, 162).

Berquist le responde a Macera⁵³, mencionando que la falta de documentos de pago en los gastos de Martínez Compañón, permite *“inferir que ninguno fue profesionalmente empleado o pagado... quizá eran asistentes que servían oficialmente en otras capacidades o eran estudiantes en las escuelas del Obispo”* (Berquist, 2016, 162).

A diferencia de la serie Amat que se contentaba con incluir una pareja de indios paganos y otra de civilizados, el códice Martínez Compañón presenta una impresionante cantidad de imágenes de indios. Por primera vez en la gráfica dieciochesca la categoría indio deja de ser una etiqueta válida para referirse a cualquier individuo nativo del territorio virreinal y se convierte en una clase que engloba en muchas sub clases específicas a los indios distintos que habitan el extenso territorio de la diócesis trujillana. Veremos mencionados a los indios de los valles, a los de Colán, a los de la Sierra, a los de las Montañas de Lamas, a los Hivitos y Cholones, y a los Motilonos de Moyobamba. Cada uno de estos indios pasa a ser un personaje distinto con sus propias peculiaridades, que serán

⁵³ Macera señalaba: *“No sería imposible conocer el nombre de los dibujantes que colaboraron con Martínez de Compañón. Bastaría con revisar las cuentas de la Visita que sin duda debe estar guardadas en el cancerbero Archivo Episcopal de Trujillo”* (Macera, 1997, 51, n 12).

suficientes como para retratar por separado, al hombre y a la mujer del lugar, en traje ordinario y vestidos de gala para ir a misa, a pie o a caballo y realizando alguna otra actividad.

Esta cuidadosa tipología de los indios del obispado pareciera haber sido encargadas a los artistas más expertos del equipo, aquellos capaces de retratar con la mayor precisión las características de los indígenas de los distintas comarcas. Los pintores de Compañón presentan las diferencias de vestimenta, actividades y objetos culturales que categorizan a los individuos, pero también presentan diferencias fenotípicas de los retratados. Ignoramos a que grupo socio racial pertenecían los dibujantes, pero ya sean indios o pertenecientes a las castas, no comparten una mirada hegemónica de los individuos que retratan. Es interesante ver como se representa a los individuos fenotípicamente pero normalizados. Es la mirada de una persona que nota las señas particulares de los individuos sin categorizarlos como pertenecientes al grupo de los *otros*, es simplemente la representación de las diferencias entre un *nosotros*. Curiosamente, no veíamos esa representación del indio desde las páginas de la *Nueva Corónica*, y “*nos recuerdan esas prácticas que tienden a hacer reconocer una identidad ... o exhibir una manera propia de ver el mundo*” (Chartier, 1992, 32).

No contento con caracterizar a los habitantes indígenas de las distintas regiones (Diapositivas 110 a 114) del obispado se pasa a luego a analizar sus actividades laborales, vemos así el proceso de preparación de la chicha (cocinándola, colándola y despumándola), merendándola y conversando en el patio de la chichería. Vemos a los indígenas barbechando, sembrando, escardando, segando alfalfa, segando en minga, haciendo quesos, esquilando, cuidando ovejas, preparando la lana (lavándola, tiñéndola, vareándola, cardándola, hilándola, urdiendo la tela, tejiendo, vareando la ropa, perchándola, tiñéndola, escarmenándola). A veces se grafica por separado la forma como lo hacen los indios de los valles a los de la sierra, o los indios pescadores usando chinchorros, redes o la lanzada. Vemos también a los Motilones cazando aves y cuadrúpedos o desollando un sajino. Muchos de estos dibujos de actividades son encargadas a uno de los ilustradores menos educados, aquel de extraña perspectiva y personajes que se pierden a lo lejos, que sin embargo tiene un arte muy especial y una pericia inmensa para retratar la dinámica de las actividades (Diapositiva 115 a 117).

La lista sigue con las formas de la cacería o los juegos de los niños indios, los choloques, pelotas y ganchos, trompos, conchitas, naipes, tres en raya. Nos deleita mostrándonos también sus fiestas, danzas y disfraces. Presta también una mirada compasiva a las enfermedades de los indígenas, lepra, piques, viruela, sacándose las muelas, sangrándose, en agonía o velándose. Si comparamos esta lámina de las dolientes mujeres que vela al difunto, con la lámina de la campesina pariendo en el campo, nos damos cuenta que el códice de Martínez Compañón es una versión consumada de aquellas láminas de las “10 calles de la vida de los indios” de Huamán Poma, pues representa cada uno de las edades del indígena, un discurrir completo por su *iter vitae*.

Sin embargo aun los pintores del códice Martínez Compañón tenían un *alter* que no logran comprender. Hablamos de la representación de los indios infieles, una selvática con los senos descubiertos que envuelve a su hijo en hojas de plátano, o el pagano que presenta *cushma*, tocado de plumas, macana, arco y flechas (es decir presentando una sobre abundancia de armas) en bélica actitud. En el extremo de la otredad se encuentra unos indios navegando en canoa, privados incluso de penachos de plumas y taparrabos, completamente desnudos, que los pone en el extremo máximo de la incivilidad y el paganismo (Diapositivas 118 y 119).

Cabría preguntarse como pudo Martínez Compañón romper de este modo tan sonoro con un silencio de siglos que borraría al indígena, especialmente al habitante común, de la gráfica colonial. Tal vez la coyuntura de la rebelión de Túpac Amaru generara una nueva mirada hacia ese otro, el indígena tributario, desdeñado por mucho tiempo, pero que ahora era necesario reformarlo y reincorporarlo.

4.2.4. Malaspina

El Viaje científico y político alrededor del mundo (1789-1794) comúnmente denominado como expedición Malaspina, en sus tres estadias en el Perú, aportó una importante influencia pictórica (Núñez Hague, 1995). Traía un importante contingente de científicos y artistas de la reproducción que en los diferentes puntos de estudio tomaron apuntes y esquemas de plantas animales y personas. Imbuidos en las tendencias del momento y de la estética del rococó dejaron muestras de escenas costumbristas y viñetas de personajes típicos de cada región visitada. Villegas llega a señalar “*el origen del costumbrismo visual peruano está asociado a la tradición empírica establecida por los ilustrados del*

siglo XVIII que conformaron las expediciones científicas". Artistas como Juan Ravenet, Felipe Bauzá, Antonio Pineda, José Guío, José del Pozo, Fernando Brambilla, o José Pulgar colaboraron en alguna fase de este viaje de exploración, que por ser tan largo permitió tanto la incorporación como el despido de varios de los integrantes que pasaron a ser un grupo internacional tanto de académicos como de autodidactas. Se llegaba al caso de que inclusive hasta los capellanes de abordó recibieron instrucción de dibujo e incluso marineros comunes como el joven José Cardero, terminaron ejerciendo oficios gráficos (Villegas, 2011, 12; Bleichmar, 2014, 110).

Bleichmar aporta un dato muy importante que nos permite comprender la importancia que empezaron a tener los dibujantes y pintores adscritos a las expediciones científicas, valor relacionado con lo trascendental que resultaban las ilustraciones para el éxito de las nuevas expediciones. La estudiosa señala que al darse la contratación de los pintores Brunete y Gálvez para la expedición de Ruiz y Pavón, conscientes de su gravitante actuación en el resultado de la expedición, pidieron que se les equiparara el sueldo con el de los botánicos en vez de la media paga ofrecida dado que eran considerados subalternos de los naturalistas a los que acompañaban. Una señal del cambio de apreciación sobre la importancia visual es que el reclamo fue atendido (Bleichmar, 2014, 107).

Volviendo al caso de la expedición Malaspina, cuando se revisa la producción de la expedición para el caso peruano lamentablemente sólo hemos podido encontrar pocas imágenes dedicadas a indígenas. Se trata de la *India cacique de Quito* (Diapositiva 120), la *India Yapanga de Quito* (Diapositiva 121) y el *Indio balseiro en Arica* (Diapositiva 122), las tres por Bauzá. Es interesante señalar que el dibujo de la India Yapanga de Quito de Bauzá se inspira en la pintura *Yapanga de Quito* de Vicente Albán, de la cual:

“repite varios de los elementos, entre ellos la posición de las manos, la riqueza del traje, el sombrero con el que se toca, la desafiante mirada y, por supuesto, los pies desnudos... (y) el capulí que la mujer lleva en su mano que alude a su capacidad de seducción” (Martínez Borrero, 2016, 133).

En la *Casica (sic) de Quito*, Bauzá vuelve a recurrir al modelo de Alván *India en traje de gala*. La comparación de ambas imágenes nos permite ver como Bauzá simplifica la

imagen, dotándola del carácter casual propio de los álbumes de trajes y costumbres que por lo general buscan una lectura más sencilla del personaje⁵⁴.

Por otro lado tenemos dos versiones de *India del Perú* (Diapositivas 123 y 124) y *Peruano serrano* (Diapositivas 125 y 126) firmadas por Ravenet. Bauzá se interesa más por los trajes de su retratadas que por sus rasgos fisonómicos, cayendo en el estilo pintoresquista de los álbumes de trajes y costumbres del mundo tan populares en la época⁵⁵. Su indio balseiro es en cierta forma un diálogo aun abierto con los balseiros de Feuillée y Frézier, ya convertido en un tema tópico. El parmesano Juan Ravenet presenta dos dibujos antagónicos⁵⁶. Su muchacho serrano⁵⁷ documenta acertadamente el poncho con que viste, pero presenta los rasgos de un joven de cabello crespo y facciones mediterráneas, recordándonos tal vez la influencia de su educación académica por la cual utiliza “*técnicas afrancesadas que llevan a Ravenet a suavizar rasgos e imponer posturas, aunque realizó algunos retratos a lápiz en los que revela una fina observación del natural*

⁵⁴ Al respecto ha señalado Martínez Borrero “*Otro dibujo de Bauzá, la India cacique de Quito, repite, así mismo, el retrato de Albán de India en traje de gala. Mientras el dibujante español está interesado en una composición simple, capaz de definir eficazmente un tipo modélico, la del quiteño se detiene en texturas y colores, define diferencias y materiales, al extremo de mostrar las maquiuhualcarinas de coral rojo que la india lleva en ambas muñecas, el tupo de plata que sujeta la lliclla y el chumbi o faja que rodea su cintura. Solamente un conocimiento cercano de la realidad posibilita esta observación de detalle y dicha construcción de imagen. Hay que señalar, sin embargo, que algunos de los dibujos realizados en la expedición de Malaspina sirven luego de base a ejecuciones más acabadas, algo que no conocemos para la llapanga o la «india cacique», en las que se añade precisión y color, pero en estas imágenes abocetadas de Bauzá hay muchos elementos que quedan fuera, lo que simplifica la comunicación visual que en Albán es mucho más compleja*” (Martínez Borrero, 2016, 133)

⁵⁵ A lo largo de la expedición “*Bauzá se dedicó sobre todo a las figuras de cuerpo entero, a veces en pareja, con especial atención a la indumentaria y a detalles que dan cuenta de costumbres o actividades. Ver por ej., "Indios mexicanos", cat. 448, o "Indias de Sorsogón, cat. 682. Es interesante que en Sidney haya dibujado una pareja de "Ingleses en la Nueva Holanda", cat. 755, lo que supone cierta exotización de estos personajes. En España ya circulaban álbumes con trajes típicos, como el de Manuel de la Cruz*” (Penhos, 2003, 379).

⁵⁶ En la aproximación al retrato influye “*en proporciones variables, lo ya sabido y la observación, el sustrato de la tradición iconográfica y los datos ópticos, a la búsqueda de volcar en el papel aquellos elementos que hacen reconocible un personaje... la identificación del retratado descansa sólo parcialmente en el parecido, cuyos parámetros son además cambiantes. Esto nos lleva a un segundo aspecto, relacionado con el primero: las diferentes ideas de retrato que parecen desprenderse de las imágenes de la expedición dedicadas a los habitantes de cada escala. Aquello que hace singular al personaje va desde la minuciosa representación de rasgos distintivos en bustos o caras, casi siempre de nativos, hasta el aspecto y vestimenta en figuras de cuerpo entero ubicadas en espacios someros, solución bastante frecuente para mostrar criollos y habitantes urbanos en general. El título o leyenda que acompañalas láminas contribuye a la individualización de algunos personajes —Macuina en Nutka, Junchar en Puerto Deseado- mientras que se dedica el genérico para otros—indio, mujeres, señoras, negros, etc. Podemos decir que se reserva una identificación más precisa para aquellas personas que entraron en contacto directo*” (Penhos, 2003, 376)

⁵⁷ Otra versión del mismo retrato lleva por título *Muchacho castizo de la sierra*.

junto a una técnica cuidada” (Penhos, 2003, 374). Ejemplo de ello es su *India del Perú* donde nos deja un estupendo dibujo de una indígena ataviada con una manta listada, una banda rayada en la cabeza, una faja trabajada, delantal y dos *tupus* (tupo doble y simétrico que para este momento ya se ha convertido en un elemento tópico de la descripción de la mujer indígena) y una configuración muy convincente de sus rasgos fenotípicos⁵⁸.

Es interesante señalar que en estadios tardíos de la Expedición Malaspina se deja entrever la tensión sexual que se plantea entre las nativas, la marinería e incluso la oficialidad del contingente, y esto puede ser apreciado en pasajes de los diarios, y en las formas de representación de las lugareñas, como *Obsequio de la mujeres en Vavao a Malaspina* (Diapositiva 127), que pueden llegar a volverse muy sugerentes, como lo ha constatado Penhos (2003, 376). En el caso peruano las pocas representaciones dejadas por los dibujantes distan diametralmente de este enfoque. Es cierto empero que no se había realizado una larguísima travesía trans pacífica aun, y que los encantos de las limeñas debieron haber sido paleativo suficiente para las la necesidades de la tripulación. Sin embargo frente a la rígida composición de la indígena peruana de Ravenet es bastante elocuente la sensual acuarela que deja el mismo pintor de una *Mujer en hamaca de Panamá*⁵⁹ (Diapositiva 128). La otredad asexuada que trasunta el dibujo realizado de la *india del Perú* deja en claro que le Ravenet posterga su femineidad para catalogarla como un espécimen más de la colección. Curiosamente el dibujo del andrógino *muchacho castizo o indio de la sierra* muestra en su trazo un menor bloqueo en la espontaneidad de la representación centrándose en sus labios gruesos, sus bucles y sus sombreadas pestañas.

⁵⁸ Ravenet dejará una gran cantidad de estos retratos de fina factura aunque queda por comprobar su fidelidad al modelo. Vemos así “series como el *"Hombre de la isla de Barilan"*, cat. 738, los naturales de Nueva Holanda, cat. 753 y 754, o los de las islas Vavao, cat. 760-762. Todos ellos son bustos o medio cuerpo. En las figuras de cuerpo entero, en cambio, la atención en los rasgos del rostro está ausente y aparece la fuerte impronta de su formación en Parma: sobre todo *"Fatafegui, favorita de Vuna"*, cat. 771, a pesar de su torso desnudo, se presenta como una amable y coqueta muchacha de cualquier corte europea. También la *"Negra del monte de Manila"*, cat. 724, responde a la misma concepción. En relación con esta última lámina, señala García Sáiz que Ravenet realiza un proceso que podríamos llamar de depuración de la imagen hasta dotarla de la belleza, ya ideal que los cánones estéticos europeos son capaces de apreciar...” (Penhos, 2003, 380).

⁵⁹ Poco importa para la comparación que planteamos que *"La famosa mujer en la hamaca de Ravenet sea inventada pues no pasó por Panamá, acude a información visual proporcionada por sus compañeros sobre todo por Bauzá de quien copió un dibujo realizado allí"* (Penhos, 2003, 386).

Inicialmente pensamos que estos eran los únicos cuatro casos que se habían podido identificar para el Perú, a pesar de que para otros territorios visitados por la expedición fuera del Perú abundaba el material gráfico. Sin embargo Sotos Serrano informaba en 1982 acerca de las existencia de nuevas imágenes (Diapositivas 129 a 133) de las exploraciones de Haenke a las riberas de Marañón y sus investigaciones en la región:

“existen una serie de pequeños dibujos de indios de gran valor etnológico por las explicaciones que aparecen al pie de los mismos en donde se describen su origen, caracteres principales, régimen alimenticio, modo de vida, etc. Creemos que se trata en su mayor parte de dibujos realizados por Haenke o Bauzá, con la intención de ilustrar la memoria hecha por aquel sobre la posibilidad de hacer navegables los afluentes del Marañón...” (Sotos Serrano, 1982, 39).

Como ha señalado Penhos, la *mirada* de la expedición Malaspina fue un avistamiento de los territorios desde los barcos, *“una observación desde los bordes”* siendo esa la perspectiva desde la cual se organizan sus productos: *“los viajes al interior realizados por Haenke, Née, Bauzá y Espinosa sólo fueron incorporados de manera parcial al corpus oficial de la marina”* (Penhos, 2005, 354). Esa es la razón por la que una serie muy importante de gráficos como los que se hicieron sobre las naciones selváticas no hayan tenido una mayor difusión⁶⁰.

4.2.5. Relación de Gobierno de Gil de Taboada y Lemos

La Relación de Gobierno de Gil de Taboada y Lemos de (1796), presenta una serie de estos dibujos de los indios salvajes. En la relación se señala que las imágenes y las

⁶⁰ *“Aunque ya desde comienzos del XVIII las potencias manifiestan un creciente interés por las exploraciones interiores, a causa de sus propósitos generales, de las tareas a realizar y de su propia dinámica, la Malaspina es básicamente una expedición de bordes. A pesar de las pequeñas excursiones de algunos de sus miembros, se desarrolla como típica expedición marítima. Los territorios se avistan desde las naves, sus eminencias y los edificios de sus ciudades sirven de guía y faro para los malaspinianos. En los textos, las costas y sus accidentes merecen más atención que las geografías interiores, escasamente transitadas. Todo el conocimiento adquirido por los expedicionarios se vincula con esta travesía de orillas. Los mapas se construyen a partir del levantamiento de las costas y de la ubicación geográfica de los puntos más cercanos al mar, la fauna y la flora son comprendidas mediante los ejemplares recolectados en esos sitios, los contactos más importantes con “naturales” se verifican allí. Malaspina y sus compañeros ven, conocen y dominan América, Filipinas y el Pacífico sur desde el mirador casi permanente de las corbetas. El espacio poco profundo de las vistas de ciudades traslada esta percepción a las imágenes ilusionistas. Es bastante significativo que los testimonios de los viajes desprendidos de la expedición, esas travesías interiores de Haenke, de Née y de Bauzá y Espinosa, sólo hayan sido incorporados parcialmente al corpus oficial de la Malaspina. El análisis de este material, que ha quedado fuera de los límites de la tesis, seguramente podría aportar más elementos al estudio del tema”* (Penhos, 2003, 437)

informaciones fueron aportadas por las expediciones del misionero Girbal y Barceló y al brigadier Francisco de Requena quienes exploraban la región y pudieron informar a los dibujantes de la expedición Malaspina⁶¹. Requena había realizado un largo trabajo de estudio de la región de Maynas para el establecimiento de los límites que separaban los territorios españoles de los portugueses, dejando una profusión de mapas, informes, y seguramente apuntes, acuarelas y dibujos de los naturales de estas circunscripciones (Diapositiva 135).

Villegas señala que *“que por el poco tiempo que estuvieron los integrantes de Malaspina y la cantidad de tribus representadas y descritas en las imágenes permiten pensar que la autoría de los dibujos estuvo más vinculada al misionero y al brigadier”*⁶² (Villegas, 2011, 13; Soto serrano 1982, 39; Borderías 2010, 28).

Mientras que las ilustraciones de los indios civilizados trasuntan pintoresquismo, la serie de los indios salvajes se hace notar por su exotismo. El artista se solaza en mostrar los diferentes atributos culturales de los distintos personajes como pinturas, tatuajes, tocados, vestimentas y desnudeces, pero si examinamos con detenimiento los rostros son prácticamente seriales y convencionales, despojados de sus pinturas y adminículos bien podrían pasar por rostros europeos, lo que se condice con la complejión de los cuerpos.

Villegas considera que no todas las imágenes fueron realizadas por los expedicionarios del contingente Malaspina y que algunas podrían pertenecer a Requena o Girbal. Villegas

⁶¹ Señala la Relación de Gobierno del Excelentísimo de Gil de Taboada y Lemos... *“...me ha parecido conveniente dar a V.E. un diseño del de los trages de algunos Yndios infieles ya que los que me remitió el Brigadier Francisco de Requena y ya de otros que me manifiesta el misionero apostólico P. Girbal siendo este el que más me ha instruido de su colonia, de religión y usos...”* (1796., 144b-145; Villegas, 2011, 13, nota 14).

⁶² Curiosamente el mapa del Padre Sobreviela de 1799 es reactualizado y publicado como Mapa del curso del río Huallaga y Ucayali formado año de 1831 presenta una serie de viñetas de los indios Sipibos vestidos con cushma y portando arco y flecha y las mujeres con chitonte y pechos al descubierto; también aparecen viñetas dedicadas Panos, Orentotes, Piros, en sus relaciones con los predicadores y en su vida cotidiana. Los dibujos son muy sencillos pero los presentan con sus vestimentas originales y retratando su forma de vida. La edición del mapa Cursos de los ríos Ucayali y Huallaga y su curso por la Pampa del Sacramento de 1835 a cargo de Amadeo Chaumette des Fosses, muestra en cambio unas viñetas de mártires evangelizadores del convento de Ocopa donde nuevamente se representa al indio con penachos de plumas y taparrabos, es decir una vuelta a los estereotipos clásicos probablemente impuestos por los nuevos franciscanos que retomaron el convento de Ocopa a principios de la República. Sobre las políticas de evangelización llevadas a cabo por los misioneros franciscanos durante la República puede consultarse S. Varesse, La sal de los cerros: Resistencia y utopía en a Amazonía peruana (1968 y 2002).

ha logrado diferenciar el tipo de papel en el que se hicieron los dibujos, uno pertenece al papel típico utilizado a lo largo de todo el periplo de Malaspina y otro desemejante al que se ve en cinco de los dibujos de pobladores de la selva⁶³ (Diapositiva 134). Además está:

“el trazo suelto y sin profundidad de los dibujos de los pobladores de la selva... Los dibujos de los pobladores de la selva eran acuarelas dibujadas a lápiz que posteriormente se representaron en tinta china... en ellas se presenta un trabajo desigual en ejecución, los rostros de los indígenas eran idénticos, esquemáticos...” (Villegas, 2011, 14).

Es interesante notar que del cotejo realizado del material gráfico de la expedición Malaspina en el muy completo catálogo de Soto Serrano (1982), no se encuentra ningún apunte o dibujo que se asemeje en forma o fondo a las láminas de las naciones salvajes, por lo que nos atreveríamos a pensar que aún aquellas realizadas sobre los papeles texturados usados por los miembros de la expedición, debieron ser copias de materiales ya existentes entre los materiales de Girbal o Sobreviela que llamaron su atención, y que al ser copiados duplicaron incluso los aspectos formales. Al comparar las figuras de las naciones salvajes que aparecen en la lámina inserta en la *Relación de Gil de Taboada y Lemus (1796)*⁶⁴, vemos que esta versión es más exacta. Los dibujos (Diapositiva 136) aunque más planos son menos estereotipados, los rostros son diferentes y las complejiones corporales son más convincentes. No así en los dibujos de la expedición Malaspina o Haenke-Bauzá donde los rostros de los indios ya aparecen estereotipados. En las cartelas que informan bajo los dibujos se mencionan repetidamente como fuente *“al Reverendo Padre de Ocopa (ilegible) Girbal de Barceló”*. Esta diferencia de trazos con los dibujos de toda la obra de la expedición Malaspina y los comentarios que le hace

⁶³ *“Las dos versiones que se conservan sobre el indio capanagas muestran características distintas la primera es realizada en papel continuo y trazo sencillo en el dibujo izquierdo y la segunda se refiere a la presencia de papel verjurado usando una técnica mucho más pulida, donde se nota un manejo de la profundidad, la propia técnica de la acuarela es realizada de manera distinta en las dos obras. La de la izquierda posiblemente realizada por pobladores de la selva mas acorde con el procedimiento habitual (diluir el color mezclándolo con el agua) en contraste con el segundo en la que se observa el interés por redondear las formas y darles volumen y sombra. Esta segunda muestra un resultado final el autor debió tener un aprendizaje previo en una academia de pintura eso se evidencia en ele conocimiento técnico....”* (Villegas, 2011, 13).

⁶⁴ Relación de Gobierno que el Exmo. Señor Frey Don Francisco Gil de Taboada y Lemus , virrey del Perú, entrega a su sucesor el Don Ambrosio O’Higgins Marqués de Osorno, Barón de Vallenari, año de 1796.

Penhos (2003) y la atingencia de Palau de Iglesias (1980) sobre la imposibilidad de la factura de Haenke-Bauzá, lleva a pensar en que la lámina de la *Relación...* o una serie de dibujos preparatorios sería fuente para las ilustraciones de Haenke-Bauza.

La comparación de los indios Yuri e Iquito, nos permite ver la evolución de ciertas imágenes que pasan de versiones en papel atípico a la expedición, con composiciones más planas pero espontáneas (tal vez copiadas sin innovación de los Requena y Girbal) a ilustraciones en papel texturado malaspiniano, con trazos más académicas y volumétricos (Villegas, 2011, fig 1).

Las leyendas que acompañan los dibujos aportan una gran cantidad de información etnográfica que por su parte está teñida del mismo exotismo que las imágenes y que por otro lado revelan la paciente recopilación en la zona. Aparecen así el nombre, la localización geográfica, la habilidad que los caracteriza, las señas de su apariencia, señas sobre sus creencias, si practican magia y adivinación, belicosidad y antropofagia o por el contrario su docilidad para la conversión. Así el indio Cepeo de Ucayali es descrito como: “*casan y comen a sus difuntos convirtiéndolos en cenizas que usan como condimento, son sin embargo dóciles y tratables*”, o tratándose de la India Iquito del río Nannay “*muy festiva pero conoce poco el pudor, sus partes vergonzosas las cubre con una hilera de dientes de monos o de guerreros muertos en batalla*” o finalmente la India del río Putumayo, “*pesca, pero no conocen el pudor pues la pampilla que los cubre es por puro lujo, buscando las plumas de las aves más hermosas*” mientras que los indos Yuri del mismo río “*todo su lujo lo hacen estribar en el hermoso plumaje de su cabeza, se pican la cara cuyas manchas le hacen parecer barbudos*” (Barras de Aragón, 1912, 34).

4.2.6. Quadro de la historia natural y civil del Perú de 1799

El *Quadro de la historia natural y civil del Perú (1799)* (Diapositiva 137) es una singular composición que se encuentra ubicada actualmente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. El *Quadro* fue realizado en Madrid, por Luis Thibaut, pero siguiendo las instrucciones de José Ignacio de Lequanda, contador, antiguo redactor del Mercurio Peruano, y deudo del Obispo Martínez Compañón. Lo que se buscaba era establecer una enciclopedia sobre el reino del Perú, su historia y sus riquezas, una manera ilustrada de presentar un estado de la cuestión de la materia peruana, que generaciones de estudiosos habían ido construyendo. En un formato heroico (3.25 x 1.15 m) el *Quadro*

pretendía sintetizar en una mirada lo que era el Perú, pero al estar compuesto por tal cantidad de sustratos de conocimiento, se trata de una mirada que genera miles de lecturas distintas. El cuadro reúne muchas de las tradiciones que hemos ido analizando en las páginas precedentes. Enfocándonos en el tema que nos convoca, en la parte superior del conjunto aparece una hilera de 32 pinturas individuales que en su mayoría retratan a las naciones indígenas del Perú (Pino Díaz 2004, 53, n 7; Bleichamar, 2006, 224, n 40; Villegas 2011, 13)

El *Quadro de historia del Perú (1799)*, presenta una serie de indígenas divididos en naciones civilizadas y naciones salvajes de los indios del Perú. La composición de esta serie representa el compendio de una serie de las distintas tradiciones que hemos ido analizando en este capítulo. Como García Sáiz ha anotado no se puede establecer una relación directa y absoluta con los cuadros de castas:

“es indudable que las expediciones científicas europeas organizadas durante el siglo XVIII por todo el continente americano contribuyeron a dar a conocer las gentes y las cosas de América. A menudo estas expediciones iban acompañadas por expertos dibujantes que tomaban cumplido apunte de lo que veía siendo en ocasiones pasados estos motivos al grabado o tal vez al lienzo una vez finalizado el recorrido. Con ellas se ha querido relacionar frecuentemente el origen de las pinturas de castas. El deseo de clasificación de plantas y animales que levó sin duda al descubrimiento de numerosos ejemplares, pudo así extenderse al género humano y dar origen a tales intentos de ordenación” (García Sáiz, 1898, 51).

Si bien concordamos con parte de la opinión de la autora, queda claro que es anterior el inicio de la costumbre de los cuadros de castas para el caso mexicano. En el caso peruano la situación cambia en cierto modo puesto que la serie de Amat es tributaria, sino de las expediciones mismas, si del afán del coleccionismo regio y el interés ilustrado por dar una nueva mirada a la naturaleza americana.

La mitad de la serie dedicada a las naciones civilizadas en el Perú comprende, además de negros mulatos y criollos, a cinco parejas de indios, vemos así los duetos de *india e indio alcalde de Maynas* (Diapositiva 138), *india de Paita y Colán e indio marinero*, *indio e india de Lambayeque y Piura* (Diapositiva 139), *indio e india de la sierra* (Diapositiva

141), *indio e india Motilones de Lamas* (Diapositiva 142). Son en consecuencia intrínsecamente diferentes a los cuadros de castas mexicanos que implican la amalgama de razas diferentes. Ya la serie de Amat (1770) introduce dos cuadros (4 individuos y sus vástagos) de indios de raza pura, los indios civilizados y los selváticos. La serie de Albán (1783) presenta cuatro telas (y cuatro personajes) dedicados a individuos puros, dos para los indios de Quito y dos para los indios Yumbos. En el *Quadro del Perú* (1799) serán diez individuos de naciones civilizadas, y tan sólo dos individuos los mulatos de raza mixta, con lo que se convierte en una serie de anti castas, una serie de descripciones de indios y la proporción aumentará aun más al tratar a las poblaciones de indios incivilizados. La serie privilegia largamente a los indios del norte del virreinato por sobre los del sur del mismo, probablemente porque el comitente Lequanda se basa en gran medida en las ilustraciones de la visita pastoral de su deudo Martínez Compañón a la norteña y dilatada diócesis de Trujillo, dejando –tal vez por este motivo- sin representar con un mismo detalle a los indígenas del sur andino.

Es interesante que de no poder lograr caracterizar al indígena antes del pionero pero limitado dibujo de Ulloa para los indios de Quito (1748), medio siglo más tarde se logre ver diferencias en 10 clases de indígenas civilizados y que la cifra llegue a un sorprendente número de 26 si les sumamos las categorías salvajes.

Dejaremos a los indios “*salvajes*” para analizarlos por separado y nos detendremos en los “*civilizados*”. Es importante como van construyendo las diferencias, categorías y estratos de estos –hasta poco tiempo antes- invisibles personajes. Si bien el indio de la sierra sigue siendo una categoría única y como dice el texto que acompaña a las imágenes:

“el indio de la sierra es como el esclavo escrapticio de la Polonia, o el Siervo común, obedece más al rigor que a la dulzura: el es el que saca los metales, el agricultor, el trajinante y el brazo fuerte para mantener la opulencia del Español... ...la Yndia sigue la misma suerte en el trabajo ...” (Barras de Aragón, 1912, 83).

Bleichmair ha señalado la relación gráfica de alguna de las ilustraciones del *Quadro del Perú* en cuanto a plantas y animales, con los dibujos del código de Martínez Compañón y por otro lado la relación conceptual existente entre la “*conexión explícita entre los tipos*

humanos, los frutos de la tierra y el territorio mismo” del cuadro de Luis de Mena del Museo de América de Madrid y el Quadro del Perú con su “*visión totalizadora y compartimentada en un único espacio pictórico dividido en recuadros*” (Bleichmar, 2014, 123). Por su parte Borderías Tejada señala la influencia de algunas de las imágenes de Martínez Compañón en los dibujos de Thiebaut, así la “*negra*” o la “*limeña con traje a la antigua*”, que aparecen con nuevo boceto, con mayor volumen y suavizadas. Así mismo Thiebaut “*podiera haber complementado esta imagen con algún dibujo en el que aparece reflejada la vestimenta local...*” (Borderías Tejada, 2014, 147-8). Villegas encuentra una posible relación en el caso del mulato el que está “*claramente inspirado en el aguador mexicano de la expedición Malaspina*” (Villegas, 2011, 16). Aunque vista la lámina presentada por Villegas y las derivaciones del dibujo mexicano resulta muy lejana la relación entre ambos dibujos.

Semejante relación hemos encontrado en el traje del indio pescador de Thiebaut con la lámina de los pescadores presentados en la obra de Martínez Compañón en la que en diferentes posiciones utilizan semejante traje azul y gorro puntiagudo de ribete rojo al igual que la faja del mismo color con la que ciñen la cintura.

Pero al parecer en algunos otros casos interviene otra fuente de información que bien podrían ser las extraviadas imágenes de indígenas debidas a Hipólito Unanue quien se sabe que mandó realizar una serie dedicada a los trajes y costumbres del Perú. Como ha señalado Villegas, “*la relación establecida por el científico Hipólito Unanue y las expediciones científicas lo llevó a familiarizarse con la utilización de la documentación gráfica a para la difusión del conocimiento*”. Poco se sabe de las ilustraciones, ni su autoría, ni el momento de su ejecución. Se cree que pudieran participar José del Pozo o Juan Ravenet por su estilo documental. Sin embargo se piensa que aquella serie pudo servirle a Thiebaut para inspirarse en las imágenes de los indios civilizados. Hay que tener en mente el contacto existente entre todos los actores asociados a la composición la expedición Malaspina, por un lado y Lequanda y Unanue por otro que no sólo coincidieron en el Mercurio Peruanos sino que trabajaron en la Memoria de Gobierno del virrey Gil de Taboada y Lemus. El resultado sería “*la primera serie del costumbrismo limeño*” (Villegas, 2011, 17; Stastny, 2007, 32). La serie de Unanue se hermanaría en

cierto modo con algunas interesantes ilustraciones de Martínez Compañón en las que aparecen danzantes con disfraces de la sierra e incluso de la selva.

Si bien las imágenes de los indios civilizados presentan toda esta constelación de influencias, distinto es el caso de los indios amazónicos los cuales prácticamente son copiados del trabajo de la serie de imágenes recogidas de diversas naciones indígenas en los ríos Pisquil, Ucayali y Yupará, por miembros de la expedición Malaspina en su recorrido desde Tarma en 1790. Queda claro que las imágenes son inspiradas en las anteriores, pues los rostros peculiares que vemos en la versión de la expedición y el informe virreinal, son convertidos en imágenes pintorescas, repetitivas y prácticamente podríamos confundir los rostros privados de los atavíos indígenas con representaciones europeas costumbristas. Aun así las ilustraciones presentan un enorme interés etnográfico y se ven acompañadas de importante información. No se ha podido determinar si los dibujos se deben a la mano de Tadeo Haenke o a la de Felipe Bauzá⁶⁵. Palau de Iglesias al catalogar la obra de la expedición se niega a atribuir a Haenke o a Bauzá la autoría de dichas láminas tal vez insinuando una factura local (Palau de Iglesias 1980, 287).

Más allá de los problemas de atribución de esta serie, debe destacarse su enorme valor etnográfico. Hemos visto líneas arriba como poco tiempo atrás, desde la serie de Amat, el indio, ha dejado de ser invisible, pues por primera vez aparece como un individuo con peculiaridades fisonómicas, de clase y de cultura y no como una imagen de cliché. A partir del Quadro-dibujos de Haenke-Relación de Taboada y Lemos, el indio de la montaña deja de ser una categoría única, y pasa de la simple dicotomía civilizado/incivilizado a la exploración de las diferencias culturales que les son peculiares. Queda atrás el estereotipo Tumipampa, el indio de De Bry desnudo y con plumas y se pasa a explorar el infinito mundo de las pinturas corporales y marcas faciales, los tocados plumarios de aves específicas, sus collares y su hermosura y perfección física. Los habrá emplumados pero serán tocados específicos, los habrá desnudos pero con

⁶⁵ Algunos especialistas como Borderías incluso las atribuye al pintor Guío (Villegas, 2011, 13, n 13). Sin embargo según lo señalado por Sotos Serrano, la especialidad de Guío no eran los retratos sino el trabajo botánico por un lado y por otro se presenta la dificultad de que Guío fue despedido temporalmente por Malaspina durante la mansión de la expedición en Lima, aunque Guío continuo asistiendo a Née (Sotos Serrano, 1982, 79).

desnudeces particulares, así como con los vestidos. Cada uno de los 16 dibujos (Diapositivas 143 a 150) tendrán sus peculiaridades y distinciones. Esta interés gráfico tiene un correlato moral y práctico, lejos de ser idealizados como buen o mal salvaje, cada uno presenta virtudes y defectos que no se liquidan mutuamente, así los Cepeos que comen las cenizas de sus muertos “*persuadidos de que con ellos les hacen el mayor sufragio*” son dóciles y tratables, y los Humaruna, nigromantes “*su astrología vulgar es muy segura, pues observando la atmósfera profetizan las tempestades*”, o los Iquitos que preparan una cerveza que “*como el opio les causa delirios de ideas gratas y risueñas*”(Barras de Aragón, 1812). Unos son grandes navegantes y fabricantes de botes, otros pescadores que comercian con sus vecinos, unos duermen todos juntos, otros les sacan los dientes a sus enemigos... de este modo vemos como quedan tipificados como grupos humanos diferenciados e individuales⁶⁶.

5. CONCLUSIONES

1

Al empezar el siglo XVIII la imagen del indio peruano era una silueta tenuemente esbozada para el público europeo y los exploradores que empezaron a llegar al territorio virreinal de manera cada vez más constante a lo largo del amplio siglo borbónico. La visión europea se basaba en las idílicas descripciones que el Inca Garcilaso había hecho en sus Comentarios Reales sobre los habitantes del Imperio de los Incas y por otro lado la resonancia de la Leyenda Negra, nuevamente adscrita a periodos tempranos de la colonización y, en realidad, no se sabía bien que había sucedido con estos pobladores de

⁶⁶ La dulcificación de la imagen del continente americano –y subsecuentemente del propio indígena- es paralela a la incorporación a este imaginario, ya en el siglo XVIII, de un nuevo continente insular, Oceanía, cuyos habitantes son considerados aún más idólatras, más violentos, más caníbales y más “despeinados” que los de América, y en ese afán de jerarquizarlo todo, América asciende un peldaño para acercarse más al ideal europeo. A fin de cuentas, parecer más blanco y civilizado es el ideal que también se transmite en los cuadros de castas. A medida que se “blanquea” el individuo, su indumentaria o su contexto, se eleva su categoría. (Gutiérrez Usillos, 2017, 12)

los dominios españoles después. Quedaba de este modo por construirse la visión del indígena peruano contemporáneo. Era de presumirse que siendo este el Siglo de las Luces, especialmente a partir de 1721 año de nacimiento del movimiento con la publicación de las Cartas Persas, que los exploradores fueran proclives a relacionar al indio peruano con algunos de los elementos de la visión del buen salvaje, o al menos con la idea de que hombre naciendo libre y destinado a los más altos fines se veía limitado en su felicidad por las instituciones. Por otro lado, la nueva naturaleza de estas expediciones que se presentaban como una reforma del viajero tradicional, anecdótico, inventivo y mentiroso, trataba de marcar distancia en base a una visión imparcial, bien informada, medible, muchas veces ilustrada para dar todas las seguridades de veracidad al lector.

Lo que en cambio se encontró a través de la lectura exhaustiva de los expedicionarios del periodo borbónico, fue que las primeras visiones del indio peruano fueron muy parcas en sus menciones, en relaciones como las de Francois Froger (1698), y más tarde Amedée Frézier, quien interesado por el indio chileno prácticamente ignoró a los naturales del Perú, tildándolos casi de pasada de borrachos, mujeriegos, pusilánimes e idólatras. Frézier se contenta con aportar su célebre primera representación del inca y la coya que adquiere gran difusión en algunos circuitos culturales de la época. Las pocas frases dedicadas al indio peruano se volverán recurrentes, ya que las opiniones de Frézier tendrán gran influencia al convertirse en fuente de una serie de entradas sobre América de L'Encyclopédie. Años más tarde La Gentil le Barbinais (1725) aportará el tópico de la melancolía.

Un segundo momento en esta evolución estará marcado años más tarde por los aportes de la expedición ecuatorial del meridiano terrestre. Dicha expedición nos dejó una serie de descripciones entre las que destacan las de La Condamine, Bouguer y Juan y Ulloa los cuales aportaron testimonios sobre el indígena de la sierra que influenciarían profundamente la comprensión del tema indigenista. Habitualmente se presupone que la visión de estos expedicionarios, estaba marcada por las ideas de la temprana Ilustración, y que por lo tanto en su trabajo se desarrollaba una visión más moderna, científica, empírica y constatable. Sin embargo estos viajeros llegados entre los años 1736 y 1750 en vez de aportar una visión del indio propia del Siglo de las Luces, prefirieron rescatar ideas del siglo XVI, y los profundos prejuicios de los escritos del periodo toledano sobre el indígena. Así La Condamine, los describirá siguiendo punto por punto los nada

benignos escritos y calificativos de Juan Matienzo en su *Gobierno del Perú* (1567), proponiendo la imagen de un indígena animalizado, aun sumido en la idolatría, la ociosidad, la pusilanimidad, la embriaguez, al borde de la humanidad. En gran medida esto se debe a los efectos de la colonización lo que se soslaya completamente. Si la imagen proyectada por La Condamine del Indio de la sierra siguió estas influencias, también negó al indio de la montaña el carácter de *noble savage*, siguiendo los escritos de los evangelizadores como el padre Magnin, dedicándole a los amazónicos su célebre anotación de que el hombre sin los beneficios de la sociedad y enseñanza difiere poco de la bestia, “*sin el consuelo de hallar entre ellos algo racional*”, y así los ve incapaces de abstracción o incluso de contar más allá del número tres.

Bouguer en cambio, si hará una distinción entre los indios de la montaña a los que por primera vez asimila al modelo ilustrado del buen salvaje, viéndolos imaginativos, vivaces, hospitalarios, inocentes, honestos e incapaces de la desconfianza, a diferencia de los serranos o indios de las “*Repúblicas*” a los que llama perezosos, estúpidos e indolentes. Bouguer publicó tardíamente y sus ideas recién podemos rastrearlas a fines de siglo en el *Mercurio Peruano* por lo que, a pesar de que fue el introductor del tópico, su interesante apreciación del buen salvaje selvático tuvo una tardía recepción en el Perú.

Antonio de Ulloa, formula una serie de críticas que abonan en la inferioridad del indio con respecto a sus antepasados, su irracionalidad, el ser perezosos y desinteresados, borrachos, agoreros, incestuosos, incapaces de gobernarse, lo que nos remite nuevamente a las ideas propuestas por la visión toledana del indígena. Ulloa si reconoce la habilidad manual de los indios al tiempo que exculpa a las mujeres de muchos de los vicios de sus maridos. En las *Noticias Secretas de América* responsabiliza de muchas de estas dolencias a los abusos de corregidores y sacerdotes, llegando a culpar a estos de la borracheras de los indios por las imposiciones de celebraciones religiosas. En su tercera aproximación al indígena en sus tardías *Noticias Americanas* de 1772, achaca de la embriaguez de los indios a los hacendados de Ica Pisco y Nazca que los llevan a “*inficionarse*” a estas bebidas para generar sus ganancias. Y al describir sus costumbres étlicas sigue de cerca a Polo de Ondegardo y José de Acosta. Por otro lado amplia en su tercera obra las descripciones de las artesanías que realizan “*aunque no necesitan mucho*

del entendimiento” pueden llegar a ser habilidosas, como las diques que construyen los castores. Muchas de las afirmaciones de Ulloa serán ampliamente publicitadas por Alcedo en su *Diccionario Geográfico-histórico de las Indias*.

Carrió de la Vandra (1775) luego de seguir muchos de los tópicos desarrollados por Ulloa permite hablar a su alter ego Concolorcorvo quien dice de los indios no sólo que son civiles, sino “*que es la nación más obediente y superior que hay en el mundo*”, que atienden con “*puntualidad*”, que “*viven de sus cosechas sin aspirar a sus riquezas aunque las tengan*” y que si llegaron a practicar tiranías fue “*por reciprocidad a la de los primeros conquistadores*”. De este modo en boca de Concolorcorvo se expresa la primera defensa del indio en los estudios dieciochescos.

Esta denuncia se vuelve más evidente en las *Noticias Secretas* donde se acusa a los malos curas y malos funcionarios, pero no por ellos cambia la visión del indígena. Los escritores sucesivos del siglo repetirán especialmente los argumentos de Ulloa hasta el cansancio con mínimas dosis de innovación. El cambio comienza a presentarse en algunos artículos del Mercurio Peruano, y los autores del siglo XIX rechazaran por completo esta visión peyorativa.

Hipólito Ruiz (1777) , comparte la visión de Ulloa, pero aporta un interesante razonamiento sobre las pérdidas económicas producidas por las borracheras que es la verdadera causa de la miseria del indígena, gastando en estas bebidas espirituosas los dineros conseguidos por sus mujeres en “*hilados, tejidos y sembríos*”. Ruiz es defensor de la laboriosidad, piedad y sobriedad de la mujer indígena.

Felipe Bausá y Cañas (1790) centra su preocupación en los efectos de la extinción de los repartos y la posible abolición de los tributos a los que ve como una “*señal necesaria de vasallaje*”. No duda en atribuir al indio “*un alma endeble*” que necesita del estímulo del tributo para que no deje de trabajar. Bausá reelabora y extiende argumentos de Ulloa como en las disquisiciones que relata acerca de los disturbios producidos por la embriaguez que hasta pueden llevar a la muerte. Es el primero en explorar los celos de los consortes y asociar el mayor amor a las palizas.

Es en el Mercurio Peruano, en el que se da un cambio importante con relación al indígena. En sus páginas aparecieron una serie de artículos relevantes sobre los indígenas peruanos. Uno de los articulistas es Unanue quien no ahorra calificativos positivos sobre los indios Cholones “*de buenas facciones y dedicados al trabajo... con mujeres hermosas aseadas y liberales*” y de otros indios de las Pampas del Sacramento “*altos robustos y de buen parecer*”. Por su parte el Contador Lequanda, en lo que parecen ser las explicaciones a las ilustraciones mandadas a realizar por su deudo el obispo Martínez Compañón, no duda en calificar a los indios de la costa de “*humildes, expertos y laboriosos aunque dados a las mujeres*”, pero mientras que los de la costa son cultivados los de la sierra son vistos como “*rústicos... de operaciones bárbaras y groseras y enviciados por el aguardiente*”, proponiendo que un mayor contacto con los españoles promueve una mayor civilización del indio.

Humboldt (1802) dedicó poco espacio al indio, políticamente consideró un error la división de Repúblicas y la permanente minoría de edad legal de los indios. Detectó una debilidad de la salud indígena frente al cambio de los climas, y encontró diferencia del olor, “*pezuña*” de los indios, frente a los olores de las otras razas como el “*posco*” y el “*grajo*” de españoles y negros. Con respecto al hombre de la selva, los jíbaros, indios libres, llega a proclamar su diferencia de los indios de las misiones “*esclavos de la opinión y opresión sacerdotal*”, recordemos que Humboldt era luterano. Los ve nobles de espíritu y dotado de riqueza espiritual y desarrollo intelectual, aunque puedan ser extremadamente perezosos en las temporadas que no hay trabajo por hacer.

Robert Proctor, viajero de la independencia comienza a mirar con beneplácito a los indios de quienes alaba su laboriosidad, sus tejidos coloridos y la suavidad de los tejidos de vicuña, admirando genuinamente sus creaciones, toda una novedad en el discurso sobre el indio. Proctor describe a los pescadores de Chorrillos como de suaves maneras e inocente expresión.

Lesson menciona los “*corazones lacerados de los conquistados*” a quienes solo les dejan “*el trabajo y la miseria*” y denuncia que los nuevos gobernantes dilatan estos maltratos

llevando al indígena a añorar el gobierno de la Metrópoli. En Colán y Paita describe a los indios como dulces, tímidos e inofensivos, aunque pedigüenos de abalorios y objetos llamativos. El viajero ruso Golovin describe relatos de indios muy belicosos en la selva, a los que considera los más crueles de toda América, pero es una opinión recogida de pasada en las conversaciones palaciegas.

Stevenson dedicó una larga defensa del indígena debatiendo con Bouguer que los acusaba de indolentes y taciturnos, y que si son desinteresados por el dinero es porque el mercado no había llegado a ellos, (el los ve luego de la supresión del reparto). Cuestiona a Robertson por su afirmación de que los peruanos eran menos hábiles y más salvajes que los habitantes de cualquier otra parte del globo.

Se enfrenta acremente con Ulloa, desmintiendo juicios que fueron tomados como la piedra angular del prejuicio anti indígena por mas de medio siglo, culpándolo por su tibieza al denunciar el maltrato y la miseria en que los españoles hundieron a los indígenas provocando todas las reacciones que el señalara. Termina motejándolos de limpios, castos, educados a punto de convertirse en magistrados. En sus viajes por la costa describe a los indios de Lima como *“industriosos productores de flecos, lazos de oro y plata, espaderas y bordados, sastres y negociantes de mercado”* y a los indios de las ciudades de criollos como además de trabajadores, *“dóciles, atentos y más bien tímidos”*

La imagen del buen salvaje fue utilizada de manera muy restringida para los indígenas *“no civilizados”*, *“conquistados”* o *“libres”* como los viajeros los denominaron, y si bien entre ellos hubo algunos como La Condamine que los vieron con gran desprecio, por lo general la forma de referirse a ellos es comedida en los autores que les dedicaron espacio en sus descripciones. Independientemente de sus distintas versiones, las descripciones del buen salvaje eran concebidas como espejos en los cuales se veía por oposición las virtudes de la civilización encarnada en el hombre europeo.

De esta manera encontramos que al indio de los Andes conquistados, (semi) civilizados, es decir *“fuera de su estado natural”* no le cupo beneficio de ser visto como un buen salvaje y fue simplemente visto como una población degradada y embrutecida por la

conquista (en el mejor de los casos), o en su defecto visto como una población de naturaleza defectuosa y vil, llegando a comparaciones con los “brutos” y los “irracionales” aunque “privados de los instintos propios de estos últimos”. Incapaces de pensamiento abstracto, sin aspiración y sin voluntad los viajeros por el Perú del siglo XVIII pintaron un panorama inspirado en la visión toledana que se fue extendiendo a través de La Condamine y sobre todo de Ulloa hacia los demás tratadistas de la época. La imagen del indio proyectada en especial con los aportes de La Condamine y Ulloa, no fue necesariamente fruto de una evidencia directa, sino de la resurrección de antiguos prejuicios que se convirtieron en tópicos universales por la autoridad de dichos expedicionarios antes de por ser verídicos en sí mismos. Asimismo pudimos observar como la triste visión desarrollada por los primeros viajeros al amparo de la interpretación toledana va cediendo lentamente en los últimos años del siglo XVIII, especialmente entre el grupo vinculado al *Mercurio Peruano* que inclusive recupera el tópico del buen salvaje desarrollado por Bouguer y largamente olvidado. La situación cambiará abruptamente entre los viajeros de la independencia que verán en el indio ya convertido en ciudadano y descubrirán en él una serie de valores, espirituales, físicos y estéticos que antes les habían sido negados y se culpará a la dominación hispánica de su lamentable situación, incluso alguno llegado a extender esta culpa incluso a los criollos gobernantes del periodo libre.

Podemos identificar así dos momentos claramente delineados, uno que llega hasta aproximadamente el cambio de los siglos XVIII y XIX, y otro siguiente que domina el periodo de la independencia, en la que el discurso cambia abiertamente. En el primer momento encontramos una fuerte endogamia bibliográfica y documental desarrollada entre los expedicionarios que constantemente se van leyendo unos a otros, reforzada por obras como el Diccionario de Alcedo. La documentación no sólo esta hermanada por sus motivos de origen sino por los lectores que la leen y la reproducen en los siguientes escritos, y por la recurrencia a los mismos asesores locales, lo que produce una evolución tremendamente lenta de los estereotipos que se forman sobre el indígena. Un segundo momento signado por muchos de los cambios propuestos por las Cortes de Cádiz y la Constitución liberal de 1812, parece gravitar sobre los viajeros del periodo de la Emancipación que empiezan a ver a los indios con muy distintos ojos, a estos nuevos “ciudadanos”.

Un elemento que tuvo gran importancia en el desarrollo del interés sobre el indígena y su mayor conocimiento fue la conformación de gabinetes “*etnográficos*”, herederos de la Wundekammer o cámara de maravillas renacentista. Estos gabinetes de curiosidades fueron tomando desde la época de la conquista, surgiendo un cada vez mayor interés por objetos de las culturas indígenas como lo describieron Durero y Pedro Mártir de Anglhería para el caso mexicano y nuevos inventarios para el caso peruano. El tesoro de Cajamarca y Cuzco fue quintado antes que ser fundido en consecuencia muchas de sus piezas llegaron a España enteras en los quintos reales pero también en las fortunas de peruleros privados. Sin embargo, estas piezas fueron fundidos para solventar los promisorios empréstitos a la corona en la guerra de Túnez. Un tesoro menor que si subsistió y se encuentra en los inventarios presentados por Cabello, consiste en una espléndida ofrenda que Manco Inca entregó a Pizarro al aceptar el vasallaje del rey de España a cambio de ser el siguiente inca. Estas piezas pudieron ser observadas tan tardíamente como 1667 en el Alcázar Real por los visitantes. Estos objetos constituyen el origen del interés arqueológico americano y en especial sobre el Perú.

Durante el siglo XVII el interés coleccionista monárquico se contagia a las familias de la alta nobleza en su afán de emulación de sus gobernantes, y en sus colecciones suelen aparecer algunos objetos de interés americano, ídolos, y especies raras. Este fenómeno lleva a la formación de anticuarios y proto arqueólogos. Es sugerente el interés del fraile Talamantes por los ídolos indígenas y las búsquedas que ordena a través de sus redes de evangelizadores en Indias.

Con la llegada de los borbones a España, será en especial Isabel Farnesio la que reaviva este interés. Así Felipe V forma el Real Gabinete (1716). En la primera parte del siglo XVIII prima el interés por especímenes de flora, fauna y minerales, mientras que en la segunda mitad con la creación de Fernando VI del Gabinete de Historia Natural (1752), se comienzan a incorporar antigüedades de interés histórico. Carlos III al pasar de Nápoles a España trae consigo piezas y el apego por la formación de colecciones arqueológicas. No es extraño entonces que en 1771 funde Real Gabinete de Historia Natural a donde se ordena dirigir de toda América piezas especializadas. Se deja así un campo cada vez mayor a trajes, instrumentos, antigüedades americanas y diversos

materiales de interés etnográfico, incluidos los cuadros de castas americanas. Por lo que estas colecciones empiezan a incidir cada vez más en las características del poblador aborígen americano tanto de tiempos pretéritos como contemporáneos. Esto genera un círculo virtuoso potenciando expediciones científicas que tanto se motivan en el conocimiento recopilado por estos repositorios, como a su vez nutren con sus hallazgos las salas de estas colecciones. De 1770 en adelante hay un tráfico continuo de envío de estos objetos indígenas y prehispánicos hacia la metrópoli y los pedidos de estas piezas son continuos y repetidos. Este flujo de materiales etnográficos se detendrá con las guerras napoleónicas y se reanudarán bastante mas tarde en el XIX cuando el Perú no sea ya dominio hispánico. Es en este proceso que podemos comprender las tímidas pesquisas de Frézier o La Condamine, los cuidadosos estudios de Antonio de Ulloa, el primero en graficar estos objetos, los envíos y perdidos escritos de Dombey, los repetidos envíos de la expedición Malaspina, y de Ruiz y Pavón, las remesas de Amat, los estudios, las encomiendas y dibujos de Martínez Compañón y los cráneos “*depositados en el museo de París*” por Humboldt.

3

El pasado indígena fue un redescubrimiento de los exploradores del siglo XVIII, aunque inicialmente sus huacas y restos monumentales llamaron la atención de los conquistadores, cronistas y memorialistas, con el tiempo dichas edificaciones fueron siendo relegadas a meras canteras de huaqueo, tratadas prácticamente como minas no naturales. Incluso se las regulaba con la misma legislación que en el caso de las minas, llegando al caso de que se podría hablar del rubro de minería de huacas. Los primeros exploradores consideraron innecesario el viaje hasta el Cuzco. Ni Feuillée (quien recorrió ruinas en Maranga, Pachacamac y Arica), ni Frézier (investigó en las ruinas de Arica e Ilo) ni La Condamine lo visitaron, pero aunque sus comentarios parecen desdeñosos, temerosos de recorrer 400 leguas de malos caminos, bien parecen esconder la decepción de no obtener los permisos legales para adentrarse en el centro virreinal que la celosa burocracia prefería proteger de miradas foráneas, actitud puede sentirse claraemnte en los tres primeros cuartos del siglo XVIII, luego de la cuales se flexibiliza considerablemente. Abona en este sentido el dibujo que aportamos de la fortaleza de Cuzco que un despechado La Condamine debió mandar a dibujar a los contactos de su corresponsal el

marques de Valleumbroso. El dibujo se perdió en el camino y La Condamine lo buscó desesperadamente, y no dejó de lamentarse de su pérdida. No podíamos esperar menos del primer estudioso moderno de los edificios incaicos, nos referimos a los de Cañar a los que dedicó un artículo sobre los restos incaicos y una espléndida lámina con cuidadosa medición, levantamiento y cortes, con exactitud tan sólo lograda en base a topografía y triangulación. Ni al viajero que bajó desesperadamente de las naves para ver junto a Bouguer las ruinas de Mantas y buscar o imaginar la famosa esmeralda del tamaño de un huevo de avestruz.

La primacía en estos estudios y dibujos son disputados por los marinos españoles Juan y Ulloa quienes en 1748, publicaron al igual que La Condamine grabados y estudios de las ruinas de Cayambe, Cañar y Callo, que presentan una forma diferente de representación e intromisiones importantes de los artistas europeos que pusieron a punto los grabados, donde por ejemplo el templo de Cayambe es desfigurado al punto de hacerlo parecer la tumba de Augusto dibujado por Duperac. Ignoramos si Condamine influenció a Ulloa en la moda de interesarse por los restos prehispánicos, pero Ulloa siguió muy constemente el ejemplo y lo practicó durante toda su vida pues tanto en sus Noticias Americanas (1772), como en las Instrucciones para el Real Gabinete de Historia Natural de 1777 dejó extensos pasajes e instrucciones para el estudio, comprensión y conservación de estos monumentos.

La representación de monumentos empieza a hacerse más frecuente a partir de 1760, como lo demuestran las tímidas indicaciones de Feijoo de Sosa en su mapa de Trujillo de restos prehispánicos, o por el contrario el muy innovador corte de la huaca de Tlantelluc atribuido al mismo personaje c. 1765, y reproducida por Martínez Compañón, primer corte estratigráfico de un resto prehispánico. Le siguen en 1776 la *Vista de Saccsahuamán* por Arechaga y Calvo, y el “*diseño horizontal*” de 1793, de las ruinas Pachacamac por Andrés Baleato. Todas estas son muestras de un cada vez mayor interés que se empieza a tener en la sociedad por los restos prehispánicos.

Las múltiples ilustraciones que lleva la visita pastoral de Martínez Compañón, conocida como Trujillo del Perú, reviste el interés de traer al país influencias de las excavaciones tanto pompeyanas como mesoamericanas. Realiza planos, levantamientos, detalles,

estratificaciones, reconstrucciones. Reaviva a las momias de las tumbas intentando reconstruir como se veían en vida, y un largo etc.

Frente a las representaciones gráficas se intensifica la cantidad de descripciones que dejan los viajeros, la visita a Tiahuanaco, y la “cárcel” en Tarma, y una descripción de Pachacamac, mencionadas por Hipólito Ruiz. Su compañero José Dombey habría dejado mucho escrito y mas coleccionado a juzgar por sus envíos a la península y a las colecciones francesas entre los que se hallaban “*más de 400 huacos*”. Lequanda por su parte describe algunos monumentos en relación a la visita de su deudo el obispo Martínez Compañón.

El *Mercurio Peruano* es otro espacio en el que se produce esta revalorización, varios de sus redactores expresan gran interés por los logros obtenidos por los antiguos peruanos en materias de ingeniería, hidráulica, fortificación, etc. Aristio (Unanue) clama por la preservación, documentación y reconstrucción de estos monumentos, que son el único vínculo que nos permitirá reconstruir la historia de los pueblos prehispánicos, estando ya los “*frágiles quipus reducidos a polvo*”. Se queja del huaqueo por los motivos antecedentes y por el respeto que se debe a los sepulcros “*por el derecho de gentes*”, y lamenta la despoblación del Perú. Ambrosio Cerdán y Pontero propone una lista de 14 temas dedicados al antiguo Perú por investigarse, José Torpas incluye una historia de los incas versificada y Pedro Nolasco Crespo muestra interés y pasión por ruinas que ha recorrido a lo largo de su vida, pidiendo que se hagan planos de dichos monumentos.

El interés y la sensibilidad demostrados en el *Mercurio Peruano* no es sino otra faceta del surgimiento de la afición que había ido creciendo en los últimos treinta años del siglo por las construcciones prehispánicas que llegaron a formar un recorrido turístico para viajeros ilustrados, un *Grand Tour* arqueológico y andino, sincronizado con una comunidad de huaqueros más interesados en la singularidad de sus hallazgos que en el valor de los mismos y un grupo de coleccionistas de los que lamentablemente sabemos poco, pero que se conecta con los intereses suscitados en el capítulo antecedente.

Cierra este capítulo la mirada novedosa que da Humboldt a los monumentos prehispánicos. Humboldt partiendo de los diagramas de La Condamine aporta la visión paisajística a vuelo de pájaro incorporando técnicas botánicas a la descripción arqueológica y la ausencia casi total de los pobladores en las imágenes representadas.

La mirada al indio peruano es a comienzos del siglo XVIII la imagen de un ser invisible a sus observadores. De hecho hubo que esperar a 1748 para que un expedicionario dibujara de modo realista a los indios del virreinato, nos referimos a la lámina de Ulloa sobre los indios de Quito donde estos aparecen jerarquizados y con distintas características. Frézier su predecesor había utilizado un dibujo de los Incas como subterfugio para paliar su invisibilidad. Situación que no se había dado como los indios de Chile, ya que tanto Feuillée y Frézier dejaron grabados de indios balseiros, y Frézier se ocupó de los usos de los indios de frontera chilena, sus ocupaciones y diversiones. En el Perú en cambio Frézier invisibilizó al indio peruano al ni siquiera ponerlo como conductor del grupo de llamas que dibuja. Sin embargo su retrato del inca y la coya tendrá una notable fortuna siendo repetido en diversas láminas cuzqueñas de la década de 1770. En Europa por el contrario jugará un nulo papel en la imagen popular que se llegó a tener de los pobladores e incluso príncipes y princesas incaicas. Las láminas de Frézier pusieron atención en los trajes y menajes asociados a los personajes pero una nula atención a su condición fenotípica. Luego de Frézier, Le Sieur Bachelier utilizó en 1720 una imagen de indios en Potosí que es una recreación de un antiguo grabado de De Bry. De vuelta a 1748 es la ilustración de los indios de Quito de Ulloa quien nos presenta por primera vez al indio peruano, una india Palla, un indio barbero, y un indio rústico, dándonos la impresión de distintos niveles de civilidad, calidad y riqueza entre los mismos indios, desde la Palla enojada hasta el indio descalzo y doblado bajo el peso de su carga. Más importante aun realiza un esfuerzo por caracterizarlo fisonómicamente. Muchos de estos esfuerzos se pierden al pasar de la edición madrileña de 1748 a la franco holandesa de 1752 donde las diferencias de los indios son semi borradas y se añaden una serie de láminas cliché inspiradas en las ilustraciones de Picart a los Comentarios Reales de 1737 publicada por Bernard, que de una u otra forma influyen las ilustraciones de las obras de Marmontel, Graffigny entre otras con las que se moldearon el imaginario francés sobre los Andes. La imagen idealizada fue refractaria a los primeros atisbos por consignar la realidad.

Habrá que esperar hasta la década de 1770 en que una nueva serie de documentos americanos comiencen a llegar a Europa, los cuadros de Castas del Virrey Amat que

tratan de diferenciar al indio de las castas de color, a ver las variedades del mestizaje del imperio español pero centrado en el caso peruano. Es la búsqueda de relaciones estamentales lo que genera la necesidad de mirar atentamente es las diferencias fisonómicas, hasta el momento rara vez percibidas. Las diferencias raciales aparecen como parte del proceso, no de comparar y ecualizar a todos los individuos del grupo, sino de hallar diferencias entre los miembros de la cohorte y asignarle valores diferentes. De este modo la representación de actividades, actitudes, vestimentas, adornos, entorno y peculiaridades entran a formar parte del proceso de representación. El resultado es un primer esfuerzo por establecer las diferencias culturales, sociales y jerárquicas entre los indios de ese universo.

La serie de Amat ya no presenta a los indios “salvajes” de la montaña, como los indios de las obras de De Bry o los Tumipampas de la convención europea, sino con cushma y chitonte y presentan un esfuerzo fisonómico muy grande por parte del artista a la hora de pintar los rostros. Los indios “civilizados” de la sierra son representados con rigor fisonómico con rostros enjutos, prietos, resecos y agrietados y con un cuidadoso análisis de sus ropajes. En los demás cuadros donde las indias están asociadas a otras castas, la representación fisonómica es olvidada representado modelos imaginarios, menos indígenas, menos marcados por la otredad del indio “rústico” y del indio “salvaje”.

El siguiente momento a resaltar es la larga serie de ilustraciones del Códice Compañón en la que aun con mayor cuidado se asume el interés por las variedades entre los indígenas sus ocupaciones, espacios y costumbres. A diferencia del la serie de Amat, que se contentaba con incluir una pareja de indios paganos y otra de civilizados, el código de Martínez Compañón presenta una impresionante cantidad de imágenes de indios. Por primera vez en la grafica dieciochesca la categoría indio deja de ser una etiqueta válida para referirse a cualquier individuo nativo del territorio virreinal y se convierte en una clase que engloba a muchas subclases específicas de indios de la diócesis de Trujillo. Los indios de valles, diferentes a los de Colán, a los de la Sierra, a los de las montañas de Lamas, a los Hivitos y Cholones, a los Motilones de Moyobamba. Cada uno de estos indios pasa a ser un personaje distinto con sus propias peculiaridades, que serán suficientes para retratar por separado, al hombre y a la mujer, en ropas de campo y de gala, en descanso o en actividad, en labores o celebraciones. Se presta atención no sólo a vestimentas, actividades y objetos culturales sino a las profundas diferencias fenotípicas

de los retratados. Los dibujantes de Martínez Compañón definitivamente no comparten la mirada hegemónica del indio invisible que prevaleció durante todo el siglo que hemos venido revisando. Es una mirada de una persona que nota las señas particulares de los individuos sin categorizarlos en el grupo de los *otros* y en cambio los ve como las representaciones de las diferencias existentes entre un *nosotros*. Sin embargo encontramos que aun los pintores del código Compañón tenían otro al que no logran comprender, nos referimos a las representaciones de los indios infieles, una selvática que envuelve a su hijo en hojas de plátano o el pagano tocado de plumas y sobre cargado de armas (arcos, flechas y macanas) en bélica actitud, o en el extremo máximo de la incivilidad y el paganismo la canoa de indios navegantes con plumas y taparrabos.

La mirada del indio visible que presenta Martínez Compañón, se da poco después de la rebelión de Túpac Amaru, en una época en que es necesario reformarlo y reincorporarlo. Frente a los dibujos del código Compañón, la expedición Malaspina copia dibujos previos de indios de Quito de Alván, o tópicos como los balseiros de Feuillée y Frézier, o desdibuja un joven indio de facciones mediterráneas. Sólo uno de sus dibujos India del Perú presenta una indígena con traje típico y configuración muy convincente de sus rasgos fenotípicos. Curiosamente Ravenet que gusta de evocar una fuerte sensualidad en sus dibujos, plantea una curiosa asexualidad en este apunte. En otro de sus frentes, las riberas del Marañón la expedición Malaspina produce una serie de dibujos de indígenas selváticos, revelando un novedoso interés gráfico por los habitantes de la amazonía, que cuidadosamente apunta sus diferencias culturales según grupos étnicos, atribuidos a Haenke o Bausá, sobre apuntes de Girbal de Barceló. Dichas imágenes perviven en la serie de imágenes de indios salvajes incluida en la Relación del Gobierno de Gil de Taboada y Lemos. Las series se entrelazan en *el Cuadro de historia natural y civil del Perú* (1799) donde el deudo de Martínez Compañón, Lequanda mandó pintar a Luis Thibaut una amalgama de informaciones gráficas que presentan las naciones salvajes y civilizadas de los indios del Perú, recurriendo a modelos del Código Compañón y algún encargo que se cree provino de Unanue ilustrando con estos modelos a 10 individuos civilizados. En el caso de los incivilizados se recurre a la tradición de las imágenes de Barceló-Haenke-Bausá-Relación Taboada y Lemos para ilustrar a 16 individuos. Con esta última adición el indio de la montaña deja de ser una categoría única y se pasa de la simple dicotomía planteada por Amat civilizado/incivilizado a la exploración de las diferencias

culturales que les son particulares. El último año del siglo XVIII produce el primer ejemplo de una imagen comprensiva de la diversidad del indígena convertido en una pluralidad de grupos humanos con particularidades específicas.

5.

El desarrollo de los discursos sobre el indígena no fue homogéneo, siendo su versión narrativa la más difícil de hacer evolucionar. Desarrollo que sólo se logra muy superficialmente con el abandono de arraigados prejuicios recién con la llegada de viajeros del período de la Independencia. El interés por los restos etnológicos y su correlato en cambio sufre un profundo avance ayudado por el interés del coleccionismo metropolitano y los reales gabinetes. La arqueología monumental a partir de mediados de siglo empieza un trepidante ritmo de expansión de su interés que llega a su culmen con los estudios del Mercurio Peruano. La imagen gráfica de indígena, rompe con la invisibilidad del Indio al llegar por primera vez desde Quito las láminas de Ulloa y hay que esperar a la serie de Castas de Amat para tener las primeras imágenes de indios peruanos civilizados e incivilizados. Los civilizados serán descritos con detalle y profundidad recién por Martínez Compañón y los incivilizados por las viñetas de la serie Girbal-Haenke-Relación Taboada y Lemos. Estas imágenes finalmente se unificarán por vez primera en el *Cuadro de historia natural y civil de Perú* (1799) de Lequanda-Thibault, primer tributo gráfico a los indios del Perú.

Esta reflexión sobre las imágenes de los indios del Perú nos dejan abierta la puerta a la continuación de esta investigación en la República del siglo XIX, donde viajeros atentos a las modas científicas de la época seguirán desarrollando y construyendo nuevas miradas, juicios y prejuicios sobre el indígena peruano, su cultura y su pasado.



6. BIBLIOGRAFIA

DOCUMENTOS

Carta del Marqués de Valleumbroso a La Condamine, Cuzco, 12 de marzo de 1742, British Library, Add. Mss 20793, p 322-40.

BIBLIOGRAFIA

Acuña, Luis Alberto (1947) “Alberto Durero y el arte indígena americano”, *Revista de la Universidad Nacional de Colombia*, n8, (113-122). Bogotá.

Alcedo, Antonio (1967) *Diccionario geografico-histórico de las Indias Occidentales o America: es a saber: de los Reynos del Peru, Nueva España, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada. Con la descripción de sus Provincias, Naciones, Ciudades, Villas,*

Pueblos, Rios, Montes, Costas, Puertos, Islas, Arzobispados, Obispados, Audiencias, Virreynatos, Gobiernos, Corregimientos, y Fortalezas, frutos y producciones; con expresión de sus Descubrimientos, Conquistadores y Fundadores: Conventos y Religiones; erección de sus Catedrales y Obispos que ha habido en ellas: Y noticia de los sucesos más notables de varios lugares: incendios, terremotos, sitios, é invasiones que han experimentado: y hombres ilustres que han producido. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Alaperrine-Bouyer, Monique (2007) *La educación de las élites indígenas en el Perú colonial.* IFEA, Lima.

Alcina Franch, José (1995) *Arqueólogos o anticuarios: Historia de la arqueología en la América española.* Serbal. Madrid.

Almagro-Gorbea, Martín (2012) “La arqueología en la política cultural de la Corona de España en el siglo XVIII”. En: *De Pompeya al Nuevo Mundo: La Corona española y la arqueología en el siglo XVIII.* Real Academia de la Historia. Madrid.

Atienza, Lope (1931) 1572-75 Compendio historial del estado de los indios del Perú. Quito.

Ballesteros Gaibrois, Manuel (1935) “Un manuscrito colonial del siglo XVIII. Su interés etnográfico”. En: *Journal de la Société des Americanistes*, n.s. vol 27, 145-73.

Ballesteros Gaibrois, Manuel. (1994) *Trujillo del Perú*, Apéndice III. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

Barbero Richart, Manuel (2015) *Biblioteca y Gabinete de Curiosidades.* Universidad Complutense, Madrid.

Barnes Mónica y David Fleming (1989) “Charles-Marie de la Condamine’s Report: Ingapirca and the Development of Scientific Field Work in the Andes, 1735-1744”. *Andean Past*, vol 2, (pp.175-235).

Barras de Aragón, Francisco (1912) “Una historia del Perú contenida en un cuadro al óleo de 1799”. En: *Boletín de la real Sociedad de Historia Natural*, t XII, (pp. 224-285).

Bustamante García, Jesús (2005) “Prólogo”. En: *Epítome cronológico o idea General del Perú. Crónica inédita del 1776.* Víctor Peralta Ruiz estudio y transcripción. Mapfre, Madrid.

Bartra, Roger (1997) *El mito del salvaje.* FCE, México.

Bausá, Felipe (1901) Véase Tadeo Haenke.

(1823) *Biblioteca Americana, Organo de la Sociedad Hispanoamericana.* José Marchand Ingrand Court. Londres

Berquist, Emily S. (2016) *The Bishop’s Utopia: Envisioning Improvement in Colonial Peru.* University of Pennsylvania Press. Philadelphia

Blasco Castriñeira, Selina (1990) “El viaje de España por don Antonio Ponz: Compendio de las alteraciones introducidas por el autor en las ediciones de su obra”. En: *Anales de la Historia del Arte*, Editorial Universidad Complutense, 2, (pp. 223-304).

Bleichmar, Daniela (2014) “Imágenes viajeras: La cultura visual y la Historia natural Ilustrada”. En: Pino-Díaz, Fermín del. *El Quadro de historia del Perú (1799), un texto ilustrado del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid*. Universidad Nacional Agraria La Molina, Fondo Editorial. Lima.

Bleichmar, Daniela (2016) *El Imperio visible: Expediciones botánicas y cultura visual en la Ilustración Hispánica*. FCE. México.

Bonavía, Duccio y Rogger Ravines (1970) *Arqueología peruana: Precursores*. Casa de la Cultura del Perú. Lima.

Borderías Tejada, Rita (2014) *Reflexiones y visiones iconográficas del Quadro del Perú*. En: Pino-Díaz, Fermín del. *El Quadro de historia del Perú (1799), un texto ilustrado del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid*. Universidad Nacional Agraria La Molina, Fondo Editorial. Lima.

Bouguer Pierre (1746) *Traité du navire de sa construction et de se mouvements*. Libraire du Roi. París.

Bouguer, Pierre (1749) *La Figure de la Terre, Determinée par les Observations de Meiffieurs Bouguer & de La Condamine, de l'Académie Royale des Sçiences, envoyes par ordre du Roy au Pérou, pour observer aux environs de l'Equateur. Avec una Relation abregée de le Voyage, qui contient la description du Pays dans lequel les Opérations on été faites*. Libraire du Roy. París.

Brading, David (1991) *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*. Cambridge University Press. Cambridge.

Buffon, (Georges Louis Leclerc conde de Buffon) (2007) *Œuvres*. Gallimard, París.

Bustamante García, Jesús Esteban (2005) “Presentación. Una idea general del Perú. Una obra doblemente ilustrada” En: *Epítome Cronológico o idea General del Perú. Crónica inédita de 1776. Estudio y edición de Víctor Peralta Ruiz*. Mapfre. Madrid.

Bustamante y Guerra, José Luis (1987) “Diario general del viaje: Corbeta Atrevida” En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)*, vol 9. Lunwerg Eds. Madrid.

Cabello Caro, Paz (1989) *Coleccionismo Americano Indígena en la España del siglo XVIII*. Ediciones Cultura Hispánica: Arte. Madrid.

Cabello Caro, Paz. (1994) “Los Inventarios de los objetos incas pertenecientes a Carlos V, estudio de la colección, traducción y transcripción de los documentos”. En: *Anales del Museo de América*, 2 (1994); 33-61

Cabello Carro, Paz (2012) “La arqueología Ilustrada en el Nuevo Mundo”. En: *De Pompeya al Nuevo Mundo: La Corona Española y la Arqueología en el siglo XVIII*. Real Academia de Historia, Madrid.

Cañizares Esguerra, Jorge (2007) *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. FCE, México.

Carducho, Vicente. (1633) *Dialogos de la Pintura*, Impreso Francisco Martinez. Madrid.

Castro, Ignacio de (1978) *Relación del Cuzco*. UNMSM. Lima.

Cerezo Martínez, Ricardo (1987) “Circunstancia histórica del viaje”. En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)* vol 1, Lunwerg Eds. Madrid.

Chartier, Roger (1992) “El Mundo como representación”. En: *Historia cultural entre práctica y representación*. Gedisa. Barcelona.

Clement, Jea-Pierre (1997) *El Mercurio Peruano (1790-1795)*. Vervuert Frankfurt, Iberoamericana. Madrid.

Concolorcorvo (Alonso Carrió de la Vandera) (1973) *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*. Edición de Emilio Carilla. Labor. Barcelona.

Condamine, Charles Marie de la (1740) “Sur L’Arbre du Quinquina” En: *Histoire de la Academie Royal des Sciences*. Année MCCXXXVIII. Imprimerie Royale. Paris.

Condamine, Charles Marie de la (1745) *Extracto del Diario de Observaciones hechas en el viage de la provincia de Quito al Pará, por el río de las Amazonas y de Pará a Cayama, Surinam y Amsterdam, destinado a ser leydo en la Assamblea pública de la Real Acadeia de Ciencias de París por Monsr. De La Condamine uno de los tres Embiados de la misma Academia a la Linea Equinoccial para la medida de los Grados terrestres*. Traducción del Francés al Castellano. Joan Catuffe ed., Amsterdam.

Condamine, Charles Marie de la (1745) *Relation d’un voyage dans l’interieur de l’Amérique Méridionale*. Chez la veuve Pissot. Paris.

Condamine, Charles Marie de la (1748) *Mémoire sur quelques anciens monuments du Perou du tems des Incas*. En: *Histoire de l’Academie Royale des Sciences et Belles Letres II, 1746*. Berlin, A Haude 1748, (pp. 435-456).

Condamine, Charles Marie de la (1751). *Journal du voyage fait par ordre du Roy a l’Equatour l’équateur servant d’introduction historique à la mesure des trois premiers degrés du Méridien*. Imprimerie Royale. Paris.

Condamine, Charles Marie de la (1993) *Viaje a la América Meridional por el río Amazonas y Estudio sobre la Quina*. Abya-Yala, Quito.

Cosamalón, Jesús (1999) *Indios detrás de la muralla: Matrimonios indígenas y convivencia interracial en Santa Ana (1795-1820)*. Fondo Editorial PUCP, Lima.

Cummings, Thomas, et al (2005) *Los incas, reyes del Perú*. Ansonia, Banco de Crédito del Perú. Lima.

Deans-Smith, Susan (2005) "Creating the Colonial Subject: Casta Paintings, Collectors, and Critics in Eighteenth-Century Mexico and Spain". *Colonial Latin American Review*. Vol. 14, No. 2, (pp. 169-204).

Denegri Luna, Félix (1980) "Diego de Esquivel y Navia y el Cuzco del siglo XVIII" En: Esquivel y Navia, Diego de, *Noticias Cronológicas de la Gran Ciudad del Cuzco*. Fundación Wiese. Lima.

De Paw, Corneille (1770) *Recherches philosophiques sur les Américains: ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espece humaine*. S/e, Berlin.

Deustua Pimentel, Carlos (1957) "La Expedición Mineralógica del Barón de Nordenflicht al Perú". En: *Mercurio Peruano*, año XXXII, no. 366-367, Oct-Nov (pp. 510-519).

Pacheco Vélez, César (1969) "Un testimonio ruso sobre el Perú en 1818" En: *Separata Revista Histórica*, vol 30, (pp. 1-47).

(1751) *Encyclopedié O Dictionnaire Raisonné Des Sciences, Des Arts Et Des Métiers*. Briasson, David, Le Breton et Durand. Paris.

Esquivel y Navia, Diego (1980) *Noticias Cronológicas de la gran ciudad del Cuzco*. Edición a cargo de Felix Denegri Luna. Biblioteca peruana de Cultura, Fundación Wiese, Lima.

Estenssoro, Juan Carlos (1989) *Música y Sociedad Coloniales, Lima 1680-1830*. Editorial Colmillo Blanco, Lima.

Estenssoro, Juan Carlos (2000) "Los colores de la plebe: razón y mestizaje en el Perú colonial". En: Majluf, Natalia (ed). *Los cuadros de mestizaje del virrey Amat*. Museo de Arte de Lima, Lima.

Estrada, José María (1993) *Arte e Historia en México*. UNAM. México.

Feuillée, Louis (1714) *Journal des Observations physiques, mathématiques et botaniques, faites par l'ordre du Roy sur les Côtes orientales de l'Amérique Meridionale & dans les Indes Occidentales, depuis l'année 1707 jusque en 1712*. Pierre Griffart. Paris.

Fisher, John y Bray Warwic (1987) "His Highness has need of Gold. Spaniards Indians and Gold in Colonial America". En: *Terra* vol 25, n 4 Los Angeles County Museum of Natural History.

Fisher, John (1977) *Minas y mineros en el Perú colonial (1776-1824)*. IEP. Lima.

Fisher, John (1992) *Relaciones económicas entre España y América hasta la Independencia*. Mapfre, Madrid.

Flores Galindo, Alberto (1988) *Buscando un Inca*. Ed. Horizonte, Lima.

Frézier, Amadeo (1982) *Relación del Viaje por el Mar del Sur*. Biblioteca Ayacucho. Caracas.

Froger, François (1698) *Relation d'un voyage fait en 1695, 1696 et 1697 aux côtes d'Afrique, Detroit de Magellan, Bresil et isles Antilles, par une cascade des vaisseaux du roy, commandée par M de Gennes*. *Geographe de Mons Le Dauphin*, ed M Brunet. Paris.

Fonseca, Juan (2001) "Sin Educación no hay sociedad: Las escuelas lancasterianas y la educación primarias en los inicios de la República (1822-1826)". En : Scarlett O'Phelan, *La Independencia en el Perú. De los Borbones a Bolívar*. Instituto Riva-Agüero, Lima.

Furlong, Guillermo (1948) "Naturalistas argentinos durante la dominación hispánica". En: *Cultura colonial argentina*, n° 7, Editorial Huarpes, Buenos Aires.

Gänger, Stefanie (2014) *Relics of the Past: The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. Oxford University Press. Oxford.

Garrido Aranda, Antonio (2005) "La larga sombra de León Pinelo en las Memorias de Llano Zapata", En: Llano Zapata, José Eusebio. *Memorias histórico, físicas, crítico apologéticas de la América meridional*. IFEA, PUCP, UNMSM, Lima.

Gómez Ortega, C. (1779) *Instrucción sobre le modo más seguro y económico de trasplantar plantas vivas por mar y tierra a los países más distantes*. Por Joaquín de Ibarra. Madrid.

González Bueno, Antonio (1999) "El Real Gabinete de Historia Natural". En: Antonio Lafuente & Javier Moscoso (coords.). *Madrid. Ciencia y Corte*: 247-251. Dirección General de Investigación de la Comunidad de Madrid. Madrid.

González Bueno, Antonio (2003) "Crónica de una Expedición". En: *La Botánica al servicio de la Corona: La expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al virreinato del Perú, (1777-1831)*. CSIC. Madrid.

Gombrich, Ernst (1997) "La imagen visual: su lugar en la comunicación". En: *Gombrich esencial. Textos escogidos sobre arte y cultura*. Editorial Debate, Madrid.

Gruzinski, Serge (2010) *Las cuatro partes del mundo: Historia de una mundialización*. FCE, México

Gutiérrez Usillos, Andrés (2017) "Trasgresiones y marginalidad. El arte como reflejo de la visión del "otro". Modelos europeos para los cuadros de castas: Bruggen y Wierix". En: *Librosdelacorte.es*, MONOGRÁFICO 5, año 9. Madrid.

Haenke, Tadeo (Felipe Bausá) (1901) *Descripción del Perú*. Imprenta el Lucero. Lima.

Hamy, T (1905) *Joseph Dombey, medecin, naturaliste, archeologue, explorateur du Pérou, du Chili et du Brésil (1778-1785). Sa vie, son oeuvre, sa correspondance. Avec un choix de pièces relatives a sa misión une carte et cinq planches hors texte*. Guillimot Editeur. Paris.

Haenke, Lewis (1959) *Aristotle and the American Indians: A Study in Race Prejudice in the Modern World*. Indiana University Press. Bloomington

Hernández Asensio, Raúl (2008) *El matemático Impaciente: La Condamine, las pirámides de Quito y la ciencia ilustrada (1740-1751)*. IFEA, IEP, USB. Lima.

Humboldt, Alejandro de (1876) *Cuadros de la naturaleza*. Imprenta de Gaspar Editores. Madrid.

Humboldt, Alejandro de (1878) *Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América*. Imprenta de Gaspar Editores. Madrid.

Humboldt, Alejandro de (1956) *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*. Editorial Ministerio de Educación de Venezuela. Buenos Aires.

Humboldt, Alejandro de (1966) *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. Editorial Porrúa. México.

Humboldt, Alejandro de (1980) *Cartas Americanas*. Biblioteca Ayacucho. Caracas.

Ibañez Montoya, María Victoria (1878) “Trabajos científicos y correspondencia de Tadeo Haenke”. En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)* vol 4. Lunwerg Eds. Madrid

Jefferson, Thomas (1832) *Notes on the State of Virginia*. Lilly and Wait. Boston

Jimenez Blanco, María Dolores (2013) *El coleccionismo de arte en España una aproximación desde su aproximación y contexto*. Obra social la Caixa. Barcelona.

Juan, Jorge (1748) *Observaciones astronómicas y físicas hechas de orden de S. Mag. En los Reynos del Perú*. Por Juan de Zúñiga. Madrid.

Juan, Jorge y Antonio de Ulloa (1984) *Noticias secretas de América*. Dastin. Madrid.

Katzew, Ilona (2004) *Casta Painting: Images of Race in Eighteenth-Century Mexico*. Yale University Pres. New Haven and London

Kaulicke, Peter (1997) *Muerte en el antiguo Perú*. PUCP. Lima.

Losada Villasante, Manuel (1986) *II Centenario de don Antonio de Ulloa*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Madrid.

Lafuente, Antonio y Antonio Estrella (1993) “Introducción”. En: *La Condamine, Charles, Viaje a la America meridional. Estudios sobre la quina*. Abya-Yala. Quito

Lahontan, Baron de (Louis Armand de Lom d'Arce) (1704)

Dialogues de Monsieur le Baron de Lahontan, et d'un sauvage dans l'Amerique contenant une description exacte des moeurs & des coutumes de ces peuples sauvages. Veuve de Boeteman. Amsterdam.

Lavalle, Bernard (1982) *Recherches sur l'apparition de la conscience creole dans la Vice-Royauté du Pérou : l'antagonisme hispano - creole dans les ordres religieux (XVIeme - XVIIeme siecles).* Université de Lille III. Atelier National de Reproduction des Theses. Lille.

Lavalle, Bernard (1993) *Las Promesas Ambiguas : Criollismo colonial en los Andes.* PUCP-IRA. Lima.

Lavalle y Arias de Saavedra, José Antonio (1935) *Estudios históricos.* Librería e imprenta Gil. Lima.

León Pinelo, Antonio (1943) *El paraíso en el Nuevo Mundo : comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del Mar Océano. Publicalo, con un prólogo, Raúl Porras Barrenechea, bajo los auspicios del Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas.* Imprenta Torres Aguirre. Lima.

Lizarraga, Reginaldo de (1968) *Descripción breve del Perú.* BAE. Madrid.

Lladó, Andrés (1984) "Introducción" En: Antonio de Ulloa. *Viaje a la América Meridional.* Dastin. Madrid.

Llano Zapata, José Eusebio (2005) *Memorias histórico, físicas, crítico apologéticas de la América meridional.* IFEA, PUCP, UNMSM, Lima.

Lohmann, Guillermo (1976) *Un tríptico del Perú virreinal: El virrey Amat, el marqués de Soto Florido y la Perricholi ; el drama de dos palanganas y su circunstancia.* Chapel Hill: University of North Carolina. Department of Romance Languages. Chapel Hill.

López Soria, José Ignacio (2007) *Tratado del arreglo y reforma que conviene introducir en la Minería del Reino del Perú para su prosperidad, conforme al sistema y práctica de las naciones de Europa más versadas en este ramo, presentado de oficio al Superior Gobierno de estos Reinos por el Barón de Nordenflicht.* UNI. Lima.

González Montero de Espinosa, Marisa (1992) *La Ilustración y el hombre americano: descripciones etnológicas de la expedición de Malaspina.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Macera, Pablo (1979) *Pintores populares andinos.* Fondo del Libro del Banco de los Andes. Lima.

Macera, Pablo (1997) *Trujillo del Perú: Baltazar Jaime Matínez Compañón. Acuarelas. Siglo XVIII.* Fundación Banco Continental. Lima.

Macera Pablo (1999) *Viajeros Franceses: Siglos XVI-XIX*. Biblioteca Nacional del Perú, Embajada de Francia. Lima.

Macchi, Fernanda (2009) *Incas Ilustrados: reconstrucciones imperiales en la segunda mitad del siglo XVIII*. Iberoamericana Vervuert. Frankfurt.

Magnin, Juna (1989) *Breve descripción de la Provincia de Quito, y de sus misiones [sic] de succumbios de religiosos de S. Francisco y de Maynas de PP. de la Compañía de Jesús, a las orillas del gran río Marañón, hecha para el mapa que se hizo el año 1740*. Sociedad ecuatoriana de investigaciones históricas y geográficas. Quito.

Majluf, Natalia (ed) (2000) *Los cuadros de mestizaje del virrey Amat*. Museo de Arte de Lima. Lima.

Markham, R. Clements (2001) *Cuzco and Lima*. Markham College. Lima

Martínez Borrero, Juan (2016) “De lejos y de cerca: Miradas sobre Quito en el período borbónico”. En: *Revista Kaypunku*, vol 3, num 2, junio 2016, (pp. 117-150).

Malaspina, Alejandro (1987) “Diario general del viaje” En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)*. Lunweg Eds. Madrid.

Martínez-Caravante Ballesteros, Luis (1987) “Trabajos astronómicos, geodésicos e hidrográficos” En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)* vol 6. Lunweg Eds. Madrid.

Matienco, Juan de (1910) *Gobierno del Perú*. Universidad Nacional. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires.

Mazuecos, Antonio y Antonio Lafuente (1987) *Los caballeros del punto fijo : ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al Virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Serbal, CSIC. Barcelona.

Mercurio Peruano (Ed. Facsimilar) (1964) Biblioteca Nacional del Perú. Lima.

Mesa, José y Teresa Gisbert (1982) *Historia de la pintura cuzqueña*. Fundación Augusto Wiese. Lima.

Miro Quesada, Aurelio (1966) *20 temas peruanos*. S/e. Lima

Montaigne, Michel de (1998) *Ensayos Completos*. Porrúa. México.

Mora, Gloria (2012) “El Coleccionismo de Antigüedades en la España Ilustrada”. En: Martín Almagro Gorbea y Jorge Maier Allende, *De Pompeya al Nuevo Mundo: La corona española y la arqueología del siglo XVIII*. Real Academia de Historia, Madrid.

Morán Turina, Miguel y Fernando Checa (1985) *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*. Cátedra. Madrid.

Momigliano, Arnaldo (1990) *The classical foundations of Modern Historiography*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles & London.

Müller, Priscilla (1985) “The Old World and Gold from the New”. En: *The Art of Precolumbian Gold: The Jan Mitchell Collection*. New York.

Muñoz Cosme, Alfonso (2016) “Instrumentos y métodos de elaboración y sistemas de representación”. En: Alicia Cámara (ed) *El dibujante ingeniero al servicio de la Monarquía Hispánica S XVI-XVIII*. Fundación Juanelo Turriano. Madrid.

Muñoz Garmendia, Félix (1987) “Diarios y trabajos botánicos de Luis Née” En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)* vol 3. Lunweg Eds. Madrid
(1987) *La Expedición Malaspina: 1789-1794*. Ministerio de Defensa, Museo Naval, Lunweg, Madrid.

Notton D.G. & Stringer, C. (2014) *Who is the Type of Homo Sapiens?*
https://www.researchgate.net/publication/260337719_Who_is_the_type_of_Homo_sapiens.

Núñez Hague, Estuardo (1989) *Viajes y viajeros por el Perú*. COCYTEC. Lima.

Núñez Hague, Estuardo (1995) “Las tres escalas de Malaspina en el Perú”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos* Nos. 541-542 (Jul.-ago. 1995)

Núñez Hague, Estuardo (2002) “Humboldt en Lima”. En: *Acta Herediana* vol 32, (pp. 6-10)

Núñez Hague, Estuardo y Georg Petersen (1987) *El Perú en la obra de Alejandro de Humboldt*. Studium. Lima.

Núñez Hague, Estuardo y Georg Petersen (2002) *Alexander von Humboldt en el Perú : Diario de viaje y otros escritos*. Perú: Banco Central de Reserva del Perú, Fondo Editorial. Lima.

Oberem, Udo (1953) “La obra del obispo Don Baltazar Jaime Martínez Compañón como fuente para la arqueología del Perú septentrional”. En: *Revista de Indias* Vol XIV, (pp. 233-75).

O’Leary, Daniel Florencio (1957) *Memorias*. Gaceta Oficial. Caracas.

O’Phelan, Scarlett (2011) “Humboldt en el Perú y sus recursos naturales: entre la plata y el guano”. En: *Revista Histórica*, Tomo XLV, (pp 363-384).

O’Phelan, Scarlett (2015) *La Independencia en los Andes. Una historia conectada*. Congreso de la República del Perú. Lima.

Orosco Acuaviva, Antonio (1995) “Antonio de Ulloa un ilustrado curioso”. En: Losada, Miguel *Actas del II Centenario de don Antonio de Ulloa*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla.

Ortiz Sotelo, Jorge (1985) *El piloto Andrés Baleato y el nacimiento de nuestra cartografía marítima moderna (1790-1820)*. Tesis para obtener el grado de Bachiller en Humanidades con Mención en Historia, Facultad de Letras y Ciencias Humanas en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

Paz Soldán, Mariano Felipe (1865) *Atlas Geográfico del Perú*. Librería de Fermin Didot Hermanos, Hijos y Ca. Impresores del Instituto de Francia, París.

Pease GY, Franklin (1995) *Las Crónicas y los Andes*. FCE-PUCP. México y Lima.

Patrucco, Sandro (2015) “Feliz Siglo De La Historia Natural: Las expediciones científicas del siglo xviii en el virreinato del Perú”. En: O’Phelan, Scarlett, *El Perú en el siglo XVIII: La Era Borbónica*. PUCP. Lima.

Patrucco Sandro (2018) *La influencia del medioambiente en el indígena del virreinato del Perú en la obra La Figure de la Terre de Pierre Bouguer*. En: Regalado, Liliana y Ana Portugal eds. *Comer, vestir y beber*. Academia Nacional de la Historia. Lima.

Pedro, Antonio de (1995) “Las Imágenes de los hechos naturales del ícon a los cuadros de la naturaleza”. En: *De la ciencia ilustrada a la Ciencia Romántica*. Doce Calles. Madrid.

Pelayo, Francisco (2003) “Las Expediciones científicas francesas y su influencia en la España del siglo XVIII”. En: *La Botánica al servicio de la Corona: La expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al virreinato del Perú, (1777-1831)*. CSIC. Madrid.

Penhos, Marta (2003) *Modos de visualidad, conocimiento y dominio. Imágenes de Sudamérica española a fines del siglo XVIII*. Tesis para optar por el Grado de Doctor Universidad de Buenos Aires

Penhos, M. (2005) *Ver, conocer, dominar imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Peralta Ruiz, Víctor (2005) “Las tribulaciones de un ilustrado católico. José Eusebio de Llano Zapata”. En: *Llano Zapata, José Eusebio. Memorias histórico, físicas, crítico apologéticas de la América meridional*. IFEA, PUCP, UNMSM, Lima.

Peralta Ruiz, Víctor (2005) *Epítome cronológico o idea general del Perú. Crónica inédita del 1776*. Víctor Peralta Ruiz estudio y transcripción. Mapfre Tavera, Madrid 2005.

Pérez del Castillo, José Manuel (1955) *Baltazar Jaime Martínez Compañón y Bujanda. Prelado español de Colombia y el Perú*. Imprenta Nacional. Bogotá.

Pérez Vila, Manuel (1964) *Escritos*. S/e. Caracas.

Pillsbury, Johanne y Lisa Trever (2008) “The King the Bishop, and the creation of an American Antiquity”. En: *Ñawpa Pacha: Journal of Andean Archeology*, vol 29, (pp. 191-219).

Pillsbury, Johanne (2008) *Guide to Documentary Sources for Andean Studies, 1530-1900*. University of Oklahoma Press. Norman.

Pillsbury Johanne editor (2012) *Past Presented: Archeological Illustration and the Ancient Americas*. Dumbarton Oaks. Washington D.C.

Pino-Díaz, Fermín del (2004) “Historia Natural y Razas Humanas en los Cuadros de Castas Hispano Americanos”. En: Romero de Tejada y Picatoste, Pilar. *Frutas y Castas Ilustradas*. Ministerio de Cultura. Madrid.

Pino-Díaz, Fermín del (2014) *El Quadro de historia del Perú (1799), un texto ilustrado del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid*. Universidad Nacional Agraria La Molina, Fondo Editorial. Lima.

Mendiburu, Manuel de (1934) *Diccionario Histórico biográfico del Perú*. Imprenta Gil. Lima.

Pimentel Igea, Juan (1987) “Antropología y noticias etnográficas” En: *La Expedición Malaspina (1789-1794)* vol 5. Madrid : Lunweg Eds. Madrid.

Pimentel, Juan (2003) *Testigos del Mundo: Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Marcial Pons. Madrid.

Pomian, Krzysztof (1990) *Collector and curiosities. Paris and Venice 1500-1800*. Polity Press. Oxford.

Poole, Deborah (2000) *Visión, raza y modernidad: Una economía visual del mundo andino en imágenes*. SUR. Lima.

Porras Barrenechea, Raúl (1955) *Fuentes bibliográficas peruanas*. Mejía Baca y Villanueva. Lima.

Porras Barrenechea, Raúl (1961) *Antología del Cuzco*. Librería Internacional del Perú. Lima.

Porras Barrenechea, Raúl (1969) *Mito, tradición e historia del Perú*. Instituto Raúl Porras Barrenechea. Lima.

Povea, Isabel (2014) *Minería y reformismo borbónico en el Perú: Estado, Empresa y trabajadores en Huancavelica, 1784-1814*. BCP, IEP. Lima.

Pratt, Mary Louise (2010) *Ojos Imperiales: Literatura de viajes y transculturación*. FCE. México.

Rábano, Isabel. (2013) *Libro Bienal de la Real Sociedad de Historia Natural*. La Caixa. Madrid.

Ramirez del Aguila, Pedro (1978) *Noticias políticas de Indias*. S/e. Sucre

Ramos Gómez, Luis. (1984) "Introducción". En: Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. *Noticias Secretas de América*. Dastin. Madrid.

Ramos Gómez, Luis (1985) *Las Noticias secretas de América de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1735-1745)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Rodas Chávez, Germán (2003) "J. de Morainville y el primer dibujo universal de la quina o cascarilla". En: *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 32 (3) (pp. 431-440).

Restrepo Manrique, Daniel (1991) "Trujillo del Perú en la Biblioteca nacional de Colombia". En: *Reales Sitios*. V XXVIII, n 107, 65-68. Madrid.

Rodríguez Nozal, Raúl (2003) "Una flora para el Rey" En: *La Botánica al servicio de la Corona: La expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al virreinato del Perú, (1777-1831)*. CSIC. Madrid.

Rodríguez García, Margarita Eva (2006) *Criollismo y patria en la Lima ilustrada (1732-1795)*. Miño y Dávila. Buenos Aires.

Romero de Tejada y Picatoste, Pilar (2000) "Los cuadros de mestizaje del virrey Amat". En: Majluf, Natalia (ed). *Los cuadros de mestizaje del virrey Amat*. Museo de Arte de Lima. Lima

Romero de Tejada y Picatoste, Pilar (2004) *Frutas y Castas Ilustradas*. Ministerio de Cultura. Madrid.

Rosas Lauro, Claudia (2002) "La Imagen de los Incas en la Ilustración peruana del siglo XVIII". En: Flores Espinoza, Javier y Rafael Varón Gabai. *El Hombre y los Andes: Homenaje a Franklin Pease G.Y.* Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

Ruiz, Hipólito (1952) *Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile el botánico D. Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788 en cuya época regreso a Madrid*. Edición a cargo de Jaime Jaramillo Arango. Talleres Gráficos Bermejo. Madrid.

Saignes, Thierry (1993) *Borrachera y Memoria: La experiencia de lo sagrado en los Andes*. Hisbol, IFEA. La Paz.

Rumazo, José (1949) *Documentos para la historia de la Audiencia de Quito*. Imp. Afrodisio Aguado. Madrid.

Safier, Neil (2004) *To Collect and Abridge... Without Changing Anithing Essential. Rewriting Incan History at the Parisian Jardin du Roi*. Book History, 7 (1) 63-96.

Safier, Neil (2016) *La medición del Nuevo Mundo. La ciencia de la Ilustración y América del Sur*. Fundación Jorge Juan y Marcial Pons Historia. Madrid

Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio Gonzales Leiva (2004) *La Expedición Malaspina en la Frontera Austral del Imperio Español*. Editorial Universitaria. Santiago.

Sagredo Baeza, Rafael ed. (2010) *Ciencia-Mundo: Orden republicano, arte y nación en América*. Editorial Universitaria. Santiago

San Cristóbal, Evaristo (1934) “Apendice”. En: Mendiburu, Manuel de, *Diccionario Histórico biográfico del Perú*. Imprenta Gil. Lima

Sánchez-Concha, Rafael (2013) *Del Régimen Hispánico*. Universidad Católica San Pablo. Arequipa.

Seiner, Lizardo (2004) *La historia de la ciencia en el Perú : meteorología y sociedad, siglos XVIII-XIX*. Lima, Tesis para optar por el Grado de Magister PUCP.

Serrera Contreras, Ramón María y María Salud Elvas Iniesta (2015) “Grabados y grabadores en la Relación Histórica del viaje a la América Meridional (1748) de Jorge Juan y Antonio de Ulloa”. En: Julia Mensaque Urbano y Eduardo Peñalver Gómez (coords.) *Antonio de Ulloa: la biblioteca de un ilustrado*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Sevilla.

Solano, Francisco de (1979) *Antonio de Ulloa y la Nueva España*. Universidad Autónoma de México. México.

Solano, Francisco de. (1987) *Antonio de Ulloa y la Nueva España*. UNAM. México.

Solano, Francisco de (1988) *Cuestionarios para la formación de las Relaciones geográficas de Indias*. CSIC. Madrid.

Solano, Francisco de (1999) *La pasión de reformar : Antonio de Ulloa, marino y científico, 1716-1795*. Universidad de Cádiz, CSIC, Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla.

Soler Pascual, Emilio (2002) *Viajes de Jorge Juan y Santacilia : ciencia y política en la España del siglo XVIII*. Baylén BSA. Barcelona.

Steel, Arthur (1982) *Flores para el Rey*. SERBAL. Madrid.

Stephens, Janet Garver (2013) *Constructing the Pre Columbian Past: Peruvian Paintings of the Inka Dynasty, 1572-1879*. PhD thesis. UCLA.

Tantaleán, Henry (2016) *Una historia de la arqueología peruana*. Universidad San Francisco de Quito, IEP. Lima.

Trever, Lisa. (2012) “The Uncanny Tombs in Martínez Compañón’s Trujillo del Perú”. En: Pillsbury Johanne editor. *Past Presented: Archeological Illustration and the Ancient Americas*. Dumbarton Oaks. Washington D.C.

Ulloa, Antonio de (1944). *Noticias Americanas: Entretenimiento Físico-Histórico Sobre La América Meridional y la Septentrional Oriental*. Editorial Nova, Buenos Aires.

Ulloa, Antonio de (1984) *Viaje a la América Meridional*. Dastin. Madrid.

Unanue, Hipólito (1815) *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*. Imprenta de la Sancha. Madrid.

Unanue, Hipólito (1974) *Los Ideólogos*. Colección Documental de la Independencia del Perú. T. I, v. 8. Editorial Jurídica. Lima.

Urquizar Herrera, Antonio (2007) *Coleccionismo y nobleza: Signos de distinción en la Andalucía del Antiguo Régimen*. Marcial Pons Historia. Madrid.

Valdez, Francisco (2013) “Los primeros registros arqueológicos científicos en Ecuador: La primera Misión Geodésica”. En: *Ecuador y Francia, diálogos científicos y políticos (1735-2013)*. FLACSO, Embajada de Francia, IFEA. Quito y Lima.

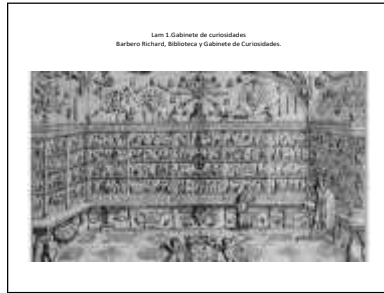
Villegas, Fernando. (2011) “El Costumbrismo americano Ilustrado: el caso peruano. Imágenes originales en la era de la reproducción técnica”. En: *Anales del Museo de América*, n 19 (pp. 7-67).

Wellington, Robert (2015) *Antiquarianism and the Visual Histories of Louis XIV: Artifacts for a Future Past*. Ashgate Pub Co, Burlington.

Wuffarden, Luis Eduardo (2000) “Los lienzos del virrey Amat y la pintura limeña del siglo XVIII”. En: Majluf, Natalia (ed). *Los cuadros de mestizaje del virrey Amat*. Museo de Arte de Lima. Lima.

APENDICE

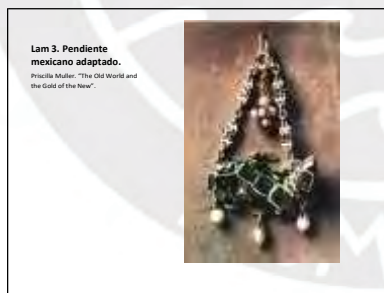
Diapositiva
1



Diapositiva
2



Diapositiva
3



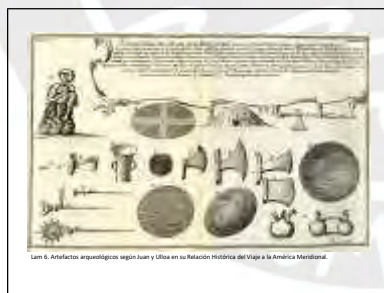
Diapositiva
4



Diapositiva
5



Diapositiva
6



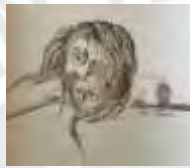
Diapositiva
7

Lam 7. Mujer indígena
peruana con tupus y faja.
Expedición Malaspina



Diapositiva
8

Lam 8. Cráneo momificado
de Arica, dibujado por
Felipe Bauzá. Expedición
Malaspina.

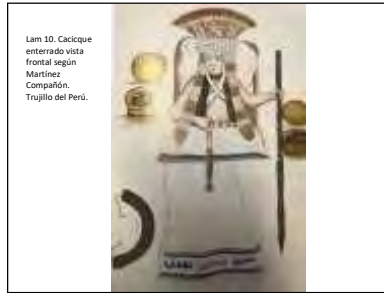


Diapositiva
9

Lam 9. "Camisa del inca"
comprada por Dombey a
unos "descendientes de los
incas" en las inmediaciones
de Pachacamac.



Diapositiva
10



Diapositiva
11



Diapositiva
12



Diapositiva
13



Diapositiva
14



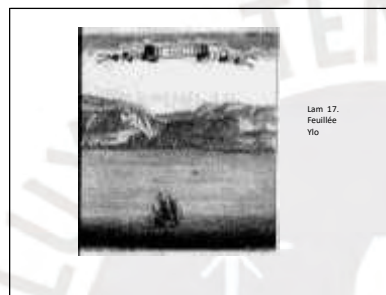
Diapositiva
15



Diapositiva
16



Diapositiva
17



Diapositiva
18



Diapositiva
19



Lám 19. Ilustración de Sacahuamán, pedida por La Condamine a sus informantes cuzqueños

Diapositiva
20



Lam 20. Ingapirca según La Condamine.

Diapositiva
21



Lám 21. Plano de Ingapirca según Juan y Ulloa.

Diapositiva
22



Lam 22. Vista de Ingapirca según Juan y Ulloa.

Diapositiva
23



Lam 23. Templo de Cayambe según Juan y Ulloa.

Diapositiva
24



Lam 24. Mausoleo de Augusto. Grabado de Etienne Dupérac (1575).

Diapositiva
25



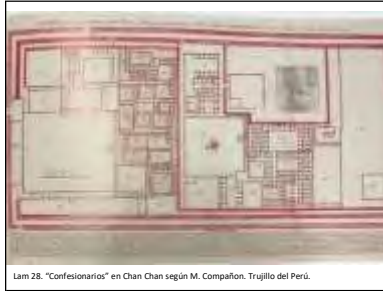
Diapositiva
26



Diapositiva
27



Diapositiva
28



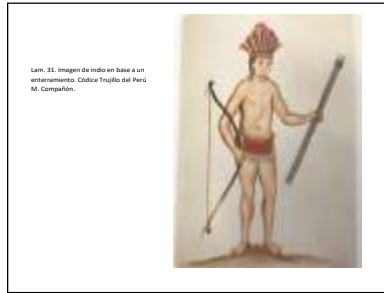
Diapositiva
29



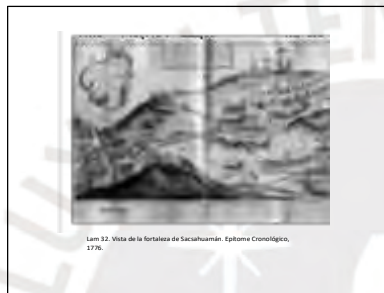
Diapositiva
30



Diapositiva
31



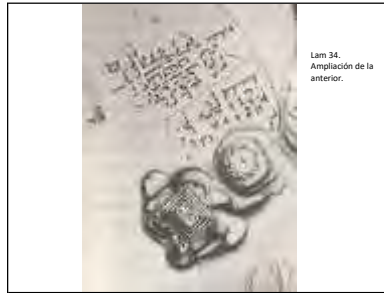
Diapositiva
32



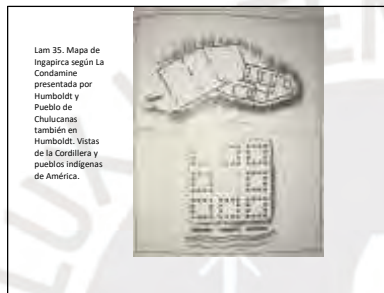
Diapositiva
33



Diapositiva
34



Diapositiva
35



Diapositiva
36



Diapositiva
37



Diapositiva
38



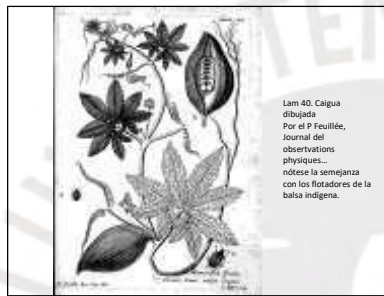
Diapositiva
39



Diapositiva
40



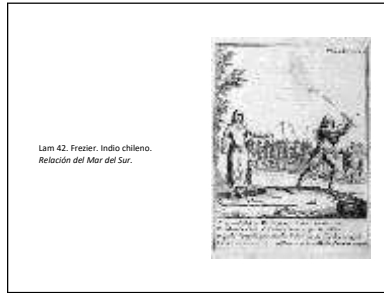
Diapositiva
41



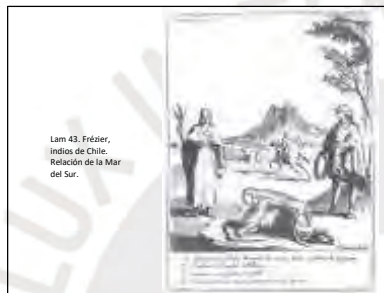
Diapositiva
42



Diapositiva
43



Diapositiva
44



Diapositiva
45



Diapositiva
46



Diapositiva
47



Diapositiva
48

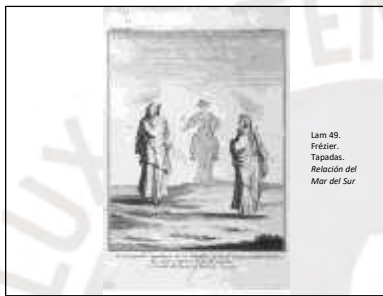


Diapositiva
49



Lam 48. Frézier. Portadores de la litera. Relación de la Mar del Sur...

Diapositiva
50



Lam 49.
Frézier.
Tapadas.
Relación del
Mar del Sur

Diapositiva
51

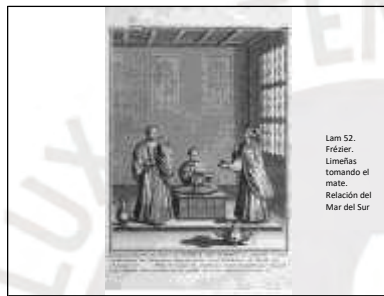


Lam 50. Kircher. China Monumentis Illustrata

Diapositiva
52



Diapositiva
53



Diapositiva
54



Diapositiva
55



Lam 55. Frézier dedicatoire de la Relación de la Mar del Sur

Diapositiva
56



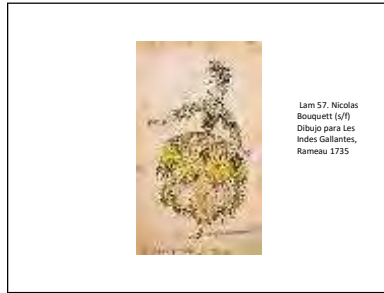
Lam 56 A. Bachelier, minas de Potosí, Voyage de Marseille à Lima, 1720

Diapositiva
57



Lam 56 B. Minas de Potosí por De Bry.

Diapositiva
58



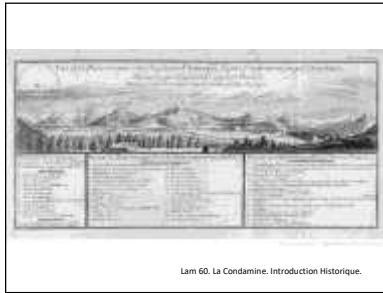
Diapositiva
59



Diapositiva
60



Diapositiva
61



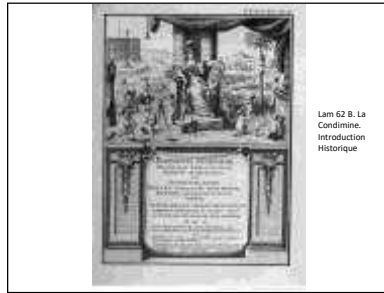
Diapositiva
62



Diapositiva
63



Diapositiva
64



Diapositiva
65



Diapositiva
66



Diapositiva
67



Diapositiva
68



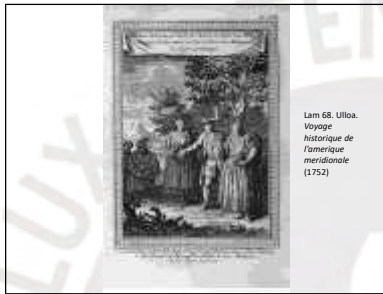
Diapositiva
69



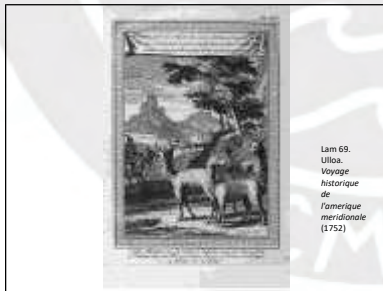
Diapositiva
70



Diapositiva
71



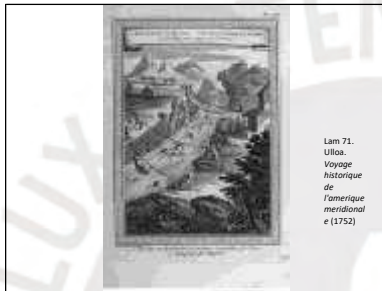
Diapositiva
72



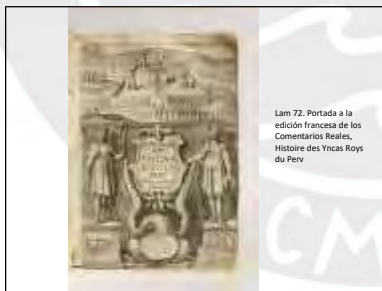
Diapositiva
73



Diapositiva
74



Diapositiva
75



Diapositiva
76



Diapositiva
77



Diapositiva
78



Diapositiva
79



Lam 75 B.
Bernard Picart
La présentation
du fils de linca
en train de se
faire couper les
cheveux. En
Histoire
générale des
cérémonies,
1723

Diapositiva
80



Lam 76.
Ulloa.
Voyage
historique
de
l'Amérique
méridionale
(1752)

Diapositiva
81

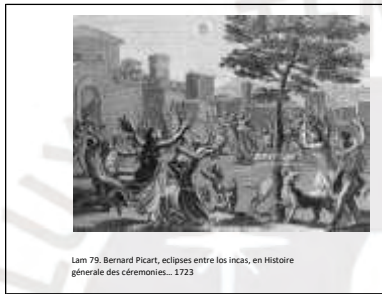


Lam 77.
Ulloa. Voyage
historique de
l'Amérique
méridionale,
1752

Diapositiva
82



Diapositiva
83



Diapositiva
84



Diapositiva
85



Diapositiva
86



Diapositiva
87



Diapositiva
88



Diapositiva
89



Diapositiva
90



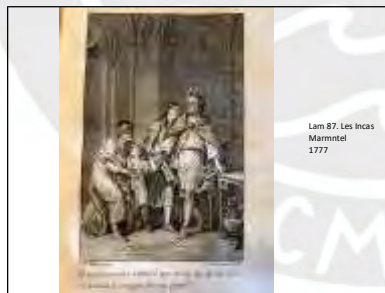
Diapositiva
91



Diapositiva
92



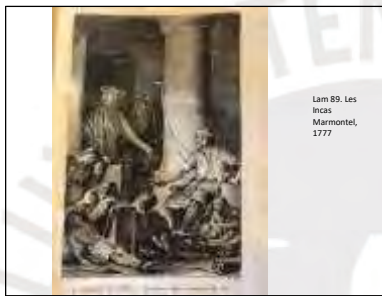
Diapositiva
93



Diapositiva
94



Diapositiva
95



Diapositiva
96



Diapositiva
97



Diapositiva
98



Diapositiva
99



Diapositiva
100



Lam 95. Español e india producen mestizo. Serie de Castas del Virrey Amat 1770.

Diapositiva
101



Lam 96. Mestizo e india producen cholo. Serie de Castas del Virrey Amat 1777

Diapositiva
102

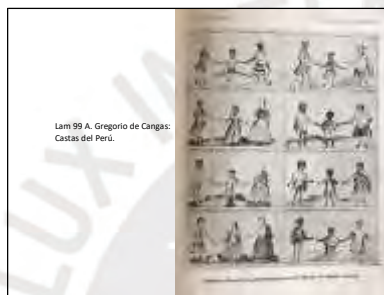


Lam 97. India con mulato.
Serie de Castas del Virrey
Amat 1770.

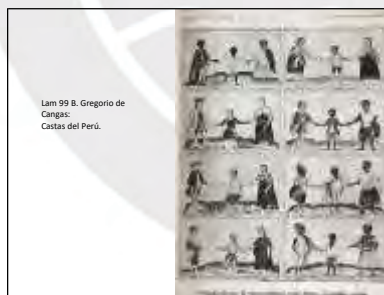
Diapositiva
103



Diapositiva
104



Diapositiva
105



Diapositiva
106



Diapositiva
107



Diapositiva
108



Diapositiva
109



Diapositiva
110



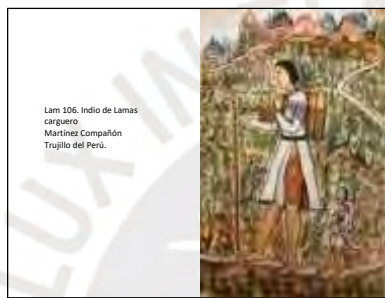
Diapositiva
111



Diapositiva
112



Diapositiva
113



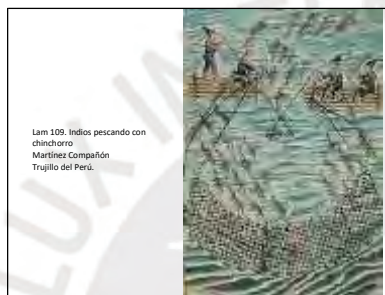
Diapositiva
114



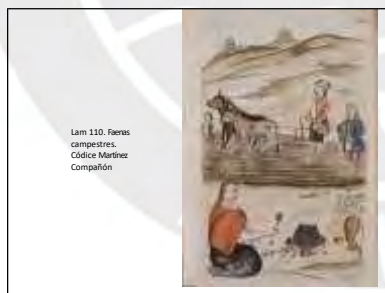
Diapositiva
115



Diapositiva
116



Diapositiva
117



Diapositiva
118

Lam 111. Indios de la Montaña.
Martínez Compañón.



Diapositiva
119

Lam 112.
Indios
infieles,
Cádiz.
Martínez
Compañón



Diapositiva
120

Lam 113 A. Buzú India cacique de
Quito



Diapositiva
121



Diapositiva
122



Diapositiva
123



Diapositiva
124



Diapositiva
125



Diapositiva
126



Diapositiva
127



Lam 118. Obsequio por mujeres de Vavao a Malaspina

Diapositiva
128



Lam 119. Juan Ravenet. Mujer panameña en hamaca.

Diapositiva
129



Lam 120. Andrino Expedición Malaspina.

Diapositiva
130



Diapositiva
131



Diapositiva
132



Diapositiva
133



Lam 124. Anónimo expedición Malaspina

Diapositiva
134



Lam 125. Villegas, comparación del mismo dibujo en papel simple y papel verjurado.

Diapositiva
135



Lam 126. Anónimo expedición Malaspina

Diapositiva
136



Lam 127. Relación de gobierno del Virrey Gil de Taboada y Lemos.

Diapositiva
137



Lam 128. Quadro del Perú 1799. Thiebaut y Lequanda.

Diapositiva
138



Lam 129. Quadro del Perú 1799: Naciones civilizadas. Indio alcalde de Maynas. India de Ma

Diapositiva
139



Diapositiva
140



Diapositiva
141



Diapositiva
142



Diapositiva
143



Diapositiva
144



Diapositiva
145



Diapositiva
146



Diapositiva
147



Diapositiva
148



Lam 139. Quadro del Perú 1799: Naciones salvajes. India del R. Putumayo, Indio Yuri.

Diapositiva
149



Lam 140. Quadro del Perú 1799: Naciones salvajes. Indio Iquito, India Iquito cubre sus partes vergonzosas con diente de monos

Diapositiva
150



Lam 141. Quadro del Perú 1799: Naciones salvajes. Indio Guanque, India Carapanche.

Indice de diapositivas

1. Gabinete de curiosidades.
2. Gabinete de curiosidades.
3. Pendiente mexicano adaptado.
4. Exvoto de Cortés.
5. Soberanos incas según Frézier. Relación de la mar del Sur.
6. Artefactos arqueológicos según Ulloa. Relación Histórica del Viaje a la América Meridional.
7. Mujer indígena peruana. Expedición Malaspina.
8. Cráneo momificado. Expedición Malaspina.
9. Uncu del Inca encontrado por Dombey.
10. Cacique enterrado, Códice Martínez Compañón.
11. Cacique enterrado visto de espaldas. Códice Martínez Compañón.
12. Entierro con vasijas. Códice Martínez Compañón.
13. Detalle motivos textiles. Códice Martínez Compañón.
14. Instrumentos argénteos. Códice Martínez Compañón.
15. Piezas metálicas. Códice Martínez Compañón.
16. Cerámica monocroma y policroma. Códice Martínez Compañón.
17. Ilo según Feuillée. Journal des Obsevationes Physiques...
18. Inca y Coya según Frézier. Relación de la mar del Sur.
19. Sacsahuamán encargo de La Condamine.
20. Ingapirca según La Condamine.
21. Ingapirca según Juan y Ulloa. Relación Histórica del Viaje a la América Meridional.
22. Ingapirca según Juan y Ulloa. Relación Histórica del Viaje a la América Meridional.
23. Cayambe según Juan y Ulloa. Relación Histórica del Viaje a la América Meridional.
24. Mausoleo de Augusto según Dupérac.
25. Foto de Cayambe.
26. Huaca Tantlilluc atribuido a Feijoo de Sosa.
27. Chan Chan. Códice Martínez Compañón.
28. Chan Chan. Códice Martínez Compañón.
29. Cacique de espaldas. Códice Martínez Compañón.
30. Personaje con dalmática. Códice Martínez Compañón.
31. Indio "revivido". Códice Martínez Compañón.
32. Sacsahuamán. Epítome Cronológico.
33. Ruinas de Pachacamac. Andres Boleato.
34. Detalle del anterior.
35. Ingapirca y Chulucanas según Humboldt.
36. Ruinas de Cañar según Humboldt.
37. Casa del Inca según Humboldt.
38. Viñeta introductoria Feuillée. Journal des Obsevationes Physiques...
39. Viñeta introductoria Feuillée. Journal des Obsevationes Physiques...
40. Balsero chileno según Feuillée. Journal des Obsevationes Physiques...
41. Caiguas según Feuillée. Journal des Obsevationes Physiques...
42. Indio blasero según Frézier. Relación de la mar del Sur.
43. Indio chileno según Frézier. Relación de la mar del Sur.
44. Indios de Chile según Frézier. Relación de la mar del Sur.
45. Minas según Frézier. Relación de la mar del Sur.
46. Inca y Coya según Frézier. Relación de la mar del Sur.

-
47. Incas. Epítome cronológico.
 48. Detalle del anterior.
 49. Portadores de litera según Frézier. Relación de la mar del Sur.
 50. Tapadas según Frézier.
 51. Modas chinas según Kircher. China Monumentis Illustrata.
 52. Modas chinas según Kircher. China Monumentis Illustrata
 53. Limeñas tomando mate según Frézier. Relación de la mar del Sur.
 54. Agape monstruoso según Kircher. China Monumentis Illustrata
 55. Viñeta de la dedicatoria. Frézier. Relación de la mar del Sur.
 56. Potosí según Bachelier.
 57. Potosí según de Bry.
 58. Vestuario, Les Indes Gallantes. Rameau.
 59. Vestuario, Les Indes Gallantes. Rameau.
 60. Vestuario, Les Indes Gallantes. Rameau.
 61. Viñeta introductoria. La Condamine. Introduction Historique...
 62. Dedicatoria. La Condamine. Introduction Historique...
 63. Viñeta introductoria. La Condamine. Introduction Historique...
 64. Ampliación de la anterior.
 65. Plano de Quito. La Condamine. Introduction Historique...
 66. Detalle del anterior.
 67. Indios de Lima según el Caballerizo de Castelfuerte.
 68. Incas y Emperadores del Perú según Juan y Ulloa.
 69. Españoles y castas según la Relación Histórica del Viaje a la América Meridional Juan y Ulloa.
 70. Indios de Quito según la Relación Histórica del Viaje a la América Meridional Juan y Ulloa.
 71. Detalles de la edición de 1752 del Voyage Historique Juan y Ulloa.
 72. Detalles de la edición de 1752 del Voyage Historique Juan y Ulloa.
 73. Detalles de la edición de 1752 del Voyage Historique Juan y Ulloa.
 74. Detalles de la edición del Voyage Historique 1752 de Juan y Ulloa.
 75. Portada francesa de los Comentarios Reales.
 76. Templo del Sol, Juan y Ulloa edición del Voyage Historique de 1752.
 77. Ilustraciones añadidas a la edición del Voyage Historique Juan y Ulloa de 1752.
 78. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique Juan y Ulloa de 1752.
 79. Ilustraciones de Bernard Picart sobre temas incaicos.
 80. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique Juan y Ulloa de 1752.
 81. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique de Juan y Ulloa de 1752.
 82. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique de Juan y Ulloa de 1752.
 83. Ilustración de Bernard Picart, Eclipses entre los Incas...
 84. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique de Juan y Ulloa de 1752, inspirada en la anterior.
 85. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique de Juan y Ulloa de 1752, inspirada a la edición francesa de los Comentarios Reales: Inca.
 86. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique de Juan y Ulloa de 1752, inspirada a la edición francesa de los Comentarios Reales: Coya.
 87. Ilustración añadida a la edición del Voyage Historique de Juan y Ulloa de 1752, Adoración al Sol.
 88. Bernard Picart, Adoración al sol, base de la imagen anterior.

-
89. Planta de la Chinchona.
 90. Planta de la Chinchona según La Condamine.
 91. Carátula de Lettres de une Peruvienne. Tomo I.
 92. Carátula de Lettres de une Peruvienne. Tomo II.
 93. Les Incas de Marmontel.
 94. Les Incas de Marmontel.
 95. Les Incas de Marmontel.
 96. Les Incas de Marmontel.
 97. Les Incas de Marmontel.
 98. Serie de castas del Virrey Amat. Indios de la montaña.
 99. Serie de castas del Virrey Amat. Indios serranos civilizados.
 100. Serie de castas del Virrey Amat. Español e inda producen mestizo.
 101. Serie de castas del Virrey Amat. Mestizo e india producen cholo.
 102. Serie de castas del Virrey Amat. India con mulato.
 103. Serie de castas del Virrey Amat. Negro con india producen zambo de india.
 104. Castas del Perú. Gregorio de Cangas.
 105. Castas del Perú. Gregorio de Cangas.
 106. Vicente Albán. Yndio principal de Quito.
 107. Vicente Albán. Yndia principal de Quito.
 108. Vicente Albán. Yndio Yumbo en traje de gala.
 109. Vicente Albán. Yndio Yumbo de Maynas.
 110. Indio de valle a caballo, según Martínez Compañón.
 111. Indio de la sierra, según Martínez Compañón.
 112. Indio de la sierra a caballo, según Martínez Compañón.
 113. Indio de Lamas, según Martínez Compañón.
 114. Indio de los Hivitos y Chilones, según Martínez Compañón.
 115. Indio pastor de ovejas, según Martínez Compañón.
 116. Indios pescadores, según Martínez Compañón.
 117. Indios en faenas campestres, según Martínez Compañón.
 118. Indios de la montaña, según Martínez Compañón.
 119. Indios en canoa, según Martínez Compañón.
 120. India Cacica de Quito, según Bauzá.
 121. Llapanga de Quito, según Bauzá.
 122. Indio balsero. según Bauzá.
 123. India del Perú, según Ravenet.
 124. India del Perú, según Ravenet.
 125. Peruano serrano, según Ravenet.
 126. Peruano castizo según Ravenet.
 127. Obsequio de las mujeres en Vao Vao a Malaspina.
 128. Panameña en hamaca. Según Ravenet.
 129. Indios de la montaña. Anónimo de la expedición Malaspina.
 130. Indios de la montaña. Anónimo de la expedición Malaspina.
 131. Indios de la montaña. Anónimo de la expedición Malaspina.
 132. Indios de la montaña. Anónimo de la expedición Malaspina.
 133. Indios de la montaña. Anónimo de la expedición Malaspina.
 134. Villegas. Comparación del mismo dibujo por distintas manos.
 135. Indios de la montaña. Anónimo de la expedición Malaspina.
 136. Relación de Gobierno de Gil de Taboada y Lemus.

-
137. Quadro del Perú (1799) por Thiebaut y Lequanda.
 138. Quadro del Perú. Naciones civilizadas. Indio alcalde de Maynas. India de Maynas.
 139. Quadro del Perú. Naciones civilizadas. India de Paita, indio marinerero.
 140. Quadro del Perú. Naciones civilizadas. Indios de los valles.
 141. Quadro del Perú. Naciones civilizadas. Indios de la sierra.
 142. Quadro del Perú. Naciones civilizadas. Indios Motilones de Lamas.
 143. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Boga y Maina.
 144. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Incaguato y Payaoüe.
 145. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Pano y Hucayali.
 146. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Cepeo y Humurana.
 147. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Humurane y Yagüa.
 148. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Putumayu y Yuri.
 149. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Iquitos.
 150. Quadro del Perú. Naciones salvajes. Indios Guanque y Carhuanche.

